

CIRCULO DEL CRIMEN
LA MUERTE Y EL LACAYO BAILARIN
NGAIO MARSH
EDICIONES FORUM
Nº 27

Annotation

Aquel fin de semana en una mansión inglesa había sido planeado como una obra de teatro en la que los personajes iban a ser de carne y hueso y el director movía los hilos de la acción a su antojo. Pero lo que iba a ser un drama poético se transformó en una tragedia: la muerte penetró en la casa aislada por la nieve y la envolvió en una pesadilla angustiosa que el director de la obra jamás puedo imaginar.

La muerte y el lacayo bailarín

Ngaio Marsh

LA MUERTE Y EL LACAYO BAILARÍN

Roderick Alleyn - 11

Círculo del Crimen Nº 27

Primera parte

PRIMERA PARTE

1. Proyecto

PROYECTO
1

I

Jonathan Royal estaba sentado en su biblioteca de Highfold Manor un jueves por la tarde, a principios de 1940. Aunque la luz del sol casi había desaparecido, las cortinas aún no se habían corrido y Jonathan Royal podía ver cómo árboles fantasmales se movían agitadamente contra un fondo de nubes desgarradas y una sucesión de colinas que se desvanecían a lo lejos.

El viento del norte, que soplaba a través de una meseta llamada Cloudyfold, era desviado sólo en parte por los bosques de Highfold, susurraba alrededor de las desgastadas esquinas de la vieja casa y revolvía las chimeneas. Una rama, cargada de nieve, golpeaba suavemente una de las ventanas de la biblioteca. Jonathan Royal estaba sentado, inmóvil junto al fuego. La mitad de su cara mofletuda y de su figura vacilaba entre la luz y la sombra. Cuando un tronco se partía en dos y provocaba un resplandor más brillante, dejaba ver que Jonathan sonreía lánguidamente. Luego se movió, golpeándose las rodillas con las manos gordezuelas, con un gesto discretamente extático. Una puerta se abrió, dando paso a un chorro de luz amarilla, no muy brillante, y a una figura que se paró con la mano en el picaporte.

—¿Quién es? —dijo Jonathan Royal—. ¿Es usted, Caper?

—Sí, señor.

—¿La hora de encender la luz?

—Son las cinco, señor. Es una tarde muy oscura.

—Ajá —dijo Jonathan, frotándose las manos de repente—. Así hay que tratar a la tropa.

—Perdón, señor.

—Así hay que tratar a la tropa. Una expresión tomada de un antiguo cataclismo. No querría que la tomase al pie de la letra. Por lo menos así hay que tratar a mi pequeño grupo. Puede correr las cortinas.

Caper ajustó las pantallas para ataques aéreos, que no dejaban pasar la luz, y corrió las cortinas. Jonathan alargó una mano y encendió una lámpara de mesa a su lado. El fuego y la luz de la lámpara se reflejaban ahora en las puertas de cristal que protegían sus libros, en las sillas de cuero, en la superficie oscura del escritorio, en sus propias gafas y en la cúpula de su cráneo calvo. Con un rápido movimiento juntó las manos sobre el vientre y comenzó a hacer girar los pulgares uno alrededor del otro, limpiamente.

—El señor Mandrake telefoneó desde la rectoría de Winston St. Giles, señor. Estará aquí a las cinco y media.

—Bien —replicó Jonathan.

—¿Tomará el té ahora, señor, o esperará al señor Mandrake?

—Ahora. Él ya lo habrá tomado. ¿Ha llegado el correo?

—Sí, señor. Justamente iba...

—Bien, tráigamelo —dijo Jonathan con impaciencia—. Tráigamelo.

Cuando el mayordomo se fue, Jonathan se dio en secreto un pequeño apretón con los codos, y, al tiempo que continuaba haciendo girar los pulgares, canturreó con una delgada voz de falsete:

«*Il était une bergère*
Qui ron-ton-ton. Petit pat-a-plan.»

Movió su gran cabeza de un lado a otro, al ritmo de la melodía. Parecía, debido a la ilusión que la luz del fuego creaba sobre sus gafas, que tenía enormes ojos blancos que centelleaban como los del tambor muerto de las *Leyendas de Ingoldsby*.

Caper regresó con las cartas. Las tomó, les dio la vuelta con movimientos diestros y remirados y, al final, lanzó una pequeña exclamación. Dejó cinco a un lado y abrió y desplegó la sexta. La sostuvo al nivel de la nariz, con el brazo extendido. Sólo contenía escritas seis líneas que, sin embargo, parecieron satisfacer a Jonathan plenamente. Lanzó la carta alegremente al fuego y retomó el delgado tenor de su canción. Cuando Caper sirvió el té, diez minutos más tarde, todavía cantaba, pero se interrumpió para decir:

—El señor Nicholas Compline ha confirmado que vendrá mañana. Puede alojarse en el cuarto verde de invitados. Dígaselo a la señora Pouting, por favor.

—Sí, señor. Perdone el señor, con éste son ya ocho huéspedes el fin de semana, ¿no es así?

—Sí, sí, ocho —Jonathan los recontó con sus dedos gruesos—. La señora Compline, los señores Nicholas y William Compline, el doctor Francis Hart, Madame Lisse, la señorita Wynne, lady Hersey Amblington y el señor Mandrake. Ocho. El señor Mandrake esta noche, y los demás, mañana para la cena. Tomaremos el Heidsieck del veintiocho mañana y también el Courvoisier, Caper.

—Muy bien, señor.

—Me preocupa especialmente la comida de mañana, Caper. Muchas cosas dependen de ella. Debe haber afectuosidad, un sentimiento de festividad, de expectación; me atrevería a decir que de verdadero lujo. Enormes fuegos encendidos en las habitaciones. He encargado flores. En lo que se refiere a sus ocupaciones, siempre las ha cumplido muy bien; no crea que es una crítica velada, pero mañana

—extendió los brazos a lo ancho—, bueno; es algo del todo especial. ¿Sabe lo que quiero decir? Se lo he dicho a la señora Pouting, que ha puesto todo en marcha, lo sé... Pero sus ocupaciones... Espolee a ese chico nuevo y a las doncellas. ¿Me sigue?

—Desde luego, señor.

—Sí, la fiesta... —Jonathan se paró, se apretó a los lados con los hombros y emitió una risita aguda y delgada— ... la fiesta puede estar un poco tensa al principio. Lo considero un experimento.

—Espero que todo resulte absolutamente satisfactorio, señor.

—Absolutamente satisfactorio —replicó Jonathan—. Sí. Estoy seguro. ¿Es eso un coche? Vaya a ver.

Jonathan apagó la lámpara de mesa. Caper se acercó a las ventanas y descorrió las pesadas cortinas. El ruido del viento y del aguanieve llenó la habitación.

—Es difícil asegurarlo, señor, por el ruido que hay allí fuera, pero... sí, señor; ahí están los faros. Creo que viene por el sendero interior, señor.

—Sin duda es el señor Mandrake. Hágalo pasar. Ya puede llevarse el servicio del té. Estoy demasiado excitado para tomarlo. Ahí está.

Caper cerró las cortinas y salió con el servicio del té. Jonathan encendió la lámpara. Oyó al nuevo lacayo cruzar la sala y abrir la gran puerta principal.

—Ya comienza —pensó Jonathan, abrazándose a sí mismo—. Esto es la obertura. Estamos en marcha.

II

El señor Aubrey Mandrake era un joven dramaturgo en verso cuyo verdadero nombre era Stanley Footling. No careciendo de sentido del humor, acostumbraba a decirse que si hubiera sido un poco peor, si, por ejemplo, se hubiera llamado Albert Muggins, lo habría conservado, ya que habría habido una especie de distinción en tal nombre. Al verlo impreso en el programa, debajo del título de su *Saxofón en tarlatana*, el público lo habría puesto mentalmente entre comillas. Pero este delicado acto de la imaginación no se realizaría con Stanley Footling. Así que se convirtió en Aubrey Mandrake, elección influida por nombres tales como Sebastian Melmoth, Aubrey Beardsley y Peter Warlock. Al cambiarse el nombre se había impuesto a sí mismo una rara desventaja psicológica, pues en un corto espacio de tiempo había llegado a identificarse tanto y tan estrechamente con sus nuevos nombres, que la memoria de los antiguos se le hizo insoportable y la más leve sospecha de que algún conocido había descubierto su origen le colocaba en un estado de tremenda incomodidad, hecho aún más insufrible por el amargo desprecio de sí

mismo que le causaba esta debilidad. Al principio su obra había estado en armonía con su nombre, pues escribía del Pecado y de lo Oculto. Pero, a medida que su no escaso talento se desarrollaba, encontró sus temas en asuntos a la vez más extraños y menos pintorescos. Escribía, en versos de incalculable variedad, de la pasión de un cortador por un busto sin cabeza; de un saxofonista que no podía desplegar todas sus posibilidades como intérprete a no ser que tuviera su instrumento engalanado con volantes de tarlatana; del empleado de un urinario que se convertía en camarero real (esta obra sólo era llevada a la escena por los más pequeños entre los grupos de teatro experimental), y de un contable diplomado que resultaba ser una reencarnación de Tais. Tenía éxito. Los pos-surrealistas discutían sobre él; los más prestigiosos críticos encontraban en su verso una influencia revitalizadora sobre un lenguaje decadente; la masa podía disfrutarlo. Estaba en posesión de unos considerables ingresos privados, procedentes de la pensión de su madre en Dulwich y del resultado de la inventiva de su padre: unos cierres patentados para tirantes. De aspecto era alto, moreno y convenientemente cadavérico; de modales, algo sardónico; su manera de vestir correcta, ya que había pasado largo tiempo atrás la etapa en que las corbatas extraordinarias y las camisas extrañas parecían necesarias para su desarrollo estético. Era cojo y muy sensible con respecto al pie deforme responsable de ese impedimento. Llevaba una bota reforzada en el pie izquierdo que siempre trataba de ocultar debajo de la silla en la que se sentaba. Su conocimiento de Jonathan Royal databa de cinco años atrás. A finales de los años treinta Jonathan había apoyado una de las obras de Mandrake que, aunque no había hecho ricos a ninguno de los dos, había dejado beneficios no esperados y fundado entre ellos un mutuo afecto. La última obra de Mandrake, *El mal apagón* (terminada después de la declaración de guerra, pero a pesar de lo que la gente sin instrucción pudiera opinar y a pesar de su título, no acerca de la guerra), sería pronto ensayada por una compañía bisoña de jóvenes entusiastas. Había pasado dos días en la rectoría de Winston St. Giles con su protagonista y el padre de ésta, cuando Jonathan le había pedido que fuera a Highfold el fin de semana.

Su entrada en la biblioteca de Jonathan fue llamativa, pues había conducido a través de Cloudyfold sin sombrero y con la ventanilla abierta, y el viento del norte había revuelto sus cabellos en rizos intrincados. Generalmente, él mismo se los revolvía. Se adelantó hacia Jonathan con la mano extendida y un aire de alegre fortaleza.

—Una noche increíble —dijo—. Las harpías y los brujos han salido de paseo. De lo más estimulante.

—Confío —contestó Jonathan estrechándole la mano y parpadeando mientras le miraba— en que no haya estimulado a tu

Musa. No puedo consentir que ta acapare esta noche, Aubrey...

—¡Dios! —dijo Mandrake. Siempre lanzaba esta exclamación cuando se le invitaba a hablar de sus escritos. Aparentemente implicaba un desesperado sufrimiento estético.

—... porque —prosiguió Jonathan— yo pretendo acaparar toda tu atención, querido Aubrey. Nuestras posiciones acostumbradas se invierten. Esta noche, y también mañana, yo seré el creador y tú el público —Mandrake lanzó una mirada de aprensión a su anfitrión.

—No, no, no —exclamó Jonathan, colocándose junto al fuego—. No pongas esa cara de susto. No he escrito ninguna lamentable literatura de cuarentón ni tengo previstas unas memorias. No es nada de eso.

Mandrake se sentó frente a su anfitrión junto al fuego. Jonathan se frotó las manos y las oprimió de repente entre las rodillas.

—No es nada de eso —repitió.

—Pareces muy solemne —dijo Mandrake—. ¿Qué estás tramando?

—¡Tramando! Esa es la palabra. Amigo, estoy metido hasta las cejas en una conspiración —se inclinó hacia adelante y dio unos golpecitos a Mandrake en la rodilla—. Veamos, contéstame a esta pregunta: ¿En qué crees tú que me intereso?

Mandrake le miró fijamente.

—¿En qué te interesas? —repitió.

—Sí. ¿Qué clase de tipo crees que soy? Sabes que no sólo a las mujeres les importa la impresión que producen sus amigos. ¿Acaso hay algo inesperadamente femenino en mi curiosidad? No importa. Consiéntemelo. Venga, dime.

—Te escabulles de una cuestión a otra. Me atrevería a decir que tus intereses están en tus libros, tu hacienda y... bueno, imagino que estarás interesado en lo que los reporteros llaman relaciones humanas.

—Eso es. Muy bien. Relaciones humanas. Continúa.

—En cuanto a la clase de tipo que puedas ser —prosiguió Mandrake—, te doy mi palabra de que no lo sé. Desde mi punto de vista eres una persona muy agradable. Entiendes las cosas, las cosas que me parece que son importantes. Por ejemplo, nunca me has preguntado por qué no escribo de personajes reales. Considero tu abstención en ese punto concluyente.

—¿Dirías, tal vez, que tengo sentido de lo dramático?

—¿Qué es lo dramático? ¿Es algo que tiene sentido meramente teatral, o una apreciación del clímax estético en un sentido extrovertido?

—No sé lo que eso significa —se impacientó Jonathan—. Y que me maten si pienso que tú sí.

—Palabras —dijo Mandrake—. Palabras, palabras, palabras —

pero parecía bastante desconcertado.

—Bueno, maldita sea. No importa un pito. Sostengo que poseo un sentido del drama en el sentido ordinario, no el de un profesor. Mi sentido del drama, te guste o no, hace que tu trabajo me atraiga. No digo que lo entienda, pero encuentro algo en él. Me empuja a salirme de mis reacciones normales a experiencias teatrales normales. Por eso me gusta.

—Es una razón tan buena como otra cualquiera.

—De acuerdo. Pero atiende un momento. Tú ves en mí un ejemplo del artista insatisfecho e incapaz de expresarse. Temperamento sin arte. Ese soy yo. O eso pensaba hasta que tuve mi idea. He intentado escribir y he intentado pintar. Los resultados han sido, en general, lastimosos... como mucho, insignificantes. Más que nada he suspirado por el drama y al principio pensé que mi asociación contigo, un asunto placentero desde mi punto de vista, te lo aseguro, sería la solución. Degustaría los placeres del arte creativo, por así decirlo, de segunda mano. Pero no; la picazón persistía y yo corría el peligro de convertirme en un sujeto inquieto y malhumorado, una molestia para mí mismo y un aburrimiento para los demás.

—Eso nunca —murmuró Mandrake, encendiendo un cigarrillo.

—Habría sido la siguiente etapa, te lo aseguro. Se veía venir. Entonces, en lo que no puedo dejar de considerar como un momento de inspiración, amigo Aubrey, tuve mi Idea.

Con un seco movimiento Jonathan cogió sus gafas por la montura y, de un tirón, se las quitó de la cara. Sus ojos eran negros y en extremo brillantes.

—Mi Idea —repitió—. Un miércoles por la mañana, hace cuatro semanas, estaba aquí, mirando por la ventana y preguntándome qué demonios iba a hacer aquel día, cuando, de repente, me vino. Se me ocurrió que si era un bobo con la tinta y el papel o con el pincel y el lienzo, si era incapaz de expresar incluso una confusión con el pentagrama, quedaba un medio que nunca había intentado.

—¿Y cuál podía ser ese medio maravilloso?

—Personas de carne y hueso.

—¡Qué!

—Personas de carne y hueso.

—Por favor —dijo Mandrake—, te ruego que me digas que no te vas a ocupar del bienestar social.

—Espera un poco. Se me ocurrió que se podía disponer a los seres humanos, con unos pocos arreglos juiciosos, como las figuras de un cuadro. Uno sólo tenía que apretarlos un poco, encerrarlos dentro de los límites convenientes de un lienzo apropiado y formarían una composición. Me parecía que, dadas las limitaciones de un escenario impuesto, algunos de mis conocidos empezarían al momento a

desarrollar un drama emocionante. Que, restringida de tal manera, su conversación empezaría a seguir un diseño tan cautivador como el de una fuga. Por supuesto, había que seleccionar, ¿cómo lo diría?, los ingredientes correctos, y ahí es donde entraba yo. Pondría colores humanos en mi paleta y el cuadro se pintaría solo. Convocaría a mis personajes al teatro de mi propia casa y el drama se desenvolvería por sí mismo.

—Pirandello —dijo Mandrake— se ha quedado totalmente…

—Pero esto no es Pirandello —le interrumpió Jonathan muy rápidamente—. No. En esta ocasión no veremos seis personajes en busca de autor, sino un autor que ha convocado siete personajes para que le hagan el trabajo.

—¿Quieres decir que después de todo vas a escribir?

—No. Simplemente, selecciono. En cuanto a escribir, ahí es donde entras tú. Te regalo lo que sinceramente pienso que es una oportunidad dorada.

Mandrake se agitó, incómodo.

—Ojalá supiera lo que pretendes.

—Querido amigo. Te lo estoy diciendo. Escucha. Hace un mes que decidí realizar este experimento. Decidí invitar a siete personajes, adecuadamente escogidos, a pasar un fin de semana de invierno en Highfold, en este lugar, y disfruté de una tarde perfecta confeccionando la lista. Decidí que mis personajes debían ser, en la medida de lo posible, antagónicos entre sí.

—¡Dios!

Jonathan prosiguió imperturbable.

—No antagónicos cada uno de ellos con los otros siete, pero debía haber al menos alguna clase de tensión intelectual y emocional entre ellos que pasara como un hilo conductor por todo el grupo. Una corta reflexión me mostró que no tenía que buscar lejos. Aquí, en mi propio rincón de Dorset, aquí, en el pueblo y el condado adyacente, y a pesar de la guerra, encontré mis siete personajes. Y ya que debo tener espectadores y que, además, sean inteligentes, he invitado a un octavo huésped, a ti.

—Si esperas que prorrumpa en un canto de exaltada gratitud…

—No precisamente ahora, quizás. Paciencia. Y ahora, para que puedas apreciar todo el bouquet del experimento, debes estar suficientemente familiarizado con las *dramatis personae*. Y para eso te propongo que pidamos un jerez.

III

—Te propongo —dijo Jonathan llenando el vaso de su compañero— que dejemos las metáforas sacadas de la pintura o la música y nos

atengamos a una figura que los dos podemos apreciar. Te presentaré a mis personajes en términos de arte dramático, y, en la medida en que puedo adivinarlo, por orden de aparición. Pareces un poco inquieto.

—En ese caso, mi aspecto se corresponde con mis sentimientos. Me siento aterrorizado.

Jonathan emitió una aguda risita.

—¿Quién sabe? Puede que tengas buenos motivos. Lo juzgarás cuando haya terminado. Los primeros personajes que entrarán inconscientemente en nuestro escenario son una madre y sus dos hijos. La señora Sandra Compline, William Compline y Nicholas Compline. La señora es una viuda que vive en Penfelton, una encantadora casa a unos seis kilómetros en el lado oeste del pueblo de Cloudyfold. Es la gran señora de nuestro reparto. Los Compline son una antigua familia de Dorset y han sido nuestros vecinos por muchas generaciones. Su marido fue contemporáneo mío. Un sujeto granujiento y apuesto; era, quizá, más popular entre las mujeres que entre los hombres. Tenía una colección propia en Londres y creo que era una colección muy leal. No sé dónde conoció a su esposa. Me temo que para ella fue un encuentro de mal augurio, pobrecita. Era una criatura preciosa y supongo que le enamoró por su buen aspecto. Su unión no duró tanto como su belleza, que se desvaneció muy rápidamente debido al trato que ella hubo de aguantar. Tras haber estado casados ocho años y tenido estos dos hijos, algo horrible le ocurrió a Sandra Compline. Se fue a residir en algún lugar del extranjero y, supongo que con la idea de volver a conquistarle, se hizo algo en la cara. Fue hace más de veinte años, y me atrevería a decir que aquellos sujetos no hacían su trabajo tan bien como lo hacen ahora. Dios sabe lo que el pájaro que ella consultó le hizo en la cara a Sandra Compline. He oído decir (te puedes imaginar lo que la gente habló) que se la reforzó con cera y que la cera cedió. Pasara lo que pasara, fue un completo desastre. Pobre —dijo Jonathan sacudiendo la cabeza, la luz de la lámpara reflejándose en sus gafas—, verla era de lo más penoso. Quedó totalmente ladeada, tú me entiendes. Y lo peor de todo es que resultaba un espectáculo cómico. Durante mucho tiempo no salió ni recibió a nadie. Él comenzó a invitar a sus propios amigos a Penfelton. Eran un grupito sospechoso. No se vio a los Compline en aquella época, pero los cotilleos del lugar fueron tremendos. Ella solía cazar. Llevaba un grueso velo y se comportaba tan temerariamente que la gente decía que quería matarse. Por una de estas ironías, sin embargo, fue su marido el que se mató. Se cayó del caballo y se partió la nuca. ¿Qué te parece?

—¿Qué? —dijo Mandrake, más bien sobresaltado por esta pregunta repentina—. Querido Jonathan, es absolutamente maravilloso. Devastadoramente eduardino. Gloriosamente típico de un condado. Un ejemplo más de que la realidad es más teatral que la

ficción y un aviso a todos los dramaturgos para que la eviten.

—Bien, bien —dijo Jonathan—, estoy seguro de ello. Sigamos. Sandra quedó con dos hijos pequeños, William y Nicholas. Al poco tiempo pareció recobrar el coraje. Comenzó a alternar un poco. Esta casa fue la primera que visitó. Los niños tenían amigos durante las vacaciones y todas esas cosas y la vida se hizo más normal allí en Penfelton. El mayor, William, era un chico tranquilo, en conjunto bastante vulgar, poco hablador. Un sujeto grave y monótono. Es bien parecido, pero de esa clase de personas que... bueno, uno nunca recuerda si estaba o no en una fiesta. De ese tipo, ¿sabes?

—Pobre William —dijo Mandrake inesperadamente.

—¿Qué? ¡Oh!, sí, sí. Pero no te he dado una idea exacta de William. La verdad es que es un poco un rompecabezas. Está consagrado a su madre. Pienso que la recuerda tal como era antes de la tragedia. Tenía siete años cuando ella volvió y, aunque se controló extrañamente bien cuando la vio, he oído decir que su vieja niñera le sorprendió en un ataque de histeria, cosa extraordinaria en un niño pequeño tan corriente como él. Es cierto que es tranquilo y monótono pero, así y todo hay algo un poco... es decir, es un poco raro. Generalmente es una persona bastante callada pero, cuando habla, sus afirmaciones tienden a ser inesperadas. Da la impresión de que dice más o menos lo primero que le «ene a la cabeza, y estarás de acuerdo en que ésa es una peculiaridad bastante poco común.

—Sí.

—Sí. Es raro. En realidad no hay nada que se pueda considerar malo en ello, por supuesto, y hasta ahora se ha portado muy bien en esta guerra. Es un buen muchacho. Pero a veces me pregunto... Pero ya le juzgarás por ti mismo. Quiero que lo hagas.

—Realmente no te gusta, ¿verdad? —preguntó Mandrake de repente.

Jonathan parpadeó.

—¿Qué es lo que te puede haber metido esa idea en la cabeza? —dijo suavemente. Lanzó una mirada a Mandrake—. No debes volverte demasiado sutil, Aubrey. Simplemente, William es demasiado difícil de describir. Eso es todo. En cambio, Nicholas... —prosiguió Jonathan— Nicholas es una repetición del padre. Un pillo muy bien parecido, con encanto y alegría y arrojo y todo lo demás. Un completo egoísta, un poco farandulero y con un interés innato por las mujeres bonitas. Así crecieron y así son hoy en día. William tiene treinta y dos años y Nicholas veintinueve. William (recalco este punto) está volcado sobre su madre, en mi opinión de un modo enfermizo, pero eso es secundario. Renuncia a las vacaciones sólo porque ella va a quedarse sola. Ahora mismo está de permiso y, por supuesto, se ha apresurado a volver, a casa con ella. Nicholas es todo lo contrario, le saca todo lo

que tiene, nunca le hace saber cuándo va a llegar o lo que está tramando. Usa Penfelton como un hotel y trata a la madre como la dueña. Te puedes suponer cuál de los dos es el favorito de la madre.

—Nicholas —dijo Mandrake—. Por supuesto que Nicholas.

—Efectivamente —dijo Jonathan, que no dio muestras de sentirse decepcionado—. Idolatra a Nicholas y da a William por sentado. Estropeó a Nicholas sin remedio desde el día en que nació. William se marchó a la escuela preparatoria y a Eton; aunque parezca increíble, Nick fue declarado propenso a las enfermedades e hizo bailar a su son a una serie de preceptores hasta que su madre decidió que tenía edad suficiente para la Gran Gira y le envió a ella con un acompañante, como a un joven lord de la regencia. Si hubiera podido desposeer a William de su patrimonio, te doy mi palabra de que lo habría hecho. Tal como está, no puede hacer nada. William hereda todo el paquete y Nick, como el héroe de las novelas victorianas, tiene que abrirse camino por sí mismo. La madre está, creo, furiosamente resentida por ello. Cuando llegó la guerra, removió la tierra y el cielo para encontrarle a Nicholas un trabajo seguro y no puso pegas cuando el regimiento de William marchó al frente. Nick tiene algún trabajo de oficina en Great Chipping. Está muy elegante con el uniforme y en apariencia sus deberes le obligan a ir a Londres bastante a menudo. En estos momentos, como te digo, William está pasando el permiso con la mamá. Hace cierto tiempo que los hermanos no se ven.

—¿Se llevan bien?

—No. Recuerdo el necesario elemento de antagonismo, Aubrey, que está presente de manera espléndidamente destacada en la familia Compline. William está prometido a la ex novia de Nicholas.

—¿De verdad? Bien hecho, William.

—Apenas necesito decirte que esta dama es mi siguiente personaje; la joven ingenua, para ser precisos. Llegará con William y la mamá, que la detesta.

—Sinceramente, mi querido Jonathan...

—Es una tal Miss Chloris Wynne. Una de pelo blanco.

—¿Una rubia platino?

—Del color de un Chablis claro, peinado como si fueran salchichas de yeso. Recuerda a una de las coristas de mi juventud. Me han dicho que hoy en día las coristas parecen chicas del campo. Encuentro su aspecto sorprendente y su conversación difícil, pero la he observado con interés y he llegado a la conclusión de que es un perfecto ejemplo de la mujer rechazada.

—¿La rechazó Nicholas?

—Nicholas deseaba casarse con ella, pero, acostumbrado a nadar y guardar la ropa, no dejó que su compromiso con la señorita Chloris cortara sus vuelos de consumado conquistador y continuó

mariposeando con el número cinco de nuestro reparto de personajes... Madame Lisse.

—¡Dios!

—Con más rabia que pena, si hemos de creer a Sandra Compline, la señorita Chloris rompió el compromiso con Nicholas. Después de un intervalo, tan corto que uno sospecha que actuó de rebote, aceptó a William, el cual la había cortejado previamente y al que el hermano había desbancado. Mi opinión particular es que Nicholas es capaz de recobrar a la señora cuando William retorne al frente y, lo que es más, creo que los dos, Nicholas y ella, lo saben. Nicholas y William se habían peleado, siguiendo la más pura tradición de los hermanos rivales. Como te digo, no se han visto después del segundo compromiso. No es preciso decirte que ni la señora Compline, ni William, ni su prometida saben que he invitado a Nicholas, y éste tampoco sabe que he invitado a los otros. En cambio, sí sabe que Madame Lisse estará aquí y por eso ha aceptado.

—Sigue —dijo Mandrake, pasándose los dedos por entre los cabellos.

—Madame Lisse, la mujer seductora y ambigua de nuestro reparto, es una austríaca, especialista en belleza. No creo que Lisse sea su verdadero nombre. Vino con los primeros refugiados, obtuvo la nacionalidad y ha abierto un salón en Great Chipping. Traía cartas de recomendación para los Jerningham de Pen Cuckoo y para una o dos personas más de este condado. Diana Copeland, de la rectoría, se interesó bastante por ella. Nicholas Compline también, como habrás deducido. Es notablemente atrevida. Pelo castaño oscuro, cutis de magnolia, y ¡unos ojos! Muy tranquila y sosegada, pero indudablemente atrevida. Todo el mundo se entusiasmó bastante con Madame Lisse, es decir, todo el mundo menos una prima lejana mía, lady Hersey Amblington, que vendrá a cenar mañana por la noche.

Los anteojos centellearon en dirección a Mandrake, pero éste simplemente agitó las manos.

—Hersey —dijo Jonathan— es también especialista en belleza, como puede que sepas. Entró en el negocio cuando su marido murió dejándola casi en la miseria. Se dedicó a ello por completo y tuvo éxito, ya que es una mujer valiente y capaz. Los misterios de eso que llaman, según me parece, estética son para mí un libro cerrado, pero tengo entendido que los mejores cutis y cabelleras de Great Chipping y los distritos circundantes eran hasta la llegada de Madame Lisse, propiedad privada de Hersey. Inmediatamente Madame Lisse comenzó a desplazarla con facilidad. No se trata, como dice Hersey, que ahora tenga menos clientes, sólo que no son tan distinguidos. La clientela distinguida, exceptuando a unos pocos fieles, se ha pasado al enemigo. Hersey considera que Madame utilizó métodos poco escrupulosos y

siempre se refiere a ella llamándola «la Pirata». ¿Tú no conoces a Hersey, mi prima lejana?

—No.

—No. Tiene métodos propios para el arte de la guerra, un tanto directos, y tengo entendido que visitó a Madame Lisse con el propósito de montarle una escena. Me temo que Hersey llevó las de perder en este encuentro. Es una vieja amiga de los Compline y puedes imaginar que no le entusiasmaron mucho las atenciones de Nicholas con su rival. De manera que, según ves, está relacionada de modo en extremo satisfactorio con ambos lados. De verdad que he sido extraordinariamente afortunado —dijo Jonathan frotándose las manos —. Nada podría ser más apropiado. Y el doctor Hart completa el reparto a la perfección. Creo que el término de su papel en la profesión es «el duro».

—¿El doctor...?

—Hart. El séptimo y último personaje. También es de ascendencia extranjera, aunque se nacionalizó británico un poco después de la última guerra. Tengo la impresión de que es vienés, pero no puedo asegurarte que ésta no sea una conclusión subconsciente a partir de su profesión —Jonathan rió otra vez, sofocadamente, y terminó su jerez.

—En el nombre del cielo, ¿cuál es su profesión?

—Amigo Aubrey —dijo Jonathan—, es un cirujano plástico. Un especialista en belleza *par excellence*. El macho de la especie.

IV

—Me parece —dijo Mandrake— que todo esto es una simple invitación al asesinato. Francamente, no puedo concebir nada más terrorífico que la perspectiva de este fin de semana. ¿Qué te propones hacer con ellos?

—Dejar que representen su drama.

—Lo más probable es que sea como un desastroso espectáculo de vodevil.

—Y yo mismo seré el presentador. Es perfectamente posible.

—Querido Jonathan, no habrá función. Los actores, o se quedan amohinados en sus camerinos o se van del teatro.

—Ahí es donde entramos nosotros.

—¡Nosotros! Te aseguro...

—Entonces, ahí es donde yo entro. Puedo pretender, sin demostrar demasiada autocomplacencia, que si tengo algún talento está en la dirección de la hospitalidad.

—Desde luego, eres un anfitrión maravilloso.

—Gracias —dijo Jonathan resplandeciente—. Me encanta oírte hablar así. Ahora bien, con esta fiesta me he impuesto a mí mismo una

dura tarea.

—Me alegro de que te des cuenta —dijo Mandrake—. La lista de adversarios es realmente espeluznante. No sé si te he seguido correctamente. Según parece, esperas reconciliar a un amante rechazado con su sucesor y con su antiguo amor; a una mujer de negocios con la odiada rival; a una belleza destrozada con un miembro de la profesión que convirtió una cara en una máscara y a una madre con su futura nuera, que ha rechazado al hijo favorito por el hermano.

—Hay otra permutación de la que no has oído aún. Corren rumores en los círculos locales de que hay un acuerdo secreto entre el doctor Hart y Madame Lisse. Parece que Madame recomienda a los clientes que han pasado la edad en que sus cremas y todo lo demás podrían mejorar sus caras envejecidas, que se hagan operar por Hart.

—Un arreglo comercial.

—Algo más que eso, si hemos de creer a Hersey, sin duda un testigo con prejuicios. Los espías de Hersey informan de que el doctor Hart ha sido visto cuando abandonaba el piso de Madame Lisse a una hora de lo más comprometida. Que exhibía en un grado apasionante la expresión de un amante clandestino, el sombrero echado sobre la cara, la capa (usa capa) sujeta delante de la cara. Dicen que se le ha visto poner un formidable mal gesto al mencionar a Nicholas Compline.

—¡Oh, no! —dijo Mandrake—. De verdad que es un poco excesivo. Lo de la capa es pasmoso.

—Es una capa tirolesa con capucha, una prenda utilísima. Impermeable. Me ha regalado una que uso a menudo. La verás mañana.

—¿Qué pinta tiene este arreglador de caras?

—Es un sujeto como muy suave. Lo encuentro divertido. Juega muy bien al bridge.

—¿No iremos a jugar al bridge?

—No, no. Presiento que eso sería buscarse problemas. En cambio, jugaremos todos contra todos.

—¡Dios!

—Te divertirás. Un juego estimulante. Espero que servirá para echar nuestros pelillos a la mar. Imagínate lo divertido que sería si todos se marchasen alegremente el domingo por la mañana, llenos de la natural benevolencia humana.

—Te ves a ti mismo en el detestable papel de reformador. ¡Ya lo tengo! Esto no es Pirandello ni un vodevil. Ni mucho menos. Es —exclamó Mandrake con aire de suma repugnancia—, es *La vuelta al tercer piso*.

Jonathan se levantó y se puso a calentarse las manos al fuego. Era un hombre bajo, muy estirado, con un tronco largo y piernas cortas.

Observándole, Mandrake se preguntaba si era una ilusión del fuego lo que daba un tinte ligeramente malicioso a su sonrisa. Su aire de misteriosa inexpresividad era sólo efecto de las gafas de gruesos cristales.

—Bien —dijo Jonathan—, un pacificador. ¿Por qué no? ¿Querrías ver tu cuarto, Aubrey? El azul, como de costumbre. Ya no llueve. Te propongo que le echemos un vistazo a la noche antes de ir a cambiarnos. ¿Me acompañas?

—Muy bien.

Salieron, cruzando un espacioso vestíbulo. El viento había amainado. Cuando Jonathan abrió la enorme puerta principal, la quietud de una meseta en el crepúsculo llenó la habitación junto con el olor de la tierra todavía cubierta de nieve. Caminaron sobre la extensa explanada delante de Highfold. En la lejanía, abajo, el pueblo de Cloudyfold aparecía vagamente entre las copas de los árboles; seis kilómetros más allá, valle abajo, se veían unas pocas casas desperdigadas. Hacia el sur, las estrellas habían aparecido en el cielo, pero en el norte, por encima de Cloudyfold Top, había un pozo oscuro. Cuando Jonathan y su huésped se volvieron hacia el norte, sintieron como si una mano de hielo se posara en sus caras.

—Hace un frío mortal —dijo Mandrake—. ¡Dios mío!

—Viene del norte —dijo Jonathan—. Aún presagia nieve. ¡Excelente! Vamos adentro.

2. Reunión

REUNIÓN
2

I

Al día siguiente Mandrake observó que su anfitrión estaba enormemente excitado. A pesar de su melindroso amaneramiento y de su pedantería de vieja solterona, ni siquiera a su peor enemigo se le habría ocurrido llamarle afeminado. A pesar de todo, tenía ciertos talentos poco corrientes en un hombre. Ponía un vivísimo interés en el arreglo de la casa. Disponía las flores a la perfección. Cuando llegaron tres cajas procedentes de una floristería de Great Chipping, se abalanzó sobre ellas como una hormiguita entusiasmada. Con la extraña apariencia que le daba uno de los delantales del ama de llaves, se enterró en la habitación de las flores. Quería, según dijo, reproducir los ramos de los estampados franceses del tocador.

Mandrake, cuyos austeros gustos en flores se inclinaban por las muertas, se fue cojeando a la biblioteca a pensar en su nueva obra que iba a representar doce aspectos de un solo personaje, todos ellos hablando al mismo tiempo.

La mañana era silenciosa y extremadamente fría. Por la noche había caído de nuevo la nieve, ligeramente. El cielo estaba plomizo y el campo parecía esperar algún ominoso portento desde el norte. Jonathan hizo notar varias veces, con una alegría extraordinaria, que iban a tener una fuerte tormenta. Se encendieron fuegos en las habitaciones de todos los invitados. De las chimeneas de Highfold Manor ascendían columnas de humo, de un tono más claro que las nubes que parecían sostener. En algún lugar de Cloudyfold, un granjero conducía su rebaño y el sonido soñoliento de su lenta marcha parecía misteriosamente cercano. El cielo estaba tan oscuro que sólo se veía el paso de las horas en un sigiloso cambio de sombras. Jonathan y Mandrake comieron a la luz de las lámparas. Mandrake dijo que sentía como si la casa estuviera viva, esperando una tormenta, dentro o fuera. No podía determinarlo.

—Telefonearé a Sandra Compline y le sugeriré que traiga a su grupo a tomar el té —dijo Jonathan—. Se pondrá a nevar de nuevo antes de las seis, según creo.

—¿Qué te parece la casa, Aubrey? ¿Cómo está?

—Expectante y lujosa.

—Bien. Excelente. ¿Has terminado? Hagamos un pequeño recorrido por las habitaciones, ¿vale? ¡Ay de mí! Hace mucho tiempo que no ansiaba tanto una fiesta.

Hicieron un recorrido. A cada extremo del gran salón,

escasamente utilizado por Jonathan, resplandecía un fuego de madera de cedro. La señora Pouting y dos doncellas habían puesto fundas francesas de satén en los sillones y en los sofás.

—Son los uniformes de verano —dijo Jonathan—. Pero hacen juego con las flores y son alegres. Admira mis flores, Aubrey. ¿No combinan agradablemente con las molduras de las paredes? Lo considero todo un poema de tonos.

—Y cuando se le añadan siete caras furiosas —dijo Mandrake—, la armonía será completa.

—No puedes asustarme. En menos de nada esas caras sonreirán de oreja a oreja. Pues apostar por ello. Y, después de todo, si no se reconcilian, tampoco me quejaré. Mi drama será menos bonito, pero más excitante.

—¿No tienes miedo de que se nieguen por completo a estar todos bajo el mismo techo?

—Se quedarán al menos esta noche y espero que mañana haga un día tan inclemente que el tiempo, sin más, incline la balanza.

—Tu valor es asombroso. Suponte que se quedan mohínos, en habitaciones separadas.

—No lo harán. No les dejaré. Ahora, Aubrey, dime la verdad, ¿no te divierte ni te estimula todo esto, siquiera un poco?

Mandrake sonrió con sorna.

—Tengo las más desagradables sensaciones de una noche de estreno, pero… Está bien, admitiré que me apasiona.

Jonathan se rió encantado y le tomó del brazo.

—Tienes que ver los cuartos, el tocador y la pequeña habitación de fumar. Me he permitido algunos detalles más bien infantiles, pero que puede que te interesen. Simbolismo elemental. La personalidad expresada por la vegetación. Como dicen los anuncios de las floristerías, lo he dicho con flores.

—¿El qué?

—Lo que pienso de cada uno.

Fueron cruzando la sala hacia la izquierda de la puerta delantera y entraron en lo que Jonathan gustaba de llamar el tocador; una sala de estar estilo Adams, pintada de verde claro, en la cual colgaban brocados franceses, cuyas lindas guirnaldas se repetían en los ramilletes que Jonathan había colocado en la ventana sobre la espineta y en el escritorio.

—En este lugar espero que se reúnan las señoras para escribir, cotillear y hacer punto. Debería aclarar que Miss Chloris es una WREN[1], que aún no ha sido llamada a filas, pero que llena la espera con una serie interminable de calcetines indómitos. Mi prima lejana

Hersey es también una incansable tejedora y estoy seguro de que la pobre Sandra estará trabajando en algún repelente edredón.

—...y Madame Lisse.

—La figura de Madame Lisse cooperando estrechamente con hileras de lana caqui es algo que sólo sería concebido por un surrealista. Sin duda te sentirás apto para abarcarla. Por aquí.

El tocador daba al pequeño salón de fumar, en el que Jonathan permitía un teléfono y un aparato de radio, pero que en todo lo demás, según explicaba, había permanecido inalterado desde la muerte de su padre. Había sillas de cuero, una colección de grabados deportivos flanqueados por una colección de armas y por fotos amarilleantes de Jonathan y los amigos de Cambridge en las curiosas posturas de las fotografías decimonónicas. Sobre la repisa de la chimenea colgaba una caña de pescar con cebo incluido.

—He puesto plantas olorosas de tabaco en tiestos —dijo Jonathan —. Algo obvio, pero no pude resistirlo. Ahora la biblioteca.

La sala de fumar daba a la biblioteca. Tenía aire de ser la habitación más frecuentada de la casa y, de hecho, aquí se podía encontrar a Jonathan generalmente, en medio de una compañía de libros que daban testimonio de generaciones de gustos más bien caprichosos y del dinero que permitía satisfacer esos gustos. Jonathan había aumentado generosamente la colección. Sus libros eran una extraña mezcolanza de traducciones de poesía persa y turca, de obras del más inescrutable de los modernos, y libros de texto sobre criminología y detección policíaca. Tenía un gusto variopinto en sus lecturas, regularizado por su constante devoción por los autores isabelinos.

—Aquí, el exceso de posibilidades me causó problemas. Un ramillete shakesperiano me parecía un poco *vieux jeu*, pero por otra parte tenía la ventaja de ser fácilmente reconocible. Me sentí tentado por el concepto de Leigh Hunt de «decir todo lo que uno siente y piensa con inteligentes narcisos y claveles; con tulipanes de equívocos y frases de encantadora sinceridad con margaritas». Desafortunadamente, los invernaderos no estaban a la altura de Leigh Hunt, pero como puedes ver, aquí está la insignia del mando supremo, de acuerdo con el gran Doctor: el mirto; y aquí está, a pesar de todo, la pequeña y algo lúgubre colección de la pobre Ofelia. Predomina un tono sombrío. Pero arriba me he vuelto a dar rienda suelta. Una orgía de campanillas blancas para Chloris (¿ves la alusión a ese encantador concepto de William Stone?), nardos e incluso algunas orquídeas para Madame Lisse y así todo.

—¿Y para la señora Compline?

—Un delicioso ramo de siemprevivas.

—¿No eres un tanto cruel?

—¡Por Dios! No creo —dijo Jonathan, echando una curiosa mirada a su invitado—. Espero que admires ese magnífico cactus en el alféizar de la ventana. John Nash, creo, se detendría frente a él y se pondría a idear alguna maravillosa combinación de grises y verdes esquivos. Ahora debo telefonear a Sandra Compline y luego al doctor Hart. Voy a tener el atrevimiento de sugerirle que traiga en coche a Madame Lisse. Hersey tiene coche propio. ¿Me perdonas?

—Un momento. ¿Qué flores has puesto en tu habitación?

—Alhelíes, la flor de la honestidad.

II

La señora Compline, su hijo William y la prometida de éste, Chloris Wynne, llegaron en coche a las cuatro en, punto. Mandrake descubrió que estaba casi tan excitado como su anfitrión. No era capaz de determinar si la fiesta de Jonathan iba a ser un desastre, divertida o tan sólo aburrida. Mientras tanto, al menos la expectación era cautivadora. Se había formado mentalmente una idea muy precisa de cada uno de los huéspedes. Había decidido que William Compline le daría el mejor tema. La exagerada devoción filial insinuada por Jonathan le ponía en el centro de la esfera de intereses de Mandrake. Y mientras murmuraba «fijación sobre la madre», se preguntaba si no encontraría, de hecho, un punto de partida en William para un nuevo poema dramático. Poéticamente, la cara desfigurada de la señora Compline podría ser muy bien representada como una máscara terrible que aparecería en el fondo del pensamiento hablado de William. «Quizá en la escena final», pensó Aubrey, «debería convertirlos en animales». ¿O sería eso un poco banal? La dolorosa verdad de que allí donde todo es extraño nada escapa a la acusación de banalidad, constituye un problema, y no precisamente el menor, de los que acosan a un dramaturgo moderno. Sin embargo. Mandrake esperaba encontrar material para su arte en William Compline, con su apariencia un tanto vulgar, su devoción por la madre y su dudosa victoria sobre el hermano. Estaba ya esbozando una primera escena con William, de pie entre la madre y la prometida contra un cielo compuesto de cubos de luz verdosa, cuando la puerta del salón se abrió y Caper anunció su llegada.

Por supuesto, eran menos llamativos que las imágenes que tan rápidamente habían crecido en la imaginación de Mandrake. Había visto a la señora Compline como a una figura ataviada con una túnica sombría, y ella llevaba un traje de *tweed*. Se había representado un capuchón negro y veía un sombrero rústico con un cebo para salmón en la banda. Pero la cara, menos fantástica que en su imagen, era, quizá, más penosa. Parecía como si su creador le hubiera dado dos o

tres pellizcos malévolos. Sus ojos, grandes y sin brillo, conservaban algo de la belleza original; la nariz era corta y recta, pero la boca estaba caída por el lado izquierdo y la mejilla izquierda formaba una especie de bolsillo, de forma que daba la impresión de haber introducido un gran bocado en un lado de la cara. Tenía la expresión exageradamente dolorida de un payaso. Como le había dicho Jonathan, su aspecto resultaba cruelmente cómico. Cuando Jonathan se los presentó, tuvo una sorpresa ilógica ante la serenidad de ella. Su voz era fría y seca.

La señorita Chloris tenía unos veintitrés años y era muy, muy hermosa. Su cabello color oro claro estaba echado hacia atrás desde la frente y moldeado en forma de rizos, tan férreamente colocados que podían haber sido de cualquier material antes que de pelo. Sus ojos estaban muy separados y maquillados con gracia; la boca grande y escarlata; la piel, sin mácula. Era más bien alta. Se movía de forma pausada, mirando gravemente a su alrededor. William Compline iba detrás de ella. En William, Mandrake vio lo que esperaba ver: una persona corriente con un toque que insinuaba algo turbador. Llevaba uniforme y parecía perfectamente aseado, pero en absoluto elegante. Era bien parecido y podría haber sido guapo si no fuera porque las líneas de su cara estaban como embotadas y le quitaban distinción. Era como un dibujo fallido de un hermoso modelo. Tenía aspecto de estar incómodo, y Mandrake no tardó mucho en observar que siempre que dirigía la mirada a la prometida, lo que ocurría muy a menudo, lanzaba primero otra a su madre, que nunca se la devolvía ni por casualidad. La señora Compline hablaba con soltura, como una vieja amiga de Jonathan, quien constantemente metía a los otros en la conversación. Estaba en una forma estupenda. «Buen comienzo», pensó Mandrake, «y aún hay mucho reservado». Se volvió hacia la señorita Wynne con la incómoda sensación de que ella se había dirigido directamente a él.

—No entendí nada de nada —estaba diciendo la señorita Wynne—. Pero me enervó por completo, lo cual es siempre bastante divertido.

«Ya», pensó Mandrake, «una de mis obras».

—Por supuesto —continuó—, que no sé si usted estaría pensando cuando lo escribió, lo que yo pensaba mientras lo veía, pero, si era así, no sé cómo consiguió que el lord Chamberlain lo dejara pasar.

—El lord Chamberlain —dijo Mandrake— me tiene miedo, y por una razón parecida. No sabe si se trata de su sucia mente o de la mía, por eso no dice nada.

—¡Ah! —exclamó Jonathan—. ¿Acaso es la señorita Wynne una admiradora, Aubrey?

—¿Admiradora de qué? —preguntó la señora Compline con voz

cansada.

—De los dramas de Aubrey. El Unicornio inaugurará la temporada con su nuevo drama en marzo, si todo va bien. Debes ir al estreno. Se llama «El mal apagón», y es increíblemente emocionante.

—¿Un drama de guerra? —preguntó la señora Compline. La pregunta, por alguna razón, puso furioso a Mandrake, aunque contestó con alarmante cortesía que no era un drama de guerra, sino un experimento de formulismo bidimensional. La señora Compline le miró inexpresivamente y se volvió a Jonathan.

—¿Qué quiere decir? —preguntó William. Fijó la vista en Mandrake con expresión de incredulidad ofendida—. ¿Bidimensional? Eso quiere decir plano, ¿no?

Mandrake escuchó un suspiro de impaciencia por parte de la señorita Wynne, y adivinó que William podía ser algo tozudo.

—¿Quiere decir que los personajes no serán como los de una fotografía? —inquirió ella.

—Exacto.

—Sí —insistió William—. Pero eso de bidimensional... No lo veo claro.

Mandrake comenzó a recelar un terrible aburrimiento, pero Jonathan cortó limpiamente con una divertida relación de su propio aprendizaje como espectador de teatro moderno. William le escuchó con la boca no del todo cerrada y una expresión anhelante en los ojos. Mientras los otros reían los chistes de Jonathan, William parecía perplejo. Mandrake podía ver cómo formaba con los labios las sílabas ofensivas de «bidimensional».

—Supongo —dijo de repente— que usted piensa que no es lo que se dice, sino cómo se dice, lo que importa. Sus dramas, ¿tienen argumento?

—Tienen temas.

—¿Cuál es la diferencia?

—Mi querido Bill —dijo la señorita Wynne—, no se debe intimidar a autores famosos.

William se volvió a ella con una sonrisa que casi le hacía hermoso.

—¿No se debe? Pero cuando uno hace algo, le gusta hablar de ello. A mí me gusta hablar de lo que hago. Quiero decir, de lo que hacía antes de la guerra.

Mandrake notó repentinamente que no sabía cuál era la profesión de William.

—¿Qué hace usted? —preguntó.

La respuesta fue sorprendente.

—Pinto cuadros.

La señora Compline se introdujo con firmeza en la conversación.

—William tiene que cuidar de Penfelton en tiempo de paz. Por el momento, claro, tenemos a nuestro viejo administrador, que lo lleva muy bien. Nicholas, mi hijo menor, es soldado. ¿Oíste, Jonathan, que no pasó su reconocimiento médico para el servicio activo? Fue un amargo golpe para él. Por ahora está destinado en Great Chipping, ¡pero anhela tanto estar en Francia con su regimiento! Es natural.

Mandrake la vio mirar su zapato reforzado con el alza.

—En cambio, ¿usted viene del frente con permiso? —preguntó a William.

—Oh, sí —contestó éste.

—Mi hijo Nicholas... —la señora Compline se entusiasmaba hablando de Nicholas. Habló de él extensamente, y Mandrake se preguntó si sería el único que se imaginaba la existencia de una especie de desafío en su insistencia en este tema inoportuno. Veía a la señorita Wynne azorada y a William colorado. Jonathan recibió un verdadero torrente de elogios maternos. Mandrake preguntó a la señorita Wynne y a Williams si creían que iba a nevar otra vez, y los tres se pusieron junto a las grandes ventanas a contemplar las colinas y el valle tornarse oscuros. Los árboles, desnudos, habían perdido a medias su forma en la luz menguante y surgían de la tierra como un aliento helado de ésta.

—¿Algo amenazador, no? —dijo Mandrake.

—¿Amenazador? —repitió William—. Es muy hermoso. Todo negro y blanco y y gris. No creo en eso de ver el color dentro de las cosas. Uno debería pintarlas con el color que tienen cuando se las mira por primera vez. Sí, supongo que usted lo llamaría amenazador. Negro, blanco, gris.

—¿Qué materiales usa? —preguntó Mandrake, extrañado de que todo el mundo pareciera incómodo cuando William hablaba de su pintura.

—Oleo muy espeso —contestó con seriedad.

—¿Conoce a Agatha Troy?

—Conozco sus pinturas, por supuesto.

—Ella y su marido están en la rectoría de Winston St. Giles, cerca de Great Chipping, con los Copelands. Vengo de allí. Están pintando al párroco.

—¿Está usted hablando de Roderick Alleyn? —preguntó la señorita Wynne—. ¿No es su marido? ¡Qué emocionante estar en una reunión con ese guapo inspector! ¿Cómo es?

—¡Oh! —dijo Mandrake—, muy agradable.

Se habían alejado de las ventanas, pero un ruido en el exterior les atrajo de nuevo a ellas. Desde el salón sólo era visible la última curva del camino que salía de los bosques de Highfold.

—Es un coche —dijo William—. Suena como... —se interrumpió

bruscamente.

—¿Va a venir alguien más? —preguntó la señorita Wynne agudamente y conteniendo la respiración.

Ella y William escudriñaron por las ventanas. Un descapotable largo y de aspecto poderoso, pintado de blanco, subía velozmente la última cuesta del camino.

—Pero... —tartamudeó William con la cara muy roja—. Es, es...

—¡Ah! ¿No lo sabías? —dijo Jonathan, detrás de ellos—. Es una agradable sorpresa para ustedes. Nicholas será uno de nuestro grupo.

III

Nicholas Compline era una versión del hermano extremadamente llamativa. En la figura, altura y complexión eran idénticos. Sus rasgos no eran diferentes, pero en Nicholas estaba ausente la insinuación de dibujo torpemente trazado que había en William. Este iba completamente afeitado. Nicholas, en cambio, llevaba un delicado bigote rubio. El uniforme le quedaba casi demasiado bien. Relucía un poco. Sus pantalones eran soberbios. Su cara era semejante al retrato más popular de Carlos II, una versión menos disipada, aunque las líneas de la nariz a la cara no eran tan predominantes y las bolsas en los ojos no habían comenzado a formarse.

Su entrada en el salón de Highfold fue una prueba de aplomo. Sin duda, resultó dramática. Entró sonriendo, sin ver a su hermano y a la señorita Wynne, que estaban aún junto a la ventana; dio la mano a Jonathan, fue presentado a Mandrake y pareció sorprendido al ver a su madre, aunque la saludó de una manera encantadora. Jonathan, que le había cogido del brazo, le hizo volverse hacia la ventana.

No se produjo ningún silencio difícil, porque Jonathan hablaba rápidamente, pero sí, hasta cierto punto, un sentimiento de tensión. Mandrake se preguntó si Nicholas Compline daría media vuelta y se marcharía. Pero, tras examinar la situación, con la mano de Jonathan todavía en su brazo, tan sólo se quedó quieto como un poste, pasando la vista de William a Chloris Wynne. Su cara estaba tan pálida como roja la de su hermano. Había una especie de gesto burlón en sus labios. La señorita Wynne salvó la situación. Abrió las manos y le dirigió a Nicholas un saludo de vendedor ambulante, tocándose la frente y extendiendo la palma hacia él. Mandrake sospechó que tal gesto era extraño en ella y admiró su valor.

—Oi —dijo.

—Oi, ooi —dijo Nicholas, devolviéndole el saludo. Miró a William y dijo con voz desafinada—: Toda una reunión familiar.

La madre le tendió la mano. Rápidamente fue hacia ella y se sentó en el brazo de su silla. Mandrake vio adoración en los ojos de ella y se

frotó las manos mentalmente. «La fijación materna», pensó, «no me va a decepcionar». Y empezó a precaverse en contra de la influencia de Eugene O'Neil. William y su Chloris permanecieron junto a la ventana. Jonathan, tras echarles una mirada de pájaro, se entretuvo en una cómoda conversación a tres bandas con la señora Compline y Nicholas. Sentado a la sombra, Mandrake se vio libre para vigilar a los amantes. De nuevo se relamió. Al principio, William y Chloris miraban fijamente por la ventana y hablaban en susurros. Ella señaló algo de fuera, pero Mandrake estaba seguro de que aquel gesto era falso y de que estaban discutiendo apresuradamente sobre la llegada de Nicholas. En seguida presenció un pequeño episodio que creyó curioso y esclarecedor. Fue una especie de mimo, una interacción de miradas sometidas a los imperativos de la buena educación, un cuarteto de miradas. William estaba de espaldas a la ventana, con los ojos en su madre. Esta había estado charlando con Nicholas en un humor que se acercaba a la alegría. Al mirarle a la cara, una sonrisa, dolorosa por su intensidad, levantaba las caídas comisuras de sus labios. La risa de Nicholas era más ruidosa de lo que la conversación parecía justificar. Mandrake observó que estaba mirando de lleno a Chloris Wynne por encima de la cabeza de su madre. Creyó ver como una cierta insolencia en la descarada mirada de Nicholas. Se volvió para ver cómo se lo tomaba la señora y encontró que ésta se la devolvía con interés. Si miraron fija y hostilmente a los ojos. Nicholas rió de nuevo y William, como avisado por el ruido, dejó su sombría contemplación de la madre y tornó la mirada a Nicholas primero y después a Chloris. Ninguno de ellos le prestó la menor atención, pero Mandrake pensó que Nicholas era perfectamente consciente de su hermano; que de alguna manera que los otros percibían claramente, estaba pinchando a William. La voz de Jonathan interrumpió esta pequeña pantomima.

—... mucho tiempo —decía— desde que me permití por última vez una de mis propias fiestas y no me importa confesar que espero mucho de ésta.

La señorita Wynne se unió al grupo junto al fuego y William la siguió.

—¿Es este el grupo? —preguntó—. ¿O somos sólo el principie?

—Un principio esencial, señorita Chloris, sin el que el fin no sería posible.

—¿A quién más has invitado, Jonathan? —preguntó Nicholas con los ojos fijos en la señorita Wynne.

—Oh, bien. No sé si decírtelo, Nick. ¿O quizá sí? ¿No crees que es bastante divertido —dijo Jonathan, volviendo los ojos a la señora Compline— dejar que la gente se encuentre, sin inculcarles ideas preconcebidas de unos y otros? Sin embargo, conocéis a uno de mis huéspedes tan bien que no me importa anunciar por adelantado su

llegada: Hersey Amblington.

—Va a venir la vieja Hersey, ¡vaya! —dijo Nicholas algo desconcertado.

—No seas demasiado despiadado con tus adjetivos, Nick —le reprendió Jonathan suavemente—. Hersey es diez años menor que yo.

—Tú eres intemporal, Jonathan.

—Eso es encantador de tu parte, pero me temo que la gente sólo le hace a uno cumplidos sobre su juventud cuando ésta ha desaparecido. A mí Hersey apenas me parece algo más vieja de lo que era en los días en que bailaba con ella. Aún baila, creo.

—Será agradable ver a Hersey —dijo la señora Compline.

—Creo que no conozco a ninguna Hersey, ¿verdad? —era la primera vez que Chloris se había dirigido directamente a la señora Compline. Nicholas contestó.

—Es una novia de Jonathan —dijo—. Lady Hersey Amblington.

—Es mi prima tercera —dijo Jonathan seriamente—. Todos sentimos bastante cariño por ella.

Nicholas seguía hablando con Chloris.

—Es divina. Yo la adoro.

Chloris se puso a hablar con William.

Mandrake pensó que si alguien iba a enterrar el hacha de guerra de la armería de los Compline, no sería William. Decidió que no era tan distraído y afable como parecía. La charla prosiguió rápidamente bajo la dirección de Jonathan y el mismo Mandrake como su capacitado segundo, pero tenía una especie de sustrato ligeramente antagonístico. Cuando, inevitablemente, la conversación versó sobre la guerra, William contó, con ingenuidad engañosa, una historia sobre un incidente en una patrulla: cierto soldado había soltado una cómica blasfemia acerca del tema de los cómodos trabajos en la retaguardia. Al momento la señora Compline contó a Jonathan las pocas horas que Nicholas disponía para dormir y lo duro que le hacían trabajar. Nicholas mismo habló de haber tocado resortes para ser transferido al servicio activo. Había visto, según dijo, a un importante personaje.

—Por desgracia, sin embargo, le pillé en un mal momento. El caballero estaba muy fastidiado. Tengo entendido —añadió con una de sus brillantes miradas a Chloris— que ha tenido un fracaso amoroso.

—Eso no es razón —dijo Chloris— para no comportarse educadamente con gente relativamente desconocida.

Nicholas le hizo la sombra de una irónica reverencia.

Jonathan comenzó la relación de sus propias actividades como presidente del comité local de evacuación y la convirtió en un asunto tan gracioso que la guardia de sus oyentes pareció relajarse con cada frase suya. Mandrake, que tenía un cierto humor austero y

característico, continuó con la descripción de un miembro del coro que se encontró a sí mismo en una obra ultramoderna. Se anunció el té, que se desarrolló hasta el final en el mismo tono alegre de comedia. «Señor», pensó Mandrake, «¡si al final lo consiguiera!» Sorprendió en los ojos de Jonathan un destello de triunfo.

Después del te Jonathan propuso un paseo ligero, y Mandrake, que sabía que su anfitrión compartía su aversión por este tipo de ejercicios, sonrió para sí con ironía. Jonathan no se iba a arriesgar a otra sesión en el salón. Con un poco de suerte, habría más llegadas mientras ellos estaban fuera y la nueva serie de encuentros tendría lugar en medio de un ambiente propicio de jerez y cócteles. Cuando estuvieron todos reunidos en el vestíbulo, apareció Jonathan con una capa tirolesa verde musgo. Tenía una apariencia bastante singular, pero Chloris Wynne, que evidentemente había decidido que le gustaba su anfitrión, lanzó una admirativa exclamación, y Mandrake, que había decidido que Chloris Wynne le gustaba, hizo de eco. En el último momento Jonathan recordó una importante llamada telefónica y pidió a Mandrake que condujera al grupo fuera. Arrojó la capa sobre los hombros de Nicholas. La capa le colgaba de los hombros en pesados pliegues y le convertía en una figura centroeuropea.

—¡Magnífico, Nick! —dijo Jonathan. Mandrake vio ,que la señora Compline y Chloris estaban de acuerdo con él. La capa daba el debido énfasis al toque de bravura que era un ingrediente esencial de la personalidad de Nicholas. Salieron al frío crepúsculo de la última hora de la tarde.

IV

—Para mí —dijo el doctor Hart en alemán— es una posición insostenible..., ¿entiendes? Para mí.

—No seas ridículo —repuso Madame Lisse en inglés—. Y por favor Francis, no hables en alemán. Es una costumbre tuya que deberías abandonar.

—¿Por qué no debo hablar en alemán? Soy un austríaco nacionalizado. Todo el mundo sabe que soy austríaco nacionalizado y que detesto y aborrezco el régimen nazi con el que nosotros... nosotros los británicos tenemos un conflicto.

—A pesar de todo, es un idioma impopular.

—Muy bien, muy bien; ya estoy hablando inglés. Y te digo sin rodeos en inglés que si mantienes ese asunto con el tal capitán Nicholas Compline, tomaré las más enérgicas medidas para...

—¿Para qué? Conduces demasiado de prisa.

—Para terminar con ello.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó Madame Lisse, acurrucándose en

sus pieles con aire de secreta fruición.

—Llevándote a Londres el próximo fin de semana.

—¿Con qué propósito? Esto es Winton. Te ruego que no conduzcas tan de prisa.

—Al volver —dijo el doctor Hart, cambiando el pie al freno— anunciaré nuestro matrimonio, que habrá tenido lugar en Londres discretamente.

—¿Te has vuelto loco? ¿Acaso no lo hemos discutido ya mil veces? Sabes muy bien que dañaría tu consulta. Una mujer llena de odiosas arrugas viene a mí. Yo veo que no puedo hacer nada, ni siquiera fingir que hago algo. Le sugiero la cirugía plástica. Ella me pregunta si le puedo recomendar un cirujano. Yo menciono a dos o tres, uno de ellos tú. Le cuento algunos éxitos tuyos; tú vives aquí, en Great Chipping, los otros en el extranjero o en Londres. Ella recurre a ti. Pero ¿puedo decirle a mi cliente, con el mismo aire de independiente seguridad, «de verdad, vaya a mi marido. Es maravilloso»? ¿Y puedes tú, querido, que has clamado siempre que los masajes son absolutamente inútiles, que las especialistas de belleza roban a las tontas, que las cremas y lociones son una fatuidad; puedes presentar a Elise Lisse, del estudio Lisse, especialista en belleza *par excellence*, como tu mujer? La buena Lady Hersey Amblington tendría algo que decir sobre eso, y no precisamente en provecho nuestro, te lo aseguro.

—Entonces, deja tu negocio.

—¿Y partir mis ingresos por la mitad? Mejor dicho, nuestros ingresos. Además, disfruto con mi trabajo. Me ha divertido conseguir mis pequeñas victorias sobre la buena de Lady Hersey. Amigo, el Estudio Lisse es una empresa en crecimiento y yo me propongo permanecer a su cabeza.

El doctor Hart aceleró de nuevo, mientras su coche subía la empinada carretera que ascendía desde el valle de Pen Cuckoo hasta Cloudyfold.

—¿Ves los tejados de aquella casa grande, arriba entre los árboles?

—Es Pen Cuckoo. Está cerrada de momento. ¿Qué pasa con ella?

—¿Sabes por qué está cerrada? Te lo recordaré. Hace dos años alojaba a una maníaca homicida. Sus parientes no han vuelto tras el juicio.

Madame Lisse volvió la mirada a su acompañante. Vio un perfil duro, un mentón macizo, ojos gris claro y un cutis de una palidez extrema y, sin embargo, saludable.

—Bien —murmuró—. ¿Puede saberse qué pasa con ella?

—Has oído el caso, por supuesto. Se dice que mató a su rival. Las dos tenían entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años. Una edad

peligrosa para ambos sexos. Yo mismo tengo cincuenta y dos años.

—¿Qué conclusión se supone que he de sacar? —preguntó Madame Lisse con tranquilidad.

—Debes reconocer —replicó el doctor Hart— que las personas de una cierta edad pueden llegar a los extremos cuando la seguridad de su, digamos, vida amorosa está en peligro.

—Mi querido Francis, esto es espléndido. ¿He de entender que le vas a tender una emboscada a Nicholas Compline? ¿Qué arma escogerás? ¿Él lleva espada? Creo que no está excesivamente afilada, pero se supone que sabría defenderse.

—¿Estás enamorada de él?

—Si te contesto que no, no me creerías; si te contesto que sí, perderás los estribos.

—De cualquier modo —dijo el doctor Hart con calma— me gustaría una respuesta.

—Nicholas estará en Highfold. Puedes vigilarnos y descubrirlo.

Siguió un largo silencio. La carretera se curvaba repentinamente y llegaba a la altura conocida como Cloudyfold. Seguía durante un corto trecho la cresta de las colinas cubiertas de nieve. A su derecha y bajo ellos, Madame Lisse y el doctor Hart veían los bosques helados de Pen Cuckoo; más allá, veredas desoladas, lentas columnas de humo de las chimeneas y, en la distancia, una larga masa oscura que era el pueblo de Great Cloudyfold. Las dispersas casitas de campo de piedra de Dorset parecían casi negras bajo las nubes que colgaban como una mortaja de un horizonte al otro, mientras que sus tejados brillaban reflejando una luz huidiza. Un solitario copo de nieve apareció en el parabrisas y se deslizó hacia abajo.

—Muy bien —dijo el doctor Hart en voz alta—. Veré.

Madame Lisse sacó una mano enguantada de debajo de la manta de viaje y hurgó ligeramente tras la oreja del doctor Hart con un dedo.

—Realmente, yo estoy consagrada a ti —dijo.

Él tiró de la mano hacia abajo, empujando a un lado el guante con los labios.

—Ya conoces mi carácter. Es un error hacerse el tonto conmigo.

—Suponte que sólo me esté haciendo la tonta con Nicholas Compline.

—Bien —repitió—. Veré.

V

Hersey Amblington vigilaba por la ventana de la oficina en el Salón de Ciclamen a dos dientas suyas que caminaban por la calle, a pasitos cortos y con cierto movimiento impertinente de las popas. Pasaron delante de las odiadas ventanas del Estudio Lisse, vacilaron

un momento, y luego desaparecieron por la entrada.

—A comprar la crema de base Lisse —pensó Hersey—. Por eso no querían un masaje facial.

Se volvió a la oficina. El sonido familiar de los secadores, el conocido olor del aire caliente, del fijador para el pelo, de las bolsitas usadas para ondular permanentes y las familiares y agudas indiscreciones de las dientas que charlaban con las ayudantes, fueron a su encuentro.

—... mucho después de la leche. Me siento reventada y eso no es asunto de nadie.

—... mucho mejor después de un masaje facial. Yo siempre creo que es maravilloso lo que un facial «la» hace a una.

—...no puedo recordar su nombre, o sea que está claro que no los encontraré jamás.

«¡Qué vulgar!», pensó Hersey, «todas mis dientas son mujeres vulgares. ¡Maldita sea esa Lisse! ¡Condenada pirata!»

Miró su reloj. Las cuatro. Inspeccionaría los cubículos y después le daría el mando a su segunda. «Si no fuera porque atraigo a las snobs —pensó severamente— estaría viviendo de las sobras de la Pirata.»

Echó una ojeada al espejo sobre el mostrador y retocó automáticamente su anillo de rizos; «Cada vez más grises —dijo Hersey—, pero que me maten si me los tiño.» Miró su cara con ceño desapasionado. «Mi niña, tu rostro es demasiado sano y la "Crema nutritiva Hersey" no le hace mucho efecto a tus encantos de señora madura. Bien.»

Inspeccionó los cubículos. Mantenía cortos diálogos profesionales a base de réplicas entre ella y las ayudantas, calculados para persuadir a sus clientes de que su aspecto había mejorado fenomenalmente. Con las dientas se mostraba comprensiva, las calmaba y les daba ánimos. Declinó una invitación a cenar de la del tratamiento facial y atendió una reclamación de una de las de la permanente. Cuando regresó a la oficina, encontró a su segunda al teléfono.

—¿Le interesaría a la señora concertar otra cita? ¿No? Muy bien.

—¿Quién es? —preguntó Hersey, cansada.

—La doncella de la señora Ainsley. Dice que su señora no vendrá mañana a su masaje semanal. Las chicas dicen que la han visto salir del Estudio Lisse.

—¡Ojalá le salga barba! —masculló Hersey, sonriendo con ironía a su segunda—. ¡Bah! Que se vaya al infierno. ¿Cómo está el libro de citas?

—¡Oh!, estamos bastante ocupadas. Todo reservado durante tres semanas. Pero no son tan elegantes como solían.

—¿Qué importa? Me voy, Jane. Si me necesitaras mañana, estaré en casa de mi primo, Jonathan Royal. Ya sabes, en Highfold.

—Sí, lady Hersey. Parece como si la Lisse fuera a salir este fin de semana. La vi marcharse de la tienda hace una media hora y meterse en el coche del doctor Hart. Me pregunto si habrá algo de cierto en esas historias. Llevaba una maleta muy grande.

—¡Ojalá llevara un camión de mudanzas! —dijo Hersey—. Estoy harta de oír el nombre de esa desgraciada. Puede pasearse en pecado por todo Dorset con tal que no incluya Highfold en su gira.

La segunda rió.

—Eso no es muy probable, lady Hersey, ¿verdad?

—No, gracias a Dios. Hasta luego» Jane.

3. Contacto

I

—No hace un tiempo apropiado para mirar una piscina, pero insisto en enseñársela —dijo Mandrake.

Había enviado a los huéspedes a dar un paseo a través de los bosques de Highfold, donde las veredas estaban recubiertas por hojas empapadas, hasta la granja-modelo de Jonathan, y luego, subiendo por un sendero empinado, hasta el lado norte de la casa. Por allí salió cojeando para unirse a ellos. Llegaron a una espaciosa terraza. Debajo, un tramo de escalones enlosados flanqueado por laureles conducía a una gran piscina de cemento, emplazada en medio de un cuidado césped y dominada por un encantador pabellón dieciochesco, decorado entonces con nieve, como una tarjeta navideña. El suelo de la piscina estaba pintado de azul brillante, pero la superficie del agua estaba rugosa y en el crepúsculo de la última hora de la tarde sólo se reflejaba un diseño discontinuo de grises acerados y repugnantes, salpicado de hojas muertas. Mandrake explicó que el pabellón había sido antaño una pajarera, pero que Jonathan lo había hecho decorar de acuerdo con el estilo imperio para celebrar allí *fêtes galantes* junto a la piscina cuando fuera verano. Quedaría muy a lo Rex Whistler, dijo Mandrake, y tendría el aire preciso de alegría formal.

—Por el momento —dijo Chloris—, tiene un aire de desolación formal. Pero veo lo que quiere decir.

—¿No te gustaría darte una tonificante zambullida conmigo mañana antes del desayuno, Chloris? —preguntó Nicholas—. Di que sí.

—No, gracias —contestó Chloris.

—Habría sido desagradable para ti si Chloris hubiera dicho que sí —era la primera observación que William había dirigido directamente a su hermano.

—En absoluto —replicó Nicholas, haciéndole a Chloris su pequeña y rígida reverencia.

—Apuesto diez libras —dijo William, sin hablar con nadie en particular— a que nada de este mundo te haría meterte en ese agua, ni antes ni después del desayuno.

—¿Lo harías? —preguntó Nicholas—. Acepto. Has perdido.

La señora Compline protestó al instante. Recordó a Nicholas el estado de su corazón. William se sonrió burlonamente y Nicholas, con los ojos en Chloris, repitió que mantenía la apuesta. Esta absurda conversación empezó a tomar un cariz desagradable. Mandrake sintió

un toque helado en la mejilla y llamó la atención sobre unos copos de nieve que se esparcían intermitentemente.

—Si éste era su rápido paseo —dijo Chloris—, creo que ya es suficiente. Vamos adentro.

—¿Es una apuesta? —preguntó Nicholas a su hermano.

—¡Oh, sí! —respondió William—. Puede que tengas que romper el hielo, pero es una apuesta.

Acompañados de un vivido torrente de desaprobación por parte de la señora Compline, caminaron hasta la casa. El interés de Mandrake por William aumentaba con cada peripecia de la situación. Estaba tan lleno de arranques como una caja de sorpresas. El proponer repentinamente esa absurda apuesta había sido algo tan inesperado como la actitud que adoptaba ahora. Parecía avergonzado y asustado. Se retrasó y le dijo algo a su madre, que cerró aquella boca trágicamente torcida y no respondió. William le lanzó una mirada, una extraña mezcla de malevolencia y nerviosismo, y se fue tras Chloris, que caminaba junto a Mandrake. Nicholas se les había unido y Mandrake tenía la seguridad de que Chloris era muy, muy consciente de ello. Cuando William la tomó súbitamente del brazo se sobresaltó y pareció que se apartaba. Regresaron acompañados del irritante sonsonete de Nicholas.

En cuanto llegaron a la explanada enfrente de la casa, se encontraron con que alguien más había llegado. El coche de Nicholas había sido retirado y en su lugar se hallaba un tres plazas muy distinguido, del que los sirvientes estaban recogiendo maletas muy elegantes.

—Este no es el coche de Hersey Amblington —dijo la señora Compline.

—No —dijo Nicholas, y añadió con voz fuerte—: ¡Oye! ¿Qué es lo que está tramando Jonathan?

—¿Qué quieres decir, cariño? —preguntó la madre rápidamente.

—Nada —dijo Nicholas—. Sólo que me parece reconocer el coche.

Se retrasó mientras los otros entraban en la casa, esperando a Mandrake. Todavía llevaba la capa de Jonathan por encima del uniforme. Se le ocurrió a Mandrake que debía ser muy consciente de su efectividad para permitirse esta irregularidad. Le puso a Mandrake la mano en el brazo. Los demás entraron en la casa.

—Oiga —dijo—, ¿está tramando algo Jonathan?

—¿Qué quiere decir? —respondió Mandrake, preguntándose qué demonios querría Jonathan que respondiera.

—Bien. Me parece que éste es un grupo extrañamente elegido.

—¿Lo es? ¿Sabe?, no conozco de nada a los otros huéspedes.

—¿Cuándo llegó aquí?

—Ayer por la noche.

—Y bien, ¿no le ha dicho nada Jonathan? Me refiero acerca de los otros invitados.

—Estaba muy contento con su fiesta —repuso Mandrake con cuidado—. Anhela que sea un verdadero éxito.

—¡Anhela, Dios mío!

Dio media vuelta y entró en la casa.

La señora Compline y Chloris subieron a sus habitaciones. Los tres hombres dejaron sus abrigos abajo en un guardarropa donde vieron una capa gemela de la de Jonathan. Cuando volvieron al vestíbulo pudieron oír voces en la biblioteca. Todos se quedaron quietos como de común acuerdo. Había tres voces: la de Jonathan, una voz masculina que hacía pensar en un extranjero debido a su entonación uniforme y un contralto profundo.

—Ya lo sospechaba —dijo Nicholas, y rió desagradablemente.

—¿Qué pasa? —preguntó William a Mandrake.

—Que yo sepa, nada.

—Vamos —dijo Nicholas—. ¿A qué esperamos? Entremos.

Pasó por delante a la biblioteca. Jonathan y los recién llegados se hallaban ante un fuego crepitante. El hombre le daba la espalda a la puerta, pero la mujer la encaraba con aire de apacible expectación. La primera reacción de Mandrake ante su cara, fuertemente iluminada por un aplique, fue asombrarse de que Jonathan hubiera podido olvidarse de decirle lo espectacular que era. En el mundo de Mandrake, las mujeres eran o bien sofisticadas y pulidas, o bien odiosas y extravagantes. Tenía la costumbre de decir: «La artificialidad es un algo fundamental en todas las mujeres de las que uno se enamora. Hasta tal extremo de exquisitez ha sido llevado el artificio, que imita a la naturaleza con un éxito considerable.» Este sutil acicalamiento era evidente en Madame Lisse. Su pelo era lacio y estaba estirado desde una raya en el centro y recogido en. un nudo en la nuca. Estaba pegado a su cabeza como un gorro de raso con toques de .luz azul. Su cara era un óvalo, hermosamente pálido; los párpados no necesitaban de ningún cosmético para oscurecerlos, y sólo la boca proclamaba su arte, vivamente pintada de rojo oscuro. Su vestido era extremadamente simple, pero parecía enguantar el cuerpo antes que vestirlo. No era muy joven, no tan joven como Chloris Wynne, pero tenía, en un grado supremo, la cualidad de la que, a pesar de saber muy poco francés, Mandrake hablaba y en la que incluso pensaba como *soignée*. Además, a su modo, era sobremanera hermosa.

—Madame Lisse —decía Jonathan—, usted conoce a Nicholas, ¿verdad? Permítame presentarle a su hermano y al señor Aubrey Mandrake. Hart, ¿conoce usted a... —las presentaciones de Jonathan se fueron apagando suavemente.

La inclinación del doctor Hart fue extremadamente formal. Era un

hombre alto, pálido y moreno, de panza compacta y firmes manos blancas. Estaba ataviado con el desafiante traje de *tweed* de un ex centroeuropeo fuertemente naturalizado. Mandrake dedujo de su conducta que, o bien no se había encontrado nunca con Nicholas Compline ni deseaba hacerlo, o bien, habiéndoselo encontrado, había tomado la firme resolución de no volver a hacerlo. Nicholas, por su parte, acusó la presentación mirando a algún punto más allá de la oreja izquierda del doctor Hart y pronunciando las palabras «¿Cómo está usted?» como si fueran una maldición. El saludo de Madame Lisse a Nicholas estaba teñido de esa mixtura particular de sosiego y conocimiento con que las mujeres austríacas hacen sentirse a los ingleses peligrosos y contentos. Con el mismo aire, aunque sin el mismo fino subrayado, tendió la mano a William y a Mandrake. Mandrake recordó que Nicholas estaba enterado de que Madame Lisse iba a ir a la fiesta y le vio adoptar una postura de propietario junto a ella. «Va a echarle cara», pensó. «Por Dios que va a mostrarnos qué clase de hueso es para las mujeres.» ¡Mandrake tenía razón! Con una especie de teatralidad insolente, Nicholas se dedicó a Madame Lisse.

Permaneció de pie a un lado, en una actitud que recordaba la de un figurín militar a la moda victoriana, una pierna extendida y la otra doblada. De vez en vez colocaba una mano en el respaldo de la silla mientras la otra iba a su bigote rubio. Siempre que el doctor Hart les miraba ferozmente, lo que repetidamente hacía, Nicholas se inclinaba hacia Madame Lisse y soltaba una risa fuerte y poco convincente, calculada, suponía Mandrake, para demostrar cuánto se divertían juntos él y Madame Lisse. Madame era de ese tipo de mujeres cuyo hábitat natural está en el centro de un grupo de hombres. Dominaba, por tanto, la conversación con la mayor tranquilidad y se las arreglaba incluso para infundir en ella un aire de auténtica alegría a pesar de Nicholas. En esto era hábilmente apoyada por Jonathan y el mismo Mandrake. Incluso William, que vigilaba a su hermano muy de cerca, correspondía al encanto de Madame en esa rara manera suya. Le preguntó bruscamente si alguna vez le habían pintado un retrato. Al enterarse de que tal cosa nunca se había hecho, comenzó a murmurar para sí, lo que pareció molestar a Nicholas. Madame Lisse se puso a hablar con Mandrake de sus obras; Jonathan le siguió el juego y la situación se salvó una vez más. La señora Compline y Chloris entraron en medio de una conversación cuyo centro visual era en gran medida Madame Lisse. Mandrake pensó que la señora Compline no debía de tener noticia del asunto entre Madame Lisse y Nicholas, pues reaccionó sosegadamente a la presentación. Mas, si esto era así, ¿qué razón había dado Chloris para romper el compromiso con Nicholas? «¿No es imposible —especulaba Mandrake— que todo el mundo sea consciente del *affaire Lisse*, excepto la madre? Puede que ella le vea

como un irresistible joven dios que escoge donde le parece y que acepte a Madame sin resentimiento como una devota.» No había dudas acerca de la reacción de Chloris. Mandrake la vio quedarse rígida, quieta, cuando Jonathan pronunció el nombre de Madame Lisse. Ninguna de ellas habló durante, quizá, un segundo completo, y entonces, exactamente como si hubieran recibido una entrada inaudible, Chloris y Madame Lisse se mostraron extremadamente afables una con otra. «De manera que van a tirar por ahí», pensó Mandrake, preguntándose si Jonathan compartía su sentimiento de alivio.

Se sintió menos a gusto al contemplar la reacción de la señora Compline ante el doctor Hart. Murmuró el saludo convencional, le miró a la cara, primero despreocupadamente y después con fijeza, y palideció tan mortalmente que, de hecho, por un momento, Mandrake se preguntó si iría a desmayarse. Pero no se desmayó. Volviéndose, se sentó en una silla, la más alejada de la luz. Caper trajo el jerez y los cócteles de champán.

II

Los cocteles aunque no hicieron milagros, ayudaron considerablemente. Concretamente, el doctor Hart se tornó más sociable. Continuó eludiendo a Nicholas, pero se juntó con Chloris Wynne y William. Jonathan hablaba con la señora Compline; Mandrake y Nicholas con Madame Lisse. Aún mantenía Nicholas su irritante actuación, ahora dedicada, al parecer, a Chloris. Cada vez que Madame Lisse hablaba, él se inclinaba y, tanto si lo que ella decía era serio o alegre, se lanzaba a una exhibición de regocijo calculada (de eso estaba seguro Mandrake) para despertar en Chloris los dolores propios de una mujer despechada. Sufriese o no este malestar, ella no dio más pruebas de su aflicción que las que podían descubrirse ocasionalmente en una mirada pensativa a Nicholas. Le pareció a Mandrake que si había alguna reacción de su parte a la actuación, ésta era placentera. Escuchaba atentamente al doctor Hart, ahora locuaz y suave. Chloris había preguntado si alguien había oído las últimas noticias por la radio. Al momento, Hart se metió en una descripción de sus propias reacciones ante la radio.

—No la puedo soportar. Me afecta a los nervios. Provoca en mí una desagradabilísima... una intolerable *frisson*. Ya tengo suficiente con leer los periódicos. Estoy informado. Le aseguro que me he mudado dos veces de piso debido a la inaguantable persecución de las radios vecinas. ¿No es extraño? Debe de haber alguna explicación psicológica.

—Jonathan comparte su antipatía —dijo Mandrake—. Le hemos

persuadido de que instale un aparato en el cuarto de al lado, en el salón de fumar, pero no creo que llegue a escucharlo.

—Mi respeto por mi anfitrión se incrementa con cada cosa que oigo de él —dijo el doctor Hart. Se tornó extrovertido, extendiéndose sobre su amor a la naturaleza y hablando de las vacaciones en el Tirol austríaco.

—Cuando aquello todavía era Austria —dijo el doctor Hart—. ¿Ha visitado alguna vez Kaprun, señorita Wynne? ¡Qué encantador era Kaprun en aquellos días! Allí uno podía conducir hasta el Gran Glockner. Podía trepar por las montañas de aquel ameno *wein-stube* en el barranco, y los domingos por la mañana iba a Zelleum-Zee. ¡Música en la plaza mayor! ¡Y los cafés! ¡Y aquellas tiendas donde uno podía conseguir los mejores zapatos del mundo!

—Y las mejores capas —dijo Chloris.

—¿Hein? ¡Ah! ¿Se refiere a la capa que le regalé a nuestro anfitrión?

—Nicholas —dijo Chloris— la llevaba hace un momento cuando salimos a dar un paseo.

Los párpados del doctor Hart, que se parecían un poco por su color y textura a los de un lagarto, se entrecerraron sobre sus ojos algo saltones.

—¿De verdad? —dijo.

—Espero —intervino Jonathan— que hayáis visitado mi piscina durante vuestro paseo.

—Nicholas se va a bañar mañana en ella —dijo William— o tendrá que entregarme diez libras.

—Tonterías, William —dijo la madre—. No lo consentiré. Jonathan, por favor, prohíbe a estos idiotas que sigan con sus locuras —su voz, saliendo de la esquina oscura donde se sentaba, sonó inesperadamente alta.

El doctor Hart volvió la cabeza y escrutó las sombras. Pareció no oír cuando Chloris le dijo algo. Sin embargo, aunque la voz de la señora Compline le había sobresaltado, se recobró rápidamente. Mandrake pensó que daba fin a su cóctel más bien precipitadamente y notó que aceptó otro con mano insegura. «Es extraño —pensó Mandrake. Es el más preocupado de los dos y, sin embarga nunca se han visto antes. A no ser... ¡no! Eso sería demasiado. Estoy dejando que las posibilidades de la situación me sobrepasen.»

—Lady Hersey Amblington —dijo Caper desde la entrada.

La primera impresión de Mandrake sobre Hersey Amblington fue característica de la clase de hombre en la que sus cualidades le habían llevado a convertirse. Como Stanley Footling. de Dulwich, Hersey le hubiera impuesto respeto. Como Aubrey Mandrake, del «Teatro Unicornio», se dijo que era penosamente sana.

La cara de Hersey, a pesar de un delicado maquillaje, tenía aspecto de vida al aire libre. Además, no se depilaba las cejas, esas dos barras rectas que protegían sus ojos azules. Llevaba un vestido de *tweed* de Harris y tenía la pinta, pensó Mandrake, de ir a ponerse pesada con los perros. Una mujer campechana, pensó sin extrañarle que Madame Lisse hubiera atraído a sus clientes más elegantes.

Jonathan se apresuró a saludar a su prima. Se besaron. Mandrake tuvo la seguridad de que Jonathan estaba alargando el abrazo lo suficiente como para susurrarle a lady Hersey una advertencia al oído. Vio las hombreras de *tweed* ponerse rígidas. Con unas manos grandes y bellamente formadas apartó a Jonathan para mirarle a la cara. Mandrake, que estaba más cerca de ellos que el resto del grupo, le oyó decir claramente: «Jo, ¿qué estás tramando?» y captó la respuesta de Jonathan: «Ven y lo verás.» La tomó del brazo y la condujo junto al grupo alrededor del fuego.

—Conoces a Madame Lisse, ¿verdad, Hersey?

—Sí —dijo Hersey tras un breve intervalo—. ¿Cómo está?

—¿Y al doctor Hart?

—¿Cómo está? Sandra, querida, qué alegría de verte —dijo Hersey dando la espalda al doctor Hart y a Madame Lisse y besando a Sandra Compline. Su cara estaba oculta a Mandrake, pero vio que tenía las orejas y la nuca escarlatas.

—A mí no me has besado, Hersey —dijo Nicholas.

—No tengo intención. ¿Cuántas semanas llevas destinado en Great Chipping sin dejarme echarte un vistazo? William, querido. No sabía que hubieras llegado otra vez a casa. ¡Qué buen aspecto tienes!

—Gracias, Hersey. Me encuentro muy bien —dijo William con seriedad—. Conoces a Chloris, ¿verdad?

—Aún no, pero estoy encantada de hacerlo y de felicitaros a ambos —dijo Hersey, dando la mano a Chloris.

—El señor Aubrey Mandrake —dijo Jonathan, al tiempo que llevaba una bebida a Hersey.

—¿Cómo está? Jonathan me contó que le conocería. Tengo un tema para usted.

«¡Dios! —pensó Mandrake—. Va a hacerse la graciosa con mis obras.»

—Es acerca de un peluquero falso que estrangula a su rival con un metro de pelo teñido. Va completamente desnudo, excepto por un yelmo de bigudíes de latón para permanente. Quizá sería mejor para un ballet.

Mandrake se rió por educación.

—Un tema seductor —dijo.

—Me alegro de que le guste. No está trabajado del todo aún, pero, por supuesto, su madre llevaba el pelo largo y, de niño, vio al padre

arrastrarla de la coleta por la habitación. Aquello le dio convulsiones, porque él odiaba a su padre y estaba enamorado de su madre. Así que creció, se hizo peluquero y desfogaba sus complejos con los clientes. Debo decir —añadió Hersey— que me gustaría seguir su ejemplo.

—¿Le disgustan sus clientes, lady Hersey? —preguntó Madame Lisse—. Yo no experimento ninguna antipatía hacia los míos. Muchos de ellos se han hecho buenos amigos míos.

—Usted debe ser capaz de trabar amistad muy rápidamente —dijo Hersey con dulzura.

—Claro —añadió Madame Lisse— que eso depende mucho de la clase de la clientela de una.

—Y quizá —replicó Hersey— de la propia clase, ¿no cree? —luego, avergonzada de sí misma, se volvió otra vez a la señora Compline.

—Supongo —dijo la voz de William cerca de Mandrake— que Hersey estaría haciendo algún chiste sobre su ocupación, ¿no?

—Sí —dijo Mandrake precipitadamente, pues le había sobresaltado—, sí, por supuesto.

—Bueno, aun así podría ser una buena idea. ¿O no? Quiero decir que la gente escribe sobre esas cosas. Está aquella obra larga... la vi en Londres hará unos cuatro años, en la que los hermanos descubren algo acerca de la madre y todo eso. Alguna gente pensó que aquella obra era un poco densa, pero yo no. Me pareció que había mucho de real en ella. Yo no sé por qué los dramas tendrían que decir lo que siente la gente de la misma manera que los cuadros. No lo que hace la gente, sino lo que pasa por sus pensamientos.

—Esa es mi propia opinión —dijo Mandrake, que estaba empezando a sentir una no pequeña curiosidad por las pinturas de William. Este se rió de modo más bien insípido y se frotó las manos.

—¿Ve? Ahí lo tiene —pasó la mirada por el círculo de invitados de Jonathan y bajó la voz—. Jonathan nos ha hecho una jugarreta a todos nosotros —dijo inesperadamente. Mandrake no respondió y William siguió:

—Quizá lo planearon ustedes juntos.

—No, no. Esta fiesta es sólo cosa de Jonathan.

—Apostaría a que sí. Jonathan está llevando a la realidad lo que ordinariamente pasa por su pensamiento. Si usted escribiera un drama sobre él, ¿cómo sería?

—Realmente, no lo sé.

—¿No? Si yo pintara su retrato lo haría con forma de huevo, con una sonrisa muy alegre y un escorpión alrededor de la cabeza. Y le pondría por ojos esa especie de ventanas a través de las cuales uno no puede ver. Cristal esmerilado.

Entre los círculos de Mandrake esta clase de cosas eran un lugar

común.

—Entonces, ¿es usted surrealista? —murmuró.

—¿Se ha dado cuenta —continuó William con toda tranquilidad— de que los ojos de Jonathan no tienen ninguna expresión? Son impenetrables —añadió.

Una frase de Alicia a través del espejo le bailaba a Mandrake por la cabeza.

—Son sus gruesos cristales —dijo.

—¡Oh! —dijo William—, ¿es eso? ¿Le ha hablado de nosotros? ¿De Nicholas, Chloris y de mí? Y, claro está, de Madame Lisse?

Con gran alivio de Mandrake, William no esperó una respuesta.

—Yo diría que sí. Le gusta hablar de la gente y, por supuesto, querría tener un público. Me alegra conocer a Madame Lisse. Debo decir que lo de ella y Nicholas no me sorprende. Me gustaría pintarla. Un momento. Sólo voy a por otra copa. La tercera —añadió con el aire de quien anota un tanteo. Mandrake había tomado una copa. Era de la opinión de que los cócteles de champán de Jonathan eran demasiado generosos con el coñac. Se preguntó si la explicación de la sorprendente franqueza de William se hallaría en esa circunstancia. El resto de los reunidos ya había reaccionado a las bebidas y la charla común resultaba fluida y ruidosa. William regresó, llevando un vaso con extremo cuidado.

—Desde luego —dijo—, se sobreentiende que Chloris y yo no hemos visto a Nicholas desde que nos comprometimos. Yo me fui al frente el día en que se anunció y desde entonces Nicholas ha estado en Great Chipping, dirigiendo la guerra. Pero si Jonathan piensa que esta fiesta va a cambiar algo... —William se interrumpió y bebió un tercio de su cóctel—. ¿Qué estaba diciendo? —preguntó.

—Cambiar algo —apuntó Mandrake.

—¡Ah, sí! Si Jonathan o, puestos a ello, Nicholas, imaginan que voy a perder los estribos, están equivocados.

—Pero, seguramente, si Jonathan tiene alguna razón oculta —se atrevió a decir Mandrake— será absolutamente pacífica. Una reconciliación...

—¡Oh, no! —dijo William—. Eso no sería nada divertido—. Miró de lado a Mandrake—. Además, a Jonathan no le gusto mucho, ¿sabe?

Esto concordaba con tanta precisión con la primera impresión suya, que Mandrake miró a William asustado.

—¿No? —preguntó indeciso.

—No. Quería que me casara con una sobrina suya. Era una pariente pobre de la que estaba muy orgulloso. Estábamos más o menos comprometidos, pero realmente no me gustaba como para eso, o sea que me largué. Él no olvida, ya sabe —William sonrió vagamente—. Ella murió. Quedó mal de la cabeza, creo. Fue muy

triste, de verdad.

A Mandrake no se le ocurrió nada que decir y William volvió a su tema.

—No le haré nada a Nicholas. Que enfríe sus ardores en la piscina. Después de todo, he ganado, ya sabe. ¿O no?

«Está borracho», pensó Mandrake, mientras decía con una alegría imbécil:

—Espero que sí.

William terminó su bebida:

—Yo también —dijo pensativo. Miró hacia la chimenea, donde Nicholas, de pie junto a la silla de Madame Lisse, estaba observando a Chloris Wynne—. Él siempre intentará nadar y guardar la ropa.

III

Madame Lisse se sujetó tres de las orquídeas de Jonathan en la pechera de su vestido color vino y se contempló en el espejo. Vio una figura renacentista suavemente pintada sobre una bonita tabla. Todas las superficies, negras, magnolias o color de mora eran lustrosas y difundían una copiosa luz. Detrás de esta magnificencia, en la sombra, se reflejaba la puerta de la habitación. Aún estaba mirando su imagen cuando esta puerta se abrió lentamente.

—¿Qué ocurre, Francis? —preguntó Madame Lisse sin volver la vista.

El doctor Hart cerró la puerta. En seguida su figura estuvo detrás de la de ella en el largo espejo.

—No ha sido prudente que entraras —dijo hablando en voz muy baja—. Esa mujer está en la habitación al lado de la tuya y la de la señora Compline es contigua a ésta.

—¿Por qué no te has cambiado? Vas a llegar tarde.

—Tengo que hablar contigo. No me puedo quedar en esta casa, Elise. Debo encontrar alguna excusa para irme en seguida.

Ella se volvió y le miró fijamente.

—Francis, ¿qué te ocurre ahora? ¿Seguro que no estás preocupado *á cause de Nicholas Compline*? Te aseguro...

—No es únicamente por causa de él. Aunque...

—¿Entonces qué?

—Por su madre.

—¡Por su madre! —repitió sin entender—. Esa desdichada mujer. ¿Has visto alguna vez una cara más catastrófica? ¿Qué quieres decir? Me preguntaba si quizá el señor Royal la había invitado para hacerte un favor.

—Un favor —repitió el doctor Hart—. Un favor. *¡Gott im Himmel!*

—¿No podrías hacer nada?

—Lo que has visto —dijo el doctor Hart— lo hice yo.

—Tú. Francis, ella no sería…

—Fue en mis primeros tiempos. En Viena. Usé el tratamiento de Schmitt-Lipmann…, parafina. Hace mucho tiempo que lo desechamos, pero en aquellos días se empleaba en todas partes. En este caso… como ves…

—¿Y su nombre? Seguro que recordabas su nombre.

—No dio su propio nombre. Es frecuente que no lo hagan. Se hizo llamar señora Nicholas, supongo que por su maldito hijo. Después, claro está, montó una gran escena. Intenté algunos arreglos, pero por aquel entonces yo tenía menos experiencia y la práctica de la cirugía estética estaba en su infancia. No pude hacer nada. Cuando vine a Inglaterra, mi mayor terror era que pudiera encontrarme un día con esta señora Nicholas —el doctor Hart rió sin ganas—. Creo que mis primeras sospechas sobre ese joven surgieron de los recuerdos relacionados con su nombre.

—Es obvio que ella no te reconoció.

—¿Cómo lo sabes?

—Su conducta fue perfectamente tranquila. ¿Cuánto tiempo hace que ocurrió este asunto?

—Unos veinticinco años.

—¿Y entonces tú eras el joven doctor Franz Hart, de Viena? ¿No llevabas barba y bigote? Sí. Y estabas delgado en aquellos días. Claro que no te reconoció.

—Franz Hart y Francis Hart. No hay tanta diferencia. Todos ellos saben que soy un austríaco nacionalizado y un cirujano plástico. No puedo enfrentarme con ello. Hablaré ahora mismo con Royal. Le diré que debo atender un caso urgente…

—… y causarás sospechas por tu conducta. Tonterías, amigo. Debes quedarte y portarte encantadoramente con la señora Compline para que si ahora sospecha, se diga a sí misma: «Me equivoqué. Él nunca habría podido enfrentarse conmigo.» Vamos —dijo Madame Lisse, atrayendo la cara de él cerca de la suya—; vas a conservar la cabeza fría, Francis, y si haces bien tu papel, quién sabe si mañana habrán cambiado las tornas.

—¿Qué quieres decir?

—Puede —rió Madame Lisse suavemente— que tenga celos de la señora Compline. No, no, me estás estropeando el peinado. Ve a cambiarte y olvida tus inquietudes.

El doctor Hart fue hasta la puerta y se detuvo.

—Elise —dijo—, suponte que esto estuviera planeado.

—¿Qué dices?

—Suponte que Jonathan Royal lo supiera. Suponte que nos hiciera coincidir deliberadamente.

—¿Y qué más? ¿Por qué diablos habría de hacer una cosa así?
—Hay algo de malicioso en él.
—Tonterías —dijo ella—. Ve a cambiarte.

IV

—Hersey, quiero hablar contigo. Desde dentro de los voluminosos pliegues del vestido que se estaba metiendo por la cabeza, Hersey dijo:
—¡Sandra, cariño, entra! Estoy deseando tener una charla contigo. Un momentito. Siéntate —dio un tirón al vestido, por encima del cual salió una cabeza firmemente envuelta en una fuerte redecilla. Se quedó un momento mirando a su amiga. Aquella cara, que tan penosamente recordaba la imagen de algún espejo curvo, tenía el color de un pergamino. Los labios mantenían la parodia forzada de una sonrisa, pero temblaban. Los grandes ojos estaban empañados de lágrimas.
—Sandra, querida, ¿qué te pasa?
—No puedo permanecer aquí. Quiero que me ayudes. Tengo que salir de esta casa.
—¡Sandra! Pero ¿por qué? —Hersey se arrodilló al lado de la señora Compline—. ¿No estarás pensando en esas habladurías acerca de Nick y la Pirata? ¡Así se quedara ciega!
—¿Qué habladurías? No sé lo que estás diciendo. ¿Qué pasa con Nicholas?
—No importa. No es nada. Cuéntame qué te ha pasado —Hersey tomó la mano de la señora Compline entre las suyas y, al sentir cómo se retorcían juntas dentro mientras las apretaba, se le ocurrió la idea de que el dolor que la cara de la señora Compline era incapaz de expresar había fluido a aquellas manos que allí se debatían.
—¿Qué te ha pasado? —repitió.
—Hersey, ese hombre, el nuevo amigo de Jonathan. No puedo volverle a ver.
—¿A Aubrey Mandrake?
—No, no. Al otro.
—¿Al doctor Hart?
—No puedo verle.
—Pero ¿por qué?
—No me mires. Sé que es tonto por mi parte, pero no puedo contártelo si me miras. Por favor, continúa vistiéndote y déjame que te cuente.
Hersey volvió hacia el tocador y en seguida la señora Compline comen/ó a hablar. La voz, delgada, agotada, ya bien controlada, contó sin animación la historia de una belleza arrebatada. Se fue arrastrando desapasionadamente por entre las infidelidades del marido, la

desesperación de ella, el viaje a Viena y el regreso. Mientras escuchaba, Hersey se maquilló distraídamente, se quitó la redecilla y se arregló el pelo. Cuando la otra terminó, se volvió hacia ella sin acercarse.

—¿Estás segura? —dijo.

—Era su voz. Cuando oí por primera vez que tenía una consulta en Great Chipping, quedé extrañada y se lo dije a Deacon, mi doncella. Ella estuvo conmigo aquella vez en Viena.

—Eso fue hace más de veinte años, Sandra. Además, su nombre...

—Debe habérselo cambiado al adquirir la nacionalidad.

—¿Se parece algo al de entonces?

—No. Ha cambiado mucho.

—¿Entonces?

—No estoy segura, pero estoy casi segura. ¿Verdad que no puedo enfrentarme con ello, Hersey?

—Creo que puedes y creo que lo harás.

V

Jonathan se hallaba en el salón, ante un brillante fuego. Cortinas de brocado colgaban inmóviles ante las ventanas. La habitación brillaba con la luz reflejada y estaba silenciosa excepto por el silbar y crepitar de los troncos ardiendo. Fuera, la noche estaba también silenciosa, pero, de cuando en cuando, se oía un suspiro momentáneo, como si el viento del norte en persona anduviese explorando las paredes de Highfold. En ese momento, una de las contraventanas golpeó suavemente el marco, las cortinas de brocado se agitaron un poco y Jonathan levantó la vista con expectación. Al otro lado de la habitación se abrió una puerta, dejando pasar a Hersey Amblington.

—¡Hersey, magnífico! Parece que te has vestido para agradarme. Siento pasión por el verde apagado y por las pieles. Es encantador por tu parte, querida.

—No me creerás tan encantadora cuando oigas lo que tengo que decirte —replicó Hersey—. Tengo algo que discutir contigo, Jo.

—Qué frase tan alarmante. ¿Una copa?

—No, gracias. Sandra Compline ha estado amenazando con irse de casa.

—¿De verdad? Es un fastidio. Espero que la hayas disuadido.

—Lo hice.

—¡Estupendo! Te estoy muy agradecido. Hubiera estropeado mi fiesta por completo.

—Le pedí que no te diera el gusto de saber que te habías anotado un tanto.

—No; eso no es nada justo —exclamó Jonathan.

—No, no lo es. Oye, ¿tú sabías lo de Sandra y ese amigo tuyo de rostro pálido?

—¿Mandrake?

—Mira, Jo, déjate de tonterías. Sandra le hace confidencias a su doncella y me ha dicho que ésta es íntima amiga de tu señora Pouting. Tú has escuchado las habladurías de los criados y has oído que Sandra pensaba que este doctor Hart podría ser aquel doctor Hartz que le hizo aquel horroroso estropicio en la cara.

—Tan sólo me lo preguntaba. Sería una interesantísima coincidencia.

—Estoy avergonzada de ti y también furiosa contigo por mí misma: obligarme a ser cortés con esa condenada alemana.

—¿Es alemana?

—Sea lo que sea, pelea sucio. Sé de muy buena tinta que ha levantado el rumor de que mi crema nutritiva de base hecha de magnolias hace crecer la barba. Pero eso no importa. Puedo cuidar de mí misma.

—¡Querida Hersey! ¡Si tan sólo me hubieras permitido encargarme de esa agradable carga!

—Es esa broma cruel que le has gastado a Sandra lo que me horroriza. Siempre has sido igual. Jo. Tienes una pasión por la intriga unida a una curiosidad atroz. Haces tus planes y nadie lo lamenta más ni está más sorprendido que tú cuando se desarrollan y la gente resulta herida o se pone furiosa. Es una mancha escondida de tu personalidad.

—¿Fue por eso por lo que me rechazaste, Hersey, hace tantos años?

Hersey contuvo el aliento y calló por un momento.

—No es que esté de acuerdo contigo, ya sabes —dijo Jonathan—. Uno de mis objetivos es un masivo enterramiento de hachas de guerra. Espero mucho de este fin de semana.

—¿Esperas reconciliar a los hermanos Compline dando a Nicholas la oportunidad de pavonearse como un ave de corral delante de Chloris Wynne? ¿Supones que a Hart, que está evidentemente enamorado de la Pirata, le agradará que Nicholas actúe de la misma manera con ella, o que la Pirata y yo vayamos de un lado a otro de la casa, agarradas de la cintura, o que Sandra Compline invite a Hart a que le vuelva a cortar la cara? No eres un tonto, Jo.

—Tenía esperanzas de que cooperarías —dijo Jonathan tristemente.

—¡Yo!

—Bueno, querida, lo has hecho hasta cierto punto. Encajaste maravillosamente tu encuentro con Madame Lisse y, según me cuentas, has convencido a Sandra de que se quede.

—Sólo porque pensé que era mejor para ella enfrentarse con esto.

—¿No crees que podría ser mejor para todos nosotros enfrentarnos a nuestros temores secretos? Hersey, he juntado a un grupo de gente, cada uno de los cuales está en mayor o menor grado atormentado por un miedo. Incluso Aubrey Mandrake tiene sus pequeños temores.

—¿El que escribe dramas en verso? ¿Qué es lo que has rastreado en su pasado?

—¿De verdad quieres saberlo?

—No —dijo Hersey, enrojeciendo.

—Estarás sentada junto a él durante la cena. Dile, con estas palabras exactas, que ha dejado de ocuparse de trivialidades[2] y observa la reacción que obtengas.

—¿Por qué iba a usar ese repugnante lenguaje con el señor Mandrake?

—¿Por qué? Simplemente, querida, porque, aunque tú no lo admitas, tienes tu participación en el defecto de la familia…, la curiosidad.

—No lo admito. Y no lo haré.

Jonathan rió agudamente.

—Es una idea divertida. Le haré la misma sugerencia a Nicholas. Creo que le interesaría. Volviendo a nuestro reparto de personajes, cada uno de ellos, Sandra Compline sobre todo, ha encerrado sus miedos en un cuarto trastero. Chloris tiene miedo de su antigua atracción por Nicholas; William tiene miedo del encanto de Nicholas para Chloris y su madre; Hart del que tiene para Madame Lisse. Sandra tiene miedo de un terrible incidente de su pasado, y Madame Lisse tiene miedo, aunque deba reconocer que no lo demuestra, de Hart y Nicholas a la vez. Tú, querida, temes el futuro. Y si Nicholas teme algo, es perder el prestigio; un miedo terrible.

—¿Y tú, Jo?

—Yo soy el presentador. Una parte de mi trabajo es abrir los armarios y mostrar que esos miedos no son tan terribles a la luz del día.

—¿Y no tienes tú algún temor particular?

—¡Oh!, lo tengo, sí —dijo Jonathan. La luz se reflejaba en sus gafas—. Su nombre es el Aburrimiento.

—Con ello me doy por respondida —dijo Hersey.

4. Amenaza

I

Mientras se vestía Mandrake se preguntaba cómo colocaría Jonathan al grupo para la cena. Intentó esbozar en varias hojas de papel de cartas de Highfold un esquema que mantuviera separados a los más encarnizados antagonistas entre los invitados. Encontró la tarea más allá de sus posibilidades. Los contendientes podían ser separados, pero semejante arreglo tan sólo parecía dar énfasis a amistades que eran por sí mismas enloquecedoras para uno u otro de los huéspedes. No le cabía en la cabeza el que Jonathan, envalentonado hasta la temeridad, escogiera un arreglo lo más molesto y provocador posible. Pero eso fue lo que hizo. La mesa rectangular había sido reemplazada por una redonda. Madame Lisse estaba sentada entre Jonathan y Nicholas; Chloris, entre Nicholas y William. Sandra Compline estaba a la derecha de Jonathan y con el doctor Hart como su otro compañero. Hersey Amblington estaba junto al doctor Hart, y Mandrake, el hombre desparejado, se sentaba entre Hersey y William. Desde el momento en que hallaron sus sitios, le resultó obvio a Mandrake que el mayor riesgo para el éxito de la fiesta venía de la señora Compline y el doctor Hart. Habían sido los últimos en llegar. La señora Compline se había presentado después de que Caper anunciara la cena. Ambos estaban extremadamente pálidos. Al ver sus tarjetas, parecieron encogerse de miedo. «Como caballos agitados», pensó Mandrake. Cuando estuvieron todos sentados, el doctor Hart lanzó una extraña mirada a Madame Lisse por encima de la mesa. Ella le miró fijamente durante un rato. Jonathan hablaba con la señora Compline; el doctor Hart, con un esfuerzo evidente, se dirigió a Hersey Amblington. Nicholas, con el aire de un comensal de profesión, se entretuvo con unas cuantas frases, dirigidas por igual a Madame Lisse y a Chloris Wynne, pensó Mandrake. Eran frasecillas sin contenido, pero Nicholas las pronunciaba con muchas inclinaciones de cabeza a éste y aquel lado, con miradas astutamente masculinas, con carcajadas puntuales y frecuentes movimientos de la mano al bigote. En los años noventa, pensó Mandrake, Nicholas habría sido considerado un pisaverde. «No hay una palabra moderna que describa sus galanterías.» Estas galanterías, sin embargo, tenían éxito, pues Madame Lisse y Chloris comenzaron a tener un aspecto vigilante y lustroso. William mantenía un silencio testarudo y el doctor Hart miraba de vez en cuando a Madame Lisse, al tiempo que hablaba con Hersey.

Jonathan había escogido una mesa redonda con el evidente propósito de que la conversación fuese general y en ello tuvo éxito. A pesar de lo furiosa que Hersey pudiera estar con su primo, estaba claro que debía haber decidido hacer el papel de anfitriona que Jonathan le había claramente asignado. También Mandrake, Madame Lisse y Nicholas aportaron su grano de arena y al momento apareció una especie de alegría en la mesa. «Va a resultar solamente una fiesta con un éxito precario en medio de extraordinarios obstáculos», se dijo Mandrake. «Hemos hecho una tormenta en un vaso de agua.» Pero su opinión fue contrariada cuando vio al doctor Hart con los ojos en Nicholas; cuando, volviéndose a William, lo encontró, al parecer, ocupado en reconvenir a Chloris con voz susurrante; y cuando, apartando disgustado la vista, vio cómo la señora Compline, con manos temblorosas, escondía una ración infinitesimal entre el cuchillo y el tenedor. Vació su vaso y prestó atención a Hersey Amblington, que parecía estar contándole a Jonathan algo de él.

—El señor Mandrake desdeña mi sugerencia —estaba diciendo Hersey—. ¿No es cierto, señor Mandrake?

—¿Yo? —replicó Mandrake, incómodo—. ¿Qué sugerencia, lady Hersey?

—Ya lo ves, Jo; ni siquiera me ha escuchado. Pues la sugerencia que le hice antes de la cena acerca de un drama surrealista.

Antes de que Mandrake pudiera hallar una respuesta, Nicholas Compline se metió de repente en la conversación.

—No debes ser ligera con el señor Mandrake, Hersey. Parece muy adusto. Estoy seguro de que hace mucho tiempo que dejó de ocuparse de trivialidades.

Mandrake experimentó la sensación de descender bruscamente en un ascensor sin control. Fue como si su interior se diera la vuelta y las puntas de los dedos se le quedaran frías. «¡Dios! —pensó—, ¡lo saben! Dentro de un momento empezarán a hacer bromas sobre Dulwich.» Estaba sentado, sosteniendo un tenedor en estado de muerte aparente a mitad de camino hacia su boca. «Esta mujer infame —pensó—, ¡esta mujer infame! Y este repugnante joven burlón.» Se volvió a Hersey. La encontró mirándole con una expresión que él interpretó como de conocimiento. Respingó y, mirando desconcertado alrededor de la mesa, se encontró con los gruesos lentes del anfitrión. Sus labios estaban fruncidos y las arruguillas de las comisuras de la boca reflejaban, para Mandrake, satisfacción y regocijo. «O sea que es eso —pensó Mandrake furioso—. Él lo sabe y se lo ha contado. Es el tipo de cosas que le complacen. Mi punto vulnerable. Él da un pellizco a su prima mientras se ríe suavemente con ella y con su maldito amigo y se dicen unos a otros lo malos que han sido con el señor Stanley Footling.» Jonathan, sin embargo, estaba hablando con él,

prosiguiendo amablemente con el tema de la sugerencia de lady Hersey sobre el drama.

—Me he dado cuenta, Aubrey, de que el lego está siempre ansioso de proporcionar ideas al artista. Hersey, querida, tú te crees que Aubrey es una especie de carroñero estético.

—¡Pero es una idea tan buena!

—Debes perdonarla, Aubrey; me temo que la pobre no tiene sentido de la medida.

—El señor Mandrake me perdona —dijo Hersey con una sonrisa tan amigablemente cálida que hizo que el pánico de Mandrake se disipara. «Me equivoqué —pensó—. Otra falsa alarma. ¿Por qué seré tan ridiculamente susceptible? Otra gente se ha cambiado el nombre sin experimentar esos terrores.» Su alivio fue tan grande que estuvo enfrascado en él durante un tiempo, oyendo cómo sus latidos se regularizaban gradualmente. Entonces se dio cuenta de un respiro de la conversación general. Habían llegado al postre. Sólo se oía la voz de Jonathan. Mandrake pensó que debía de haber estado hablando desde hacía un corto tiempo.

II

—Ninguna persona —estaba diciendo— es el mismo individuo para más de otra persona. Es decir, la realidad de los individuos no es absoluta. Cada individuo posee tantas realidades externas como el número de encuentros que efectúa.

—¡Ah! —dijo el doctor Hart—. Esa es una de mis teorías predilectas. El verdadero «él» no es conocido por nadie.

—¿Existe siquiera el verdadero «él»? —declaró Jonathan—. ¿No se podría sostener que el «él» no tiene una realidad intrínseca, ya que diferentes sujetos surgen del conglomerado de sujetos para hacer frente a acontecimientos diferentes?

—No sé qué quieres decir —dijo William con su aire característico de preocupada incomprensión.

—Yo tampoco, William —intervino Hersey—. Uno sabe cómo la gente reaccionará ante ciertos acontecimientos, Jo. Decimos «Fulano de Tal no tiene energía cuando se trata de ésta o de la otra situación».

—Mi argumento es que eso es exactamente lo que no sabemos.

—Pero señor Royal —exclamó Chloris—, sí lo sabemos. Sabemos, por ejemplo, que algunas personas se negarían a escuchar habladurías.

—Sabemos —dijo Nicholas— que un hombre conserva la calma en una crisis, mientras que otro se vuelve histérico. Esta guerra...

—¡Oh!, no hablemos de esta guerra —dijo Chloris.

—Hay algunos hombres en mi compañía... —empezó William. Jonathan levantó una mano y le paró en seco.

—Bien. Admito —dijo Jonathan— que un mismo «él» puede aparecer tantas veces que podamos aventurar que saldrá en determinadas circunstancias, pero mantengo que se trata de aventurar y que, aunque podamos estar de acuerdo en que ciertas reacciones son probables en esas circunstancias conocidas, es en caso de alguna circunstancia imprevista y jamás experimentada cuando deberíamos discutir sobre comportamientos teóricos.

—¿Por ejemplo? —preguntó Madame Lisse.

—Una invasión de paracaidistas… —comenzó William. Su madre dijo rápidamente:

—No, William, la guerra no —era la primera vez durante la cena que Mandrake la oía hablar sin que alguien se hubiera dirigido a ella.

—Estoy de acuerdo —dijo Jonathan—. No tomemos ejemplos de la guerra. Vamos a suponer que… ¿Qué diría yo?…

—Que el Arcángel Gabriel se deslizara por la chimenea —sugirió Hersey— y te soplara la trompeta al oído.

—O que Jonathan nos dijera —dijo Nicholas— que ésta era una fiesta estilo Borgia, que el champán era mortal y que nos quedaban doce minutos de vida.

—Nada de truculencias, se lo suplico —dijo Mandrake, un poco en broma.

—O —dijo Jonathan, escrutando las sombras más allá de la mesa iluminada por las velas— que mi nuevo lacayo, que ahora no está presente, revelase de repente una manía homicida y que estuviese en posesión de un arma mortal. De cualquier manera, supongamos que estuviésemos encerrados con una amenaza grande e inminente.

Calló y, por un instante, todos los presentes quedaron en silencio.

El nuevo lacayo regresó. Caper empezó a moverse alrededor de la mesa con él. «De manera que va a dejar correr el champán —pensó Mandrake— por si las mujeres no toman coñac o licores. Caper está siendo muy juicioso. No hay nadie borracho, a no ser William o Hart. No estoy seguro de ello. Todos los demás bien, gracias.»

—Bien, ¿cómo piensa cada uno de vosotros que me comportaría en circunstancias tan catastróficas? ¡Vamos! Les aseguro que no pondré peros a la más severa de las censuras. Sandra, ¿qué crees tú que haría?

La señora Compline levantó su cara desfigurada.

—¿Qué harías? —repitió—. Creo, Jonathan, que te pondrías a hablar —por primera vez en aquella velada surgió un estallido espontáneo de risa. Jonathan emitió una aguda risilla.

—*Touché*. ¿Y usted, Madame Lisse?

—Yo creo que perdería usted los estribos, señor Royal, quizá por primera vez en la vida.

—¿Nick?

—No lo sé. Pienso...

—Vamos, Nick. No puedes ofenderme. Llene el vaso del señor Compline. ¿Y bien, Nick?

—Creo que te quedarías más bien desconcertado.

—No estoy de acuerdo —dijo Chloris rápidamente—. Yo creo que se pondría al frente de nosotros y nos diría lo que hacer.

—¿William?

—¿Qué? ¡Oh! Supongo que llamarías a la Policía —y añadió refunfuñando algo que sólo oyó Mandrake—. Claro que también podrías volverte loco.

—Yo creo que se divertiría —dijo Mandrake rápidamente.

—Estoy de acuerdo —dijo Hersey, sorprendiendo a Mandrake.

—¿Y el doctor Hart?

—Hasta cierto punto, yo también estoy de acuerdo. Creo que usted estaría enormemente interesado en el comportamiento de sus invitados.

—¿Ven? —dijo Jonathan con gran júbilo—. ¿No tengo razón? ¡Hay tantos Jonathan Royáis! Ahora iremos más lejos. ¿Podemos ponernos de acuerdo para discutir las impresiones de cada uno sobre los otros sin alterarnos mientras lo hacemos? ¿Qué dicen?

«Muy inteligente de su parte —pensó Mandrake, que bebía un coñac a sorbitos—. Nada interesa tanto a la gente como la discusión de su propia personalidad. Su invitación puede ser peligrosa, pero al menos les hará hablar.» ¡Y vaya si hablaron. La señora Compline creía que Nicholas, aun sufriendo de una extremada sensibilidad, mostraba valor e inventiva. Nicholas, inspirado, según le pareció a Mandrake, por la memoria subconsciente de una maternidad protectora, pensó que su madre le consolaría a uno y le daría cobijo. William estuvo de acuerdo con Nicholas con respecto a su madre, pero insinuó que éste solía eludir las responsabilidades. Chloris Wynne apoyó a William en tono más bien desafiante. Sugirió que el propio William daría una buena medida de sí mismo en una crisis. Su mirada a Nicholas y a la señora Compline parecía decir que ellos se resentían de las cualidades de él. Mandrake, que sostenía con cuidado su coñac, sintió su cerebro milagrosamente claro en aquel instante. Hablaría a aquella gente con frases rítmicas, perfectamente escogidas, y lo que diría tendría una enorme importancia. Oyó su propia voz decirles que Nicholas, en caso de crisis, les invitaría a una exhibición de pirotecnia, que dos mujeres le aplaudirían y que un hombre se mofaría de él.

—Pero la tercera mujer —dijo solemnemente, con la vista puesta en Madame Lisse— ha de seguir siendo una figura oculta. Escribiré una obra sobre ella. ¡Santo Cielo! Me temo que estoy un poco bebido. —Miró angustiado a su alrededor y descubrió que nadie le había estado escuchando. Se percató de repente de que había pronunciado

su maravilloso discurso en un susurro. El descubrimiento le serenó. Debió no tomar más de aquel coñac de Jonathan.

III

Jonathan no retuvo a los hombres mucho tiempo en el comedor. Mandrake, que se había examinado a sí mismo y decidido que haría bien en tener cuidado, consideró que el anfitrión había calculado bien la bebida en lo que se refería a él y a los Compline, pero que en el caso del doctor Hart había sido demasiado generoso. El doctor estaba excesivamente pálido, tenía abolladuras en la nariz y una sonrisa en los labios. Estaba silencioso y fijaba su mirada, que parecía un poco desenfocada, en Nicholas Compline. Este mostraba una alegría ruidosa. Trasladó su silla junto a la de William y sometió al hermano a una especie de zumba que hizo estremecerse a Mandrake y a William volverse callado y melancólico. Jonathan sorprendió la mirada de Mandrake y le sugirió pasarse al salón.

—Desde luego, Jonathan —dijo Nicholas—. Aquí está el viejo Bill callado como una tumba y suspirando por su amor. Y el doctor Hart no está mucho mejor, aunque no deberíamos preguntar si es o no por el mismo motivo.

—Tiene razón —dijo el doctor Hart con voz apagada—. No sería divertido hacer tal pregunta.

—Vamos, vamos —dijo Jonathan rápidamente, al tiempo que abría la puerta. Mandrake se unió a él apresuradamente y William le siguió. Ya en la puerta, Mandrake miró hacia atrás. Nicholas estaba aún en su silla; las manos reposaban sobre la mesa. Estaba inclinado sobre el respaldo, sonriendo al doctor Hart, quien se había levantado y echado muy hacia adelante. A Mandrake le recordó irresistiblemente un cuadro social eduardino. Era un tema para el Hon. John Collier. Allí estaba la colección de vasos, cada uno con un toque de luz y su reflejo, el lustre de la caoba, de las camisas de pechera dura, de los botones de cobre. Allí estaba la cara del doctor Hart, que tan violentamente expresaba alguna emoción conjetural, y la de Nicholas, sonrojada y con una mueca sardónica muy de la época del Hon. John. Y todo ello melosamente iluminado por las velas de la mesa de Jonathan. «El título —pensó Mandrake— sería "El Insulto".»

—Vamos, Nick —dijo Jonathan. Cuando resultó evidente que Nicholas no le había oído, murmuró en voz baja—: Aubrey, tú y William id delante. Os seguiremos.

Y así, Mandrake y William no oyeron lo que Nicholas y el doctor Hart decían.

IV

Mandrake había sospechado que si Jonathan fallaba en algo, sería en una atención demasiado apasionada a los detalles. Temía que la fiesta de Jonathan muriera por exceso de planificación. Pensó sombríamente, pues le disgustaban intensamente los juegos de salón, en los lápices afilados y en las hojas de papel que había dispuesto el nuevo lacayo. Pero en esto juzgó mal a su anfitrión. Jonathan presentó un juego con un tolerable aire de espontaneidad. Contó una anécdota de alguna otra fiesta en la que se había jugado al Charter. Jonathan se había encontrado con una serie de seis letras y un recuadro en blanco. La siguiente letra que recibió se ajustaba perfectamente con las otras seis, pero la palabra que salía era de una indecencia tan vulgar que incluso Jonathan dudaba en usarla. Una duquesa, formidablemente inflexible, estaba presente.

—Cruzamos las miradas. Tenía los ojos de un basilisco, se lo aseguro. No podía arriesgarme. Pero lo gracioso del cuento —dijo Jonathan— es que estoy convencido de que le habían tocado las letras en el mismo orden. Jugábamos a tres peniques el punto y ella detesta perder dinero. Insinué mi dilema y vi una chispa de respuesta. Ella estaba sufriendo una verdadera agonía.

—Pero ¿cuál es ese juego? —preguntó Mandrake, sabedor de que alguien tenía que hacer esa pregunta.

—Mi querido Aubrey, ¿nunca has jugado al Charter? Hoy en día no es más que un *vieux jeu*, pero confieso que aún me apasiona.

—Es simplemente un juego de crucigrama —dijo Hersey—. Se le da a cada uno una hoja de crucigrama vacía y se cogen las letras una a una de un mazo de cartas. Los jugadores van poniendo las letras, a medida que éstas son leídas, en una cuadrícula del diagrama. Se continúa hasta que la hoja está llena. Gana la lista más larga de palabras completas.

—Puntúa según la longitud de las palabras —dijo Chloris—. Las de siete letras son quince puntos y así el resto. No se pueden hacer cambios, claro está.

—Parece entretenido —dijo Mandrake descorazonado.

—¿Jugamos? —dijo Jonathan, escudriñando a sus invitados— ¿Qué es lo que opina cada uno? ¿Jugamos?

Los invitados, a los que el champán y el coñac habían inspirado el deseo de que aquello fuera un éxito antes que un desastre, exclamaron que todos querían jugar. El grupo se trasladó al salón de fumar. Una vez allí, Jonathan, fingiendo una convincente incertidumbre, rebuscó en un cajón donde Mandrake le había visto ocultar un cuaderno con los diagramas impresos y el número necesario de lápices. Pronto estuvieron sentados en un semicírculo alrededor del fuego, balanceando los lápices con expresión de indignada perplejidad en las caras. Jonathan levantó la primera carta.

—X —dijo—. X como en «xilófono».

—¡Oh! ¿No podríamos sacar otra? —exclamó Madame Lisse—. No hay ninguna... No, un momento. Ya lo tengo.

—K, como en «kiosko».

Mandrake, que se encontraba más bien capacitado para el juego, empezó a disfrutar de él. Con la última letra completó una palabra larga: «extraer». Con aire de falsa modestia entregó su charter a Chloris Wynne, su vecina de al lado, para que la apuntara. Él mismo recibió la hoja de William y quedó azorado al encontrarla en un estado de la más extraña confusión. O bien William no había llegado a comprender el juego o bien se había quedado tan retrasado que no pudo seguir las letras. Muchos de los recuadros estaban en blanco y en la esquina izquierda William había hecho un singular dibujo de un gallo pavoneándose, cuya cara tenía obviamente un gran parecido con la de Nicholas.

—De cualquier manera —dijo William, mirando satisfecho a Mandrake— el dibujo es muy bonito. ¿No lo cree así?

Nicholas salvó a Mandrake de replicar, ya que en aquel momento lanzó una dura exclamación.

—¿Qué pasa, Nick? —preguntó Jonathan.

Nicholas se había quedado totalmente pálido. En su mano izquierda sostenía dos de las hojas de Charter. Las separó y, con la mano derecha, aplastó una hasta dejarla echa una bola.

—¿He cometido algún error? —dijo el doctor Hart suavemente.

—Me ha dado dos hojas —dijo Nicholas.

—¡Qué idiota soy! Debo haberlas arrancado del cuaderno al mismo tiempo.

—Las dos estaban usadas.

—Sin duda olvidé quitar alguna hoja vieja y las arranqué juntas.

Nicholas le miró.

—Sin duda —dijo.

—Puede ver cuál es la auténtica por mi palabra larga: «amenaza».

—Ya me había dado cuenta —dijo Nicholas, volviéndose a hablar con Madame Lisse.

V

Mandrake se retiró a su habitación a medianoche. Antes de encender la luz, empujó a un lado las cortinas y abrió parcialmente la ventana. Vio que por fin se había puesto a nevar. Escuadrones de pequeños fantasmas caían en picado desde la oscuridad a la región más allá de las cristaleras, donde la luz del fuego los hacía visibles. Algunos de ellos chocaban con los cristales, se deslizaban por su superficie y perdían su rareza al mismo tiempo que cesaba su vuelo.

Aunque la habitación estaba silenciosa, este rápido aumento de copos de nieve acercándose más allá de la ventana sugirió a Mandrake un vasto susurro nocturno. Recordó de repente el oscurecimiento y cerró la ventana. Dejó caer la cortina, encendió la luz y se dio la vuelta para remover el fuego. Estaba acostumbrado a estar despierto hasta tarde y se sentía poco dispuesto al sueño. Sus pensamientos estaban ocupados con los recuerdos de aquella noche. Le llenaba una persistente curiosidad por la segunda hoja de Charter que había hecho palidecer a Nicholas Compline y mirar de aquella extraña manera al doctor Hart. Podía ver la mano de Nicholas empujar el arrugado impreso entre el asiento y el brazo de la silla. «A lo mejor todavía está allí», pensó Mandrake. «Sin duda está allí todavía. ¿Por qué le habrá turbado tanto? No conseguiré dormir. Es inútil desvestirme y meterme en la cama.» La perspectiva de los libros que Jonathan había escogido cuidadosamente para la cabecera de su lecho le llenaba de consternación. Al final, se puso el pijama y el batín, visitó el cuarto de baño contiguo y se percató que no venía luz por debajo de la puerta que daba desde el baño a la habitación de William en el otro lado. «Así que William no está despierto.» Regresó a su habitación; abrió la puerta que daba al pasillo y se encontró con el silencio ordinario de una casa dormida. Dejó la puerta abierta y se deslizó por el pasillo hasta las escaleras. En la pared, sobre las escaleras, había un nicho desde el que un gran buda de latón, recuerdo imperecedero del abuelo anglo-indio de Jonathan, miraba a Mandrake con pacífica impudicia. Aquí se detuvo, pensando: «Unos pocos pasos hasta el rellano y luego el último tramo hasta el vestíbulo. La puerta del salón de fumar está casi enfrente del final de las escaleras.» Nicholas se había sentado en la cuarta silla desde el final. ¿Por qué no bajar y satisfacer su curiosidad acerca de la hoja arrugada? Si alguien estuviera por casualidad en el salón de fumar, podía coger un libro de la biblioteca y regresar. No había nada vergonzoso en buscar un papel desechado en un juego de todos contra todos.

Cojeó suavemente hasta el comienzo de las escaleras. Ahí, con la luz difusa, encontró un interruptor y lo encendió. Un aplique a mitad de camino del primer tramo se iluminó. Mandrake bajó las escaleras. Las paredes suspiraban con sus pisadas. Casi al final, uno de los escalones crujió tan fuertemente que Mandrake se sobresaltó y se puso rígido, el corazón golpeándole duramente las costillas. «Así es como los ladrones y los amantes clandestinos se sienten —pensó Mandrake —, pero ¿por qué yo también?» Sin embargo, se deslizó con pasos silenciosos, como los de un gato, a través de la sala; empujó la puerta del salón de fumar con las puntas de los dedos y estuvo esperando largo tiempo en la oscuridad antes de tantear en busca del interruptor y encenderlo de un golpe seco.

Allí estaban los nueve sillones en un semicírculo alrededor de un fuego medio apagado. Tenían aspecto de estar en un cónclave mudo. Sus irregulares posiciones hablaban con extraña elocuencia de sus anteriores ocupantes. La silla de Nicholas estaba colocada cerca de la de Madame Lisse y apartada con desprecio de la del doctor Hart. Mandrake tomó de hecho un libro de una colección de deportes en un estante giratorio antes de llegarse hasta la silla de Nicholas y de que sus dedos exploraran el resquicio entre el asiento y el brazo. El papel había sido fuertemente estrujado hasta hacerlo una bolita. Lo alisó sobre el brazo de la silla y leyó las cuatro palabras firmemente escritas a lápiz en el diagrama:



El fuego crujió con un ligero ruido de rescoldos apagados y Mandrake miró con una sonrisa incrédula el pedacito de papel que tenía en la mano. Cruzó por su mente la idea de que a lo mejor era la víctima de una complicada broma, de la que Jonathan había informado a sus huéspedes de antemano, se había inventado sus antipatías y ahora esperaba maliciosamente a que Mandrake fuera a verle, excitado con su reciente descubrimiento. «Pero eso no encaja —pensó—. Jonathan no podría haber adivinado que yo iba a volver a buscar el papel. Nicholas cambió de color cuando lo vio. Debo presuponer que Hart escribió la nota y que se la entregó a Nicholas con la otra. Debe de haber estado loco de rabia para permitirse ese ridículo gesto. ¿Supondría que Nicholas se asustaría y dejaría a la dama? No, es demasiado absurdo.» Pero, como respondiendo a sus conjeturas, Mandrake oyó que una voz hablaba detrás de él.

—Te digo, Jonathan, que ése está buscando problemas. Lo mejor es que me vaya.

Por un instante Mandrake se quedó de piedra, pensando que Jonathan y Nicholas habían entrado en el salón de fumar detrás de él. Se dio la vuelta y vio que la habitación estaba aún vacía. Se dio cuenta de que Nicholas había hablado al otro lado de la puerta que daba a la biblioteca y se percató por primera vez de que esa puerta no estaba del todo cerrada. Él continuaba hablando, la voz elevada a un tono de histeria.

—Será mejor que desaparezca ahora mismo. Será una fiesta preciosa. Ese tipo está loco de celos a causa de ella. ¿Acaso no lo ves?

¡A causa de ella!

La voz se detuvo. Mandrake oyó un apagado murmullo de Jonathan que Nicholas interrumpió con violencia.

—¡Me importa un rábano lo que piensen! —Evidentemente, Jonathan insistía, pues al cabo de un rato Nicholas dijo—: Sí, claro que me doy cuenta, pero puedo decir...

La voz bajó de tono. Las frases siguientes quedaron medio perdidas.

—...no es que... no veo por qué... una llamada urgente del Cuartel General... ¡Santo Cielo, claro que no!... Ese desgraciado gordo farsante. Le he desbancado y no es capaz de aceptarlo. —Hubo otra pausa y luego—: No me importa si tú no. Fue por culpa tuya más que... Pero ya te he contado lo de la carta, Jonathan... no es la primera... Bien, si tú piensas... Muy bien, me quedaré.

Por primera vez Mandrake captó las palabras de Jonathan:

—Estoy seguro de que es lo mejor. No puedes volver la espalda, ya sabes. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Nicholas, no demasiado amablemente.

Oyó cerrarse la puerta que daba de la biblioteca al vestíbulo. Entonces le llegó de la habitación de al lado el alto y agudo tenor de Jonathan:

II était une bergère

Qui ron-ton-ton, petit-pat-a-plan.

Mandrake alzó la barbilla, cruzó el salón de fumar y entró en la biblioteca a través de la puerta de comunicación.

—Jonathan —dijo—, he estado escuchando a escondidas.

VI

Jonathan estaba sentado frente al fuego. Sus cortas piernas recogidas, las rodillas tocando la barbilla, abrazando sus espinillas como un duende gordezuelo y jubiloso. Apuntó con los anteojos a Mandrake. Debido a esa común ilusión de la luz, los gruesos lentes oscurecieron sus ojos, que brillaron como dos lunas.

—He estado escuchando a escondidas —repitió Mandrake.

—Querido Aubrey, entra, entra. ¿Escuchando a escondidas? ¡Tonterías! ¿Has oído a nuestro amigo Nicholas? ¡Bien! Iba a subir a tu cuarto a contarte la historia. Una divertida complicación.

—Sólo oí una parte de lo que dijo. Había bajado al salón de fumar.

Vio que los anteojos de Jonathan apuntaban al libro que aún sostenía en la mano.

—La verdad es que no fui a coger un libro —dijo Mandrake.

—¿No? Se supone que uno iría a buscar un libro a la biblioteca.

Pero me alegro de que los que escogí para tu habitación no estuvieran mal elegidos.

—Quería ver esto.

Como un niño pequeño avergonzado, Mandrake alargó su mano derecha y la abrió, descubriendo la hoja arrugada.

—Ya —dijo Jonathan.

—¿Lo has visto?

—Nick me habló de ello. Me preguntaba si alguien más compartiría mi curiosidad. ¿Me dejas? Ajá. Gracias. Siéntate, Aubrey.

Mandrake se sentó, torturado por la sospecha de que Jonathan se estaba riendo de él.

—Puedes ver —dijo Mandrake— que tu virus se me ha pegado fuerte. Sencillamente no podía dormirme sin saber qué ponía en esa hoja.

—Yo tampoco, te lo aseguro. Estaba a punto de ir a buscarlo yo mismo. Como quizás hayas oído, Nick estaba muerto de miedo. Parece que antes de venir aquí había recibido cartas del doctor Hart, advirtiéndole de que se apartara de la dama. Según Nick, Hart está totalmente loco por ella y devorado por unos celos atroces.

—Pobrecito cerdo —dijo Mandrake.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Algo muy extraño y molesto. Debo confesar que creo que Nick tiene razón. ¿Te percataste de la escenita después de la cena?

—Puede que recuerdes que me diste a entender muy categóricamente que debía hacer mutis por el foro.

—Lo hice. No fue gran cosa, después de todo. Se limitó a mirar ferozmente a Nick con la mesa de por medio y a decir en alemán algo que ninguno de nosotros entendió.

—Ahora me dirás que es de la quinta columna —dijo Mandrake.

—De ningún modo. Se traiciona demasiado fácilmente. Me da la impresión de que ha asustado a Nick. He notado, Aubrey, que, de los dos Complines, William te llama más la atención que Nicholas. Los conozco de toda la vida y te sugiero que vuelvas los ojos a Nicholas. Nicholas se está convirtiendo rápidamente en el (quizá no en el *jeune premier*), pero sí el personaje central de nuestro drama. En Nicholas tenemos un vanidoso asustado. Un coqueto que encuentra agradables y estimulantes los celos de otro hombre y que de pronto se da cuenta de que ha despertado a la bestia en su rival. ¿Te puedes creer que Nicholas quería irse esta noche? Me puso toda clase de pretextos sociales y galantes, consideración hacia mí, hacia la dama, hacia el éxito de la fiesta. Pero la verdad es que Nick tenía un ataque de histerismo y quería largarse.

—¿Cómo se lo impediste?

—¿Cómo? —Jonathan frunció los labios—. Generalmente he

podido manejar a Nicholas. Le hice ver que entendía su auténtica razón. Tenía miedo de que convirtiera su huida en una grata anécdota. Su vanidad ganó. Se quedará.

—Pero ¿qué es lo que cree que hará Hart?

—Usó la palabra «homicida».

Hubo un largo silencio. Por fin, dijo Mandrake:

—Jonathan, creo que debías haber dejado a Nicholas Compline que se fuera.

—¿Por qué?

—Porque estoy de acuerdo con él. He vigilado a Hart esta noche. Parecía un homicida.

—¡Maravilloso! —exclamó Jonathan, apretando las manos entre las rodillas.

—De verdad, creo que está buscando problemas. Sus nervios están a punto de romperse.

—¡No pensarás que va a ir a por Nick con un cuchillo de mesa!

—No creo que sea responsable de su comportamiento.

—Ya sabes que andaba un poco achispado.

—También Compline. Mientras el champán y el coñac le hicieron efecto, disfrutó pinchando a Hart. Obviamente, ya no está tan seguro. Y yo tampoco.

—Me decepcionas, Aubrey. Nuestro experimento estético se desarrolla maravillosamente y tu única reacción...

—¡Oh!, esto acapara todo mi interés. Si no te importa..., después de todo, es tu casa.

—Exactamente. Y mi responsabilidad. Yo elegí el reparto y a ti, querido amigo, te di un asiento en el patio de butacas. La obra me va demasiado bien como para interrumpirla al final del primer acto. El telón cae muy oportunamente al salir Nick y me da la impresión de que lo último que oímos antes de que nos tape la escena es un golpe seco.

—¿Qué?

—Nicholas Compline cerrando con llave la puerta de su habitación.

—Dios quiera que tengas razón —dijo Mandrake.

5. Tentativa

I

El tintineo de las anillas de las cortinas despertó a Mandrake a la mañana siguiente. Encontró su cuarto invadido por una luz sobrenatural y supo que Highfold estaba bajo la nieve. Había caído fuerte, dijo la doncella. Había trozos de cielo despejado, pero los profetas de la tierra decían que habría otra tormenta antes de la noche. La doncella avivó el fuego y le dejó mirando la bandeja del té y recordando que no hacía muchos años que Stanley Footling no disfrutaba de ninguna de estas comodidades en su habitación en el ático de la pensión materna de Dulwich. Stanley Footling tenía tendencia a presentarse a la hora del despertar. Esa mañana Mandrake se preguntó por enésima vez por qué no podía reconocer su metamorfosis con franca alegría; por qué tenía que sufrir las aflicciones de un esnobismo no confesado. No pudo hallar respuesta. Hasta que, cansado de sus pensamientos, decidió levantarse temprano.

Al bajar, se encontró a William Compline solo en la mesa del desayuno.

—Hola —dijo William—. Buenos días. Hace un día ideal para el baño de Nick, ¿no es cierto?

—¡Qué!

—El baño de Nick en la piscina. ¿Ha olvidado la apuesta?

—Me inclinaría a pensar que él sí.

—Se la recordaré.

—Bueno —dijo Mandrake—. Yo, personalmente, pagaría mucho más de diez libras para librarme de ello.

—Sí, pero usted no es mi hermano Nicholas. Lo hará.

—Pero —dijo Mandrake incómodo— ¿no tiene nada en el corazón? Quiero decir...

—No le hará daño. La piscina no está helada. Fui a verlo. No sabe nadar, o sea que tendrá que meterse por donde hace pie y chapuzarse —William rió un poco como si graznara.

—Yo lo cancelaría si fuese usted.

—Sí —dijo William—, pero no lo es. Ya me encargaré de recordárselo.

Con esta señal, ligeramente ominosa, continuaron su desayuno en silencio. Hersey Amblington y Chloris Wynne entraron juntas, seguidas de Jonathan, que mostraba estar en el mejor de los humores.

—Creo que tendremos un poco de sol —dijo Jonathan—. Es posible que no dure mucho, de manera que los más robustos

miembros del grupo querrán sacarle el máximo provecho.

—No tengo intención de construir un muñeco de nieve, Jonathan, si es eso lo que estás insinuando.

—¿Cómo que no, Hersey? —dijo William—. Yo más bien creo que lo haría. Ya sabes, después del baño de Nicholas. ¿Has oído lo del baño de Nick?

—Tu madre me lo contó. William, no vas a obligarle a ello ¿verdad?

—No tiene que hacerlo, si no quiere.

—Bill —dijo Chloris—, no se lo recuerdes. Tu madre...

—Ella no se levantará hasta las tantas —dijo William—, y supongo que no habrá necesidad de recordárselo a Nick. Después de todo, fue una apuesta.

—Creo que te estás portando mal —dijo Chloris, insegura. William la miró.

—¿Tienes miedo de que coja un resfriadillo? —preguntó—. No hace mucho tiempo yo estaba en Francia y la nieve y el fango me llegaban a la cintura.

—Lo sé, querido, pero...

—Aquí está Nick —dijo William plácidamente. Su hermano entró y se detuvo junto a la puerta.

—Buenos días —dijo William—. Justamente estábamos hablando de la apuesta. Pienso que deberías renunciar.

—De ninguna manera —dijo Nicholas—. Has perdido diez libras.

—Ajá —dijo William—. Dije que lo harías. No debes mojarte ese precioso uniforme. Jonathan, espero, te prestará un bañador. O podrías tomar prestado mi uniforme. Ha estado hasta... —Mandrake, Chloris, Hersey y Jonathan empezaron a hablar todos juntos. William, sonriendo dulcemente, se sirvió otra taza de café. Nicholas se puso junto al aparador. Mandrake casi había esperado que Jonathan interviniera, pero éste se limitó a comentar la resistencia del joven moderno y a apuntar una fastidiosa analogía con las hazañas de los antiguos griegos. Nicholas reveló de pronto una especie de animación que dio grima a Mandrake por lo falsa que sonaba.

—¿Irás a verme, Chloris? —preguntó Nicholas, sentándose junto a ella.

—No apruebo que lo hagas.

—Oh, Chloris, ¿estás enfadada conmigo? No puedo soportarlo. Dime que no estás enfadada conmigo. Lo estoy haciendo todo por causa tuya. Debo tener un público. ¿Serás tú mi público?

—No seas tonto —dijo ella.

«¡Maldita sea! —pensó Mandrake—. Sea como sea, está orgullosa.» El doctor Hart llegó y saludó de manera muy formal. Estaba muy pálido. Se desayunó con café solo y una tostada. Nicholas

le lanzó una mirada curiosamente compuesta de malevolencia y miedo y se puso a hablar aún más alto con Chloris Wynne de su apuesta con William. Hersey, que evidentemente estaba harta de Nicholas, dijo que en su opinión ya era hora de dejarse de charla y demostrar las cosas con hechos.

—Pero falta gente —dijo William—. Madame Lisse no está aquí.

—Esa criatura divina —dijo Nicholas con afectación, mostrándole el blanco de los ojos al doctor Hart— está en la cama.

—¿Cómo lo sabes? —dijo William contra la oposición mental coordinada del resto del grupo.

—Lo he investigado. Asomé la cabeza para dar los buenos días cuando bajaba.

El doctor Hart dejó su copa con ruido y salió velozmente de la habitación.

—Eres un condenado idiota, Nick —dijo Hersey suavemente.

—Va a empezar a nevar otra vez —dijo William—. Es mejor que te des prisa con tu baño.

II

Mandrake que nunca se había realizado una apuesta en circunstancias menos favorables. Incluso Jonathan parecía intranquilo e hizo un intento poco entusiasta de disuadir a Nicholas cuando el grupo se trasladó a la biblioteca. Lady Hersey dijo llanamente que todo aquel asunto le parecía aburrido y tonto. Chloris Wynne intentó al principio adoptar un aire zumbón de alegre fiesta casera, pero un poco después Mandrake la oyó instar a William para que cancelara la apuesta. La señora Compline se enteró de lo proyectado de alguna forma y mandó un mensaje prohibiéndolo, al que siguió, en cambio, otro de Madame Lisse, diciendo que iba a observar desde la ventana de su cuarto. Mandrake intentó organizar un grupo para jugar al bádminton en el granero, pero nadie le hizo caso. Les envolvía un ambiente de paso de lo sublime a lo trivial, como una mortaja. En medio de él, William permaneció satisfecho de sí mismo y Nicholas, embarazosamente rimbombante.

Al final, los Compline decidieron que Nicholas bajaría al pabellón, se pondría allí el bañador y, como dijo William, se sumergiría por lo bajo. William vigilaría su actuación. Nicholas, más bien ofensivamente, exigió un segundo testigo. Ni Hersey ni Chloris parecían capaces de decidirse a bajar a la piscina; Jonathan había salido, diciendo algo acerca del doctor Hart. Era evidente que Mandrake se vería obligado a atestiguar las ridículas payasadas de Nicholas. Farfullando para sus adentros, le siguió al vestíbulo.

Los demás habían desaparecido. Nicholas estaba de pie,

repasándose el bigote y observando a Mandrake con un aire entre malicioso y desafiante.

—Bueno —dijo— ¿no es una estúpida travesura del diablo?

—Para ser sinceros —dijo Mandrake—, pienso que sí. Está cayendo otra vez una nevada de mil demonios. ¿No le parece que la apuesta no tiene validez?

—Que me lleve el diablo si dejo que Bill me quite las diez libras. ¿Va a venir?

—Subiré a por mi abrigo— dijo Mandrake sin ganas.

—Coja uno del guardarropa. Es lo que voy a hacer yo. La capa tirolesa.

—¿La de Jonathan?

—O la de Hart —Nicholas sonrió irónico—. El abrigo de Hart también irá bien sobre mis hombros, ¿no? Ahora bajaré y me cambiaré en ese maldito pabellón. Usted sígame. Bill bajará desde la puerta oeste tras darme tiempo para desvestirme.

Nicholas entró en el guardarropa y reapareció con una de las capas tirolesas puesta y la otra en la mano.

—Aquí tiene —dijo arrojándosela a Mandrake—. No tarde.

Se echó el capuchón de su capa por encima de la cabeza y salió por la puerta principal. Durante un momento Mandrake le vio, una figura fantástica en medio de una ráfaga de nieve. Luego Nicholas inclinó la cabeza al viento y se perdió de vista corriendo.

El pie zopo de Mandrake le impedía correr. Había un trecho desde la fachada de la casa hasta la piscina. Recordó que la puerta oeste daba a un sendero que conducía a la terraza encima de la piscina. Determinó bajar por ese camino al igual que William. Iría al momento, antes de que William partiera. Le repugnaba que la gente tuviera que acomodar sus pasos a su penosa cojera. Imitando a Nicholas, se echó la capucha de la segunda capa por encima de la cabeza y fue por un pasillo lateral hasta la puerta oeste. Al abrirla oyó a alguien que le llamaba desde la casa. Ignoró la llamada y, lleno de aversión por todo el asunto, cerró de golpe la puerta a su espalda y se metió cojeando dentro de la tormenta.

El viento del norte le embestía, aplastando la capa contra su costado derecho e hinchándola por el izquierdo. Sintió la nieve en los párpados y en los labios y se echó la capucha más sobre las cejas, de tal manera que sólo podía ver el terreno enfrente suyo. Al avanzar cojeando, la nieve crujía bajo sus pies. Llegaba más arriba del borde del zapato de su pie sano. El sendero todavía era bien visible. Lo siguió hasta el borde de la terraza. Debajo de él se hallaban la piscina y el pabellón. El agua era como un agujero negro en un suelo blanco. En cambio, el pabellón semejaba un alegre adorno, hasta tal punto la nieve le sentaba bien. Mandrake se sintió tentado de vigilar desde la

terraza, pero allí el viento era tan violento que cambió de idea y descendió con dificultad el largo tramo de escalones, pensando que sería muy propio de esta fiesta que se resbalara y se rompiera la pierna buena. Por fin, alcanzó el redondeado terraplén que describía una curva cerrada sobre la piscina, escondiendo la superficie del agua a cualquiera que no subiera por sus escalones. Mandrake subió a lo alto con dificultad y bajó por el otro lado hasta el bordillo, ahora cubierto de nieve. Miró hacia el pabellón y vio a Nicholas saludarle desde una de las ventanas. Mandrake caminó hasta la parte honda de la piscina, donde había un trampolín, y se quedó acurrucado en su capa, viendo ráfagas de nieve que iban a morir en la negra superficie del agua. Volvió la vista a los escalones de la terraza, pero el terraplén ocultaba la parte de abajo. No había nadie arriba. Después de todo, a lo mejor ninguno de los otros venía. «Maldición —dijo Mandrake—. Maldito Nicholas, maldito William y maldito Jonathan por esta asquerosa fiesta. Nunca había estado tan aburrido, ni tan frío, ni tan furioso en toda mi vida.» Un soplo repentino de viento y nieve le hizo bambolearse un poco.

Un instante después algo le golpeó con fuerza en los hombros. Dio un gigantesco paso adelante, hacia la nada. Se sintió desgarrado de arriba a abajo por la horrorosa impresión del agua helada.

III

El tejido de la capa se le metía por los ojos y la boca y le sujetaba brazos y piernas. El frío le cortaba con cuchilladas terriblemente dolorosas. Pensó mientras se hundía: «Esto es repugnante. Realmente malo. Algo terrible me ha ocurrido.» El agua se precipitó por las narices y oídos. La bota reforzada le tiraba de la pierna. Los brazos se debatían con la capa. Tras un intervalo eterno, ésta se levantó sobre su cabeza, dejando libre la cara. Vio a su alrededor una prisión verde. Luchó y se esforzó con los miembros helados y, por fin, sintiendo el fondo de la piscina, lo golpeó con el pie y ascendió entre los pliegues de la capa. Sus pulmones estallaban, su cuerpo agonizaba con el frío. Con las manos asió el cierre en torno a la garganta y lo rompió, apartó con los brazos aquella capa de pesadilla y, tras una eternidad de asfixiante desesperación, emergió a la superficie. Aspiró una bocanada de náusea y tragó aire. Por un instante vio y sintió nieve y oyó una voz muy cerca de él. Mientras se hundía de nuevo, algo golpeó en el agua sobre su cabeza. «Puedo nadar un poquito», pensó, mientras unas ruedas se entrechocaban y rechinaban en el fondo de su conciencia y él gesticulaba como una rana con piernas y brazos. En ese instante los dedos de su mano derecha tocaron algo suave que se deslizó entre ellos. Realizó un esfuerzo más decidido y, después de tres violentas

brazadas, alcanzó de nuevo la superficie. Al mismo tiempo que boqueaba y abría los ojos, se vio enfrentado con una cara escarlata, picuda, al extremo de un cuello escarlata. Echó los brazos alrededor de este cuello, cayó de espaldas y estuvo a punto de ahogarse al inspirar otro chorro de agua. Luego se encontró a sí mismo echado en el estanque, sofocado por la cara de un pájaro monstruoso. De nuevo oyó voces, pero ahora sonaban irreales y como muy de lejos.

—¿Estás bien? Mueve los pies. Muévelos y saldrás. Por aquí.

—¡Pero si es mi capa!

—¡Muévelos, Aubrey, muévelos!

Los movió. Después del tiempo de un eón, flotó hasta un lugar donde podía ver cinco caras, vueltas del revés, con las bocas abiertas. Su cabeza se golpeó contra algo duro.

—El pasamanos. Hay un pasamanos aquí. ¡Agárralo!

—Ya estás bien. Aquí.

Le sacaron. La piedra le arañó los brazos. Estaba tumbado al borde de la piscina, abrazando un pájaro de goma inflado en su regazo. Estaba vuelto de tal manera que su cara colgaba sobre el borde del estanque. Las mandíbulas habían adquirido vida propia y sus dientes se entrechocaban como castañuelas. También la piel saltaba y se sacudía sobre la superficie de sus músculos helados. Cuando intentó hablar emitió extraños y feos sonidos. Un agua acre corría de sus narices sobre los labios y la barbilla.

—¿Cómo diablos ha ocurrido?

—El borde estaba horriblemente resbaladizo —dijo Chloris—. Casi me caigo yo misma.

—No me caí —articuló Mandrake con gran dificultad—. Me empujaron.

Nicholas Compline se puso a dar risotadas y Mandrake se preguntó vagamente si podría asirle rápidamente del tobillo y precipitarle a la piscina. Mandrake recordó que Nicholas llevaba el bañador debajo de la capa.

—¿Se cayó o le empujaron? —gritó Nicholas.

—¡Cállate, Nicholas! —Fue Chloris Wynne la que habló.

—Querido amigo —Jonathan le dio a Mandrake una serie de golpecitos—, debes subir enseguida. Mi abrigo. Toma mi abrigo. Y el tuyo también, William; eso está mejor. Ayúdenle a levantarse. ¡Ahora! Un ponche caliente y un fuego resplandeciente, ¿eh, Hart? Nunca vi nada tan desafortunado. Vamos.

A Mandrake le invadió de pronto una violenta náusea. «Repugnante», pensó, «repugnante».

—Así estará mejor —dijo la voz del doctor Hart—. Deberíamos llevarle arriba inmediatamente. ¿Puede caminar, señor Mandrake?

—Sí.

—Páseme el brazo por los hombros. Así, vamos.

—Iré a ponerme la ropa —dijo Nicholas.

—Quizá, señor Compline, y ya que está en bañador, sería tan amable de recobrar mi capa.

—Lo siento; no sé nadar.

—Ya la pescaremos de alguna manera —dijo Chloris Wynne—. Lleven al señor Mandrake adentro.

Jonathan, William y el doctor Hart le llevaron de vuelta a casa. Sobre el terraplén, los escalones de la terraza, a través de un lío de huellas dejadas por los otros. La bota reforzada de su pie zopo iba arrastrando y se golpeaba contra la nieve y contra el césped empapado. A mitad del camino volvió a marearse. Jonathan se adelantó corriendo. Cuando al fin llegaron a la casa, se le pudo oír gritando órdenes a los sirvientes.

—Botellas de agua caliente. Todas las que puedan encontrar. Y un baño. ¡Rápido, Caper, coñac! Un fuego en su habitación. ¿A qué esperan ustedes? ¡Por Dios bendito, señora Pouting, el señor Mandrake está ahí, medio ahogado!

Si al menos los dientes dejaran de rechinar, disfrutaría de estar en la cama, viendo cómo las llamas crecían en el hogar, sintiendo cómo el ponche producía en su interior un circuito de calor. El baño caliente le había deshelado el cuerpo, las botellas de agua caliente yacían calentitas junto a sus piernas. De nuevo Jonathan le llevó el vaso a los labios.

—¿Qué pasó? —preguntó Mandrake.

—¿Quieres decir, después de que cayeras? Nick miró por la ventana de su vestidor. Te vio y salió corriendo. Ya sabes que no sabe nadar, pero agarró el pelícano inflable (hay varios en el pabellón) y lo echó al estanque. Por entonces creo que William y Hart ya estaban allí. Llegaron antes que la señorita Wynne y yo. Parece que William se había quitado el sobretodo e iba a por ti, cuando asiste el improvisado salvavidas. Cuando llegamos, tenías los brazos entrelazados alrededor de su cuello y estabas esforzándote por alcanzar el borde. Amigo Aubrey, soy incapaz de decirte lo apenado que me siento.

—Jonathan, alguien se me acercó por la espalda y me empujó.

—Pero mi querido amigo…

—Te digo que lo hicieron. Todavía puedo sentir el golpe de sus manos. No resbalé. Mi buen, buen Jonathan. No fantaseo. Te digo que me arrojaron al agua deliberadamente.

—Nicholas no vio a nadie —dijo Jonathan incómodo. Estiró los labios y dio una tosecita.

—¿Cuándo miró? Sé que me vio cuando acababa de llegar —dijo Mandrake—. ¿Pero luego?

—Bueno… lo primero que vio fue tu capa… o, desgraciadamente,

la capa del doctor Hart… en la superficie del agua.

—Exactamente. Quienquiera que me empujara se habría escondido para entonces. Sólo tenía que escurrir el bulto detrás del terraplén y agacharse.

—Pero le hubieran visto— dijo Jonathan.

—¿Hart y William Compline estaban allí cuando tú llegaste?

—Sí, pero…

—¿Bajaron juntos al estanque?

—No, creo que no. Hart salió por la puerta principal y fue por el otro sendero, pasando el pabellón. William fue por la puerta oeste.

—¿Cuál de los dos llegó primero? Gracias a Dios, los dientes me han dejado de castañear.

—No lo sé. Convencí a Hart de que saliera. Me las arreglé para calmarlo después de ese desgraciadísimo episodio del desayuno con Nicholas. Le sugerí que saliera para… para darse una especie de respiro, ya sabes. Supuse que había seguido el sendero que va al pabellón y que los gritos de auxilio de Nicholas le llamaron la atención. Yo mismo oí a Nicholas cuando iba hacia la puerta oeste. Alcancé a la señorita Wynne que estaba ya en la terraza. Cuando llegué al borde de la terraza, Hart y los dos Complines estaban junto al estanque. Amigo Aubrey, si continúo a este ritmo te voy a cansar. Termina tu bebida e intenta dormir.

—No tengo el menor deseo de dormir, Jonathan. Alguien acaba de intentar ahogarme y no encuentro que la experiencia favorezca un sueño profundo.

—¿No? —murmuró Jonathan, con aspecto de infelicidad.

—No. Y te ruego que no me mires como si hubiese perdido un tornillo.

—Bueno, has sufrido una fuerte impresión. Incluso puede que tengas un poco de fiebre. No quiero alarmarte…

—Si tratas de que abandone la idea, seguro que me subirá la temperatura horriblemente. Por el momento te aseguro que estoy perfectamente normal, y te digo, Jonathan, que alguien intentó ahogarme en tu repugnante piscina. Te confieso que me gustaría saber quién fue.

—Quizá fue una locura irreflexiva —masculló Jonathan. De pronto Mandrake apuntó con un dedo que temblaba al montículo que su pie izquierdo formaba bajo las mantas.

—¿Quién, si no un imbécil, le gastaría esa clase de broma a un lisiado?

—Amigo mío, lo sé, pero…

—Madame Lisse. Ella iba a mirar desde la ventana. Tuvo que verlo.

—No se puede ver ese extremo de la piscina desde su ventana —

dijo Jonathan rápidamente—. Lo esconden ios tejos de la terraza.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Ayer, cuando arreglé sus flores, me di cuenta de ello. Te lo aseguro.

Mandrake le miró.

—Entonces, quienquiera que lo hiciera debe haber sabido que ella no podía verle. O si no...

Alguien llamó a la puerta.

—Entre —dijo Jonathan en voz alta—. ¡Entre!

Era Nicholas Compline

—Oiga —dijo, espero que no le moleste mi intromisión. Tenía que ver a Jonathan. ¿Está bien?

—Gracias a usted, creo que sí —repuso Mandrake.

—Oiga, siento in montón haberme reído.

—Resultó enloquecedor, pero no puedo reñir con usted. Como decimos en provincias, usted fue para mí, literalmente, un ave de buen agüero. No es la primera vez que me han honrado de esa forma, pero sí que es la primera que lo he recibido con los brazos abiertos.

—Jonathan —dijo Nicholas—, ¿te das cuenta de la trascendencia de este asunto?

—¿Qué trascendencia, Nick?

—Lo hicieron a propósito.

—Es exactamente lo que he estado intentando decirle a Jonathan. ¡Dios mío, fui literalmente lanzado al agua! Siento insistir en un tema fastidioso, pero alguien intentó ahogarme.

—No lo hicieron.

—¿Cómo?

—Intentaron ahogarme a mí.

—A ver —gritó Mandrake—, ¿qué demonios quiere decir?

—Jonathan —dijo Nicholas—, es mejor que le contemos lo de Hart y yo.

—Ah, eso —dijo Mandrake—. Lo sé todo.

—¿Puedo preguntar cómo?

—¿Es preciso discutirlo?

—Querido Nick —saltó Jonathan apresuradamente—. Mandrake se dio cuenta de que no os llevabais del todo bien. La escena durante la cena. El juego de Charter. Me pregunto si yo... si yo...

—Es igual. No importa —interumpió Nicholas impaciente—. ¿Sabe que me ha estado amenazando? De acuerdo. Ahora déjeme decirle que mientras bajaba a la piscina eché una ojeada a la fachada de la casa. ¿Conoce la ventana del primer piso, encima de la puerta principal?

—Sí.

—De acuerdo. Pues me estaba vigilando desde esa ventana.

—Pero mi querido Nick...

—Me estaba vigilando. Me vio bajar usando esa capa. No vio a Mandrake porque éste salió por la puerta oeste. No me interrumpas. Jonathan. esto es grave. Cuando empujaron a Mandrake por encima del bordillo se hallaba junto a aquel con nieve hasta los corvejones con ese terraplén que ocultaba sus piernas a cualquiera que se llegase por atrás. Supongo, señor Mandrake, que tenía la capucha echada sobre la cabeza.

—Sí.

—Bien, fue Hart el que le empujó por encima del bordillo, y ¡por Dios que Hart creía que estaba acabando conmigo!

—Nick, debemos mantenernos en calma y no precipitarnos irreflexivamente a conclusiones...

—Veamos —Nicholas continuaba hablando a Mandrake—. ¿Tenía alguien de este grupo alguna razón para desear hacerle daño?

—No los había visto antes en mi vida. Excepto a Jonathan, por supuesto.

—Te puedo asegurar, amigo Aubrey, que tan sólo abrigo hacia ti los mejores...

—Por supuesto.

—¿Entonces? —dijo Nicholas.

—Creo que tienes razón —exclamó Mandrake.

La puerta se abrió dejando paso al doctor Hart. Nicholas, que había estado sentado al borde de la cama, se levantó y salió de la habitación. Jonathan emitió una serie de ruidillos consolatorios y se colocó junto a la ventana. Hart se acercó a la cama y palpó con los dedos la muñeca de Mandrake.

—Está mejor —dijo—. Esto está bien. Es probable que le siente bien quedarse hoy en cama. Ha habido una ligera conmoción. —Miró plácidamente a Mandrake y repitió— Nada más que una pequeña conmoción.

—Sí —dijo Mandrake. Hart se volvió a Jonathan.

—Si pudiera hablar con usted, señor Royal.

—¿Conmigo? —Jonathan tuvo un pequeño sobresalto—. Sí, claro. ¿Aquí?

—Estaba a punto de sugerirle... algún otro sitio. Pero puede... Recuerdo, señor Mandrake, que mientras le traíamos a casa usted afirmó repetidamente que le habían arrojado a la piscina a propósito.

Mandrake miró la voluminosa cara pálida, ciertamente más pálida que nunca desde que su propietario comenzara a hablar, y pensó: «Esta podría ser la cara de mi asesino en potencia.» Dijo en voz alta:

—Estoy absolutamente convencido de ello.

—Entonces, puede que le hiciera bien tranquilizarle en este asunto. Nadie atentó conscientemente contra usted, señor Mandrake.

—¿Cómo lo sabe?

—Fue un caso de identificación errónea.

—¡Santo Dios! —exclamó Jonathan con violencia.

El doctor Hart se golpeó la palma de la mano con los dedos de la otra.

—La persona que realizó esta agresión creía que me estaba atacando a mí.

IV

La primera reacción de Mandrake a esta declaración fue un impulso histérico de soltar una carcajada. Miró a Jonathan, el cual se hallaba de espaldas a la luz, y se preguntó si la mirada mezcla de alivio y asombro que por un momento había aparecido en la cara de su anfitrión era sólo imaginación suya. Luego oyó su voz de siempre, pedante y aguda.

—¡Mi querido Hart! ¿Qué es lo que le ha podido meter una idea tan extraña en la cabeza?

—El hecho de que existe entre sus huéspedes un hombre que desea apasionadamente mi muerte.

—Seguro que no es así —dijo Jonathan, frunciendo un poco los labios.

—Seguro que sí. No tenía intención de llegar tan lejos. Simplemente quería tranquilizar al señor Mandrake. Quizá si nos retirásemos...

—Por compasión —profirió Mandrake— no se vayan. Estoy bien. Quiero poner todo esto en claro. Después de todo fui yo el que estuvo en la piscina.

—Es verdad —dijo Jonathan.

—Y pienso que debo decirle, doctor Hart, que cuando bajaba por los escalones, Compline me vio desde el pabellón y me saludó. Debió reconocerme.

—Nevaba con mucha intensidad. Sin duda, su cara estaba en la sombra, escondida por la capucha de mi capa.

—Espero que recobrara su capa —dijo Jonathan inquieto.

—Sí, gracias. Debe haber una considerable cantidad de hierbas en su piscina. Para mí es evidente, Mandrake, que Compline le confundió conmigo. Salió del pabellón y corrió rápidamente por detrás de usted para darle un fuerte empujón en los omóplatos.

—Efectivamente fue un fuerte empujón el que recibí. Pero se olvida de que hay algo en mí que es totalmente característico —Mandrake hablaba rápidamente, en tono de automofa—. Soy cojo. Llevo una bota reforzada. Uso bastón. No se puede confundir a un hombre con un pie zopo, doctor Hart.

—Su pie estaba oculto. Uno no anda uniformemente sobre la nieve y le aseguro que, aunque yo, como médico, no cometería semejante error, Compline, mirando a través de las densas ráfagas de nieve que caían, sí podía cometerlo fácilmente.

—No estoy de acuerdo. Además, ¿no le vio Compline observando desde una de las ventanas superiores, mientras él iba a la piscina? Difícilmente podría haber imaginado que usted se hubiera volatilizado para aparecer allá abajo tan rápidamente.

—¿Por qué no? Podía haberlo hecho. Es cuestión de un momento. De hecho, bajé unos minutos después. El señor Royal me vio salir.

—¿Cree usted que es del todo sensato insistir en ese punto?

—No le entiendo, señor Mandrake.

Jonathan empezó a hablar muy de prisa, tartamudeando un poco y gesticulando ampliamente con las dos manos.

—Querido doctor Hart, incluso si, como usted sugiere, alguien hubiera podido confundir a Mandrake con usted; suponiendo incluso, y me resulta difícil hacerlo, que alguien pudiera abrigar la idea de arrojarle al agua, lo cierto, lo cierto es que sería ridículo sugerir que hubiese en ello algún, eh… algún propósito homicida. ¿No sabe usted nadar, querido doctor?

—Sí, pero…

—De acuerdo entonces. Yo, por mi parte, no puedo dejar de pensar que Mandrake se equivoca, que una repentina ráfaga de viento le pilló y…

—No, Jonathan.

—O que, en el peor de los casos, se trató de una estúpida y peligrosa broma pesada.

—¡Una broma! —gritó el doctor Hart— ¡Una broma!

Mandrake reprimió una risilla nerviosa. Hart le miró preocupado y luego se volvió a Jonathan.

—Y, sin embargo, no sé —dijo seriamente—. Con un inglés podía ser posible. Quizá no pretendía matarme. Quizá quería dejarme en ridículo, tiritando chorreando agua estancada, con los dientes castañeantes… Sí. Puedo admitir esa posibilidad. Reconoció mi capa tirolesa y pensó

—Espere un momento —interrumpió Mandrake—. Antes de seguir con esto, debo aclararle algo acerca de la capa. Es imposible que Nicholas pensara que estaba usted dentro de ella.

—¿Por qué?

—Porque él mismo me la dio para usarla en la piscina.

—El doctor Hart calló. Miró a Mandrake y a Jonathan y le aparecieron en la nariz aquellas pequeñas mellas.

—Le están protegiendo —dijo.

—Le aseguro que estoy diciendo la verdad.

—Hay una explicación que parece no habérsele ocurrido a nadie —Jonathan alzó la mano a sus anteojos y se los ajustó ligeramente—. Yo también uso capa tirolesa, mi querido Hart, regalo de usted mismo, y un regalo delicioso además. ¿No es, por lo menos, posible que a alguien le pareciera divertido hacerme tropezar en mi propia piscina ornamental?

—¿Pero quién demonios...?

—Se podría afirmar que prácticamente todos los miembros de mi grupo de invitados —dijo Jonathan sonriendo con modestia.

V

Cuando le dejaron solo Mandrake se rindió a un curioso estado de ánimo provocado por el agotamiento, el coñac, las conjeturas y la somnolencia. Sus pensamientos flotaban en una especie de limbo entre el sueño y la vigilia. A veces, estaban claramente definidos; otras, vagos e inconexos, pero siempre en relación a los acontecimientos que llevaban a su chapuzón en la piscina. Al final, se durmió con un sueño inquieto del que le despertó lo que parecía una singular y clara inspiración: «Debo ver a William Compline.» Estaba mirando la cresta de nieve que crecía desde el alféizar a los cristales, cuando la puerta se movió ligeramente y la cuidada cabeza de Chloris Wynne apareció en la abertura.

—Entre.

—Pensé que estaría dormido. Llamaba para preguntar.

—El parte es favorable. Siéntese y coja un cigarrillo. No tengo ni la más remota idea de la hora.

—Casi la hora de comer.

—¡Vaya! ¿Qué están haciendo ustedes?

—He visto fiestas más animadas. Nicholas está mohíno en el salón de fumar, junto a la radio. Lady Hersey y el señor Royal tienen, al parecer, una discusión al lado, en la biblioteca, y cuando fui a probar a la salita, al otro lado del salón de fumar, me topé con el doctor Hart y madame Lisse, ambos con la cara pálida y obviamente en lo más interesante de una discusión. Mi ex futura suegra ha cogido un mal resfriado y he tenido una maravillosa pelea con William.

—¡Vaya! —dijo Mandrake— ¿Qué es lo que pasó?

—Le regañé por estar hablando constantemente de la apuesta con Nicholas, y dijo algunas cosas bastante ofensivas para Nicholas y para mí. Me dijo que estaba loca, pilló una rabieta y rompió nuestro compromiso. No sé por qué le cuento todo esto, a no ser para dar la primera el boletín de noticias.

—Todo eso es muy emocionante, por supuesto, pero considero que el interés humano se centra en mí realmente.

—¿Por haberse caído a la piscina?

—Porque me empujaron.

—De hecho, es por eso por lo que nos hemos estado peleando. Hay tanta gente que cree que fue un error…

—Está el hecho de que me empujaron.

—Han dejado de decir que fue un accidente. Pero cada uno de los hombres parece pensar que le confundieron con él.

—¿William piensa eso?

—No. William se limita a decir que le gustaría que hubiese sido Nicholas. Ha hecho que Nicholas le pague las diez libras.

—Supongo —dijo Mandrake— que usted no me empujó.

—No. Francamente yo no lo hice. Cuando llegué a lo alto de los escalones, William, Nicholas y el doctor Hart estaban todos abajo junto a la piscina, gritándole instrucciones a usted. Tuve una espantosa conmoción. Pensé que se trataba del señor Royal ahogándose en sus barrocas aguas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Oh, por la capa, supongo. Estaba flotando por allí como una enorme hoja de nenúfar, y me dije: «¡Caramba, ése es Jonathan Royal!».

Mandrake se sentó en la cama y fijó su mirada más adusta sobre la señorita Wynne.

—¿Cómo se sintió cuando supo que era yo?

—Bueno. Cuando el señor Royal se acercó por detrás de mí, supe que era usted, si entiende lo que quiero decir. Y luego le vi aferrado a ese pájaro de goma y tenía el pelo sobre la cara como si fuera de algas y la corbata vuelta sobre la nuca y todo lo demás… —su voz se estremeció un poco—. Me sentí terriblemente apenada.

—Sin duda tendría una pinta ridícula. Oiga, según lo que cuenta, parece que usted fue la última en llegar.

—No. El señor Royal llegó después que yo. Había estado por la parte delantera de la casa, me parece. Me alcanzó justo en las escaleras.

—¿Querrá decirme una cosa? Por favor, intente recordar. ¿Se fijó en las huellas en la terraza y en los escalones?

—¡Vaya! —dijo la señorita Wynne—. Vamos a hacer de detectives. Huellas en la nieve.

—Deje de ser alegre e inconsecuente, se lo ruego, y trate de recordar las huellas. Por supuesto, las mías estarían.

—Sí; me fijé en las suyas. Quiero decir…

—Que vio las marcas de mi pie zopo. No hace falta que sea tan delicada conmigo.

—Y usted no necesita estar tan insoportablemente a la defensiva —dijo Chloris con viveza—. ¡Caray! Lo siento mucho. Al menos, que

no haya una riña aquí, en su lecho de dolor. Sí, vi sus huellas y creo que vi... no, no puedo recordar, excepto que había otras. Las de William, claro.

—¿Alguna que volviera a la casa?

—No. No estoy segura, pero...

—¿Sí?

—Bueno, usted se está preguntando, según creo, si alguien pudo haber bajado para empujarle al agua y luego volver a subir los escalones y pretender que bajaba por primera vez. Había pensado en ello. ¿Sabe? Cuando bajaba, iba pisando sus huellas porque así era más fácil. Cualquier otro pudo hacer lo mismo. Nevaba tan fuerte que nadie se hubiera fijado en unas pisadas dentro de otras.

—Hart llegó por un sendero diferente desde la fachada de la casa. William bajó por los escalones de la terraza; luego, usted, y después, Jonathan. No creo que William hubiera tenido tiempo, a no ser que me fuera pisando los talones. Acababa de llegar cuando ocurrió. Nicholas no lo hizo, porque él me dio la capa y, por tanto, no podía haberme confundido con nadie más. Creo que Nicholas tiene razón. Pienso que lo hizo Hart. Vio a Nicholas, que llevaba su capa, salir por delante y le siguió. Luego se escondió en una esquina del pabellón, vio una figura con capa en el bordillo, se lanzó por entre la nieve e hizo su detestable trabajo. Regresó corriendo y reapareció lleno de asombro y consternación cuando oyó vociferar a Nicholas. En ese momento, William estaba, sin duda, bajando los escalones y usted, seguida de Jonathan, salía de la casa. Hart es nuestro hombre.

—Sí, pero ¿por qué?

—Mi querida niña...

—Muy bien, muy bien. Por Madame Lisse. Sólo nos conocemos desde la noche pasada y me habla como si fuese una idiota congènita.

—No hay nada como un intento de asesinato para unir a la gente.

—Nicholas es tonto.

—Usted debe saberlo. Pensé que aún le hacía tilín.

—Bueno —dijo Chloris, acalorada—, considero esa observación absolutamente intolerable.

—Es intolerable porque sucede que es verdad. Nicholas Compline es la clase de persona que cohíbe a todas las hembras y al que todos los hombres desean, instintivamente, dar una patada en el trasero.

—Celos de gente tosca.

—¿Sabe? —dijo Mandrake— Tiene más agudeza de la que yo creía. En cualquier caso, sólo hay una cosita que no encaja del todo en mi teoría. No es que la contradiga; es sólo que no encaja.

—Bueno, no farfulle. ¿O es que no va a contármela?

—Cuando me subieron por esos horribles escalones, me mareé.

—Eso no tiene que contármelo. Yo le estuve cuidando.

—Maldito si sé cómo pude fijarme en ellas, pero el caso es que lo hice. En lo alto de la terraza, viniendo desde la casa, desde la puerta principal y desapareciendo cerca del borde de la terraza. Usted no las vio cuando bajó. Yo tampoco, lo que prueba...

—¿Le importa —interrumpió Chloris— cortar el hilo de su narración tan sólo un momento? El surrealismo puede ser maravilloso en un drama en verso, pero no va tan bien en una sencilla conversación. ¿Qué es lo que no vimos cuando bajábamos y que usted vio al volver, a pesar de estar mareado?

—Una fila de huellas que salían de la casa. Llegaban a lo alto de la terraza y volvían de nuevo.

—¡Oh!

—Eran huellas de pies pequeños.

6. Huida

I

La tarde destacó por la creciente intensidad de la nevada, el estado de los sentimientos de Mandrake y el comportamiento de William Compline. La nieve se acumulaba en el alféizar como una mortaja acabada en punta; la luz disminuía sigilosamente en la habitación de Mandrake, el cual se sentía demasiado relajado y holgazán para alargar la mano hasta la lámpara de cabecera. Pero, aunque su cuerpo estaba fatigado, su mente estaba activa y enérgicamente ocupada con el problema de su inmersión y en especulaciones sobre el tema de las extrañas relaciones de Chloris Wynne con los hermanos Compline. Estaba convencido de que no estaba enamorada de William, aunque menos seguro de que no añorara aún a Nicholas. Se preguntaba irritado cómo una mujer cuyo aspecto estaba lejos de resultar desagradable y que no era en modo alguno mema, podía degradar su inteligencia hasta el punto de rendirse a los falsos encantos de Nicholas Compline. «Un pisaverde —murmuró—. Una figura vulgar de dudosa galantería.» Emitió el ruido generalmente asociado con la interjección «¡bah!». Hasta ahí había llegado cuando recibió la visita de William y Lady Hersey.

—Hemos oído que está mejor —dijo Hersey—. Todo el mundo se está portando muy mal allá abajo, y como William y yo pensamos que nos gustaría alguna información de primera mano, hemos venido a visitarle. Todo el mundo dice que usted cree que alguien intentó ahogarle. William teme que pueda sospechar de él, o sea que lo he traído para que se explique.

—¿Sospecha de mí? —preguntó William con ansiedad—. Porque yo no lo hice, ¿sabe?

—No tengo la menor sospecha de usted. ¿Por qué había de tenerla? No hemos tenido ningún desacuerdo.

—Bien, parecen pensar que podría haberle confundido con Nicholas.

—¿Quién sospecha eso?

—Mi mamá, sobre todo. Porque me atuve a la apuesta, ya ve. Por eso pensé que haría bien en aclararle que cuando yo llegué, usted estaba ya en la piscina.

—¿Estaría Hart allí?

—No. Apareció uno o dos minutos después.

—¿Se fijó en las huellas de los escalones de la terraza?

—Sí, bastante —dijo William inesperadamente—. Estaban sus

pisadas. Me fijé en ellas porque una era más grande que la otra.

—William... —murmuró Hersey.

—Bueno, Hersey; él ya debe saberlo, ¿no? Y luego, ya sabe, llegaron Jonathan y Chloris.

—Quizá le interesaría mi coartada, señor Mandrake —dijo Hersey—. Aunque no es ninguna coartada, me temo. Estaba sentada en el salón de fumar, escuchando la radio. La primera indicación que tuve de su aventura me la proporcionó Jonathan, que entró pidiendo a gritos reconstituyentes. Creo que podría contarle el programa de la radio.

Hersey fue hasta la ventana y miró afuera. Cuando habló de nuevo su voz sonó extraña en el silencio de la habitación.

—Está nevando con furia. No se les ha ocurrido a ninguno de ustedes que, con toda probabilidad, nos guste o no, estamos encerrados juntos en esta casa sin oportunidad de escapar.

—El doctor Hart quería irse después del almuerzo —dijo William—. Le oí decírselo a Jonathan. Pero éste dijo que habían recibido información de que no se podía cruzar Cloudyfold. Sea como sea, hay un montón de nieve en la verja de entrada. Jonathan parecía contento con ello.

—Ya me lo imagino —Hersey se volvió y apoyó las manos sobre el alféizar a su espalda. Su figura se mostraba casi negra contra el silencio apresurado de la tormenta al otro lado de la ventana—. Señor Mandrake, usted conoce bien a mi primo, ¿no es así?

—Le conozco desde hace cinco años.

—Eso no significa que le conozca bien —dijo rápidamente—. Usted fue el primero en llegar. Estaba urdiendo algo, ¿verdad? No, ésa no es una pregunta justa. No es necesario que responda. Sé que estaba urdiendo algo. Pero, cualquiera que fuera su idea, no le incluía a usted, a no ser... Claro, William, eso debe ser. El señor Mandrake iba a ser el público.

—No me gusta actuar para Jonathan —dijo William—. Nunca lo he hecho.

—Ni yo. Y lo que es más, no lo haré. La Pirata puede ir por toda la casa haciendo de mujer fatal, que no conseguirá ponerme en ridículo.

—Yo supongo que ya he actuado, Hersey. Chloris y yo rompimos nuestro compromiso antes del almuerzo.

—Pensé que algo había pasado. ¿Por qué?

William encogió los hombros y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me regañó por lo de la apuesta. Yo la regañé por lo de Nicholas y etcétera, etcétera.

—Bueno, William, querido. Lo siento, pero, francamente ¿es una

mujer para ti? —Hersey se encaró con Mandrake e inquirió bruscamente:

—¿Qué opina usted?

Él no se arredró demasiado. Por alguna razón que nunca había podido entender, Mandrake era un hombre al que su prójimo hacía confidencias. No mostraba ninguna evidente compasión por nadie y rara vez preguntaba cosas confidenciales que, no obstante, quizá por estas mismas omisiones, le venían al encuentro. La gente tendía a considerar a un lisiado como a un ser aislado, apartado del resto por su impedimento, al igual que un sacerdote está apartado por su oficio. Generalmente, le divertía oír confesiones extrañas y, por tanto, le sorprendió descubrir dentro de él una cierta desgana de recibir las explicaciones de William sobre la pelea con Chloris Wynne. Le complacía profundamente que el compromiso estuviera roto y estaba totalmente decidido a no sugerir nada para arreglarlo.

—Debe recordar —dijo— que tan sólo nos conocemos desde ayer.

Hersey clavó en él unos brillantes ojos azules.

—¡Qué cauteloso! William, creo que el señor Mandrake…

—Ya que estamos siendo tan sinceros —dijo Mandrake, interrumpiendo velozmente— me gustaría saber si ustedes creen que alguien me tiró a esa repugnante piscina, y, si lo creen, quién.

—Nick dice que fue Hart —dijo Hersey—. Ha ido y le ha causado a su madre un ataque de fiebre diciéndole que Hart intentó ahogarle. Se está comportando como un niño malhumorado.

—¿No podía haberle empujado una ráfaga de viento? —preguntó William vagamente.

—¿Qué ráfaga de viento le da a uno tan fuerte en los omóplatos que uno puede sentir luego las magulladuras? ¡Maldita sea, lo sé! Se trata de mis omóplatos.

—En efecto —convino Hersey—. Yo, por mi parte, creo que fue el doctor Hart. Después de todo, sabemos que iba farfullando de rabia por Nicholas, y parece que vio a éste bajar llevando su capa. No me imagino que quisiera ahogarlo. Sencillamente, no pudo resistir la tentación. Más bien, le compadezco. Nicholas ha estado galleando desde que llegó aquí.

—Pero Hart debía saber que Nicholas no sabe nadar. No dejó de explicar que por eso no se metería por lo hondo.

—Es cierto. Puede que quisiera ahogarlo.

—¿Qué es lo que dice Madame Lisse de todo esto? —preguntó Mandrake.

—¿La Pirata? —Lady Hersey tomó un cigarrillo—. Mi querido señor Mandrake, ella no dice nada al respecto. Se ha puesto lo que yo sé por casualidad que es un modelo de Chanel de cincuenta guineas y ha bajado con el aspecto de una orquídea en un bazar de iglesia.

Nicholas, William y el doctor Hart corretean y sacan los ojos de las órbitas cuando la ven.

—Bueno, Hersey, sabes que es más bien excitante —intervino William.

—¿Jonathan saca los ojos de las órbitas?

—No —dijo Hersey—. La mira como nos mira a todos los demás, especulativamente, desde el otro lado de esas malditas gafas.

—Siempre he querido —observó William— ver un espécimen realmente bueno de la *femme fatale*.

Hersey resopló y luego dijo en seguida:

—Oh, te concedo que tiene buena apariencia, una piel maravillosa, gruesa y tirante. No se puede luchar con ella.

—Y luego su figura, claro está.

—Sí, William, sí. Imagino que tú y tu chica no discutiríais por casualidad acerca de la Pirata.

—Oh, no. Chloris no es celosa. Por lo menos, de mí. Soy yo el que es celoso. ¿Usted sabe, por supuesto, que Chloris rompió su compromiso con Nick por culpa de Madame Lisse?

—¿Cree usted que Madame está enamorada de su hermano? —preguntó Mandrake.

—No lo sé —dijo William—, pero creo que Chloris sí lo está.

—¡Tonterías! —exclamó Hersey.

De pronto, Mandrake sintió una depresión abismal. William caminó hasta la chimenea y se quedó de espaldas a ellos, con la cabeza agachada. Removió el pequeño fuego con el tacón, algo violentamente, y dejó oír su voz entre el crujir y chisporrotear de las brasas.

—Creo que me alegro. Siempre ha sido igual... Ya sabes, Hersey. El segundo en todo. Por algún tiempo me engañé pensando que le había desplazado. Creí que eso les enseñaría. Mi madre lo sabía. Al principio estaba furiosa, pero bien pronto vio que yo era el bobo, como de costumbre. Cree que todo es como debe ser: que Nick tenga ristras de hermosas damas rendidas a él, la idea esa de *le roi s'amuse*. ¡Por Dios! —dijo William con una repentina violencia—, no es tan divertido tener un hermano como Nick. ¡Por Dios que me gustaría que Hart lo hubiera echado a la piscina!

—¡William, no!

—¿Por qué no? ¿Por qué no había de decir por una vez lo que pienso de mi encantador hermanito? ¿Supones que le echaría la culpa a Hart si fuera a por Nicholas? Yo no. Si hubiera pensado en ello yo mismo, que me condenen si no lo hubiera hecho.

—¡Basta! —gritó Hersey— ¡Basta! Algo espantoso nos está ocurriendo a todos nosotros. Estamos diciendo cosas de las que nos arrepentiremos para el resto de la vida.

—Sólo estamos diciendo la verdad.

—Son cosas que no se deberían decir. Es una verdad bestial, parcial y exagerada. Nos estamos portando como una colección de monstruos neuróticos —Hersey se acercó a la ventana—. Miren la nieve; cae más fuerte que nunca. Hay un montón sobre los árboles, que están empezando a inclinar sus ramas. Está escalando por los lados de la casa y por las cristaleras. Pronto apenas podrá ver por su propia ventana, señor Mandrake. ¿Qué vamos a hacer, encerrados juntos en la casa, odiándonos unos a otros? ¿Qué vamos a hacer?

II

A las cuatro y media de la tarde, Nicholas Compline anunció por sorpresa, a grandes voces, que debía regresar al Cuartel General de Great Chipping. Buscó a Jonathan y le dijo, cuidándose poco de que resultara plausible, que había recibido un llamamiento urgente por teléfono.

—Es extraño —dijo Jonathan, sonriente—. Según Caper, el teléfono está fuera de servicio. Las líneas están cortadas.

—La orden llegó hace algún tiempo.

—Me temo que no puedes irte. Nick. Hay una capa de nieve de dos metros en Deep Bottom al final del camino. Y aún estará peor en Cloudyfold.

—Puedo caminar desde Cloudyfold hasta Chipping y conseguir allí un coche.

—¡Veinte kilómetros!

—No puedo evitarlo —dijo Nicholas en voz alta.

—Nunca lo lograrás, Nick. Oscurecerá dentro de una hora. No puedo permitirte que lo intentes. Es nieve blanda. Quizá mañana si hiela durante la noche...

—Me voy, Jonathan. Tú tenías un par de raquetas de nieve canadienses, ¿no? ¿Puedo tomarlas prestadas? ¿Sabes dónde están?

—Las regalé hace mucho tiempo —dijo Jonathan suavemente.

—Es igual. Me voy.

Jonathan se dio prisa en subir a la habitación de Mandrake con esta noticia. Mandrake se había vestido y estaba sentado junto al fuego. Aún se sentía débil y aturdido. Miró como un búho a Jonathan, que entró en su historia sin más preámbulos.

—Está totalmente decidido, Aubrey. Quizá fuera mejor que recordara que, después de todo, no regalé las raquetas de nieve. Pero incluso con las raquetas, seguramente perderá el rumbo en la oscuridad o se ahogará en un ventisquero. ¿No es excesivamente fastidioso?

Jonathan parecía más sinceramente trastornado por este giro de

los acontecimientos que por ninguna otra cosa de las que habían sucedido desde que se reunió su grupo.

—Lo echará todo a perder, murmuró, y cuando Mandrake le preguntó si quería decir que la muerte de Nicholas Compline a la intemperie lo echaría todo a perder, replicó irritado:

—No, no. Su marcha. Es el protagonista. Toda la acción se centra en él. No podría estar más decepcionado.

—Francamente, Jonathan, estoy empezando a pensar que sufres de una terrible forma de locura. Tienes una idea fija. La gente puede ahogarse en tus decorativas piscinas o perecer en tus ventisqueros y tú sólo puedes pensar en tu fiesta infernal.

Jonathan se apresuró a protestar, pero momentos después, miraba tristemente por la ventana y declaraba que ni siquiera Nicholas podía ser tan tonto como para acometer una caminata por Cloudyfold con semejante tormenta. Como una respuesta a este discurso se oyó un golpe en la puerta y entró Nicholas en persona. Llevaba un pesado impermeable caqui y una gorra en la mano. La piel alrededor de su boca estaba blancuzca.

—Me voy, Jonathan —dijo.

—Nick, amigo mío... te lo ruego...

—Las órdenes son las órdenes. Hay una guerra. Me permitirás que deje mi equipaje. Recogeré el coche tan pronto como pueda.

—¿Se da cuenta —dijo Mandrake— de que tiene que cruzar Cloudyfold?

—No hay más remedio.

—Nick, ¿has pensado en tu madre?

—No le diré a mi madre que me voy. Está descansando. Dejaré una nota para ella. Adiós, Mandrake. Siento que le impusieran el papel de doble mío. Si le causa alguna satisfacción, puede estar totalmente seguro de que dentro de muy poco tiempo, estaré igual de mojado y es posible que mucho más frío de lo que usted estuvo.

—Si persistes, te acompañaré hasta Deep Bottom —dijo Jonathan, sintiéndose muy mal—. Llevaremos a alguno de los hombres con palos y todo eso.

—Por favor, Jonathan, no te molestes. Difícilmente podrían tus hombres excavar un sendero a través de todo Cloudyfold.

—Ahora escúchame —dijo Jonathan—. He hablado con mi administrador, que acaba de llegar, y me ha dicho que lo que te propones es impracticable. Le conté que estabas decidido y va a enviar a dos de nuestros hombres...

—Lo siento, Jonathan. He tomado una decisión. Me voy. No bajes. Adiós.

Antes de que Nicholas llegara a la puerta, ésta se abrió bruscamente y William, con la cara escarlata, entró resueltamente y se

encaró con su hermano.

—¿Qué demonios son esas tonterías que oigo acerca de tu partida?

—No sé lo que has oído, pero me voy. Tengo órdenes de presentarme en...

—¡Y unas narices tienes órdenes! ¡Se te ha encogido el ombligo y tomas las de Villadiego! Tienes tanto miedo que prefieres morirte en un ventisquero que enfrentarte a la situación. ¡No te vas!

—Una solicitud poco corriente —dijo Nicholas. Las líneas de la nariz a los lados de la boca se hicieron más profundas.

—No te imagines que me preocupa lo que te ocurra —exclamó William elevando el tono de voz. Utilizaba los gestos torpes y vehementes de un hombre que, no habituado a la violencia en su discurso y acciones, se encuentra repentinamente devorado por la rabia. Estaba dando un espectáculo penoso y violento—. Podrías ahogarte y lo celebraría, si no fuera por Madre. ¿Quieres matarla? Te quedarás aquí y te portarás bien, ¡maldito Casanova!

—Oh, cállate, idiota —dijo Nicholas mientras se dirigía a la puerta.

—¡No, no te vas! —gritó William, dando un tumbo hacia delante. Su hermano le dio un empujón con el codo en el pecho y desapareció al instante.

—¡William! —dijo Jonathan duramente—. ¡Quédate donde estás!

—Si algo le pasa, ¿a quién supones que echará ella la culpa? Durante el resto de mi vida, su maldita sonrisa irónica de muerto le dirá a ella que, a no ser por mí... ¡No se irá!

—No puedes detenerle, lo sabes —dijo Mandrake.

—¡No puedo! Jonathan, por favor, échate a un lado.

—Un momento, William —la voz de Jonathan había tomado un filo desacostumbrado. Estaba de pie, y presentaba un aspecto no heroico pero, de algún modo, amenazante, con los dedos gordezuelos en el picaporte y la espalda contra la puerta—. No puedo consentir que te pelees con tu hermano por toda la casa. Está decidido a irse y no puedes detenerle. Le voy a seguir hasta el primer ventisquero en el camino. Estoy totalmente convencido de que no lo atravesará y no tengo intención de dejar que le ocurra una desgracia. Llevaré conmigo un par de hombres. Si eres capaz de portarte bien, sería mejor que nos acompañaras —Jonathan se tocó delicadamente los anteojos con la mano izquierda—. Puedes estar seguro de que tu hermano no abandonará Highfold esta noche.

III

Las ventanas de la habitación de Mandrake dominaban la última

curva del camino, allí donde ésta pasaba el ala oeste de Highfold y giraba hacia la vasta extensión frente a la casa. Por el cristal de su ventana, moteado como un leopardo blanco, vio a Nicholas Compline, con la cabeza algo inclinada, caminar penosamente a través de la nieve hasta perderse de vista. Momentos después, Jonathan y William aparecieron, seguidos a cierta distancia por dos hombres que llevaban palas de mango largo. «Nicholas debe haberse retrasado un poco después de irse de aquí —pensó Mandrake—. ¿Por qué? ¿Para decirle adiós a Madame Lisse? ¿O a Chloris?» Al pensar en una última entrevista entre Nicholas y Chloris Wynne, experimentó una desacostumbrada sensación, como si su corazón se hundiera a velocidad horrorosa en un limbo insondable. Miró las figuras que caminaban pesadamente hasta que se salieron del campo visual de su ventana. Entonces decidió de pronto que no podía soportar más su propia compañía y que bajaría a buscar a Chloris Wynne.

—La diferencia entre una caminata en una tormenta corriente y una caminata en una tormenta de nieve es la diferencia entre un sonido desagradable y otro todavía más desagradable —observó Jonathan—. Uno no puede oír nada más que el crujir de la nieve bajo los pies. Me alegro de que te decidieras a venir, William.

—No es por amor al pequeño Nicholas, te lo aseguro —murmuró William.

—Bien, bien, bien —dijo Jonathan, equitativo.

Avanzaron penosamente, caminando sobre las huellas de Nicholas. Un poco después el bosque de Highfold les encerró en un extraño crepúsculo, donde la sombra se hacía negativa, debido a la blancura reflejada, y donde los troncos de los árboles parecían desconsolados y olvidados en su negra desnudez. Aquí había menos nieve. Aligeraron el paso siguiendo el retorcido recorrido del camino colina abajo. Al principio caminaron entre grandes montones de nieve y oyeron las voces múltiples de pequeños arroyuelos. Luego salieron a un espacio abierto, allí donde la nieve formaba una gran capa sobre el parque de Jonathan. Se extendía ante sus ojos en curvas de ininterrumpida palidez. William murmuró:

—Blanco, gris y negro. No creo que pudiera pintarlo.

Cuando penetraron en la parte baja del bosque vieron a Nicholas no muy adelantado. Jonathan le llamó con un estridente «¡Hola!», que fue lanzado como un eco entre los árboles helados. Nicholas se volvió y se quedó quieto, esperando a que le alcanzaran. Con ese aire de timidez que es consustancial con tales acercamientos, se abrieron paso hasta él, los dos peones aún a alguna distancia detrás de ellos.

—Mi querido Nick —jadeó Jonathan—, debías haber esperado un poco. Te dije que te acompañaría hasta el primer obstáculo. Mira, he traído a dos de los hombres. Saben más de cómo están las cosas que

yo. Mi pastor jefe y su hermano, ¿recuerdas a James y Thomas Bewling?

—Sí, claro —dijo Nicholas—. Siento que les hayan hecho salir por mi culpa.

—Si hay algún camino a través de Deep Bottom —dijo Jonathan —, los Bewling te lo encontrarán, ¿eh, Thomas?

El más viejo de los dos se llevó la mano al sombrero y se acercó.

—Yo creo, señor —dijo—, que a no ser que nosotros nos pongamos con todas nuestras fuerzas a trabajar con estas palas una hora o así, no hay ningún camino a través de Deep Bottom.

—Ya ves, Nick. Y en una hora, más o menos, oscurecerá.

—Por lo menos, puedo intentarlo —dijo Nicholas, tieso.

Jonathan miró indeciso a William, el cual observaba a su hermano con ojos medio cerrados.

—Bien —dijo Jonathan con repentino enfado—, está empezando a nevar abominablemente fuerte. ¿Seguimos?

—Oye, Jonathan —dijo William—, tú vuélvete. No veo por qué tienes que mezclarte en esto. Tampoco los dos Bewlings. Deme su pala, Thomas.

—Dije que iría solo y estoy absolutamente dispuesto a hacerlo así —dijo Nicholas, malhumorado.

—¡Oh, maldita sea! —dijo William—. ¡Vamos!

Mientras se alejaban colina abajo, la nieve se puso a caer aún más fuerte. Deep Bottom estaba al pie de una considerable cuesta más allá del bosque, y era en realidad una garganta en miniatura que se alargaba tres kilómetros dentro de las heredades de Jonathan. Estaba cruzada por el camino que bajaba y subía, empinado, para allanarse en el otro lado con un trecho plano de unos doscientos metros, que terminaba en las verjas de entrada. A medida que se acercaban a él, el viento del norte, del que hasta entonces habían estado resguardados, les arrojaba en plena' cara ráfagas de nieve. Thomas Bewling comenzó una larga explicación a voz en grito:

—¡Le viene a uno con un ruido infernal, señor! Entre lo que empuja el viento y lo que amontona la fuerza natural de «gravidez», se desliza y resbala por esa hondura de un modo que le sorprendería verlo. ¡Mire allí, señor! Usted diría que no es más que un pequeño trozo de cuesta colina abajo, pero no. Es traidora. Se está ahí, tan suave y lustrosa, para invitarle a que lo intente, pero es lo bastante profunda y blanda como para asfixiarnos a todos. ¡No puede rodearla ni pasar al otro lado, señor Nicholas! Como nativo de este sitio, debería saberlo.

Nicholas miró una tras otra las cuatro caras y, sin decir palabra, se dio la vuelta y continuó caminando. Después de media docena de zancadas, la nieve le llegaba a las rodillas. Emitió un curioso grito

inarticulado y se lanzó adelante. Un segundo después cayó en un montón de nieve con los brazos extendidos y quedó medio enterrado.

—Ya está —observó William con calma—. ¡Vamos allá!

Él y los dos Bewling unieron esfuerzos y, a base de alargarle el mango de la pala, sacaron a Nicholas del apuro. Se había caído de cabeza en el montón y ofrecía un aspecto ridículo. Su hermoso bigote estaba cuajado de nieve, la gorra torcida, y moqueaba.

—Todo un hombrecito de nieve —dijo William—. Arriba, muchacho.

Nicholas se limpió la cara con las manos enguantadas. La tenía inflamada por el frío. Los labios parecían rígidos y se los frotó antes de hablar.

—Muy bien —susurró al fin—. Me rindo. Volveré. Pero os juro por Dios que habría estado más seguro cruzando Cloudyfold en la oscuridad que pasando otra noche en Highfold.

IV

—Francis —dijo madame Lisse—no podemos volver a pasar solos esta noche. No puedo soportar esta ridícula e incómoda situación por más tiempo. ¿Por qué te evitan Nicholas y William Compline y la chica? ¿Por qué cuando hablo del accidente del señor Mandrake se miran a los pies y mascullan otras cosas? ¿Dónde se han ido todos? He estado sentada junto a este fuego, soportando la charla de la señora Compline y los cumplidos de nuestro anfitrión hasta estar a punto de gritar, pero incluso ese sufrimiento era preferible a aguantar tu extraordinaria melancolía.

El doctor Hart estaba de pie en la salita, junto a la puerta que había cerrado a sus espaldas. En la cara se le reflejaba el crepúsculo del mundo exterior, aprisionado por la nieve. Esta rara medialuz revelaba un ligero tic en el labio superior, que insinuaba una vida independiente en algunos de los músculos menores de su cara. Era como si una polilla aletease debajo de la piel. Levantó la mano y presionó el labio con un dedo. Miró a Madame Lisse por encima de la mano.

—¿Por qué no me respondes? ¿Dónde está Nicholas?

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Dónde?

Sin apartar los ojos de su cara, Hart hizo un movimiento con la cabeza que venía a decir «fuera». Madame Lisse se agitó, inquieta.

—No me mires así. Ven aquí, Francis.

Fue hacia ella y se quedó con las manos cruzadas sobre el chaleco y la cabeza inclinada atentamente. No había nada en su postura que indicara furia, pero ella se venció sobre la silla casi como si tuviera

miedo de que la golpeara.

—Desde el momento en que llegamos —dijo—, se ha esforzado en insultarme con sus atenciones por ti. Vuestras cabezas juntas, chistes confidenciales, y después me echaba una mirada para asegurarse de que no me lo había perdido. La noche pasada, después de la cena, me provocó deliberadamente. Bien, ahora se ha ido, y en cuanto entro en la habitación tú me preguntas por él.

—¿Tienes que montar otra de esas escenas? ¿No puedes comprender que Nicholas es así? Es tan natural en él hacer esas pequeñas cortesías como lo es el respirar.

—¿Como lo es en ti el recibirlas? Bueno, puede que no las recibas de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Mira ahí fuera. Ha estado nevando todo el día. Dentro de un rato oscurecerá y tu amigo estará en aquellas colinas que cruzamos ayer. No intentes parecer indiferente. Tus labios están temblando.

—¿Por qué se ha ido?

—Tiene miedo.

—Francis —exclamó Madame Lisse—, ¿qué es lo que has hecho? ¿Le has amenazado? Ya veo, que sí, y que todos lo saben. Por eso nos evitan. ¡Francis, idiota! Cuando esa gente se vaya de aquí será invitada a comer y a cenar para que cuenten la historia. Serás el hazmerreír de todos, y luego, ¿qué mujer escogerá un bobo para que le opere la cara? Y mi nombre, el mío, quedará unido al tuyo. Esa mujer, Amblington, se encargará de qué yo aparezca tan ridícula como tú.

—¿Amas a ese Compline?

—Me he hartado de decírtelo. No.

—Y yo estoy harto de oír tus mentiras. Su comportamiento es una confesión.

—¿Qué ha hecho? ¿Qué intentas sugerir?

—Confundió a Mandrake conmigo. Intentó ahogarme.

—¿Qué tonterías son éstas? He oído el relato del accidente. Nicholas vio al señor Mandrake por la ventana del pabellón y le reconoció. Nicholas me dijo que reconoció a Mandrake y que el propio Mandrake se dio cuenta de que le reconoció.

—Entonces has visto a Compline. ¿Cuándo fue?

—Poco después del asunto de la piscina.

—No te dejaste ver hasta casi la hora de comer. Fue a tu habitación. Me lo habías prohibido a mí, ¡pero a él le recibiste! ¡¿Es cierto? ¿Lo es?!

—Eres capaz de ver… —comenzó Madame Lisse. Él la silenció con un ademán vehemente e, inclinándose hasta que su cara estuvo cerca de la de ella, empezó a acusarla con una especie de susurro de falsete.

La mujer se apartó de él, hundiendo los hombros y la cabeza en el respaldo de su silla. El movimiento indicaba aversión antes que miedo, y, mientras él habló, ella no dejó de mirar por encima del hombro de su interlocutor de la puerta a las ventanas. En una ocasión, ella levantó la mano, como para hacerle callar, pero él la asió de la muñeca, la sujetó y ella no dijo nada.

—... dijiste que yo mismo lo vería y *¡lieber Gott!*, ¿acaso no ha sido así? He visto suficiente y te voy a decir algo. Fue muy prudente de su parte el marcharse cuando lo hizo. Otra noche y otro día con esa insolencia y hubiera acabado con mi aguante. Es mejor para él que se haya ido.

Tenía la mirada fija en la cara de ella y vio cómo los ojos se le agrandaban. Aún la tenía cogida por la muñeca, peí o la mujer señaló a la ventana con la mano libre. Se dio la vuelta y miró.

Tuvo tiempo de ver a Jonathan Royal y a William Compline pasar caminando trabajosamente por entre la nieve. Tres metros detrás de ellos, hosco y empapado, Nicholas Compline les seguía los pasos.

V

Hersey Amblington, la señora Compline, Chloris Wynne y Aubrey Mandrake estaban en la biblioteca. Sabían que el doctor Hart y Madame Lisse se encontraban en el comedor, separados por el pequeño salón de fumar. Sabían, también, que Jonathan y William habían acompañado a Nicholas en la primera etapa de su absurdo viaje.

Hersey estaba deseosa de sostener una charla privada con Sandra Compline; Mandrake de sostenerla con Chloris Wynne. Pero ni Hersey ni Mandrake eran capaces de tomar la iniciativa de emprender algún paso. Un manto de pereza colgaba sobre todos ellos y hablaban con una embarazosa falta de convicción del llamamiento de Nicholas al Cuartel General de Great Chipping. La señora Compline estaba evidentemente angustiada y Hersey insistía en asegurarle que si la carretera era insegura, Jonathan traería a Nicholas de vuelta.

—Jonathan no debía haberle dejado ir, Hersey. Estuvo muy mal de su parte. Y estoy tremendamente disgustada con William por haber dejado marchar a Nicholas. Nunca debió habérselo consentido.

—William hizo lo que pudo para disuadirle —dijo Mandrake secamente.

—Debió ir a contármelo, señor Mandrake. Debió usar su autoridad. Es el mayor de mis hijos —se volvió a Hersey—. Siempre ha sido igual. Siempre he dicho que Nicholas debía haber sido el mayor.

—No estoy de acuerdo —dijo Chloris velozmente.

—No —dijo la señora Compline—. No esperaba que lo estuvieras.

Mandrake, que había pensado que la cara de la señora Compline era incapaz de expresar otra cosa que su propia deformidad, sintió un estremecimiento de alarma cuando la vio mirar a Chloris.

—Hablo imparcialmente —dijo Chloris. Dos manchas de color aparecieron en sus mejillas—. William y yo hemos roto nuestro compromiso.

Hubo un momento de silencio en el que Mandrake percibió que la señora Compline se había olvidado de su existencia. Continuó mirando a Chloris y la sombra de una sonrisa, dolorida y áspera, estiró su boca torcida.

—Me parece que es demasiado tarde.

—No entiendo.

—Mi hijo Nicholas...

—Esto no tiene nada que ver con Nicholas.

—Hersey —dijo la señora Compline—. Estoy terriblemente preocupada por Nicholas. Seguramente Jonathan le traerá de vuelta. ¿Cuánto hace que se fueron?

—No tiene nada que ver con Nicholas —dijo Chloris en voz alta.

La señora Compline se levantó.

—Hersey, de verdad que no puedo estar aquí sentada más tiempo. Voy a ver si vienen.

—No puedes, Sandra. Nieva con más fuerza que nunca. No hay por qué preocuparse. Están todos juntos.

—Voy a salir al camino. No me he movido de la casa en todo el día. Estoy asfixiada.

Hersey levantó las manos y dijo:

—De acuerdo, voy contigo. Iré a por nuestros abrigos; espera, querida.

—Esperaré en el vestíbulo. Gracias, Hersey.

Cuando se hubieron ido, Mandrake le dijo a Chloris:

—Por el amor de Dios, vamos al cuarto de al lado a escuchar las noticias. Después de esta fiesta, la guerra resultará un cambio suave y placentero.

Se trasladaron al salón de fumar. La señora Compline cruzó el vestíbulo y entró en el salón, donde se quedó escudriñando por las ventanas en busca de su hijo Nicholas. Hersey Amblington subió. Primero tomó su propio impermeable y luego fue a la habitación de la señora Compline a recoger el de ésta. Abrió las puertas del armario ropero y alargó la mano a un pesado abrigo de *tweed*. Por un momento se quedó quieta como un palo mientras los dedos tocaban las hombreras del abrigo.

Estaba empapado.

El eco de la voz de Sandra Compline retumbó en su cabeza: «No

me he movido de la casa en todo el día.»

VI

En los días que siguieron a aquel fin de semana, Mandrake repasaría inacabablemente la serie de acontecimientos que, mirando hacia atrás, parecían señalar sin lugar a dudas el terrible final. Decidiría que su actitud hacia Chloris Wynne no había sido el menos extraordinario de esos acontecimientos. Chloris no era el tipo de Mandrake. Si, en medio de amenazas, misterios y crecientes terrores, tenía que entretenerse con alguna clase de frivolidad, seguramente debió haber sido con Madame Lisse. Madame era el tipo de mujer al que Aubrey Mandrake prestaba atención casi automáticamente. Era sofisticada, misteriosa y —era su propia expresión— *soignée* sin medida. Era en todo la mujer ideal para Mandrake. Chloris no. A Aubrey Mandrake le aburrían siempre las rubias impertinentes. Pero (y ésta era la razón de su curioso comportamiento) Stanley Footling las adoraba. Viendo los brillantes rizos color de miel de Chloris y sus descarados ojos azules, el viejo Footling resurgía dentro de Mandrake. Bloomsbury moría en su interior y Dulwich se agitaba, ingenuo. Se daba cuenta demasiado bien de que en él se representaba un tema gastado, a modo de una parodia irremediablemente desfasada de Jekyll y Hyde. Había ocurrido antes, pero nunca con tanta violencia. Se dijo que debía haber algo muy especial en Chloris para despertar al repugnante Footling de tal manera que Mandrake apenas se resintiese de la experiencia.

La siguió al salón de fumar y sintonizó la radio para oír las noticias de guerra, que, en aquellos días casi olvidados, consistían en gran parte en una serie de garantías francesas de que no había nada de lo que informar. Chloris y Mandrake escucharon un rato la radio; luego él la apagó, se inclinó adelante y la besó.

—Ajá —dijo Chloris—. Ya veo, la idea del deporte dentro de casa.

—¿Estás enamorada de Nicholas Compline?

—Podría contestarte ¿qué demonios tiene eso que ver contigo?

—Es una curiosidad abstracta.

—Con acompañamientos un tanto concretos.

—Cuando te vi por primera vez pensé que eras un poco idiota.

Chloris se arrodilló en una alfombrilla delante del hogar y removió el fuego.

—Y lo soy cuando se trata de tu tipo de lenguaje. Soy bastante lista, pero en absoluto inteligente. Hago una comedia, pero me despreciarías mucho si me conocieras mejor.

Le sonrió. Él notó que se le secaba la boca y, con una sensación de pánico ciego, oyó su propia voz, desfigurada por el azoramiento,

pronunciar la frase terrible:

—Mi verdadero nombre es Stanley Footling.

—Oh, querido, ¡lo siento tanto! —dijo Chloris. Sabía que al recobrarse de su asombro, por un momento, casi se había reído.

—Stanley Footling —repitió, separando las detestables sílabas como si cada una de ellas fuera un atentado contra el pudor.

—Es nauseabundo para ti. Pero, después de todo, te lo has cambiado, ¿no es cierto?

—Nunca se lo he dicho a nadie más. De alguna manera miserable, es un cumplido.

—Gracias. Sin embargo, hay un montón de gente que tiene que saberlo.

—No. Todas mis amistades se establecieron después de cambiarlo. Me llevé un susto horrible la noche pasada, durante la cena.

Chloris levantó la vista velozmente.

—¡Claro! ¡Ya lo recuerdo! Me fijé en ello. Durante un segundo te quedaste completamente desconcertado. Fue por algo que Nicholas dijo, algo acerca...

—De que había dejado de ocuparme de trivialidades.

—¡Señor! —dijo Chloris.

—Vamos, ríete. Es como para llorar de risa, ¿no es cierto?

—Bueno, es más bien divertido —convino Chloris—, pero se ve fácilmente que a ti no te hace mucha gracia. No puedo comprender el porqué. Hay muchísimos nombres igual de divertidos que Footling.

—Te diré el porqué. No puedo aceptarlo, porque no tiene historia. Si se tratara de los Footling de Fifeshire o incluso de los Footling de «Lustre para muebles» podría tragarlo. Soy un despreciable esnob. Incluso mientras hablo contigo, me horroriza oír cómo me estoy traicionando con el contenido mismo de mis palabras. Estoy cometiendo la única ofensa realmente imperdonable: estoy resultando embarazoso.

—Lo único que me parece es que te has vuelto eduardiano. Estás confundido. Dices que eres un esnob. De acuerdo. Todos nosotros lo somos en cierta medida.

—¿Pero no ves que es precisamente la medida lo que tanto me avergüenza? Puedo ser un esnob intelectual. No me preocupa el serlo. Pero desarrollar un complejo de inferioridad social verdaderamente grave... es tan degradante.

—Parece un poco tonto, es verdad. Y, además, si aceptas tu esnobismo, no veo de qué tienes que preocuparte. Si lo que buscas es distinción, ¿no es distinguido hoy en día el ser un desconocido? Mira a los boxeadores profesionales. Todo el mundo es amigo íntimo suyo.

—Eso desde tu punto de vista. *De haut en bas*. Quiero ser el *haut*, no el *bas* —masculló Mandrake.

—Bueno, intelectualmente lo eres —Chloris cambió de posición y se encaró directamente con él, alzando la vista. El fuego le daba brillantez a sus cabellos claros—. Oye, el señor Royal lo sabe todo, ¿no es cierto? Acerca de tu nombre.

—No. ¿Por qué?

—Bueno, la noche pasada creí… Quiero decir, después de que Nicholas se tirase aquella plancha, sentí como si hubiera algo raro y me di cuenta de que él, lady Hersey y el señor Royal se miraban unos a otros.

—¡Dios mío! Él los incitó a ello. Me extrañó en aquel momento. ¡Por Dios, que si lo hizo me lo pagará!

—¡Cielo Santo! ¿Por qué se me ocurriría decir eso? Creí que tú y yo íbamos a permanecer medianamente normales. Nadie más lo es. Deja de ser tan freudiano acerca de Footling. ¿A quién le importa que te llames así? Y, por otra parte, debo decirte que Aubrey Mandrake es un poco lerdo. Hablemos de otra cosa.

La invitación no fue aceptada al momento. En el silencio que siguió, oyeron a Hersey Amblington bajar al vestíbulo y llamar a la señora Compline.

—¡Sandra! ¿Dónde estás? ¡Sandra!

Oyeron una voz en respuesta y momentos después la puerta principal se cerró de golpe.

Mandrake atravesó cojeando la habitación, mientras maldecía en su interior a Jonathan Royal, a Chloris Wynne y a él mismo. Sobre todo, a sí mismo. ¿Por qué se había traicionado con esa chica que ni siquiera se molestaba en fingir compasión, que ni siquiera encontraba un agradable regusto de ironía en su absurda historia, que simplemente sentía un interés borroso y pasajero, una lánguida e insensible diversión? Bruscamente se dio cuenta de que se lo había querido contar porque ella le daba tan poca importancia a su ridícula obsesión y por primera vez en la vida, de un golpe, él la consideró como un innecesario capricho emocional.

—Tienes toda la razón —dijo—, hablemos de otra cosa.

—No es preciso que creas que me apartaré de ti por causa de tu nombre. Además, no se lo diré a nadie.

—¿Ni siquiera a Nicholas Compline?

—Desde luego, no a Nicholas Compline. Por el momento, no quiero volver a ver a un Compline. No debes pensar que eres el único que se siente harto de sí mismo. ¿Qué pasa conmigo y con los Compline? ¡Comprometerme con William al salir rebotada de Nicholas!

—¿Y seguir enamorándose de las cosas de Nicholas?

—Sí, de acuerdo. Lo reconozco. Hasta hace una hora sabía que Nicholas era desleal, horriblemente perezoso, un mariposón, un

coqueto... todas esas cosas, y, por añadidura, sin demasiado cerebro. Pero, como tú dices, me enamoré de sus cosas.. ¿Por qué? No lo sé. ¿Nunca te has enamorado por algo sin importancia? Por supuesto que sí. Pero cuando nosotras lo hacemos, levantáis las manos al cielo y os maravilláis.

El pensamiento de que no mucho tiempo antes él se había visto a sí mismo casi en la misma luz que Chloris, atravesó la mente de Mandrake. Empezó a sentir vergüenza de sí mismo.

—¿Qué es lo que le atrae a una en alguien como Nicholas? —prosiguió Chloris—. No lo sé. Como dicen, tiene «eso». Algo de su naturaleza física. Y, sin embargo, a menudo sus truquillos físicos me han irritado y puesto de mal humor. Hace tonterías con las manos y tiene una risa fastidiosa. Su idea de lo divertido es monotemática en un grado demasiado triste. Además tiene algo de gato y es completamente refractario si se trata de hablar de algo que no vaya del todo con su estilo. Sin embargo, yo me exhibía delante de él. Le reía sus poco sutiles payasadas. ¿Por qué?

—Hasta hace una hora, dijiste.

—Sí, me lo encontré en el vestíbulo cuando se iba. Estaba muerto de miedo.

Eso lo estropeó todo. Creo que el héroe del gallinero pierde dominio cuando le fallan los nervios. De cualquier manera, estoy curada de Nicholas.

—Bien.

—Sabes, estoy absolutamente segura de que el doctor Hart pensó que eras Nicholas y que te tiró a la piscina. Creo que Nicholas tenía razón en eso. Tendríamos que armar una bronca de mil demonios por estar en la misma casa con un aspirante a asesino. Y todo lo que hacemos es soltarnos el pelo y hablar de nuestros complejos. Supongo que será como eso de las incursiones aéreas.

—Nicholas, en cualquier caso, estaba armando una bronca...

—Sí. Me temo que es un rematado cobarde. Si le hubiera echado cara y se hubiera quedado, me atrevería a decir que yo no me hubiera curado. Pero se escabulló y eso acabó con él. Me pregunto si la Lisse siente lo mismo.

—Échale la culpa a Nicholas —dijo Mandrake—. Pero me alegro de que no se quedara.

—*¿Qué es eso?*

Chloris se puso de pie. Ella y Mandrake se quedaron quietos como palos, mirándose el uno al otro con la boca abierta. En el vestíbulo había ruido de voces: la de la señora Compline regañando, la de Jonathan explicando, la de Hersey Amblington preguntando. Continuó unos segundos y entonces Mandrake fue cojeando hasta la puerta y la abrió de golpe.

Fuera, en el vestíbulo, había un grupo de cinco personas: Jonathan, la señora Compline, Hersey, William y Nicholas, éste a un lado, empapado, manchado de nieve, con la cara blanca y furtivo. Mandrake se dio la vuelta y miró a Chloris.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

7. La trampa

I

Tras el regreso de Nicholas Compline la reunión entró en una nueva fase. Ya nadie intentaba, ni poco ni mucho, ignorar que había algo raro en el fin de semana de Jonathan. El mismo Jonathan, después de un intento poco entusiasta de tratar el episodio como un triste y molesto retraso, aleteó con las manos, examinó las caras aprensivas de sus huéspedes y los vio dividirse en pequeños grupos. Nicholas murmuró algo acerca de un baño y de cambiarse y siguió a su madre escaleras arriba. El doctor Hart y Madame Lisse, que habían salido de la salita al llegar el grupo de fuera, volvieron a ella. Mandrake y Chloris regresaron al salón de fumar. Los otros subieron lentamente a cambiarse.

Oscureció sin que amainara la tormenta. Un piloto retrasado del Mando Costero, que había salido de su ruta, sobrevoló Cloudyfold en medio de una torrencial y fea nevada. Durante una fracción de segundo, atravesó el humo de las chimeneas de Jonathan. Escudriñando debajo suyo, distinguió las formas borrosas de los tejados y se imaginó la afectuosidad y jovialidad de una fiesta de fin de semana. «Justo la hora del cóctel», pensó, mientras desaparecía por el borde de Cloudyfold.

Efectivamente, era la hora de los cócteles allá abajo en Cloudyfold. Jonathan dispuso que se sirvieran las bebidas en el salón. Mandrake se reunió allí con él. Estaba lleno de una extraña laxitud, consecuencia, suponía él, de haber estado a punto de ahogarse. Sus pensamientos se nublaban y aclaraban por turno. Se alegró de que Jonathan le trajera un cóctel.

—Después de todo —dijo Jonathan mientras esperaban—, tenemos que vernos durante la cena, o sea, que también podríamos reunimos aquí. ¿Qué debo hacer con ellos, Aubrey?

—Si puedes evitar que los unos se lancen a las gargantas de los otros, habrás conseguido un milagro. Jonathan, insisto en que me lo digas. ¿Quién supones tú que trató de ahogarme y por quién crees que me tomaron?

—Es un punto interesante. Debo confesarte, Aubrey, que ahora estoy convencido de que alguien realizó un intento criminal.

—Gracias. Si hubieras sentido...

—Lo sé, lo sé. Estoy de acuerdo en que no te has podido equivocar. También estoy de acuerdo en que, quienquiera que hiciese el intento, creía que se lo hacía a una persona que no eras tú. Ahora,

con toda sangre fría, examinemos las posibilidades. Llevabas una capa y por esa razón se te podía tomar por Nicholas, por Hart o por mí mismo. Si te confundieron con Nicholas, debemos figurarnos que el agresor fue Hart, que se resiente de sus cortesías con Madame Lisse y que le había amenazado; o William, que se resiente de sus cortesías con la señorita Chloris; o puede que la propia señorita Chloris, cuyos sentimientos por Nicholas…

—No seas absurdo.

—¿Eh? ¡Ah, bueno! No insistiré. Si te confundieron con Hart, entonces, si es por motivos, el agresor pudo ser el propio Nicholas.

—Nicholas sabía que Hart estaba dentro. Le vio mirar por la ventana de la habitación.

—Pudo suponer que Hart había ido a toda prisa por el camino más corto.

—Te juro que Nicholas me reconoció por la ventana del pabellón, y aún más importante: sabía que yo llevaba capa.

—Estoy de acuerdo en que no es probable. Estoy sólo repasando los motivos. ¿Qué otro tenía motivos, suponiendo que te tomasen por Hart?

—¿Madame Lisse?

—No podemos asegurarlo. ¿Qué relaciones hay entre ellos? ¿Podría Madame haberse levantado de la cama y abierto camino hasta el pabellón sin que la vieran? Pero aun en ese caso, ¿por qué obrar así? Ella por lo menos no pudo haber sabido que alguien iba a bajar, solo o de otra manera.

—Pudo haberme visto desde la ventana.

—En ese caso, se habría dado cuenta de que eras tú y no el doctor Hart. No, creo que podemos descartar a Madame como sospechosa. Queda Sandra Compline.

—¡Dios mío! ¿Por qué Sandra Compline?

Jonathan parpadeó y lanzó una risita de disculpa.

—Es un pequeño punto que no podía esperar que tú apreciaras. Mi ama de llaves, la excelente Pouting, es un compinche jurado de la doncella de Sandra. Parece que, cuando Hart llegó por primera vez a esta parte del mundo, esta doncella, que estuvo con Sandra cuando la catástrofe de Viena, creyó reconocerlo. No le dijo nada a su señora, pero confió la noticia a Pouting. Más tarde, recogí alguna información. Supe que el cirujano vienés fue un tal Franz Hartz y también que Hart, al cambiar de nacionalidad, cambió igualmente de nombre. La tentación fue demasiado fuerte para mí. Los junté.

—Ha sido un hecho lamentable.

—¿Tú crees? Quizá tengas razón. Estoy totalmente avergonzado de mí mismo —dijo Jonathan tocándose las gafas.

—Hay una cosa que preferiría oír de tu boca, Jonathan. ¿Cómo te

enteraste de que mi nombre era Stanley Footling? —Mandrake observó a su anfitrión y le vio respingar para dentro.

—Amigo mío... —murmuró Jonathan.

—Es sólo curiosidad. Me divertía saberlo. —Un rubor rosáceo le subió a Jonathan de la barbilla hasta la calva mollera.

—Realmente, lo he olvidado. ¡Fue hace tanto tiempo! En los primeros días de nuestra placentera asociación. Alguien relacionado con tu teatro. Lo he olvidado por completo.

—Ya —dijo Mandrake—. ¿Está Lady Hersey en el juego?

—No, no, te lo aseguro. Palabra de honor.

—¿Y qué pasa con Nicholas Compline? ¿Él lo sabe? ¿Se lo has contado?

—Yo... yo... de verdad, Aubrey, yo...

—Le incitaste a decir lo que dijo durante la cena.

—Pero sin la menor intención de hacerte daño, Aubrey. No tenía ni idea de que tu secreto...

—Me preguntaste la otra noche qué clase de persona te consideraba. ¡No lo sabía entonces y maldito si lo sé ahora!

La luz parpadeó en las gafas de Jonathan.

—En cierto sentido —dijo— podrías llamarme un practicante no cualificado.

—¿De qué?

—De la carrera de moda, mi querido Aubrey. Psicología.

II

Madame Lisse se vistió temprano aquella tarde y se desembarazó de la doncella que la a señora Pouting le había enviado para ayudarla. Estaba sentada junto al fuego, escuchando con atención. Oyó un leve sonido, como si alguien llamara a la puerta con las uñas. Volvió la cabeza al momento, sin levantarse. La puerta se abrió y entró Nicholas Compline.

—¡Nicholas! ¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Está en el baño. Escuché detrás de la puerta. —Se inclinó velozmente y la besó—. Tenía que verte.

—¿Qué ha ocurrido? Está furioso.

—No hace falta que me lo digas. Supongo que te das cuenta de que intentó matarme esta mañana. Pero ellos no me hacen caso. Elise, no puedo soportarlo por más tiempo. ¿Por qué no podemos...?

—Lo sabes muy bien. No puedo arriesgarme. Un escándalo me arruinaría. Me montaría escenas. ¡Dios sabe lo que haría! Deberías haberte marchado.

—¡Maldición, hice lo que pude! ¿Querías que me liquidara a mí mismo? Te digo que no pude escaparme. Y te aseguro que la

perspectiva de otro asalto no me divierte.

—¡Silencio! ¿Estás loco? ¡Hacer tanto ruido! ¿Qué es lo que te pasa? Has bebido demasiado.

—Regresé medio muerto de frío ¿Tú crees que probará suerte conmigo otra vez? Es agradable esperar, ¿no?

Ella le miró atentamente.

—No puedo creer que llegara a tales extremos y, sin embargo, no se puede hallar ninguna otra explicación. Debes tener cuidado, Nicholas, dedicarte otra vez a esa niña, Wynne. Provocaste a Francis deliberadamente con tu comportamiento. Te avisé. Debías haber declinado la invitación; el venir aquí fue una locura.

—Quería verte. Por Dios, Elise, pareces olvidar que te amo.

—No lo olvido. Pero debemos tener cuidado.

—¡Cuidado! Escucha un momento. Por última vez, ¿vas a cortar por lo sano? Podríamos encontrarnos en Londres. Podrías escribir y…

—Ya te lo he dicho, Nicholas. Es imposible. ¿Cómo podría seguir con mi trabajo? Y cuando esta guerra termine, amigo mío, ¿qué? ¿Cómo viviríamos?

—Podría encontrar algo… —se interrumpió y la miró fijamente—, Elise, ¿no eres demasiado interesada?

—He tenido que luchar toda mi vida. He conocido una clase de pobreza que tú nunca podrías ni imaginar. No volveré a aguantar tal pobreza ni nada que se le parezca. ¿Por qué no puedes estar satisfecho? Te amo. Te doy mucho, ¿no es cierto?

Se inclinó sobre la mujer. Detrás de ellos, en la pared del otro lado, sus sombras se unían y movían sólo con el movimiento del propio fuego. Nicholas fue el primero en separarse de este abrazo. Su sombra se apartó de la de ella. Su susurro sonó vehementemente en el silencio de la habitación.

—*¿Qué es eso?*

—*¿Qué quieres decir?*

—*¡Ssss!*

Se retiró junto a un biombo que estaba cerca de la cama. Era el movimiento, medio dramático, medio cómico, de un amante sorprendido en un drama de la Restauración, que convertía a Nicholas en una figura tonta. Madame Lisse le miró y, respondiendo a sus señales, fue hacia la puerta, donde quedó escuchando con los ojos puestos en Nicholas. Un momento después, le hizo una señal de que se apartara más y él se deslizó tras el biombo con aspecto avergonzado. La puerta se abrió y se volvió a cerrar. La voz de ella le llamó.

—No hay nadie.

—Te juro que oí a alguien junto a la puerta —susurró Nicholas.

Cruzó hasta la puerta y se detuvo a mirarla entre avergonzado y ceñudo. Nicholas no tenía pinta de valiente en aquel momento, pero

Madame Lisse juntó las manos por detrás de su cuello y tiró de su cara hacia la de ella. Había algo perentorio, cierto aire exquisito de posesión en su ademán.

—Sé prudente —susurró ella—. Vete ahora.

—Por lo menos, tú crees que busca problemas. Es él el que está detrás de todo esto.

—Sí.

—Siento como si estuviera detrás de cada maldita puerta en este lugar. Es una sensación asquerosa.

—Debes irte.

—La miró de lleno a la cara. Un instante después se deslizó por la puerta y se fue.

Madame Lisse pareció dudar un momento y luego se acercó a la puerta. La abrió un poquito y buscó a Nicholas por la rendija. De pronto, la abrió por completo y gritó. Inmediatamente después sonó un golpe sordo, un golpe tan fuerte que sintió su vibración y oyó cómo un pequeño árbol de cristal sobre la repisa de la chimenea se ponía a tintinear débilmente. Un segundo después, el ruido espantoso de un hombre que gritaba. Era Nicholas.

III

Mandrake y Jonathan oyeron aquel golpe sordo. La araña del salón se puso a sonar con suavidad e, inmediatamente después, les llegó el sonido de un grito en falsete, apagado y lejano. Jonathan salió corriendo de la habitación, sin más preámbulo que una exclamación de sorpresa. Mandrake, tirando de su bota reforzada, se arrastró tras él con dificultad. Mientras se afanaba en subir la escalera, el palpitar de su corazón le recordó su ronda nocturna. Llegó al pasillo del ala de los invitados y vio reunidos en medio de él a los huéspedes, algunos en bata, otros en traje de noche. Se habían agrupado junto a la puerta de Nicholas; William, Chloris, el doctor Hart, Madame Lisse y Hersey Amblington. El sonido de la voz de la señora Compline, agitada y enfática, interrumpida por pequeñas exclamaciones de Jonathan e interjecciones violentas del propio Nicholas, salía de la habitación. Mientras se acercaba a la puerta, Mandrake era vagamente consciente de algunas diferencias en el aspecto del pasillo. Sin detenerse a analizar la sensación, se reunió con el grupo de la puerta. William, que tenía la cara escarlata, le asió del brazo.

—¡Caramba! Después de todo, es cierto. Alguien va a por Nick y, ¡demonios!, casi le pilla.

—¡Bill, no! —exclamó Chloris.

Hersey gritó, furiosa:

—¡Cállate, William!

—¿A que es extraordinario, Mandrake? Ya sabe, no quería volver. Decía...

—¿Qué ha pasado?

—¡Mire!

William se echó a un lado y Mandrake pudo ver el interior de la habitación. Nicholas estaba sentado en un sillón, cuidando su brazo izquierdo. Estaba pálido como un muerto y movía la cabeza constantemente para mirar, primero a Jonathan y luego a su madre, arrodillada junto a él. Entre este grupo y la puerta, una obesa figura de latón yacía de espaldas sobre la alfombra, sonriendo al techo con una blanda ironía. Al verlo, Mandrake supo qué era lo que había echado de menos en el pasillo: el buda que le había vigilado desde su nicho cuando aquella noche se deslizó escaleras abajo.

—... fue como si todo ocurriera a la vez —decía Nicholas, tembloroso—. Iba a abrir la puerta (no estaba completamente cerrada) y sentí como si alguien me opusiera resistencia al otro lado. Di un empujón más fuerte y se abrió tan repentinamente que casi di un salto atrás. Supongo que eso me salvó, porque, al mismo tiempo, sentí un golpe fuerte de mil demonios en el brazo y Elise gritó.

—Desde el pasillo —dijo Madame Lisse— vi que algo caía de la puerta y grité para advertirle.

—Una trampa en la puerta —dijo William—. Era una trampa en la puerta, Mandrake.

—Estaba puesto en equilibrio en lo alto de una puerta. Solíamos hacerlo con cubos de agua cuando éramos unos críos. ¿Sabe? Le hubiera matado. Sólo que era un peso muerto sobre la puerta y, cuando perdió el equilibrio, ésta se abrió de golpe. Eso es lo que le hizo saltar para atrás.

—Tiene el brazo roto —dijo la señora Compline—. Querido, te has roto el brazo.

—No creo. Me dio de refilón. Duele como un demonio, pero podía haber sido en la cabeza, ¡Dios mío! Bueno, Jonathan, ¿qué tienes que decir? ¿No tenía yo razón al tratar de largarme?

Nicholas levantó su brazo sano y señaló la concurrida puerta.

—Uno de ellos está diciendo para sí: «A la tercera va la vencida». ¿Te das cuenta, Jonathan?

Jonathan dijo algo que sonó como «¡Dios no lo quiera!». La señora Compline empezó otra vez:

—Déjame que te mire el brazo, querido. Nicholas, amor mío, deja que te lo mire.

—No puedo moverlo. Con cuidado, madre. Me duele.

—Quizá le gustaría que yo... —el doctor Hart atravesó la puerta y avanzó hacia Nicholas.

—No, gracias, Hart —dijo Nicholas—. Ya ha hecho suficiente.

Apártese.

El doctor Hart se paró en seco y entonces, como si se diera cuenta lentamente del silencio que había caído sobre los demás huéspedes, se volvió mirándoles a la cara uno tras otro. Cuando habló, lo hizo con tanta calma que sólo una cierta intensificación de la entonación extranjera con que acentuaba igual las palabras, daba algún indicio de turbación.

—Esto ya es demasiado. ¿No es bastante que haya sido insultado, mejor dicho, que el señor Compline me haya insultado desde el momento en que llegué a esta casa? ¿No es más de lo que puede aguantar un hombre sin necesidad de esta última y fantástica acusación? Sé bien lo que han estado ustedes diciendo en contra mía. Se han susurrado entre ustedes que fui yo el que asaltó al señor Mandrake, pensando que era Compline; yo quien, espoleado por una abierta enemistad y también por una rivalidad secreta, he intrigado para herir, para asesinar a Compline. Les digo ahora que yo no soy culpable de tales desafueros. Si, como sugiere Compline, se vuelve a atentar contra él, no será por mediación mía. No niego que soy un enemigo, pero le digo desde ahora que tiene un enemigo más mortal en algún otro de nuestro grupo. Que recuerde esto. —Miró al brazo herido de Nicholas, que hizo un rápido movimiento—. No creo que haya fractura. Sería mejor que dejase que alguien se lo examinara. Si hay desgarro necesitará un vendaje y puede que un cabestrillo. Creo que la señora Compline será capaz de cuidarlo. —Salió de la habitación.

La señora Compline remangó la bata de Nicholas. El antebrazo estaba hinchado y había perdido el color. Una especie de herida, cerrada por un extremo, corría hacia un lado por la parte de arriba. Movió la mano de un lado a otro, haciendo muecas de dolor.

—Bien, parece que en eso tenía razón, Nick —dijo William—. No puede estar roto.

—Es un dolor infernal, Bill —dijo Nicholas. Mandrake se quedó pasmado al ver una mirada casi amistosa cruzarse entre aquellos extraordinarios hermanos. William se adelantó y se inclinó para observar el brazo.

—Nos las arreglaríamos con un equipo de primeros auxilios.

Jonathan salió apresuradamente, murmurando que la señora Pouting estaba bien provista.

—Es Hart, seguro —dijo William. Se volvió para contemplar a Madame Lisse, que aún estaba esperando con Chloris y Mandrake en el pasillo—. Sí —repitió con aire reflexivo—, es Hart. Creo que es probable que esté loco, ya sabes.

—William —exclamó la madre—, ¿qué estás diciendo? Me habéis estado ocultando algo, los dos. ¿Qué sabéis de este hombre?

—No tiene importancia, madre —se impacientó Nicholas.

—Sí tiene importancia. He de saberlo. ¿Qué habéis descubierto acerca de él?

—Sandra —exclamó Hersey Amblington—, ¡no! No es eso. No, Sandra.

—Nicky, querido, lo sabes. Lo has adivinado. —Los ojos de la señora Compline semejaban para Mandrake dos fuegos ardientes en su cara muerta. Ella, al igual que Nicholas, miró a Madame Lisse—. Ya veo. Usted también lo sabe. Se lo ha contado a mi hijo. Entonces, es verdad.

—No sé le lo que estás hablando —dijo Nicholas, quejumbroso.

—Ni yo —intervino Lisse, con una voz más aguda de lo que Mandrake pudiera haber imaginado—. Esto es ridículo. Yo Y no he dicho nada.

—Hersey —dijo la señora Compline—, ¿no ves lo que ha ocurrido? —Rodeó el cuello de Nicholas con los brazos mientras le acariciaba el hombro con la mano en una angustiada ansia de retenerlo a su lado—. Nicholas lo ha descubierto y le ha amenazado con desenmascararle.

—Oye —inquirió William—, ¿qué significa todo esto?

—Es una completa y desdichada confusión —dijo Hersey con dureza —y desde luego no es para publicarlo. Señor Mandrake, ¿le importaría…?

Mandrake murmuró «Desde luego», se volvió y cerró la puerta. Se quedó en el pasillo con Chloris Wynne y Madame Lisse.

—Obviamente, esta mujer está trastornada. ¿Qué misterio es éste? ¿Qué se supone que le ha contado a Nicholas Compline?

Mandrake, advirtiendo una repugnancia violenta e ilógica por Madame Lisse, dijo con voz fuerte:

—La señora Compline cree que le ha contado a su hijo que el doctor Hart es el cirujano que le operó la cara.

Oyó a Chloris retener el aliento y murmurar:

—No, no; es imposible. Es demasiado fantástico.

Oyó su propia voz que trataba de explicar que Jonathan era el responsable. Advertía en él mismo una especie de afinidad con la señora Compline, una afinidad nacida de la desfiguración. Quería explicar a Chloris que nada en este mundo era peor que una deformidad espantosa. En medio de esta confusión de emociones y pensamientos, era consciente de que Madame Lisse le observaba muy atentamente, y también de la puerta cerrada a sus espaldas, del murmullo de la voz de la señora Compline al otro lado, en la habitación de Nicholas, donde Mandrake suponía que los dos hermanos estarían escuchando la historia del doctor Hartz, de Viena.

La verdad era que Mandrake estaba sufriendo un ataque de

nervios.

La experiencia de la mañana, su confesión a Chloris, la sensación de un desastre inminente que, como una farsa en un sueño, medio amenazador, medio cómico, parecía aplastar a Nicholas, le habían afectado a los nervios y agitado la imaginación. Cuando Jonathan llegó apresurado por el pasillo, con un equipo de primeros auxilios, Mandrake lo vio como a un sujeto taimado, frío como un témpano. Cuando Madame Lisse comenzó a afirmar que ella no sabía nada del pasado del doctor Hart, que la señora Compline estaba loca, que no podía soportar más estar encerrada en Highfold, Mandrake sólo fue consciente de una cierta extrañeza de que una mujer tan fría pudiera, de repente, turbarse. Sintió que Chloris le tomaba del brazo y la oyó decir: «Vamos abajo». El contacto con ella le serenó y se sintió ansioso de obedecerla. Antes de que se retiraran, la puerta se abrió y William salió tambaleante, seguido de Jonathan.

—Un momento, Bill —gritó Jonathan—. ¡Un momento!

—¡Maldito cerdo! —dijo William—. ¡Dios mío! ¡Maldito cerdo! —Pasó a su lado ciegamente. Le oyeron bajar las escaleras. Jonathan se quedó en la puerta. Mandrake vio que Hersey Amblington estaba abrazando a la señora Compline, que sollozaba. Nicholas, muy pálido, permanecía mirando.

—Es una verdadera desgracia —dijo Jonathan. Cerró la puerta con cuidado—. La pobre Sandra ha convencido a William de que ha habido una conspiración en contra de ella. De que Hart le había contado la historia de la catástrofe a Madame Lisse y de que..., oh, está aquí, Madame Lisse. ¡Perdone! No me había dado cuenta. Ahora William ha cogido una tremenda rabieta y no atiende a razones. Nicholas asegura que no sabía nada del pasado, pero es como si hablara a las paredes. Estamos metidos en un jaleo de mil pares de narices. Nieva más fuerte que nunca. Por amor de Dios, ¿qué es lo que he de hacer?

Un largo y ominoso retumbar sonó por la casa. Caper, al no encontrar a nadie a quien anunciar la cena, había recurrido a tocar un enorme gong. Jonathan soltó una risilla enloquecida.

—Bien —dijo—. ¿Cenamos?

IV

Para Mandrake el recuerdo de la cena de aquella noche iba a ser extraño. Tendría la intermitente vivacidad y la irrealidad de un sueño. Algunos de los incidentes no los olvidaría nunca; otros se borrarían al día siguiente. A veces, su capacidad de observación se le antojaba anormalmente aguda y captaba con exactitud la entonación de las voces, la elección precisa de las palabras, y detalles de las posturas. En

otras ocasiones, una sensación de angustia le embargaba, una premonición intolerable de alguna calamidad. En aquellos momentos, quedaba ciego y sordo a todo lo que le rodeaba.

Sólo seis del grupo se presentaron a la cena: Madame Lisse, la señora Compline y el doctor Hart se excusaron. Se suponía que el doctor Hart estaría en la salita, adonde había ido tras su discurso de defensa y donde, al parecer a sugerencia de Jonathan, habría de permanecer durante las horas de vigilia el resto de su estancia en Highfold. Mandrake se preguntó cuándo se lo habría dicho Jonathan a los sirvientes. El grupo que bajó a cenar estaba, por tanto, compuesto de los elementos menos contrarios entre sí. Incluso la ruptura del compromiso entre William y Chloris parecía una disonancia menor, totalmente eclipsada por la creciente incomodidad de los invitados.

Mandrake vio que Nicholas estaba en tal estado que apenas podía contener los nervios. No tenía el brazo herido en cabestrillo, pero, evidentemente, le estaba causando un gran dolor. Se las arreglaba solo torpemente para cortar la comida y, al final, permitió que Hersey Amblington le ayudara. Había bajado con Hersey y había algo en su postura que sugería que tal arreglo no era accidental. «Y realmente», pensó Mandrake, «sería mejor no dejar solo a Nicholas. No puede pasarle nada si tiene siempre a alguien al lado». Ahora Mandrake estaba seguro de que era el doctor Hart quien había llevado a cabo los asaltos contra Nicholas y él mismo. Descubrió que los demás compartían esa opinión y la discutían abiertamente. El más claro recuerdo de aquella cena sería la del momento en que William, hasta entonces silencioso, se inclinó hacia delante sujetando con la mano el borde de la mesa y dijo:

—¿Qué dispone la ley en caso de intento de asesinato?

Jonathan miró nervioso a los criados y Mandrake vio cómo Hersey Amblington le daba un codazo a William.

—¡Maldita sea! —murmuró William y se quedó en silencio.

En cuanto estuvieron solos, volvió a la carga. Le resultaba extraordinariamente difícil expresarse y se iba descolgando de una acusación a otra, para volver siempre a la ruina de la belleza de su madre. El estribillo de su canción parecía ser: «El hombre que hizo eso, haría cualquier cosa». «El complejo de Edipo corregido y aumentado», pensó Mandrake, pero estaba aún demasiado aturdido y débil como para polarizar su atención en William y escuchaba a través de una neblina de cansada laxitud. No le servía de nada a Nicholas decir que nunca había oído el nombre del cirujano plástico de su madre.

—Hart debe haber creído que lo sabías —dijo William—. Pensó que madre te lo había contado.

—¡Unas narices, Bill! —exclamó Nicholas—. Estas desbarrando.

Es por causa de Elise Lisse. Ese sujeto está loco de celos.

—Soy más viejo que tú —rugió William, sorprendentemente a contrapelo—. Yo recuerdo cómo era. Era hermosa. Recuerdo el día que volvió. Fuimos a la estación a recibirla. Tenía puesto un velo, un velo tupido. No lo levantó cuando la besé y yo sentí a través del velo que su cara estaba rígida.

—Bill, no —dijo Hersey.

—Tú oíste lo que dijo…, lo que madre dijo allí arriba, en tu habitación: «Nicky lo ha descubierto». Él teme que Nicholas le desenmascare. ¡Por Dios que le desenmascararé! Se ha escondido, ¿no es cierto? ¡Le voy a sacar de su maldito agujero!

—¡William! —la voz de Jonathan resonó, estentórea, y Mandrake se animó para escucharle—. William, vas a tener la amabilidad de controlarte. Si prefieres cometer una espantosa ofensa contra tu madre reviviendo la discusión pública de de una tragedia de hace veinte años, es asunto tuyo. No pretendo aconsejarte. Pero ésta es mi casa y soy mucho mayor que tú. Debo pedirte que me escuches.

Se detuvo. William no dijo nada. Después de un momento Jonathan se aclaró la garganta y se tocó las gafas. Mandrake pensó confusamente: «Santo Cielo, va a soltar otro de sus discursos!»

—Hasta esta noche —dijo Jonathan— me he negado a creer que pudiera haber entre mis huéspedes un… eh… individuo que hubiera planeado y que planeara todavía un ataque asesino contra otro invitado. Sostenía que la catástrofe de la piscina era el resultado de un ataque malicioso antes que malintencionado. Incluso imaginé que era posible que hubiesen confundido conmigo al pobre Aubrey —en ese momento Jonathan parpadeó detrás de sus anteojos y le apareció en los labios una sonrisa, la insinuación de una sonrisa satisfecha. La hizo desaparecer con su mano gordezuela y siguió muy seriamente—. Este segundo atentado contra Nicholas me ha convencido. Si ese ídolo, por el que puedo decir que he sentido siempre cierta aversión, le hubiera caído, como sin duda alguna estaba calculado, en la cabeza, le habría matado. No hay ninguna duda, mi querido Nick. Te habría matado.

—Gracias, Jonathan —dijo Nicholas con una especie de sonrisa sardónica—. Creo que soy consciente de ello.

—Ahora bien —continuó Jonathan—, esta clase de situación es bastante mala. Es ridícula. Es como un maldito libro de cuentos estúpido.

—Jo —interpuso de pronto Hersey Amblington—, de verdad que no puedes tenernos a todos esperando mientras gimoteas por la pobreza estética de nuestro espectáculo. Estamos todos de acuerdo en que es una situación lamentable, pero, al menos, tiene los elementos necesarios de una tragedia. ¿Qué es lo que pretendes insinuar? ¿Crees que el doctor Hart desea la sangre de Nicholas?

—Tengo que llegar a esa conclusión a la fuerza —dijo Jonathan, gazmoño—. ¿De quién, sospechar, sino? Ninguno de nosotros, está claro. Espero, Nick, no revelar ninguna confidencia si digo que Hart te ha amenazado, y además repetidamente.

—Todos hemos oído eso —gruñó Hersey.

—Sí, ya lo suponía. Ahora bien, yo soy un devoto de la novela policiaca. Incluso me he zambullido en trabajos muy serios sobre la detección del delito. No finjo el menor grado de pericia, pero me he arriesgado a realizar una pequeña investigación. Según Nicholas, diez minutos antes de que estuviera tan cerca de ser víctima de esa infame trampa en la puerta, dejó su habitación y… visitó la de Madame Lisse.

—¡Dios mío! —murmuró Hersey. Mandrake creyó oír a Chloris proferir un sonido despectivo.

—Esta, por supuesto, fue una forma de obrar necia y temeraria —dijo Jonathan—. A cambio, tiene la ventaja de librar a Madame Lisse de cualquier acusación de culpabilidad, pues Nicholas, al dejar su habitación, abrió y cerró la puerta sin daño para él y estuvo hablando con Madame Lisse hasta que regresó para recibir la herida en el brazo. Según Nick, él mismo oyó el reloj del rellano dar la media hora mientras se dirigía por el pasillo a la habitación de Madame. Yo le había echado una mirada al del salón no más de un minuto antes del estrépito y señalaba las ocho menos veinte. Los dos relojes están sincronizados al segundo. Como no se pudo montar la trampa hasta después de que Nick saliera de la habitación, eso nos deja diez minutos como campo de nuestras pesquisas. Pues bien, en el momento del accidente, Aubrey y yo estábamos en el salón. Lo encontré aquí cuando bajé y, de hecho, le había oído bajar las escaleras un poco antes. Puedo, por lo tanto, proporcionar una coartada a Aubrey y espero que él responda por mí. ¿Alguno de vosotros puede hacer lo mismo por otro?

—Yo respondo por Sandra —dijo Hersey— e imagino que ella puede hacerlo por mí. Estábamos en su habitación hablando cuando Nick aulló, y estoy segura de que permanecí allí más de diez minutos. Recuerdo muy bien que cuando pasé por delante de la puerta de Nick, estaba medio abierta y la luz encendida. Le vi al otro lado de la puerta en su habitación y le dije algo.

—Lo recuerdo —intervino Nicholas—. Salí de la habitación muy poco tiempo después.

—Entonces no había ningún buda en lo alto de la puerta —dijo Jonathan—. Estoy persuadido de que podemos estar seguros de que no había montado la trampa aparte de porque Nick salió sano y salvo, por el hecho de que la luz estuviera encendida. Es casi seguro que se vería la masa oscura en el quicio de la puerta, si la luz estuviera encendida. He descubierto, a fuerza de cautelosas pesquisas, que en

aquellos momentos ningún sirviente estaba arriba. Parece que aquellos miembros del personal que no estaban con Caper en el comedor, se hallaban escuchando la radio en el cuarto de la servidumbre. Bien, como veis, mi trabajo de detective aficionado me ha salido bastante bien. Veamos. Hemos encontrado coartadas para Sandra, Hersey, Madame Lisse, Aubrey, y espero que para mí. ¿Tú que piensas, Aubrey?

—¿Qué? Oh, creo que bajaste más de diez minutos antes del golpe —dijo Mandrake.

—Y bien, señorita Chloris —dijo Jonathan inclinándose un poco en dirección a ella—, ¿qué pasa con usted?

—Estaba en mi habitación cuando sucedió. Me había dado un baño y me esaba vistiendo. Creo que no puedo probar el no haber salido de mi habitación antes de eso. El caso es que no la abandoné, excepto para ir al baño, en la puerta de al lado. Cuando oí el estruendo y Nicholas chilló, me puse la bata y salí al pasillo corriendo.

Una aguda sensación de pánico reanimó a Mandrake.

—¿Cuánto pesa esa cosa? ¿El buda ese?

—Bastante —dijo Jonathan—. Es latón macizo. Yo diría que unos diez kilos.

—¿Crees que la señorita Wynne podría levantar un objeto de diez kilos de peso sobre su cabeza y ponerlo en equilibrio en lo alto de una puerta?

—Nadie se va a preocupar por si ella pudo o no —dijo Nicholas, impaciente—. Ella no lo hizo.

—Así es —corroboró Mandrake.

—Bueno —intervino Chloris—. Eso es del todo cierto.

—Nadie me ha preguntado mi coartada —dijo William—. Creo que todo esto es más bien inútil, porque... quiero decir que todos sabemos que Hart lo hizo.

—Pero el caso es... —comenzó Jonathan.

—Estaba en el salón de fumar —dijo William, inexorable—, escuchando la radio. De pronto me di cuenta de que iba un poco retrasado y empecé a subir las escaleras. Estaba ya casi arriba cuando Nicholas lanzó aquel alarido. Te oí bajar unos diez minutos antes, Jonathan. Hablaste con Caper de las bebidas en el vestíbulo, de las bebidas para la cena, y os oí. Claro que eso no demuestra nada. Aunque, espera un poco. Podría contarte cuáles fueron las noticias. Ha habido un vuelo de reconocimiento sobre...

—Oh, ¿qué demonios importa? —dijo Nicholas—. ¿De qué sirve hablar como detectives aficionados? Siento ser grosero, pero mientras vosotros estáis intentando echaros un cable los unos a los otros, nuestro encantador especialista en belleza probablemente esté inventando una nueva trampa mortal basada en el principio de «A la

tercera va la vencida».

—No intentará nada más, sabiendo perfectamente bien que sospechamos de él —saltó Hersey—. Sería cosa de locos.

—Es un loco —dijo Nicholas.

—Una cosa —exclamó William—. ¿Alguien se ha ocupado de ese buda? Quiero decir que probablemente estará cubierto de sus huellas dactilares. Si le vamos a entregar a la Policía…

—Pero ¿vamos a hacerlo? —dijo Hersey, intranquila.

—Yo lo haré —dijo William—. Si Nick no se atreve, yo sí.

—No creo que puedas. No es asunto tuyo.

—¿Por qué no? —demandó William.

Jonathan intervino apresuradamente, preguntando a William si quería darle a la tragedia de su madre una publicidad de primera página. William mostró una tendencia a gritar y Nicholas a amohinarse. Chloris volvió a Mandrake una cara que expresaba tanta desolación y alarma que, al instante, la cogió de la mano. Encontró más realidad en el contacto con sus dedos que se movían nerviosos en su apretón que en ninguna otra cosa de las que pasaban. Jonathan comenzó a explicar que había encerrado el buda en una habitación. Les recordó la naturaleza de la trampa. Cuando Nicholas regresó a su habitación, halló la puerta entreabierta. La habitación estaba como la había dejado, oscura. Empujó la puerta con la mano izquierda. La puerta se le resistió y luego cedió de repente. Al mismo tiempo le golpearon el brazo y Madame Lisse chilló. Él lanzó un grito y entró en la habitación dando un traspiés.

Nicholas, malhumorado, confirmó la descripción e intervino para decir que había visto al doctor Hart entrar en el baño contiguo a su habitación y que le había oído abrir los grifos.

—Está claro que cuando supo que me había ido, sencillamente salió. Supongo que me estaría espiando por el quicio de la puerta. Entre mi habitación y la suya, al otro lado del pasillo, sólo hay unos cuatro metros.

Mandrake, estrechando la mano de Chloris en la suya, pensó, con una especie de fantástica precisión, en el ala de invitados. La señora Compline en la habitación de la esquina de enfrente; a continuación, Madame Lisse, un armario y el propio Mandrake, todos en fila, y un baño. Luego William y después Hart, en la habitación de la esquina trasera, y otro baño dando la vuelta a la esquina. Más allá, Hersey Amblington en la transformada habitación de los niños. Al otro lado del pasillo, que dominaba el patio central alrededor del cual estaba construida la vieja casa jacobina, se hallaba la habitación de Nicholas, enfrente de la de William; luego, un baño y seguidamente una habitación vacía. La de Nicholas esta opuesta en diagonal a la de Hart. Este podía haber espiado fácilmente a Nicholas. Mandrake se lo

imaginó abriendo los grifos de la bañera y quizá abriendo a continuación la puerta, para regresar en busca de algo a su habitación; puede que entonces viera escabullirse a Nicholas por el pasillo en dirección a la puerta de Madame Lisse. Se representaba a Hart en la figura tradicional del amante desconfiando, con su panza maciza que se curvaba por encima del cinturón de su batín. «Apretaba una esponjera contra el pecho y tenía el ojo pegado a la hendidura», decidió Mandrake. «Quizá vio a Nicholas llamar con discreción a la puerta de Madame Lisse o rozarla con las uñas. Puede que Nicholas se metiera dentro sin más ceremonias. ¿Y luego qué? ¿Una rápida carrera por el pasillo hasta el nicho? ¿Volver arrastrándose y ladeado a la habitación de Nicholas? ¿Llevaría el doctor Hart el buda bajo los pliegues de su batín? ¿Encendió la luz de la habitación de Nicholas y se subió a la silla? ¿Estaba su cara, un tanto singular, alterada por la furia mientras realizaba esos curiosos ejercicios?» No. Por mucho que lo intentara, Mandrake no podía representarse a Hart y el buda sin revestir todo el asunto de un aire indecoroso de ópera bufa.

Chloris le despertó de este ensueño al retirar la mano, y oyó a William que estaba diciendo:

—¿Saben? Esto es exactamente como una novela de suspense, excepto en una cosa.

—¿Qué quieres decir, William? —preguntó Jonathan de mal humor.

—En una novela de suspense —explicó William— hay siempre un cadáver que no puede prestar testimonio. Pero aquí —y señaló a su hermano con el dedo— se podría decir que tenemos al cadáver entre nosotros. Ahí está la diferencia.

—Vamos a la biblioteca —dijo Jonathan.

8. A la tercera va la vencida

I

Hersey Amblington y Chloris no se quedaron mucho tiempo en la biblioteca con el grupo. Subieron para hacer sendas visitas a la señora Compline y a Madame Lisse. Jonathan le había sugerido este paso a Hersey.

—Iré a ver cómo sigue Sandra con el mayor placer —dijo Hersey—. De cualquier manera, iba a hacerlo. Pero tengo que decirte, Jo, que no creo que a la Pirata le agrade mi solicitud. ¿Qué se supone que le pasa?

—Un mal dolor de cabeza —dijo Jonathan—. Una jaqueca.

—Pues el verme no le va a mejorar. Maldita sea esa mujer. ¿Por qué había de tener una jaqueca?

—Es natural que esté preocupada —dijo Nicholas.

—¿Por qué? ¿Es que teme que ese levantador de caras haga otra intentona contra ti? ¿O acaso está tan conmocionada y horrorizada porque sospechamos de él?

Nicholas parecía furioso, pero no replicó.

—¿Serviría yo? —dijo Chloris—. A mí no me importa echarle un vistazo.

—¡Buena chica! —dijo Hersey—. Vamos. —Las dos subieron juntas.

Hersey halló a la señora Compline sentada junto al fuego llevando todavía el vestido que se había puesto para la cena.

—Debía haber bajado, Hersey. El esconderme así es demasiado cobarde y difícil para mí, pero no pude enfrentarme con ello. ¡Ahora que todos lo saben! Imagínate cómo todos eludirían mirarme. Pensé que me había endurecido. Me he adiestrado para ello durante veinte años y ahora que ocurre esto, soy tan novata como el primer día que dejé que Nicholas me mirara. Hersey, ¡si fe hubieses visto ese día! No era más que un niño, pero... Creí que nunca más volvería conmigo. Me miró como si fuera una extraña. ¡Me llevó tanto tiempo recuperarle...!

—¿Y William? —preguntó Hersey bruscamente.

—¿William? Oh, él era mayor, por supuesto, y no tan impresionable. Pareció muy afectado por el momento, y luego se puso a hablar como si nada hubiera pasado. Nunca he entendido a William. Claro que Nick era sólo un bebé. Me preguntó qué le había pasado a mi bonita cara. William nunca habló de ello. Después de algún tiempo, Nicky olvidó que yo hubiera tenido jamás una cara bonita.

—Y William, por lo que parece, jamás lo olvidó.

—Era mayor.

—Creo que es más impresionable.

—No entiende? a Nicky. ¡Yo lo veo todo tan claro! Conoció a Madame Lisse y ésta por supuesto se le echó encima. Las mujeres siempre han hecho lo mismo con Nicky. Lo he visto una y otra vez.

—No es que él las desaliente, Sandra.

—Ya sé que es un pícaro —aceptó la señora Compline—. Siempre me habla de ellas. ¡A veces nos reímos tanto juntos! Evidentemente había algo entre Madame Lisse y... ese hombre. Y claro, cuando más tarde ella conoció a Nicholas, le entregó su corazón. Lo he estado deduciendo. Ese hombre debe de haberme reconocido. Es su propio trabajo. Los veinte años no lo han alterado mucho. Supongo que se quedaría aterrorizado y se precipitaría a contarle la historia a ella y esa mujer con la esperanza de crear algo que la ligara más a Nick, se lo dijo todo.

—Escucha, Sandra, el mismo Nicholas niega eso.

—Claro que sí, querida —dijo la señora Compline rápidamente—. Es lo que he estado tratando de explicar..., tú no lo entiendes. Quería dejarme a un lado. Por causa mía amenazó a ese hombre, por lo que Hartz me hizo. Para dejarme al margen hizo creer que se trataba de algún absurdo asunto con esa mujer.

—Me parece muy traído por los pelos —dijo Hersey de modo terminante.

—¿Por qué? —un ligero rubor le subió a la señora Compline a la cara—. Esa mujer está postrada ya a los pies de Nick. Él no tiene razón por la que preocuparse de ella. Es el doctor Hart el que está preocupado.

—Pero, ¿por qué?

—Porque ha descubierto que Nicholas conoce su verdadera identidad y tiene miedo de un desenmascaramiento. Hersey, he hecho que William me prometa no dejar a Nicholas. Quiero que los mandes a los dos aquí arriba. Estoy aterrorizada a causa de Nick.

—Pero, si como pareces creer, Hart tiene miedo de un desenmascaramiento, no tiene sentido el que agreda a Nick. Tendría que acabar con todos nosotros. Todos lo sabemos ya.

Pero Hersey tenía frente a ella una resolución inflexible y vio que Sandra Compline no aceptaría ninguna explicación que no mostrara a Nicholas bajo su aspecto heroico. Nicholas debía ser afirmado como el epítome de la cortesía; el cortejado, nunca el cortejador; el hijo que colocaba a su madre por encima de todas las mujeres..., un cruce entre un astro de Hollywood y un Galahad filial. No discutió más, aunque trató de convencer a la señora Compline de que por muy severamente que hubiera amenazado Hart a Nicholas, aquél no intentaría más agresiones, pues ahora se daba cuenta de que todos sospechaban de él.

La dejó asegurándole que mandaría a los dos hijos junto a su madre y regresó a la biblioteca.

II

Chloris halló extremadamente difícil a Madame Lisse. Por una parte, no hizo el menor esfuerzo para ocultar su fastidio cuando Chloris entró en la habitación tras llamar a la puerta. Era imposible evitar la deducción de que ella esperaba que hubiese sido otra persona. Cuando vio a Chloris, se relajó de un modo sutil, «como si desabrochara un sostén mental», pensó Chloris. Estaba en la cama, muy decorativa. Producía una impresión general de encajes leonados de los que Madame Lisse emergía pálida y suave. «Es preciosa —pensó Chloris—, pero creo que tiene mal genio.»

Dijo en voz alta:

—He echado un vistazo para ver si había algo que pudiera hacer por usted.

—¡Qué amable! —repuso Madame Lisse con voz cansina—. No hay nada, gracias.

—¿Tiene aspirinas y todas esas cosas?

—Desgraciadamente, no puedo tomar aspirinas.

—Entonces, ¿no le puedo ser de ninguna utilidad?

Madame se apretó los párpados sombreados con las puntas de los dedos, primorosamente acicalados.

—Es tan amable. No, gracias. Ya se me pasará. Con el tiempo, se me pasará. Es una dolencia nerviosa, ya me entiende.

—Debe ser espantoso para usted, me temo —dijo Chloris después de una pausa—. Sus nervios debieron sufrir un buen susto. Estamos todos muy excitables de momento.

—¿Dónde está..., qué es lo que están haciendo todos? —preguntó Madame Lisse con cierto vigor en la voz.

—Bueno, Lady Hersey está hablando con la señora Compline, que al parecer está también bastante mal. El señor Royal y Aubrey Mandrake están en la biblioteca, y William y Nicholas en la habitación de al lado, en el salón de fumar, celebrando una especie de consejo de familia o algo así. El doctor Hart está, creo, en el tocador.

Chloris vacilaba, preguntándose si le sería posible llegar a algún tipo de entendimiento con esta mujer que le hacía sentirse tan desmañada y poco segura de sí misma. Le parecía que si alguna persona del grupo comprendía en su integridad la absurda situación, ésa debía ser Madame Lisse. De hecho, se la podía considerar como una especie de oficial de enlace entre Nicholas y el doctor Hart.

«Seguro, seguro, pensó Chloris que ella sabe con certeza si Hart va a por Nicholas y, si es así, por qué. ¿Está ahí echada preciándose de

ser una *femme fatale* de éxito? Creo que de verdad está asustada.» Chloris inspiró hondo y pensó: «Se lo preguntaré.» Con una sensación de pánico oyó su propia voz:

—Por favor, Madame Lisse, perdone que le pregunte, pero, francamente, con todos nosotros observándonos los unos a los otros y sin que nadie sepa realmente de qué están hablando, las cosas están desesperadas y sería un alivio tremendo saber lo peor, de manera que he pensado simplemente en preguntarle.

—¿Ha pensado simplemente en preguntarme el qué, señorita Wynne?

—Suena tan extraño cuando se dice en voz alta…

—No se puede esperar que la entienda, a no ser que me lo diga en voz alta.

—De acuerdo. El doctor Hart, ¿está tratando de matar a Nicholas Compline?

Madame Lisse no contestó en seguida y por uno o dos segundos la habitación estuvo en un silencio total. Chloris sintió que se le humedecían las palmas de las manos y una sensación de pánico invadió su cabeza. Pensó: «Esto es terrible. Debo de estar perdiendo los nervios.» Luego, de pronto: «¡Ojalá Aubrey estuviera aquí!»

Cuando Madame Lisse habló su voz era clara y muy fría:

—No sé absolutamente nada de eso.

—Pero…

—Nada, ¿me oye?, nada.

Con un gesto cuya violencia sorprendió a Chloris, asió el encaje junto al pecho.

—¿Cómo se atreve a mirarme así? —exclamó Madame Lisse—. ¡Déjeme sola! Salga de esta habitación. Le digo que no sé nada. Nada. Nada. Nada.

III

Jonathan palmoteo con sus manos gordezuelas y lanzó un pequeño gemido de desesperación.

—Está muy bien eso de estar ahí sentado y decirme que debe hacerse algo, pero ¿qué puedo hacer? No tenemos pruebas. Es mejor que Nicholas se vaya a la cama y cierre la puerta. Le diré a Nicholas que lo haga así.

—No me preocupa tanto Nicholas —dijo Mandrake—. Él cuidará de sí mismo. No tengo un gran concepto de Nicholas. Es más cobarde que una gallina. Yo estoy pensando en William. Es peligroso, Jonathan. Quiere sangre. No creo que Hart mate a Nicholas, pero, por Dios, creo que a menos que hagas algo con William, éste matará a Hart.

—Pero, ¿por qué, por qué, por qué?

—Jonathan, tú te enorgulleces de tu astucia, ¿no es cierto? ¿No puedes entender lo que le ha ocurrido a William? ¿No le viste la cara cuando estaban allá arriba en el cuatro de Nicholas? ¿Cuando su madre le contó que Hart era el responsable de su desfiguración? ¡Qué demonio!, tú mismo me contaste que la desfiguración le causó una impresión indeleble cuando era un chico. Siempre has reconocido la intensidad con la que le absorbe su madre. Has visto lo rápido que ha aceptado su extraordinaria explicación de las agresiones de Hart contra Nicholas. Has visto cómo se ha desentendido de sus rencillas privadas con Nicholas y ha salido con fuerza en su defensa. ¿No puedes comprender que, psicológicamente, es un hombre de una sola pieza? Te digo que las represiones contenidas durante toda una vida han salido a darse un paseo. William es peligroso.

—Mistificación freudiana —dijo Jonathan, intranquilo.

—Puede ser, pero pienso que no te puedes arriesgar a no hacer caso de las posibilidades.

—¿Qué debo hacer? —repitió Jonathan, enfadado—, ¿Encerrar a los Compline? ¿Encerrar a Hart? Amigo Aubrey, por favor…

—Pienso que al menos deberías aclarar las cosas con Hart. Dile claramente que todos creemos que es el autor de esas agresiones. A ver qué clase de defensa es capaz de hacer. Después, aborda a William. Le hiciste callar hace un rato con bastante éxito, pero ahí le tienes en la habitación de al lado con Nicholas quien, sin duda, estará afanosamente ocupado en removerlo todo de nuevo.

—Te has vuelto de pronto sorprendentemente decidido, Aubrey. Durante la cena pensé que parecías estar medio en trance.

—La mirada en los ojos de William ha sido un eficaz despertador.

—¿Y quizá el contacto con la mano de la señorita Wynne? —Jonathan se rió disimuladamente.

—Quizá. ¿Vas a abordar a Hart?

—¡Qué expresión tan odiosa! Abordar. Muy bien, pero tienes que venir conmigo.

—Como gustes —dijo Mandrake. Fueron hacia la puerta. Esta se abrió y entró Chloris.

—¿Qué pasa? —exclamó Mandrake.

—Nada. Por lo menos, he hablado con Madame Lisse. De pronto sentí que no podía resistirlo. Así que le pregunté por las buenas si sabía qué estaba tramando el doctor Hart. Se volvió venenosa y casi me escupe. Tengo un ataque de nervios. Esta casa se hace más y más silenciosa a cada momento. Allá afuera la nieve se está acumulando cada vez más alta. Lo siento, pero ¿no es asfixiante estar aquí encerrado con algo que amenaza pero que no acaba de suceder? Es como si algo anduviera por los pasillos, montando trampas estúpidas y

peligrosas en las puertas, algo demencial y peligroso. ¿Sabes? No dejo de desear que haya un ataque aéreo. ¿No es bastante imbécil?

—Mira —dijo Mandrake—, siéntate junto al fuego. ¿Qué demonios pretendes hablando como una histérica? Esperamos ver en ti un poco de la joven y valiente «*mensahib*». Coopera, mujer.

—Estoy bien —dijo Chloris—. Lo siento. Estoy bien. Y vosotros, ¿a dónde ibais?

Mandrake se lo explicó mientras Jonathan iba de un lado a otro alrededor de Chloris, contento, se figuró Mandrake, de tener una excusa para retrasar la entrevista con el doctor Hart. Echó unos cuantos troncos al fuego; fue al comedor y volvió con la botella de oporto. Insistió en que Chloris tomara un vaso y luego pensó que le haría bien a Mandrake. Hersey entró e informó de su entrevista con la señora Compline. Pronunció una frase que Mandrake había empezado a temer: «Eché un vistazo afuera por la puerta Oeste. Nieva con más fuerza que nunca.» Jonathan parecía dispuesto a enfrascarse en una charla, pero Mandrake dijo con firmeza que en aquel momento podían dejar juntas a Hersey y Chloris. Esperó a Jonathan, el cual engulló su oporto, suspiró y se puso lentamente de pie. Al lado, en el salón de fumar, el zumbido de la conversación de Nicholas y William llegó a un ligero y amigable apogeo, terminado por una risita de Nicholas. «Puede que después de todo, pensó Mandrake, esté haciendo que William entre en razón. Mejor no molestarles.» Condujo al reticente Jonathan a la salita verde a través del vestíbulo.

Cuando vio al doctor Hart, a Mandrake se le vino a las mientes la idea de que Highfold estaba lleno de figuras solitarias acurrucadas junto al fuego. La puerta se había abierto silenciosamente y, por un momento, Hart no percibió a sus visitantes. Estaba sentado en el borde de un sillón, echado para delante, con los brazos reposando sobre los muslos y unas manos que colgaban juntas entre las rodillas. Su cabeza, un poco abatida e inclinada adelante, quedaba entre las sombras, pero la luz de la hoguera dejaba ver aquellas manos, cuya blancura, carne dura y llena y yemas cuadrangulares eran signos de su profesión. «Tienen un aire de prestigio, pensó Mandrake, repitiendo para dentro: Manos de profesional.»

Jonathan cerró la puerta. Las manos se cerraron como trampas al tiempo que el doctor Hart se volvía y se ponía en pie de un salto.

—Oh... eh... hola, Hart —comenzó Jonathan de manera poco prometedora—. Habíamos... ee... pensado que quizá podríamos tener una pequeña charla.

Hart no contestó, sino que giró la cabeza y fijó la mirada en Mandrake.

—Le he pedido a Aubrey que venga conmigo —dijo Jonathan al instante— porque, como sabe, es una de las... víctimas, y porque, al

ser un completo desconocido para todos ustedes («Un completo desconocido para Chloris», pensó Mandrake), es imposible sospecharle alguna complicidad.

—¿Complicidad? —dijo Hart, aún con los ojos en Mandrake—. No. No, supongo que tiene razón.

—Y bien —dijo Jonathan con más firmeza y una cierta vivacidad —. Sentémonos y discutamos este asunto con sensatez.

—He dicho todo lo que tengo que decir. No agredí al señor Mandrake y tampoco ataqué a Nicholas Compline. Admito que estoy enemistado con Compline. Me ha insultado y no me hacen gracias los insultos. Si fuera posible, me negaría a estar en la misma casa con él. No es posible, pero al menos puedo negarme a verle y lo hago. Me aprovecho de su ofrecimiento de permanecer aquí o en mi habitación hasta que me sea posible salir.

—Mire, amigo Hart, esto no sirve de nada —Jonathan acercó dos sillas al fuego. Obedeciendo un movimiento de su mano, Mandrake se sentó en una mientras que Jonathan se instalaba en la otra. Hart permaneció de pie con las manos unidas a la espalda.

—No sirve de nada —repitió Jonathan—. Este último asunto de poner un buda en equilibrio, esta trampa ridícula y malévola, sólo podía haber sido planeada y llevada a cabo con un propósito, el propósito de causarle una herida mortal a Nicholas Compline. He realizado una investigación pasablemente exhaustiva y encuentro que, dejando a un lado los motivos, es extremadamente improbable que ninguno de mis invitados, excepto usted, tuviera ocasión de montarle la segunda trampa a Nicholas Compline. Le digo esto desde el principio, doctor Hart, porque tengo la seguridad de que si puede aportar alguna prueba de..., de su inocencia, deseará hacerlo ahora.

Jonathan palmeó suavemente los brazos del sillón. Mandrake pensó: «Después de todo, no lo está haciendo tan mal.» Observaba a Jonathan porque se sentía incapaz de mirar al doctor Hart. Recordó, en una ráfaga de pensamientos inoportunos, que un abogado le había dicho una vez que si los miembros de un jurado evitaban cuidadosamente mirar al prisionero tras la deliberación, se podía estar seguro de que el veredicto era «culpable».

—No sé cuándo se supone que se montó esa trampa.

—¿Puede decirnos qué es lo que hizo durante los quince o veinte, minutos antes de que Nicholas Compline gritara?

El doctor Hart levantó la barbilla, bajó las cejas y clavó los ojos en el techo. «Se parece bastante a Mussolini», pensó Mandrake echándole una mirada furtiva.

—Cuando Compline regresó con usted y su hermano —dijo Hart —, yo estaba en esta habitación. Me acerqué a esa puerta y les vi en el vestíbulo. Luego regresé y continué hablando con Madame Lisse, la

cual abandonó la habitación algo antes de que yo lo hiciera. Permanecí aquí hasta la hora de vestirme. Subí a las siete y cuarto y me metí enseguida en mi cuarto. Puede que unos diez minutos después, entré en el cuarto de baño contiguo a mi habitación. Me bañé y regresé directamente a mi habitación. Casi había terminado de vestirme cuando oí a Compline gritar como una mujer. Me puse el esmoquin y salí al pasillo, donde les encontré a todos ustedes agrupados en torno a la puerta de su habitación.

—Sí —dijo Jonathan—, así es. Y en el tiempo desde que usted dejó ese cuarto hasta que descubrió que Nicholas Compline estaba herido, ¿no vio a ningún otro miembro del grupo o a alguno de los sirvientes?

—No.

—Doctor Hart, ¿admite que antes de venir aquí usted escribió algunas cartas… me temo que he de llamarlas amenazadoras… a Nicholas Compline?

—No puedo someterme a preguntas tan intolerables —dijo Hart, jadeante—. Les aseguro que no he agredido a nadie.

—Si no desea contestarme, puede que llegue a interrogarle alguien con más autoridad. Me obliga a presionarle aún más. ¿Sabe dónde estaba Nicholas Compline mientras montaba la trampa contra él?

El labio superior del doctor Hart se crispó cuando aquella polilla se puso a aletear bajo su piel. Por dos veces hizo ademán de ir a hablar. A la tercera intentona, emitió una especie de sonido, algo a modo de queja. Mandrake se sintió agudamente molesto, pero Jonathan ladeó la cabeza como un pájaro y le dio la impresión a Mandrake de que empezaba a divertirse de nuevo.

—¿Y bien, doctor Hart? —murmuró.

—No sé dónde estaba. No vi a nadie.

—Según él, estaba hablando con Madame Lisse en la habitación de ésta. ¿Qué ha dicho?

Hart había emitido de nuevo aquel sonido inarticulado. Se humedeció los labios y después dijo en voz alta:

—No sabía dónde estaba.

Los dedos de Jonathan habían permanecido en el bolsillo de su chaleco. Ahora los retiró y, con un movimiento repentino, sacó un cuadrado de papel. Mandrake vio que era la hoja de Charter que él había encontrado la noche anterior en la silla de Nicholas. Tuvo tiempo de pensar: «Parece que hiciera más de una semana», mientras una vez más leía las palabras que le habían parecido tan ridículas. «Estás avisado. Aléjate.»

—Bien, doctor Hart —dijo Jonathan—, ¿ha visto este papel con anterioridad?

—Nunca —exclamó Hart con voz estridente—. ¡Nunca!

—¿Está seguro? Cójalo y examínelo.

—No lo tocaré. Esto es una trampa. ¿De qué me acusan?

Sosteniendo aún el papel, Jonathan se aproximó a un escritorio junto a la ventana. Mandrake y Hart observaron cómo escudriñaba en un cajón y sacaba finalmente una hoja de papel de cartas. En la mano derecha tenía la hoja de Charter, en la izquierda la nueva hoja de papel.

—Esta es su aceptación de mi invitación a pasar el fin de semana —dijo Jonathan—. Después de que la hoja de Charter llegara a mis manos, me vino al pensamiento esta carta. Las comparé y llegué a una interesante conclusión. Sus letras tienen una forma característica, querido doctor. Utiliza usted una cursiva que conserva rasgos continentales. El palo de la «t» se suele alargar en alemán. Aquí tenemos una «t» en «amable invitación». Estoy mirando la carta. Fijándonos en las hojas de Charter, nos encontramos con que las letras están en cursiva y la «t» de «estas» tiene un palo que se alarga hasta la casilla de debajo. Ahora bien, usted estaba sentado junto a Nicholas, a la derecha de él. Le pasó las hojas para que las puntuara. En lugar de recibir una hoja suya, recibió dos: la auténtica Charter, que de manera muy curiosa contenía la palabra «amenazas», y este aviso, algo infantiloide, pero dadas las circunstancias bastante significativo, que usted dice que nunca había visto antes. Bien, no sirve de nada su negativa.

—Yo no lo escribí. Esto... debo haber arrancado las dos hojas a la vez. Estaban pegadas por la parte de arriba. Algún otro había escrito en la hoja de debajo.

—¡Ridículo! —dijo Jonathan con gran dureza. Se metió los dos papeles en el bolsillo y se apartó. Al hablar de nuevo, retomó su acostumbrado tono pedante—. No, doctor Hart, no sirve de nada. Yo mismo repartí los impresos. Nadie podría haber previsto a quién le entregaría ese preciso cuaderno. Espero que no esté insinuando que algún componente del grupo le quitó el cuaderno de entre los dedos con un truco de prestidigitación, escribió en la hoja de debajo y se lo devolvió sin que usted se enterara..

—No insinúo nada. No sé nada de ello. Yo no lo escribí. Puede que el propio Compline lo hiciera para desacreditarme. Es capaz de todo..., de todo. *¡Ach Gott!* —exclamó el doctor Hart—. No puedo soportar esto por más tiempo. Debo pedirles que me dejen. Debo insistir en que me dejen solo —entrelazó las manos y se las levantó hasta los ojos—. Soy muy desdichado y tengo grandes problemas. Ustedes no lo entienden; no son de mi raza. Les aseguro que esas acusaciones no significan nada para mí..., nada. Estoy desgarrado por la más terrible de todas las emociones y no puedo luchar contra ella.

Estoy cerca del punto as máxima tensión. Les suplico que me dejen solo.

—Muy bien —dijo Jonathan. Se dirigió hacia la puerta, sorprendiendo un tanto a Mandrake—. Pero le advierto que si algo le ocurriera a Nicholas Compline, las más graves sospechas se levantarían contra usted y sólo contra usted. Creo firmemente que usted intentó matar a Nicholas. Si se produce alguna amenaza más, otro movimiento sospechoso de su parte, me encargaré personalmente de que le detengan —hizo un movimiento rápido y diestro y en un instante Mandrake vio una pequeña pistola en la mano derecha de Jonathan—. Hace un momento cogí este arma de mi escritorio. Estoy armado, doctor Hart, y me ocuparé de que Nicholas Compline lo esté también. Le deseo buenas noches.

IV

Mandrake no siguió a Jonathan fuera de la habitación Algo le había ocurrido. Había sucumbido a un irresistible sentimiento de piedad por el doctor Hart. No había dejado de creer que Hart era el responsable de las agresiones contra Nicholas; por el contrario, estaba más persuadido que nunca de que era su autor. Pero algo en la actitud de Hart, en su aire de aislamiento, en la misma flojedad de sus esfuerzos por defenderse, había conmovido la fibra compasiva de Mandrake. Veía a Hart como a un hombre al que los vientos de unos celos abrumadores habían desviado irremediablemente de sus derroteros normales. La vieja frase «locamente enamorado» le vino a las mientes y pensó que Hart era realmente la víctima de una loca pasión. Sintió un ardiente anhelo de evitar cualquier futura agresión, no tanto por Nicholas Compline como por Hart. Pensó que sería terrible que Hart matara a Nicholas y que recobrara, con esta espantosa consumación de su pasión, el buen sentido, sólo para ser plenamente consciente de la inutilidad de lo que había hecho. Pensó que debía tratar de encontrar algo que decir a esta rechoncha figura trágica, algo que pudiera llegarle y despertarle, del mismo modo que un sonido real penetra y disipa una pesadilla. Hart se había dado la vuelta cuando Jonathan cerró la puerta, se había desplomado en un sillón junto al fuego y cubierto la cara con las manos. Tras un momento de vacilación, Mandrake se acercó a él y le tocó suavemente en el hombro. Se sobresaltó, levantó los ojos y dijo:

—Creí que se había ido.

—Me iré en un momento. Me he quedado porque quiero despertarle.

—¿Despertarme? Cuántas veces me he repetido a mí mismo esa frase, la más vana: «¡Si tan sólo fuera un sueño!» Si al menos pudiera

estar seguro, seguro. Entonces no sería tan malo.

Mandrake pensó: «Va a hablar conmigo.» Tomó una silla enfrente de la del doctor Hart y encendió un cigarrillo.

—¿Si al menos pudiera estar usted seguro? —repitió.

—Que todo eso de que él es su amante, de que me ha traicionado, es mentira. Pero cuando ella lo niega, no puedo evitar creerla sólo a medias. ¡Deseo tanto creer! Y entonces le veo una mirada de aburrimiento en los ojos, una mirada de cansancio, de desprecio. Eso me vuelve a traer el recuerdo de las miradas que he sorprendido entre ellos, y aunque sé que con cada negativa, con cada escena, me hago aún más daño, inmediatamente comienzo a hacer nuevas escenas, inquiero detalles recientes. Sufro todas las penas del infierno. Estoy tan cansando de ello y, a pesar de todo, no puedo terminarlo.

—¿Por qué vino aquí?

—Por tener alguna certeza, en un sentido u otro. Para saber lo peor. Ella me contó que él estaría aquí y dijo con total ligereza: «Vigílanos y descúbrelo. No es nada.» Y cuando le vi, con todo el aire de un propietario, de un dueño satisfecho y riéndose de mí... ¿Sabe lo que había hecho en mi país, si me hubieran insultado como me ha insultado este hombre? Nos habríamos encontrado y lo hubiéramos zanjado de una vez por todas. Habría matado a Nicholas Compline.

—En Inglaterra —dijo Mandrake—, no es difícil creer que el duelo todavía es visto en otros países como medio satisfactorio de arreglar una riña. Un duelista triunfante sería considerado como un asesino.

—De cualquier manera —dijo Hart—, él no lo consentiría. Es tan gallina como pisaverde.

Mandrake pensó: «¡Qué magníficas palabras!»

—Tiene razones para estar nervioso, ¿no le parece? —dijo en voz alta.

—Y sin embargo, a pesar de su terror —continuó Hart, golpeándose la cabeza con las manos crispadas—, a pesar de su terror, va al cuarto de ella. Esta mañana estuvo en su habitación. Logré con ardides que ella lo reconociera. Y ahora, unos pocos minutos después de dejarme, después de ver mi agonía, tiene otra cita amorosa.

—Pero ya sabe, en este país no somos convencionales. Quiero decir que todos deambulamos por las habitaciones de los demás. Por ejemplo, Lady Hersey y Chloris Wynne vinieron a verme ambas. Nadie ve nada raro en ello. El inglés moderno...

—En esas cuestiones, ella no es una inglesa, y yo, señor Mandrake, no soy un inglés. Estamos nacionalizados, pero no cambiamos nuestras ideas acerca de lo que es aceptable. ¿Por qué razón tendría ella que recibirle, por qué razón inocente? No, no sirve de nada seguir torturándome. Me ha traicionado.

—Oiga, no es asunto mío, pero, si está tan seguro, ¿por qué no cortar por lo sano? ¿Por qué tomar un camino que ha de conducir al desastre? Que sigan su rumbo. Las cosas no pueden nunca ser como eran. ¿Por qué arriesgar su carrera —Mandrake tartamudeaba al decir esta serie de frases convencionales— y poner en peligro su propia vida por Nicholas Compline? ¿Él lo vale? Después de todo, ¿lo vale ella? Ya nunca podrían ser felices juntos. Incluso si se casara con usted...

—¡Si se casara conmigo! —gritó Hart— ¡Si se casara conmigo! Es mi esposa desde hace cinco años.

V

Mandrake se quedó un rato con Hart, escuchando una historia en la que los temas del instinto para los negocios de Madame Lisse, de la esclavitud de su marido y de la perfidia de Nicholas, estaban extrañamente entrelazados. Al parecer, Madame Lisse había decidido que sus respectivas profesiones, aunque emparentadas, no eran compatibles desde el punto de vista público.

—Le parecía que siendo mi esposa no podría recomendarme a sus clientes. Siempre he manifestado un considerable escepticismo acerca de la eficacia del masaje facial y de las cremas. Incluso tengo publicado un breve tratado sobre la materia. Dijo que proclamar nuestro matrimonio sería perjudicar mi prestigio entre mi clientela.

Su voz corría y corría con una prisa desalada. Parecía incapaz de parar. Siempre volvía a Nicholas Compline, y cada vez que lo hacía, avivaba su furia contra él. Se supone que la efusión repentina de una emoción largo tiempo reprimida alivia, pero el doctor Hart no parecía extraer consuelo alguno de su autorrevelación. Tenía aspecto de estar miserablemente enfermo y su agitación nerviosa aumentaba con la relación. «Realmente, no es responsable —pensó Mandrake—. No le he hecho ningún bien. Será mejor que desaparezca.» No se le ocurría ningún discurso apropiado para terminar la conversación. Le venían a la cabeza frases ridículas («Bueno, pero usted no matará a Nicholas, ¿verdad?») y deseaba de todo corazón librarse de la idea que, de alguna manera, el doctor Hart le estaba haciendo una súplica. Logró ponerse de pie. El doctor Hart, apretando con el dedo aquel labio suyo de movimiento nervioso, le miró afligido. Nicholas Compline soltó una carcajada lo suficientemente fuerte como para llegar a oídos del doctor Hart y de Mandrake. Hart se puso en pie de un salto. Mandrake pensó por un momento que el doctor Hart realizaría una acometida traicionera contra el salón de fumar e iría a por su verdugo. Mandrake le asió del brazo. Oyeron la voz de Nicholas decir: «De acuerdo», con tanta claridad que pensaron que había cruzado la habitación. Un chorro discordante de música extática y desfigurada salió de la radio

justo desde el otro lado de la puerta. Hart gritó, exactamente como si le hubieran golpeado; se desasió de Mandrake y abrió de golpe la puerta del salón de fumar.

—*¡Gott im Himmel!* —chilló—. ¿Tienen que torturarme con ese demoníaco, con ese intolerable ruido? ¡Apáguelo! ¡Le digo que lo apague!

Nicholas apareció en el marco de la puerta.

—Váyase al infierno —dijo afablemente—. Si me da por escuchar la radio, la escucharé pese a quien pese —le cerró la puerta a Hart en la cara. Mandrake se interpuso entre éste y la puerta. Con una sarta de palabrotas que le sorprendió un tanto a sí mismo, gritó instrucciones a Nicholas de que apagara la radio que estaba bramando *Roll out the Barrel*. Paró bruscamente y se oyó a William que decía:

—¡Por Dios, cierra el pico!

—De acuerdo, Bill. Vete a la cama —repuso Nicholas. Mandrake y Hart cruzaron las miradas en silencio por unos segundos.

—Doctor Hart —dijo Mandrake—, si no puede darme garantías de que se irá a su propia habitación o de que se quedará en ésta, yo..., yo le encerraré.

Hart se hundió en su silla:

—No haré nada —dijo—, ¿qué puedo hacer?—. Para infinita consternación de Mandrake, lanzó un fuerte sollozo y ocultó la cara entre las manos.

«¡Dios!», pensó Mandrake. «Esto es demasiado.» Intentó construir frases de consuelo, pero la insuficiencia de estas le descorazonó y al final se quedó sin palabras. Por un momento observó al doctor Hart. Inspiraba el aliento a bocanadas que le hacían sacudirse, y golpeaba con las manos los brazos del sillón. Mandrake recordó cómo había tratado Jonathan a Chloris. Fue al comedor, encontró una botella de whisky, le sirvió un buen trago y regresó con él al tocador.

—Pruebe esto —dijo. Hart le hizo señas de que lo dejara a su lado. En vista de que no podía hacer más, se dispuso a dejarle. Junto a la puerta, un último pensamiento le vino a la cabeza y se volvió.

—¿Puedo darle un consejo? Apártese de ambos Compline —se fue cojeando a la biblioteca.

Allí encontró a Jonathan con Hersey Amblington y Chloris. Con toda naturalidad, Mandrake fue a sentarse en el brazo del sillón de Chloris; con encantadora naturalidad, ella le miró complacida.

—¿Bien? —dijo—. ¿Algo bueno?

—No. Está en un estado terrible. ¿Qué hay de los hermanos Compline? Pudimos oír fragmentos de su plática ahí dentro.

—Lady Hersey entró a verles.

—Y puedo decir —intervino Hersey— que me llevé una sorpresa. Nick se ha contenido, al parecer, y está haciendo todo lo que puede

para inculcar al pobre William un poco de sentido.

—También ha estado haciendo todo lo posible para provocar en el doctor Hart un arrebato de odio, poniendo casi a todo volumen una versión singularmente lamentable de la polca del barril de cerveza —Mandrake describió el incidente—. Posiblemente se trataba de un paso esencial para calmar a William.

—Debe haber ocurrido después de irme yo —dijo Hersey.

—Me extraña que no nos oyeran; allí nos gritamos los unos a los otros.

—Esta habitación está prácticamente aislada contra el ruido —dijo Jonathan.

—Debe estarlo. ¿Cómo le va a Nicholas con William, Lady Hersey?

—No ha avanzado mucho, pero por lo menos lo intenta. Se supone que han de ir a ver a su madre, pero la idea no parece entusiasmarles. Dicen que desean especialmente que se les deje solos. ¿Qué hacemos ahora, señor Mandrake?

—Son casi las diez. Maldito si sé lo que hacer. Jonathan, ¿qué opinas tú?

Jonathan agitó las manos sin decir nada.

—Bueno —dijo Mandrake—. Supongo que acompañaremos a Nicholas a su habitación cuando quiera irse a la cama. ¿Encerramos a William en la suya, o qué?

—Creo que encerraremos al doctor Hart —dijo Hersey—. Así William no podrá llegar hasta el doctor Hart y éste no podrá llegar hasta Nicholas. ¿O me equivoco?

—Puede que no les agrade estar encerrados —apuntó Chloris—. Con franqueza, es demasiado complejo.

—Jo —dijo Hersey de pronto—, ¿recuerdas la conversación de la otra noche durante la cena? ¿Cuándo dijimos lo que pensábamos que haría cada uno en una crisis? Da la impresión de que nos equivocamos unos con otros. Estuvimos de acuerdo en que tú, por ejemplo, hablarías. No has dicho una palabra desde que entraste en esta habitación. Alguien dijo que el señor Mandrake sería el menos práctico del grupo, y aquí está él, haciendo gala de una magnífica eficacia. Chloris, espero que no te importe que te llame Chloris, sugirió que William no nos fallaría, mientras que la madre se puso por completo a favor de Nicholas. Totalmente incorrecto. Parece que tuvieras razón, Jo. No sabemos nada unos de otros.

—Jonathan estuvo muy elocuente en la salita —dijo Mandrake con desgana.

Sostuvieron una conversación a retazos hasta que Nicholas, con una expresión equívoca, salió del salón de fumar. Hizo una mueca a los demás y cerró la puerta.

—¿Cómo va? —preguntó Hersey—. ¿Todo va bien?

Nicholas hizo el gesto de bajar los pulgares con exagerado énfasis.

—Todo mal.

—¿No pasa nada? —se impacientó Jonathan—. No puede oírnos.

—Aún tiene ganas de sangre —dijo Nicholas, echándose en una silla—. Gracias a Dios, ha dejado de amenazar con darle una paliza al doctor, pero se ha acurrucado junto al fuego y no manifiesta exactamente un espíritu festivo. Ya sabes cómo solía ser de chico. Todo apasionado.

—¿Bill el Negro? —dijo Hersey—. Lo recuerdo. ¿No puedes hacer nada?

—Me echó a patadas —dijo Nicholas con una mueca tímida—. Creo que Hart se ha ido a la cama. Le oímos apagar la luz. O sea que quizá Bill podría desahogar su murria con la radio.

—Esta es una situación horrible —exclamó Jonathan—. Supongo que es mejor que lo dejemos solo, ¿eh?

—Tampoco es tan malo cuando se pone así. Lo superará. Creo que le he convencido de apartarse de Hart.

—¡Crees!

—Os digo que Hart ha subido. Es posible —dijo Nicholas, enseñando el blanco de los ojos— que haya pensado en una manera de acabar conmigo realmente a prueba de tontos.

—Querido Nick, subiremos contigo. No puedo creer que sabiendo lo que sospechamos y, puedo decirlo, después del breve discurso que le eché intente... Pero claro está —añadió Jonathan, aturdido—, debemos tomar todas las precauciones. Con respecto a tu puerta...

—No te quepa duda —dijo Nicholas con severidad—. La cerraré con llave.

Hubo una corta pausa interrumpida por Hersey:

—Sencillamente, no puedo creerlo. Es tan absurdo que, simplemente, no es verdad. Todos nosotros aquí sentados como un grupo de invitados en un drama, esperando el horror. ¡Y esa trampa en la puerta! ¡Un buda de latón! No, es demasiado. Mañana el doctor Hart nos pedirá excusas a todos y nos dirá que lamenta que su sentido del humor le llevara demasiado lejos, y nos explicará que en el Tirol austríaco todo el mundo va dejando medio muertos a los demás por pura diversión y nosotros le diremos que sentimos no haber captado su intención.

—Una intención homicida —murmuró Jonathan—. No, no, Hersey. Tenemos que enfrentarnos con ello. El ataque contra Nicholas se planeó con el propósito de lastimarle.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Por lo menos, podríamos oír el parte de guerra —dijo Mandrake—. Nos hará el efecto de un bálsamo.

—Es mejor que no molestemos a William —dijo Jonathan rápidamente.

—Puede que las ponga él dentro de un minuto —dijo Nicholas con cansancio—. Le interesan mucho las noticias. ¿Se lo pregunto?

—No, no —dijo Jonathan—. Déjale solo. Todavía no es la hora exacta. ¿Te gustaría beber algo, amigo Nick?

—Para ser del todo sincero, Jonathan, me encantaría echarme un trago largo, largo.

—Lo tendrás. ¿Te importa llamar? El timbre está a tu lado. No, no hace falta que te molestes. Les oigo venir.

En el vestíbulo sonó un tintineo de vasos y el nuevo lacayo entró con una bandeja. Durante los pocos segundos que estuvo en la habitación, Chloris y Hersey se esforzaron valientemente por conversar. Cuando se fue, Jonathan sirvió las bebidas.

—¿Y William? —preguntó—. ¿Le decimos...? ¿Te importa avisarle?

Nicholas abrió la puerta del estudio y metió la cabeza en la abertura.

—¿Te apetece una copa, Bill? ¿No? De acuerdo, viejo. ¿Te importaría conectar la radio? Dentro de poco es la hora de las noticias y nos gustaría escucharlas. Gracias.

Todos esperaron incómodos. Nicholas echó una mirada por encima de su hombro y parpadeó. La radio del estudio se puso a sonar.

«*Hands, Knees and Boomps-a-daisy*», cantaba la radio con energía.

—¡Dios! —dijo Mandrake automáticamente, aunque tenía una ilógica sensación de alivio.

—¿Puedes dejarla así uno o dos minutos? —preguntó Nicholas—. Es casi la hora de las noticias. Dejaré la puerta abierta.

«*Hands, Knees and Boomps-a-daisy*.»

—Creo —dijo Jonathan cuando el coro se repitió por tercera vez — que mejor me aseguro de que el doctor Hart no está en la salita — se levantó. Al mismo tiempo, la orquesta de baile terminaba en tono triunfal: «Vuélvete a tu pareja y bow-wow-wow.»

—Esas son las noticias —dijo Hersey.

Jonathan, tras oír la proclama del principio, salió al vestíbulo. Los demás oyeron la lectura de un lacónico parte francés, y la declaración de que una fuerte nevada estaba cayendo en el sector de la Línea Maginot. La voz del locutor hablaba y hablaba, pero Mandrake se sentía incapaz de escucharla. Se sentía invadido por un sentimiento de depresión nerviosa, una especie de horrorosa impaciencia. «No puedo estar aquí sentado mucho tiempo más», pensó. En un momento regresó Jonathan, el cual negó con la cabeza en respuesta a sus miradas.

—No hay luz —dijo. Se sirvió la segunda copa.

«Él también siente la tensión», pensó Mandrake.

—Ojalá entrara el viejo Bill —exclamó Nicholas de pronto.

—Está mejor si se le deja solo —dijo Jonathan.

—¿Le llevo una copa? —sugirió Hersey—. Lo más que puede hacer es arrojármela. a la cara. Lo haré. Sírvele un whisky, Jo.

Jonathan vaciló. Ella le echó a un lado, vertió en un vaso unos buenos tres dedos de alcohol, lo mezcló con soda y se fue con él al salón de fumar.

—Se ha sabido en Londres esta noche —dijo el locutor— que el señor Cedric Hepbody, la conocida autoridad en música popular polaca, está prisionero en Varsovia. Al final de este boletín oirán una corta grabación, realizada el año pasado por el señor Hepbody, sobre el tema de la música popular desde el punto de vista de su relación y reacción al behaviorismo primitivo…

Hersey estaba de pie en el marco de la puerta. Mandrake fue el primero que la vio y una helada sensación de pánico agarrotó su corazón. La pantalla de cuero rojo detrás de ella le daba un fuerte relieve a su figura. Los demás giraron las cabezas, la vieron y, presurosos, se pusieron de pie con un impulso común. Observaron cómo se movían los labios en su cara, blanca como una mortaja. La voz del locutor fue silenciada.

—Jo —dijo Hersey—, Jo, ven aquí.

Jonathan se tiró de los labios con los dedos. No se movió.

—Jo…

Jonathan cruzó la biblioteca y entró en el salón de fumar. Hubo otro largo silencio. Nadie se movió ni habló. Al final, Hersey vino dando la vuelta a la pantalla.

—Señor Mandrake —dijo—, ¿quiere venir junto a Jonathan?

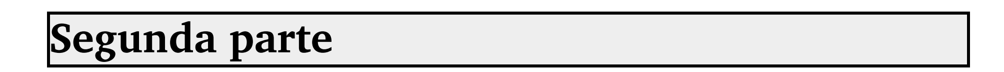
Mandrake entró en el salón de fumar sin una palabra. La pesada puerta, con sus hileras de estanterías, se cerró a sus espaldas.

Fue entonces cuando Nicholas gritó:

—¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?

Hersey se acercó a él, le tomó las manos entre las suyas.

—Nick, él ha matado a William.



Segunda parte

SEGUNDA PARTE

9. Coartada

I

William estaba sentado en una silla baja junto a la radio, doblado sobre sí mismo. Tenía la cara entre las rodillas y las manos junto a los zapatos. Su postura sugería un exagerado escrutinio de la alfombra. Si Mandrake hubiera entrado casualmente podría haber pensado a primera vista que William estaba contemplando algún pequeño objeto que se encontrara entre sus pies. La hendidura en la parte posterior de la cabeza parecía un feo error, más absurdo que terrible; el tipo de cosa que uno no podía creer. Esto era todo lo que había captado Mandrake antes de mirar a Jonathan, el cual tenía la espalda apoyada en la puerta que daba a la salita. Se estaba secando las manos con el pañuelo. Mandrake oyó un leve ruidito. Una pequeña estrella roja apareció en la punta del zapato izquierdo de William.

—Aubrey, mira esto.

—¿Está...? ¿Estás seguro...?

—¡Por Dios, mírale!

Mandrake no deseaba mirar a William, pero se acercó cojeando junto a la silla. ¿Quién ha medido la trayectoria del pensamiento? En un relámpago intemporal puede abarcar un ciento de imágenes y engloba múltiples ideas. Una turbia espiral de impresiones y recuerdos invadió a Mandrake en el segundo que pasó antes de que se inclinara sobre William. Pensó en las rarezas de William, en que él mismo no había visto nunca uno de sus cuadros, en que en ese momento la boca de William podía estar abierta y manando sangre. En un nivel más profundo de su conciencia, pensó en Chloris, a la cual William debía haber besado; en las manos del doctor Hart, en frases de novelas policíacas, en el hecho de que podía tener que dar su propio nombre si era llamado a testificar. El nombre de Roderick Alleyn estaba entretejido con sus pensamientos, sobre los cuales se depositaba una imagen de nieve profunda. Se arrodilló junto a William y le tocó la mano derecha. Se movió un poco, flácidamente, con la presión de sus dedos. Eso le impresionó profundamente. Algo le golpeó en el dorso de la mano. Vio una estrellita roja igual a la del zapato de William. La limpió con un movimiento brusco. Se agachó más y miró desde abajo la cara de William. Resultaba terrible; pues los ojos como la boca estaban totalmente abiertos. Luego Mandrake se levantó, miró la parte posterior de la cabeza de William y se sintió horriblemente mareado. Se retiró con un involuntario tumbo para un lado y su pie zopo chocó con algo que había en el suelo. Estaba en la sombra por lo que tuvo

que agacharse de nuevo para mirarlo. Era un objeto aplanado, en forma de espátula, que se estrechaba por un mango corto. Oyó la voz de Jonathan balbucear a su espalda:

—Estaba colgado en esa pared, ya sabes. Te lo enseñé. Es de Nueva Zelanda. Ya te lo dije. Lo llaman «mere», y te lo dije. Está hecho de piedra.

Al volverse para hablar con Jonathan descubrió que Nicholas había entrado en la habitación.

—Nick —exclamó Jonathan—. Amigo Nick...

—No está muerto —dijo Nick—, no puede estar muerto.

Empujó a un lado a Jonathan y se acercó a su hermano. Puso las manos en la cabeza de William e hizo el gesto de ir a levantarla.

—No —dijo Mandrake—, yo no lo haría. Aún.

—Debes estar loco. ¿Por qué no has tratado...? ¡Dejarle! Debes estar loco —levantó la cabeza de William, le vio la cara e inspiró profundamente como con ganas de vomitar. La cabeza se desplomó de nuevo, flojamente, en cuanto la soltó. Empezó a repetir el nombre de William: «Bill, Bill, Bi...», y se paseó como un loco por el cuarto, haciendo ademanes extraños e inexpresivos.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Jonathan, y Mandrake repitió para sus adentros: «¿Qué debemos hacer?»

—No podemos hacer cualquier cosa. Tendríamos que llamar a la Policía. Un médico. No podemos hacer cualquier cosa.

—¿Dónde está Hart? —preguntó de pronto Nicholas—. ¿Dónde está?

Se lanzó a la puerta junto a William, hurgó con la llave y la abrió de golpe. La salita verde estaba oscura, el fuego reducido a un resplandor mortecino.

—Por Dios, ¿dónde está? —exclamó Nicholas.

Se dirigió a la puerta del vestíbulo y Jonathan y Mandrake, con un impulso común, le atajaron.

—¡Quitaos de en medio! —chilló Nicholas.

—Compline, por el amor de Dios, espere un minuto —dijo Mandrake.

—¡Esperar un minuto!

—Nos enfrentamos con un loco. Puede estar esperándole emboscado. Reflexione, hombre.

Tenía a Nicholas cogido del brazo y le sintió aflojar. Creyó ver algo del antiguo nerviosismo aflorarle a los ojos.

—Aubrey tiene razón, Nick —Jonathan se atropellaba—. Tenemos que conservar la calma, mi querido amigo. Tenemos que trazar un plan de campaña. No podemos precipitarnos ciegamente. Hay..., hay que pensar en tu madre, Nick. Debemos contárselo, ya sabes.

Nicholas se desasió de Mandrake de un tirón, se acercó a la

chimenea y se echó en una silla.

—¡Por Dios bendito, déjenme solo! —dijo. Mandrake y Jonathan la obedecieron y murmuraron entre ellos.

—Mira —dijo Mandrake—, te sugiero que le echemos la llave a esta habitación y que nos vayamos a la de al lado, donde podremos hablar. ¿Están esas mujeres seguras ahí dentro? Es mejor no dejarlas, o sea que volvamos a la biblioteca —se volvió a Nicholas—. Lo siento muchísimo, Compline, pero creo que no deberíamos tocar nada aquí por el momento. Jonathan, todas estas puertas, ¿tienen llave? Sí, ya lo veo.

La puerta que daba a la salida se cerró. Retiró la llave, cerró la puerta del vestíbulo y le entregó ambas llaves a Jonathan. Al cruzar la habitación para abrir la puerta de la librería, sintió un ligero pinchazo en la suela de su pie sano y maldijo, en algún estrato de su pensamiento consciente, a su zapatero. Condujeron a Nicholas de vuelta a la biblioteca. Mandrake descubrió que la puerta de la biblioteca tenía también una cerradura detrás de las hileras de libros falsos.

Hallaron a Hersey y Chloris sentadas juntas cerca del fuego. Mandrake vio que Chloris había estado llorando. «No tengo nada que ver con esto, pensó. No puedo tratar de ayudar.» Sin que llegara a identificarlo, un pinchazo de celos le estremeció; celos de William, que, haciéndose matar, había provocado las lágrimas de Chloris.

Por primera vez se dio cuenta Mandrake de que Jonathan estaba pálido como un fantasma. Constantemente abría y cerraba los labios, se llevaba incesantemente los dedos a las gafas y, repentinamente, tosía de manera seca y nerviosa. «No se sorprendería tener también un aspecto fantasmal», pensó Mandrake. Jonathan, a pesar de todo su nerviosismo, tomó un cierto aire de autoridad. Se sentó junto a Hersey y la cogió de la mano.

—Y ahora, amigos míos… —comenzó. La voz le temblaba, pero sus frases conservaban el conocido regusto a pedantería— sé que seréis muy sensatos y valientes. Es un terribilísima calamidad y, en cierta medida, me siento responsable de ella. Es una carga terrible para echársela en la conciencia, pero en este momento no me atrevo a permitirme el reflexionar sobre ello. Hay un problema inmediato y debemos tratarlo lo mejor que podamos. Me temo que no hay ninguna duda de que es el doctor Hart quien ha matado a William, y no albergo duda alguna de que es un perturbado. Por lo tanto, y antes de nada, quiero que vosotras dos me prometáis que no os separaréis y también que cuando os dejemos a ambas solas le echaréis de inmediato la llave a esta puerta y no la abriréis hasta que uno de nosotros regrese.

—Pero él no va a por ninguna de nosotras —dijo Hersey—. No

tiene nada contra nosotras, eso seguro.

—¿Y qué tenía contra William?

—William tenía un montón de cosas contra él.

—Debe haber sido la radio —le dijo Mandrake a Nicholas—. Casi se te echó encima cuando la encendiste.

—Le dije que se fuera al infierno y le cerré la puerta con llave en las narices —respondió Nicholas. Apoyó los brazos en la repisa de la chimenea y se golpeó el cráneo con los puños.

—¿Cerró la puerta con llave? —repitió Mandrake.

—Daba la impresión de ir a irrumpir. Estaba harto de todo. De que viniera a por mí, dándome órdenes a gritos. Quería encerrarle.

—Ahora lo recuerdo. Le oí girar la llave. Debe de haber salido al vestíbulo y luego haber entrado desde allí en el salón de fumar.

—Supongo que fue así —convino Nicholas, pasándose los dedos por los cabellos.

—Fíjense —dijo Mandrake lentamente—. Esto cambia las cosas.

—Si es así —interrumpió Jonathan—, podemos enterarnos de qué se trata más tarde, Aubrey. Nick, mi querido camarada, creo que deberías ver a tu madre. Y nosotros —miró a Mandrake— debemos encontrar a Hart.

Se trazaron un plan de movimientos. Los hombres registrarían juntos la casa, dejando a las dos mujeres en la biblioteca con la puerta cerrada por dentro. Nicholas dijo que su automática reglamentaria estaba en su cuarto. Decidieron subir enseguida a recogerla.

—Bill tenía la suya —dijo Nicholas. Jonathan sugirió que la cogieran para Mandrake.

Hersey se ofreció a ir con Nicholas a ver a su madre y Chloris insistió en que estaría segura si la dejaban sola en la biblioteca. «Es una chica buena y valerosa, pensó Mandrake, y yo estoy enamorado de ella.» Le dio un golpecito en el hombro y pensó en lo poco apropiado a su personaje que era su forma de comportarse.

—Vamos —dijo Hersey.

La puerta de la biblioteca se cerró a sus espaldas. Oyeron cómo Chloris hacía girar la llave en la cerradura. El vestíbulo estaba silencioso, un lugar hueco y en penumbra con un fuego que se extinguía y sombras como a la entrada de una cueva. Las paredes blanqueadas se desvanecían como el humo en la oscuridad de arriba; cortinas, visibles a medias, colgaban rígidas junto a la entrada. Los muebles de alrededor tenían un aire de mortal expectación.

Jonathan alargó la mano. Una gran araña inundó la habitación de luz. Los cuatro se dirigieron a la escalera. Mandrake vio a Jonathan sacar la pistola. Les guió hasta arriba encendiendo los apliques. Hersey y Nicholas le seguían, y Mandrake, levantando su pie zopo más rápidamente de lo que solía, iba a la cola. Aún le punzaba el clavo en

el zapato derecho y esta pequeña molestia le irritaba vagamente. Subieron el primer tramo hasta el rellano donde las escaleras se dividían en dos tramos más estrechos, de los cuales tomaron el de la izquierda. Llegaron al rellano superior donde el reloj de pesas producía un sonoro tic-tac. Aquí se detuvieron. Hersey se cogió del brazo de Nicholas. Este se cuadró de hombros y se atusó el bigote con un gesto que, a pesar de todo su miedo, era como una parodia de su acostumbrada fanfarronería y se dirigió con ella al cuarto de su madre. Mandrake y Jonathan se fueron por la derecha, caminando sigilosamente por el pasillo.

Encontraron la automática de Nicholas allí donde les había dicho que la buscaran, en un cajón del tocador. La de William, había dicho Nicholas, estaba en la habitación de aquél, en una mochila que contenía sus trastos de pintura.

—Su habitación es contigua a la de Hart —susurró Jonathan—. Si está ahí, nos oirá entrar. ¿Qué hacemos?

—No podemos dejar pistolas perdidas vagando por ahí, Jonathan. No, mientras haya un loco homicida suelto.

—Entonces, vamos.

La habitación de William estaba enfrente de la de su hermano. Mandrake se quedó de guardia en el pasillo mientras Jonathan, con una apariencia extraordinariamente furtiva, abría la puerta centímetro a centímetro y se deslizaba dentro. No se veía luz alguna por debajo de la puerta de Hart. ¿Estaría detrás, escuchando, esperando? Mandrake clavó los ojos en ella, casi esperando que se abriera. Jonathan volvió llevando una segunda automática. Condujo a Mandrake a la habitación de este último.

—Si está ahí dentro, está a oscuras —dijo Mandrake.

—¡Silencio! Aubrey, toma esto. Nicholas tenía que haber tenido la suya —susurró Jonathan—. Debió venir aquí primero.

—¿Están cargadas? Mi ignorancia sobre ellas es absoluta.

Jonathan examinó las dos pistolas.

—Creo que sí. Yo mismo... —su voz se hizo inaudible y Mandrake captó tan sólo palabras sueltas— ...último recurso... muy poco recomendable —miró a Mandrake con inquietud—. El seguro está echado, creo, pero ten cuidado, Aubrey. Claro está que no debemos disparar a no ser que ocurra algo muy grave. Que vea que estamos armados. ¡Un momento!

—¿Qué pasa?

Una curiosa sonrisa estiró los labios de Jonathan.

—Me viene a la cabeza —susurró— que nos esforzamos como mulos para defendernos a nosotros, a Nicholas y a tres de las damas. Hemos pasado totalmente por alto a la tercera.

—Pero..., ¿tú crees? ¡Jonathan, por el amor del cielo!...

—No podemos hacer nada. Es una cuestión teórica. ¿Está listo? Vamos.

Se detuvieron al lado de la puerta de Hart. La automática de William se hundía pesadamente en el bolsillo del esmoquin de Mandrake. Sujetaba la pistola de Nicholas qn la mano derecha. Su corazón latía inquieto y pensó: «Esto no es lo mío. Lo odio.» Al dar la vuelta Jonathan a la manija del picaporte, ésta chasqueó. «Si está cerrada, pensó Mandrake, ¿la echaremos abajo o qué haremos?»

No estaba cerrada. Jonathan abrió la puerta empujándola silenciosamente, se metió dentro y encendió la luz. La habitación estaba ordenada y algo cargada. Los pantalones del doctor Hart estaban colgados en el respaldo de una silla; la ropa interior, doblada sobre el asiento; los zapatos, bien colocados en el suelo. Estos detalles le vinieron a Mandrake a los ojos antes de que viera la cama, que contenía al propio doctor Hart.

II

Estaba evidentemente dormido. Yacía sobre su espalda, con la boca abierta, la cara con zonas rojas, los ojos no del todo cerrados. El blanco se vislumbraba un poco por entre los párpados, lo que le daba un aspecto tan horrible que durante una fracción de segundo los nervios de Mandrake le llevaron a una conclusión, prontamente disipada por el sonido de una respiración estertorosa.

Jonathan cerró la puerta. Él y Mandrake se miraron y luego, siguiendo un mismo impulso, se aproximaron más al dormido cirujano plástico. Mandrake se notaba muy poco dispuesto a despertar a Hart; aborrecía profundamente la escena que debía seguir al despertarle. Su imaginación le formó un cuadro de protestas aterrorizadas, o, aún peor, un derrumbe completo y una confesión. Se sentía incapaz de mirar a Hart; sus ojos vagaron de Jonathan a la mesita de la cabecera, donde un bote de farmacéutico, lleno hasta la mitad de un polvo blanco y cristalino y un vaso usado, manchado de sedimento blanco, les llamaron la atención. «¿Veronal?», se preguntó Mandrake, que lo había usado en una ocasión, «si lo es, no sabía que le hiciera parecer a uno tan repugnante. Debe haberse tomado una fuerte dosis».

Tan sólo cuando Jonathan intentó despertarle se hizo evidente la fuerza de la dosis que el doctor Hart había tomado.

En otras circunstancias, la figura de Jonathan habría resultado cómica. Al principio, con la pistola siempre apuntando al dormido doctor, le llamó por su nombre. No hubo reacción y Jonathan repitió el esfuerzo, alzando finalmente su voz a un falsete cascado:

—¡Hart! ¡Doctor Hart! ¡Despierte!

Hart se removió, soltó un sonido grosero y se puso a roncar otra

vez. Con una exclamación ininteligible Jonathan se metió la pistola en el bolsillo y avanzó hacia la cama.

—Cuidado —dijo Mandrake—, puede estar fingiendo.

—¡Tonterías! —repuso secamente. Sacudió a Hart por el hombro —. Nunca oí nada parecido —dijo Jonathan, furioso—. ¡Doctor Hart, despierte! ¡Despierte!

—¿Eeeh? *Was haben Sie*… —sus ojos saltones se abrieron y miraron a los de Jonathan. La voz se fue debilitando; en los ojos apareció el fastidio y se cerraron de nuevo. Siguió una escena un poco ridícula: Jonathan regañaba y sacudía a Hart; éste farfullaba y se desvanecía en un sueño profundo. Por último, Jonathan, la cara sonrosada por la irritación, empapó una toalla en el jarro de agua con la que golpeo al doctor Hart en las mejillas. Eso bastó. Hart se estremeció y sacudió la cabeza. Cuando volvió a hablar, su voz era normal.

—Bien —dijo el doctor Hart—, en el nombre del cielo, ¿qué es esto? ¿Qué pasa ahora? ¡No puedo ni siquiera dormir! ¿Qué pasa ahora?

Giró la cabeza y vio a Mandrake.

—¿Qué hace con esa cosa en la mano —inquirió—. No me apunte. Es un arma de fuego. ¿Qué ha ocurrido? —Mandrake se removía incómodo con la automática. Dobló los dedos del pie derecho intentando evitar aquel condenado clavo. Hart se frotó el dorso de la mano contra la boca y sacudió la cabeza con fuerza.

—Estamos armados porque hemos venido a hablar con un asesino —dijo Jonathan.

Hart lanzó un sonido de exasperación:

—Señor Royal —dijo—, ¿cuántas veces tengo que explicar que no sé nada de eso? ¿He de ser despertado cada cierto intervalo durante la noche para decirle que me estaba bañando?

—¡Otra vez! —exclamó Mandrake.

—¿Otra vez? ¡otra vez! —gritó Hart—. No sé lo que quiere decir con «otra vez». Me estaba bañando cuando lo hicieron. No sé nada. Ayer no dormí durante toda la noche. He estado sufriendo de insomnio durante semanas y esta noche he tomado un somnífero. Si no duermo, me volveré loco, Déjeme solo.

—Allí abajo está el cuerpo de un hombre asesinado, doctor Hart —dijo Mandrake—. Creo que debía permanecer despierto un ratito más para responder de él.

Hart se sentó sobre la cama. La chaqueta de su pijama estaba desabotonada. La lisa blancura del torso le produjo a Mandrake una impresión singularmente desagradable. Hart estaba ya totalmente despierto, en guardia y muy atento.

—¿Asesinado? —repitió, y, con asombro de Mandrake, sonrió—.

Ya veo. O sea que, al final, lo ha hecho. No creí que llegara tan lejos.

—¿De qué demonios está hablando? —inquirió Jonathan.

—¿Dice que le han matado? En ese caso, estoy hablando de su hermano. Adiviné que el hermano montó esa trampa. Como dicen ustedes, una trampa en la puerta, ¿no es cierto? Se traicionó cuando les recordó bromas que gastaban de niños. Era obvio que la dama aún amaba al primero que había elegido. Era atractivo para las mujeres —se detuvo y se frotó de nuevo los labios. Ni a Jonathan ni a Mandrake se les ocurría nada que decir—. ¿Cómo lo hicieron? —preguntó Hart.

De repente, Jonathan empezó a tartamudear. Mandrake vio que la furia le había puesto fuera de sí. Intervino en voz alta antes de que Jonathan hubiera articulado una frase coherente.

—Espera un momento, Jonathan —Mandrake se acercó cojeando a la cama—. Le mataron golpeándole con una maza de piedra que estaba colgada, junto con otras armas, en la pared del salón de fumar. Estaba inclinado sobre la radio. Su asesino debe de haberse aproximado por la espalda. No, Jonathan, un momento, por favor. Un poco antes de que le mataran, doctor Hart, estábamos todos en la biblioteca y le oímos encender la radio. Recordará que el salón de fumar está entre la biblioteca y la salita verde en la que usted se encontraba solo. Recordará que se comunica con ambas habitaciones y con el vestíbulo. A excepción del señor Royal, que no entró en ninguna de las otras dos habitaciones, ninguno de nosotros dejó la habitación después de que oyéramos la radio y hasta que Lady Hersey entró y le encontró allí, asesinado.

Los desiguales parches rojos en las mejillas del doctor Hart quedaron borrados por una palidez extrema y uniforme.

—Esto es infame —susurró—. Está sugiriendo que yo… yo le maté. —Con un movimiento de la mano Mandrake previno una nueva explosión de Jonathan.

—No pude hacerlo —dijo Hart—. La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Cómo lo sabe?

—Probé después de que usted se fuera. Había vuelto a conectar esa cosa intolerable. No pude soportarlo. Admito… admito que lo intenté. Cuando la hallé cerrada, me… me controlé. Decidí abandonar esa cámara de tortura. Subí aquí y me fui a la cama. Le digo que estaba cerrada con llave.

—La puerta que da a la habitación de fumar desde el vestíbulo no tenía echada la llave.

—Yo no lo hice. Tiene que haber alguna prueba. El hermano, eso es. El hermano le odiaba tanto como yo. Es un caso patológico. Soy médico y lo he visto. Le había robado el amor de la madre y la chica aún lo adoraba.

—Doctor Hart —dijo Mandrake—, no es Nicholas Compline el que está muerto, sino su hermano, William.

En el silencio que siguió, Mandrake oyó abrir y cerrar una puerta a alguna distancia, en el pasillo. Oyó voces, unas pisadas, alguien que tosía.

—William —repitió Hart, las manos moviéndose por el pecho, revolviendo la chaqueta del pijama—. ¿William Compline? No puede ser William. No puede.

III

Después de aquello no tuvieron muchos problemas con el doctor Hart. Al principio arecía estar aturdido y (la palabra se metió en los pensamientos de Mandrake sin ser invitada) asqueado. Mandrake se sentía incapaz de determinar si Hart estaba actuando, si su aspecto confundido y su negativa a alarmarse eran falsos o sinceros. Parecía a la vez menos invadido por el pánico y más desesperado de lo que estaba cuando creía (o simulaba creer) que la víctima era Nicholas. Parecía así mismo estar hondamente sorprendido. Sin embargo, tras unos pocos minutos, se recuperó y pareció considerar su propia posición. Les dio una relación bastante clara de sus movimientos desde que Mandrake le dejara solo en la salita verde hasta que se durmió. Dijo que le había llevado algunos minutos el recobrarse de la crisis habida en presencia de Mandrake. El ruido de alguien que probaba la radio, no alto, sino furtivo, le hizo reaccionar por completo. Aquellos ruidos eran tan intolerables para sus nervios a flor de piel como los trompetazos desafiantes que los precedieron. Debieron afectar a Hart, pensó Mandrake, casi de la misma manera en que el hurgar silenciosamente en las cajas de bombones durante la representación le afectaba a él. Los ruidos intermitentes continuaron, fragmentos de francés y de alemán, pedazos de canciones, las explosiones apagadas de parásitos. Se imaginó a Nicholas Compline haciendo girar el mando y sonriendo para sí con ironía. Al final, el doctor, enloquecido se había lanzado contra la puerta de comunicación y la había hallado cerrada con llave. Pareció sugerir que no había pretendido más que protestar ante Nicholas, desenchufar la radio y dejar la habitación. Sin embargo, la puerta cerrada le contuvo. Se limitó a gritarle a Nicholas una maldición final y, después de uno o dos minutos, decidió huir del tormento. Apagó las luces de la salita y subió. Al cruzar el vestíbulo hasta el pie de la escalera pasó frente al nuevo lacayo, con la bandeja de vasos. Dijo que el hombre le vio salir de la sala y que estaba en!a mitad del primer tramo cuando aquél regresó del cuarto de fumar y estuvo deambulando por el vestíbulo, cerrando a casa con llave cuando Hart alcanzó el rellano a mitad de

las escaleras y siguió subiendo por el tramo de la izquierda.

—Él les dirá —dijo Hart— que yo no entré en el salón de fumar.

—Hubiera sido muy fácil para usted terminar su trabajo en el salón de fumar antes de que el hombre llegara —dijo Jonathan, fríamente—. Pudo regresar al tocador y salir cuando oyó al sirviente cruzar la sala.

Mandrake, con un esfuerzo realmente supremo de autocontrol, se mordió la lengua. Deseaba con toda el alma gritar: «¡No! ¿No lo ves? ¿No lo ves?» Sabía que Jonathan estaba equivocado, que había perdido el rastro por completo. Le maravillaba la ceguera de Jonathan. Sin embargo, no dijo nada, pues tenía la seguridad de que en algún lugar, fuera de su alcance, se hallaba la réplica a la afirmación de Hart. Pensó que era mejor esperar a tener esa réplica.

—¿Dice que el cráneo está fracturado? —la voz de Hart, más sosegada de lo que había estado nunca desde su última entrevista, animó a Mandrake a escuchar—. Muy bien, pues. Debe cerrar la habitación con llave. No se debe tocar el arma. Las huellas dactilares del asesino podrían estar allí. La puerta que da al vestíbulo debe ser examinada por la Policía. Hay que encontrar un médico. Naturalmente, yo no puedo intervenir en este asunto. Mi propia posición...

—¡Usted! —prorrumpió Jonathan— ¡Por el amor del cielo, señor...!

Mandrake volvió a interrumpir:

—Doctor Hart, suponiendo que el resto del grupo estuviera de acuerdo, ¿estaría dispuesto a mirar el cuerpo de William Compline en presencia de testigos?

—Desde luego —dijo Hart en seguida—. Lo haré si lo desea, aunque no puede servir para nada. A la vista de sus ridículas acusaciones, no voy a perjudicarme realizando un examen, pero estoy absolutamente dispuesto a mirar. Pero repito que debe conseguir de inmediato un médico y comunicarse con la Policía.

—¿Ha olvidado que estamos aislados? —Repitiendo la frase que había aprendido a temer, Mandrake añadió—: Está nevando con más fuerza que nunca.

—Esto es desagradabilísimo —dijo Hart con gazmoñería.

Jonathan, sin poder contenerse, estalló en una sarta de insultos. Nunca hasta ese día le había visto Mandrake fuera de sus casillas, y resultó una experiencia extraña y desagradable el oír cómo su voz se volvía chillona e ininteligible: la cara escarlata y la pequeña boca que hacía pucheros y temblaba. Mandrake sorprendió tras aquellas gafas ciegas vislumbres desfigurados de los congestionados globos oculares. Sin rastro de su acostumbrada precisión, lanzó un torrente de acusaciones.

—En mi hogar —repetía continuamente—, en mi casa... —Ordenó a Hart que admitiera su culpabilidad, predijo lo que le ocurriría. De un tirón, le recordó la belleza arruinada de la señora Compline, sus amenazas contra Nicholas y el chapuzón de Mandrake. Este arranque tuvo el curioso efecto de serenar a Hart. Era como si aquella casa sólo pudiese albergar un cuarentón histérico cada vez. Por último, Jonathan se derrumbó en una silla, sacó el pañuelo, vio en él una mancha oscura y lo arrojó lejos con singular violencia. Miró a Mandrake y puede que viera asombro y disgusto en su cara, pues cuando volvió a hablar había en él algo de sus antiguos modos.

—Debes perdonarme, Aubrey. Estoy terriblemente trastornado. Conocía a ese chico de toda la vida. Su madre es una de mis más antiguas amigas. Aubrey, te ruego que me digas qué debemos hacer.

—Creo —dijo Mandrake— que si el doctor Hart consiente en ello, deberíamos dejarle y echar la llave al salir.

—Y si no consintiera —dijo Hart—, lo harían de todas formas. Sólo les pediré una cosa. ¿Pueden arreglarlo para que alguien, quizá Lady Hersey, le explique a mi mujer mi actual dilema? Si lo permiten, me gustaría hablar con ella.

—¿Su mujer? ¡Su mujer!

—Sí, sí, Jonathan —dijo Mandrake—. Madame Lisse es Madame Hart. No podemos entretenernos ahora con ello. ¿Estás de acuerdo con estas peticiones?

Jonathan agitó las manos. Tomando esto como una afirmación, Mandrake se acercó a la mesita de noche y cogió el frasco de medicina:

—Creo que me haré cargo de esto —dijo—. ¿Es veronal?

—Me opongo vehementemente, señor Mandrake.

—Suponía que lo haría. ¿Vienes, Jonathan?

Se metió el frasco en el bolsillo y se adelantó hasta la puerta. Se apartó a un lado, permitiendo que Jonathan saliera antes que él. Quitó la llave de la puerta. Lo último que vio antes de cerrar la puerta fue al doctor Hart, con las manos en el pecho y siguiéndole con la mirada. Dio unos pasos atrás desde el umbral, tiró de la puerta y la cerró.

—Jonathan —dijo—, hay algo en lo que hemos tenido una coladura tremenda. Busquemos a Nicholas. Tenemos que hablar.

IV

Nicholas, con una expresión que le recordó a Mandrake un potro nervioso, estaba al final del pasillo, a la puerta de su madre.

—Bien —susurró—, por el amor de Dios, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Qué es lo que va mal?

—Nada, por el momento —dijo Mandrake.

—Pero oí gritar a Jonathan. ¿Es que Hart está en su habitación? ¿Por qué le han dejado?

—Está encerrado. Venga abajo, Compline. Tenemos que hablar.

—Estoy mortalmente cansado —dijo Nicholas de pronto. Y de hecho, parecía agotado—. Fue bastante horrible el contárselo a mamá, ¿sabe?

—¿Cómo está? —preguntó Jonathan, tomando a Nicholas del brazo. Se dirigieron a las escaleras.

—Hersey está con ella. Si he de ser del todo sincero, está absolutamente desquiciada. Se le ha metido en la cabeza que la causa de todo es, ya sabes, lo que le hizo en la cara. Piensa que es por lo que Bill contó sobre el asunto. No pude hacer demasiado. Por supuesto, está... ¡Dios mío!, es algo asqueroso decir eso, pero ya sabes cómo están las cosas... ella está... de alguna manera... contenta de que no sea yo. Como puede que imagines, me hace sentirme como un redomado canalla. Es mejor que le diga a Hersey que puede salir con tranquilidad cuando quiera.

Introdujo la cabeza dentro del cuarto de su madre y dio este mensaje. Bajaron a la biblioteca. Chloris estaba sentada en la silla, muy tiesa, con las manos apretadas contra el regazo.

—¿Todo bien? —preguntó Mandrake.

—¿Yo? Sí, todo bien. Me alegro de verte otra vez. ¿Qué ha pasado?

Jonathan hizo una relación de la entrevista para Chloris y Nicholas. Fue un relato fiel hasta llegar a la historia de Hart. Entonces pareció que la indignación le dominaba; dejó a un lado por completo las afirmaciones de Hart y habló excitadamente de absurdas evasivas, coartadas inventadas y audacia intolerable. Al ver que Chloris y Nicholas se inquietaban y confundían cada vez más, Mandrake esperó a que Jonathan hubiera vaciado sus reservas de frases e intervino entonces dando una relación exhaustiva de los movimientos de Hart según él mismo.

—Un monstruoso cúmulo de mentiras —resopló Jonathan.

—No creo, Jonathan, que podamos rechazarlas por completo. Concedo que ninguno de nosotros duda de su culpabilidad, pero no va a ser fácil, me temo, el obviar este asunto de su encuentro con el lacayo... suponiendo, claro está, que el hombre confirme la historia de Hart. Por supuesto que tiene que haber una explicación, pero...

—Mi buen Aubrey —exclamó Jonathan—, por supuesto que hay una explicación. Cuando se encontró con Thomas... ese es el nombre del sujeto, Thomas... todo había terminado. Ahí tienes tu explicación.

—Sí, pero no lo es, ¿sabes? Porque fue después de que Thomas entrara con las bebidas cuando oímos a William encender la radio.

Hubo un silencio más bien glacial, roto por Jonathan.

—Entonces él bajó las escaleras y se coló en el salón de fumar.

—Pero dice que Thomas se quedó en el vestíbulo.

—Dice, dice. La respuesta es que esperó en la penumbra de la escalera hasta que Thomas salió del vestíbulo.

—¿Recuerdan —preguntó Mandrake a los otros dos— la sucesión de los acontecimientos? Usted, Compline, vino del salón de fumar. ¿Dónde dejó a su hermano?

—Estaba al otro lado, junto al fuego, creo. No le apetecía hablar mucho, pero recuerdo que dijo que lo llevara el diablo si Hart le impedía oír las noticias. No era aún la hora. Había oído a Hart apagar la luz de la salita y dije que evidentemente se había ido, de manera que no había problema. Yo no quería oír las malditas noticias y le había dicho a usted que cerraría el pico, o sea que me fui.

—Exactamente. Por lo que recuerdo, usted entró y cerró la puerta. Más tarde, cuando la abrió y le preguntó por las noticias, ¿pudo verle?

—No, el biombo le ocultaba. Pero gruñó algo y le oí cruzar la habitación.

—Muy bien. Y un momento después encendió la radio.

—Sostengo —dijo Jonathan— que fue Hart al que oímos allí dentro. Hart le había asesinado y cuando oyó a Nick pedir las noticias, encendió el aparato y salió de la habitación.

—Para entonces, Hart, según él mismo, se había encontrado a Thomas que venía con la bandeja, había subido un trecho de las escaleras y había visto a Thomas regresar al vestíbulo. Después de que el lacayo se marchara, fue cosa de uno o dos minutos el que Lady Hersey entrara en el salón de fumar. ¿Esto le da a Hart tiempo de regresar y hacer lo que... hizo?

—Pasó algo más de tiempo —dijo Jonathan—; las noticias llevaban varios minutos puestas cuando entró Hersey.

—Pero... —Chloris hizo un movimiento repentino.

—¿Sí? —dijo Mandrake.

—Supongo que no quiere decir nada, pero a una radio le lleva un rato calentarse.

—¿Pudo el doctor Hart haberla conectado después de que... después de que él... de que todo hubiera terminado, y haber salido luego aprisa del cuarto, de manera que sonara como si Bill la estuviera sintonizando? ¿Saben lo que quiero decir?

—¡Santo cielo! —dijo Nicholas— ¡Creo que ha dado en el clavo!

—No —dijo Mandrake, lentamente—. No, me temo que no. La radio estaba aún caliente. Sólo hacía unos minutos que la habían apagado. Incluso cuando están frías, no tardan, me parece, más de quince o veinte segundos. Para que esa idea funcionara, Hart tendría que haberla conectado antes de que Thomas viniera con las bebidas. Y

no oímos nada hasta después de que se fuera. Y lo que es más, deja un margen de tiempo aún más estrecho para el crimen en sí. Tuvo que llevarse a cabo después de que usted, Compline, dejara a su hermano y antes de que Thomas apareciera con los vasos. Recuerde que tuvo que salir de la salita por la puerta que da al vestíbulo, entrar en el salón de fumar por la puerta de éste que también da al vestíbulo, asir el arma, acercarse con sigilo (lo siento, pero tenemos que pensar en estas cosas, ¿no es cierto?), hacer lo que hizo, encender la radio, regresar a la salita, y volver a salir de ella a tiempo para que Thomas le viera.

—Lleva mucho más tiempo describir todas esas cosas que hacerlas —dijo Jonathan.

—No —intervino Chloris—. Creo que Aubrey tiene razón, señor Royal. No parece encajar.

—Mi querida niña, no puede asegurarlo en modo alguno.

—¿Tú qué opinas, Nicholas? —Era la primera vez que Chloris le hablaba a Nicholas. Este sacudió la cabeza y se apretó los ojos con las palmas de las manos.

—Lo siento —dijo—, no me encuentro bien. Estoy casi muerto.

Mandrake reprimió un sentimiento de irritación. Le estomagaba tanto Nicholas cuando estaba apenado como cuando estaba en plena forma. Se dio cuenta de que su impaciencia era poco amable, y su sentimiento increíblemente injusto. Nicholas estaba trastornado. Estaba blanco y turbado y habría sido extraño que aquello no le afectara así. Se dio cuenta con consternación de que su comportamiento de enojo no surgía de la actitud dé Nicholas, sino de la mirada compasiva que Chloris le había lanzado. «¡Santo cielo!», pensó Mandrake, «¿qué clase de tipo soy?». Para dar cumplida satisfacción a su conciencia, se unió a Jonathan y Chloris que instaban a Nicholas a que se fuera a la cama. Hersey Amblington entró.

—Tu madre está algo más tranquila, Nick —dijo—, pero me temo que no es probable que se duerma. Jonathan, ¿tienes aspirinas en la casa? Yo estoy sin ellas.

—No... realmente, no lo sé. Nunca las empleo. Puedo preguntar a los criados. A no ser que alguno...

Nadie tenía aspirinas. Mandrake recordó el veronal del doctor Hart y tanteó en el bolsillo.

—Aquí está esto —dijo—. Hart se había tomado más de lo que le convenía y yo se lo retiré. Tiene la dosis a administrar en la etiqueta. Es un preparado de veronal y, evidentemente, una muestra de las existencias del fabricante. El tipo de cosas que mandan a los médicos. ¿Servirá?

—No puede hacerle daño, ¿no es cierto? Podría intentar echar un sueñecito. En cualquier caso, ya veré.

Hersey salió y regresó pocos minutos después para decir que le había dado a la señora Compline la mitad de la cantidad prescrita. Nicholas se ofreció a subir junto a su madre. Hersey dijo que pensaba que era mejor no molestarla.

—Cerró con llave cuando me fui —dijo Hersey—. Está totalmente segura y espero que se duerma pronto.

Hersey pidió una relación de la entrevista con Hart y Mandrake se la dio. Escuchó en silencio la historia de Thomas y del encuentro en el vestíbulo.

—¿Qué hay de la Pirata? —preguntó de repente— ¿Está disfrutando de un sueñecito antes de medianoche bajo una buena masa de su propio alimento para la piel o sabe lo que ha pasado?

—Si te refieres a Madame Lisse —dijo Nicholas, adoptando de nuevo su anterior aire mohíno—, se lo he dicho. Está terriblemente trastornada.

—Oh, es una pena.

—Es la mujer de Hart —dijo Mandrake, aburrido—. ¿No se lo habíamos contado?

—*¿Qué?*

—No me pregunte por qué era un secreto. Tiene algo que ver con lo de arreglar caras. Está todo demasiado fantásticamente mezclado. ¿Por casualidad lo sabía usted, Compline?

—No lo sabía. No lo creo —dijo Nicholas, apagadamente.

Nada, pensó Mandrake, podría haber revelado más claramente su conmoción por la muerte de William que la fabulosa apatía con que recibió estas noticias. Las comentaron con poco entusiasmo y pronto volvieron al primer tema.

—Lo que no puedo entender —dijo Chloris— es por lo que lo hizo. Ya sé que Bill había hablado locamente de desenmascararlo, pero después de todo nosotros también sabíamos del asunto de Viena. No podía esperar hacernos callar de miedo.

—Creo que está loco —dijo Nicholas—. Simplemente, creo que fue un último arranque de rabia por causa de la radio lo que le hizo perder las riendas. Probablemente entraría en la habitación con la idea de chillarle a Bill como me había chillado antes a mí y supongo que tuvo una especie de ataque de histeria, agarró el arma más a mano y… —Contuvo el aliento en una especie de sollozo, y, por primera vez, Mandrake se sintió auténticamente apenado por él—. Esto es lo que pienso y podéis imaginaros cómo se siente uno. Deliberadamente le espoleé con la radio. Usted me oyó, Mandrake —pasó la mirada por los que le escuchaban—. ¿Cómo podía saberlo? Supongo que fue tonto el hacerlo, que fue asqueroso, si lo prefiere así, pero él se había portado como un completo canalla con sus amenazas y sus trampas en las puertas. Él era el que iba a por mí, ¿no es verdad?

¿Cómo podría saber que se lo haría pagar al viejo Bill? ¿Cómo podía saberlo?

—No, Nick —dijo Hersey—. No podías saberlo.

—No tiene por qué culparse —intervino Mandrake—. No lo han entendido. ¿Acaso ninguno lo ve? Entró por la puerta del vestíbulo. William estaba sentado de espaldas a la puerta, inclinado sobre la radio. Desde allí sólo podía verle la espalda de la guerrera y la nuca. Unos minutos antes, Compline, le había oído decirle que iba a usar la radio si quería. Unos segundos más tarde, Hart y yo le oímos decir: «Oh, de acuerdo, Bill; vete a la cama.» Cuando entró en la habitación había un hombre de uniforme inclinado sobre los mandos. La única luz de la habitación la producía la chimenea del otro lado. ¿No lo entienden? Cuando golpeó a William Compline, creyó que estaba atacando a su hermano.

V

—Aubrey, mi buen amigo —dijo Jonathan—, creo que tienes razón. Estoy seguro de que es así. Es absolutamente genial; un razonamiento admirable.

—Aunque no nos resuelve las dificultades —dijo Mandrake—. Ha sido demasiado listo para nosotros. Tendrás que hablar con ese hombre, Jonathan. Si vio a Hart subir por las escaleras y se quedó en la sala algún tiempo, Hart tiene una coartada que nos va a costar un trabajo infernal deshacer. ¿Qué hora es?

—Las once y cinco —dijo Chloris.

—Aún no se habrán acostado, ¿verdad? Será mejor que envíes a por él, Jo —dijo Hersey.

Jonathan se removió y emitió un sonido de duda.

—Mi querido Jo, alguna vez tendrás que contárselo a los sirvientes.

—Iré a hablarles en el salón de la servidumbre.

—Yo no lo haría —dijo Hersey—. Yo tocaría el timbre y les haría venir aquí. Creo que deberíamos estar juntos cuando hables con Thomas. Después de todo, supongo que si no podemos romper la coartada de Hart, todos seremos sospechosos.

—Amiga mía, eso es absolutamente absurdo. Recuerda que estábamos todos untos en esta habitación cuando William sintonizó el boletín de guerra. O, lo que creo más probable, cuando Hart lo sintonizó.

—No —dijo Mandrake—. Hemos probado que eso no concuerda. Jonathan, tú saliste al vestíbulo cuando comenzaron las noticias. ¿Estaba allí Thomas entonces?

—¡No! —gritó Jonathan, furioso—, por supuesto que no. El

vestíbulo estaba vacío y no había luz en la salita. Crucé el vestíbulo y entré en el guardarropa del piso de abajo. Cuando volví, aún estaba vacío.

—Entonces, puede que esta historia sobre Thomas…

—¡Por el amor de Dios —exclamó Hersey—, preguntemos a Thomas!

Tras poner un buen montón de pegas, Jonathan pulsó por fin el timbre. Contestó Caper, el cual acogió las noticias acerca de una muerte repentina y homicidio con un aplomo que Mandrake había imaginado estaba sólo a disposición de los sirvientes domésticos en comedias algo anticuadas. Caper dijo: «¿De verdad, señor?» cinco o seis veces con entonaciones sutilmente variadas. Luego fue a buscar a Thomas, quien apareció un rato después con el aspecto de alguien que se ha embutido apresuradamente en su chaqueta. Era un joven pálido con ondas húmedas en el cabello. Evidentemente, Caper le había informado de antemano, pues era incapaz de ocultar cierto aire de avidez. Respondió a las preguntas de Jonathan pronta y sensatamente. Sí, se había encontrado con el doctor Hart cuando salió de la salita mientras Thomas entraba por la parte posterior del vestíbulo desde el pasillo. Estaba absolutamente seguro de que se trataba de la salita. Se dio cuenta de que las luces estaban apagadas. Notó una luz que venía por debajo de la puerta del salón de fumar. Antes de que Thomas entrara en la biblioteca, el doctor Hart había llegado a las escaleras y accionado el interruptor que enciende las lámparas que las iluminan. Cuando Thomas salió de la biblioteca, el doctor Hart había alcanzado el tramo de las habitaciones de los visitantes. Thomas se quedó en el vestíbulo. Echó la llave a la puerta principal, avivó el fuego y limpió las mesas. Respondió a una pregunta de Mandrake, dijo que oyó música de la radio del salón de fumar.

—¿Qué clase de música? —preguntó Mandrake.

—¿Perdón, señor?

—¿Reconoció la música?

—«*Boomps-a-daisy*», señor —dijo Thomas con aire de infelicidad.

—Bien, siga, siga —insistió Jonathan—. Luego se fue, supongo.

—No, señor.

—¿Qué demonios hacía rondando por el vestíbulo? —preguntó Jonathan, que empezaba a sentirse tremendamente incómodo.

—Bien, señor; perdone, señor, yo… yo…

—¿Usted qué?

—Ejecuté los movimientos, señor. Manos, rodillas, siguiendo la música, señor. No sé por qué, se lo aseguro, señor. Simplemente, sentí ganas. Sólo fue un minuto o algo así, porque la música duró muy poco tiempo antes de que la apagaran.

—Dando cabrioladas por el vestíbulo como un conejo —dijo

Jonathan.

—Le aseguro que lo siento mucho, señor.

Por un momento, Jonathan pareció enfadarse extraordinariamente ante aquella confesión de vitalidad animal por parte de Thomas, pero, de repente, tuvo una de sus rápidas salidas y exclamó triunfalmente:

—¡Ajá! O sea, que estuvo bailando ¿Un ataque repentino de alegría de vivir? ¿Y por qué no? ¿Por qué no? Probablemente estaría absorto en ello, ¿eh? Supongo que le llevaría derecho al otro lado del vestíbulo. Debo confesar que el baile no me es muy conocido, pero imagino que será bastante movidito, ¿no?

—Sí, señor. Más bien movidito, señor.

—Más bien movidito —repitió Jonathan—. Justo. Estaría quizá tan absorto en él que no se daría cuenta de si alguien entraba en el vestíbulo, ¿eh?

—Perdone, señor, nadie entró en el vestíbulo. La música paró, comenzaron las noticias y yo volví a la sala de estar de la servidumbre, pero nadie entró en el vestíbulo mientras yo estuve allí.

—Pero, mi buen Thomas, le... le desafío a que me diga, le desafío a que me diga que no habría sido para cualquiera la cosa más fácil del mundo cruzar el vestíbulo sin llamar la atención mientras usted estaba dando palmas, golpecitos en las rodillas y todo eso. Vamos.

—Mire, Thomas —dijo Mandrake—. Díganoslo de este modo: alguien bajó las escaleras mientras usted estaba en el vestíbulo. Esta persona bajó las escaleras y entró en el salón de fumar. ¿No lo recuerda?

—Siento mucho contradecirle, señor —dijo Thomas, adquiriendo un vivo color de ciruela—, pero le aseguro que nadie hizo eso. No pudieron hacerlo; yo estaba cerca de la puerta del salón de fumar y de cara a las escaleras. Quiero decir, simplemente, yo «oí» la melodía, señor, y le doy mi palabra de que no sé por qué hice un par de veces lo de manos, rodillas y ¡arriba!; creo que porque era divertido.

—Thomas —dijo Mandrake—, supongo que si estuviera ante un tribunal y le pidieran que jurase sobre la Biblia que nadie estuvo en el vestíbulo desde el momento en que usted salió de la biblioteca hasta que regresó a sus propias habitaciones, ¿qué haría?

—Juraría, señor.

—No vamos a sacar nada si continuamos con esto, Aubrey —dijo Jonathan—. Gracias, Thomas.

—Gracias, señor —dijo el criado, y se retiró.

—Sólo hay una explicación —afirmó Nicholas—. Debe de haber vuelto después de que ese muchacho regresara a sus habitaciones.

—¿Por todo el camino escaleras abajo y a través del vestíbulo? —dijo Mandrake—. Supongo que es posible. En ese caso, evitó toparse

con Jonathan y lo hizo todo mientras se leía aquel breve boletín. Lo había terminado y salió disparado cuando lady Hersey entró en el salón de fumar y apagó la radio. Escapó por un pelo. —Se agachó y deslizó un dedo por dentro de su zapato—. ¡Maldición! ¿A alguien le molesta que me quite el zapato? Tengo un clavo pinchándome en el pie. —Se quitó el zapato. Percibió que todos dirigían la mirada hacia su pie sano y la apartaban rápidamente. Hurgó dentro del zapato—. Aquí está. Un clavo enorme, maldita sea.

—Pero si hay algo en la suela de tu zapato. ¡Mira! —dijo Chloris.

Mandrake le dio la vuelta al zapato:

—Es una chincheta.

—Hay una explicación —dijo Nicholas, con tono de auténtica desesperación en la voz.

—Dios santo, él está allí arriba, tumbado en la cama y riéndose de nosotros. De una manera u otra, lo hizo. Durante las noticias. Tiene que haber sido entonces. Cuando lo pienso, estoy seguro de que fue Bill quien hizo funcionar la radio. Sé que diréis que sería fácil para cualquiera gruñir y cruzar la habitación, pero, de algún modo, no puedo explicar el porqué, creo que era Bill, daba la impresión de ser Bill.

—¡Ssh! —dijo Hersey de pronto— ¡Escuchad!

La miraron. Tenía la mano levantada y la cabeza echada a un lado. Un tamborileo vago penetró en el profundo silencio que cayó sobre ellos. Las contraventanas de la biblioteca crujieron. Mientras escuchaban, la habitación se llenó de un ruido del exterior que los envolvía.

—Está empezando a llover —dijo Jonathan.

10. Viaje

I

Habían quedado agotados de discutir sobre la laguna en la historia de Hart. Habían dicho las mismas cosas una y otra vez. Ansiaban irse a la cama, mas una horrible laxitud los mantenía prisioneros en sus sillas. Continuamente le aconsejaban a Nicholas que se fuera a acostar, y éste continuamente decía que se iba. Hablaban en voz baja, contra el fondo indistinto del repiqueteo de la lluvia. Mandrake sentía como si fuese el propio William quien los retuviera allí; William, que, al otro lado de la puerta, sufría la afrenta de la muerte. No podía evitar pensar en aquella figura en la silla. ¿Y si el cuerpo de William se moviera con esos cambios imperceptibles? ¿Y si oyeran, por encima del murmurar de la lluvia, un golpe apagado en la habitación contigua? También a Nicholas debían haberle venido pensamientos semejantes.

—No puedo soportar el pensar en él... ¿no podemos...? ¿no podemos...?

Mandrake tuvo que volver a explicar que no podían mover a William.

—¿Crees —preguntó a Jonathan— que la lluvia hará que las carreteras estén transitables por la mañana? ¿Qué pasa con el teléfono? ¿Hay alguna posibilidad de que se reparen las líneas?

Había un teléfono en la biblioteca que habían probado de cuando en cuando, conocedores cada vez de que era inútil.

—Si existe alguna posibilidad de transitar por las carreteras— dijo Mandrake—, iré en coche a Chipping por la mañana.

—¿Usted? —dijo Nicholas.

—¿Por qué no? Mi pie zopo no me impide conducir un coche, ¿sabe? —Este era uno de sus discursos, nacidos de la deformación, con los que a veces se descolgaba y de los que siempre se arrepentía.

—No quise decir eso —dijo Nicholas—. Lo siento.

—¿Por qué no debería ir? —preguntó Mandrake, mirándoles de hito en hito—. Incluso aunque no podamos deshacer la coartada de Hart, supongo que ninguno de ustedes sospecha de mí. Después de todo, me tiraron a la piscina.

—Siempre me olvido de esa complicación —dijo Jonathan.

—Yo no —repuso Mandrake, acalorado.

—Ninguno de nosotros debe olvidarla —dijo Chloris—. Ahí comenzó todo. Si al menos hubieras continuado mirando por la ventana del pabellón, Nicholas.

—Lo sé, pero estaba a medio vestir y con un frío del diablo. Sólo vi que era Mandrake y respondí a su saludo. ¡Si al menos hubiese vuelto a mirar!

—No tengo la menor duda de lo que hubiera visto —replicó Mandrake—. Hubiera visto a ese infame hombrecillo venir en medio de una ráfaga de nieve por detrás del pabellón y le hubiera visto lanzarse contra mí en una especie de blocaje en plancha.

—Lo he embrollado todo —estalló Nicholas—. Todos lo están tratando con delicadeza, pero los hechos saltan a la vista, ¿no es verdad? Sé lo que piensan. Creen que si no hubiera provocado a Hart, esto no habría pasado nunca. Bien, déjenle que siga con ello, ¡por Dios! Ha fallado tres veces, ¿cierto? Que dispare otra vez sobre mí. No me esconderé.

—Nicholas, querido, no presumas. ¿Acaso no vamos a manifestar nunca nuestro disgusto por alguien por miedo de que estalle y mate a un pariente próximo? No seas burro, viejo amigo. Ya que estamos siendo sinceros, digámoslo de esta manera: tú le contrariaste. No digo que apruebe tus tácticas y, como quizá hayas notado, no admiro tu elección. Pero, por piedad, no te hagas el devorado por los remordimientos con nosotros. Tienes que pensar en tu madre.

—Si hay que echarle la culpa a algún otro aparte de Hart —dijo Jonathan—, está claro que es a mí.

—Mira, Jo —intervino Hersey rotundamente—, no nos vengas tú con eso. Has sido un hombrecillo muy necio intentando arreglar la vida a otra gente en lugar suyo. Esto es lo que se consigue con ¿lio y no dudo de que para ti será una lección. Pero no sirve de nada poner esa cara. Tenemos que ser prácticos. Hay un hombre encerrado en su habitación al que todos creemos un asesino, y como parece ser que no se nos da muy bien el acusarle, lo mejor que podemos hacer es aceptar la oferta del señor Mandrake y esperar que sea capaz de llegar a un teléfono por la mañana y traernos a la policía.

—Hersey, querida —dijo Jonathan, dirigiéndole una pequeña inclinación—, tienes toda la razón. Nicholas y yo debemos someternos a tu mandato. Si Aubrey puede y quiere ir, ¡qué demonios!, irá.

—Yo había pensado —dijo Mandrake— en intentar llegar hasta la rectoría en Winston St. Giles. Ya saben, hay un policía de primera clase que se aloja allí, y como le conozco...

—Roderyck Alleyn —exclamó Chloris—. ¡Claro que sí!

—Pensaba exponerle todo el asun.to. Se me había ocurrido escribir cuando subiera todo lo que pudiera recordar a partir del momento que llegué aquí. No sé cuáles son las reglas, pero si le enseño lo escrito a Alleyn, aunque no pueda hacer nada, al menos me aconsejará qué tengo que hacer.

—Creo, Aubrey, que deberíamos ver tus notas.

—Por supuesto, Jonathan. Espero que sean capaces de añadirles algo. Parece que cuando uno escribe las cosas, éstas encajan de alguna manera. Quizás él pueda ver una laguna aún más grande en la coartada de Hart al leer nuestras notas. Creo que deberíamos concentrarnos en el tiempo en el que Jonathan estuvo en el guardarropa del piso de abajo y en los momentos después de que Jonathan regresara y antes de que Lady Hersey entrara en el salón de fumar. Creo que hallaremos los huecos bien claros. Y si nosotros no, puede que Alleyn sí.

—Me temo que no estoy de acuerdo —dijo Chloris lentamente. Extendió la mano y tocó a Mandrake en el brazo—. No pienses que le estoy poniendo peros a tu idea. Es una magnífica sugerencia. Pero de alguna manera, y no te imaginas cómo odio decirlo, de alguna manera creo que no encontraremos una laguna suficientemente grande. No creo que la haya.

—No admito eso —dijo Jonathan en voz muy alta—. Hay mucho tiempo. Tiene que haberlo.

Se puso de pie y los demás se levantaron tras él. Por fin se iban a la cama. Arrastrando los pies y bostezando hondo, empezaron a moverse inseguros por la habitación. Los hombres tomaron una última copa. Se hicieron sugerencias inconexas. Nicholas, retomando un nerviosismo que contrastaba extrañamente con su anterior aire de heroico abatimiento, inició una discusión acerca de lo de dejar la puerta de Hart sin vigilancia. Hart podría intentar derribarla, dijo. Mandrake señaló que si mantenían cerradas sus propias puertas, no importaría mucho que lo hiciera. Él estaba prisionero en la casa de la misma forma que ellos.

—Y de cualquier manera —añadió Mandrake—, supongo que el numerito de echar una puerta abajo nos despertaría.

—A propósito, Compline, aquí tiene su automática —Mandrake no pudo de ninguna manera resistirse a añadir—. Puede que se sienta más cómodo teniéndola a la cabecera —Nicholas la tomó con absoluta mansedumbre.

—Bien —dijo con una vocecita afligida—. Más vale que me vaya a la cama, supongo —miró la puerta cerrada que daba al salón de fumar y Mandrake vio cómo se dilataban sus ojos algo saltones.

—Se ofreció a cambiar nuestras habitaciones. ¿No fue amable por su parte? Por si Hart intentaba algo durante la noche, ¿saben? Claro que no se lo hubiera permitido. Me alegro de que estuviéramos reunidos un rato. —Se miró las manos y luego miró a Jonathan vagamente—. Bueno, buenas noches.

—Subiremos contigo, Nick —dijo Hersey, entrelazando su brazo con el de él.

—¿De verdad? Gracias, Hersey.

—Por supuesto que sí —insistió Chloris—. Vámonos, Nick.

Jonathan y Mandrake les siguieron. Mientras cojeaba, mortalmente cansado, escaleras arriba, por última vez en aquel día funesto pensaba, y se odiaba a sí mismo por hacerlo: «Él quería ir entre las dos mujeres. Apuesto a que está agarrando a Chloris de la mano.» Jonathan dio las buenas noches en el rellano a mitad de camino, y se fue a su propia ala. Sólo entonces se le ocurrió a Mandrake que desde el estallido con Hart, Jonathan había estaño extrañamente tranquilo.

—Y no me extraña —pensó—. Digan lo que digan, si no hubiera organizado su estúpida fiesta...

Acompañaron a Nicholas a su habitación. Movido por una oscura mezcolanza de contrición y sincera compasión, Mandrake le dio la mano, para al instante arrepentirse de ello cuando Nicholas besó a las dos mujeres con lágrimas en los ojos y dijo con voz cascada:

—Benditas seáis. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Hersey en el pasillo, camino de su habitación.

—Buenas noches —le deseó Chloris a Mandrake, y luego, con tono desafiante: —Bueno, me da pena.

—Buenas noches —repuso Mandrake—. A mí también.

—Pareces cansado. Todos habíamos olvidado tu espantoso chapuzón. No te pondrás a hacer esas notas esta noche.

—Creo que sí. Ahora que aún está caliente, ya sabes.

—Bueno, no le des un enfoque surrealista o ninguno de nosotros seremos capaces de contradecirte. No debían haberte metido en todos esos líos. ¿Estás bien?

—Completamente bien —dijo Mandrake—, pero apruebo que sientas pena por mí. Chloris le dio un beso y él se fue a su habitación en un estado de asombrada satisfacción.

II

A la una dejó el bolígrafo y repasó las notas. Al final había escrito un resumen en el que procuraba ordenar los hechos destacados de las tres agresiones. Releyó dos veces el resumen.

»1. El episodio de la hoja de Charter de Hart. Fue él quien escribió el mensaje, ya que él sólo él entregó sus papeles a Nicholas. Las letras se asemejan a las de su carta de Jonathan. El episodio siguió a la riña que le armó a Nicholas tras la cena. N. B. Conseguir un relato de Jonathan sobre la riña, ya que fue el único testigo.

»2. El incidente de la piscina. Motivos aparte, Nicholas no me empujó, ya que me reconoció por la ventana y, de cualquier forma, sabía que llevaba la capa. Además, salvó mi vida al arrojarme el

pájaro inflable. William no lo hizo, ya que llegó más o menos al mismo tiempo que Nicholas y había bajado por los escalones de la terraza. Nicholas le vio llegar. Chloris no lo hizo porque no. Jonathan llegó después que Chloris y la alcanzó cuando ella casi estaba allí. Había visto a Hart salir por el sendero de la fachada. Hart llegó por un camino que sale de detrás del pabellón. Yo le estaba dando la espalda. Había visto a Nicholas llevar una capa que era gemela de la mía. Tenía la capucha echada. N. B.: ¿Quién era la mujer que salió de la casa y llegó hasta la terraza? (Huellas en la nieve) Podría haber visto al que me arrojó al agua. Si es así, ¿por qué no ha hablado? Sus huellas estaban cerca de las otras. Pies pequeños. ¿Podría haber bajado las escaleras pisando dentro de mis huellas? La ventana de Madame Lisse domina la terraza. Hart suele llevar capa.

»3. La trampa en la puerta. Hart es el único miembro del grupo que no tiene coartada. La coartada de Jonathan depende de mí. No puedo recordar el tiempo exacto que estuvo en el salón antes del estrépito, pero, de cualquier forma, ¿para qué querría Jonathan matar a Nicholas? Hart debe haber puesto la trampa.

»4. El asesinato. Releyendo estas notas, descubro que Madame Lisse, Lady Hersey y la señora Compline no tienen coartada. Madame Lisse y la señora Compline pudieron bajar por las escaleras y entrar en el salón de fumar a través de la salita. Pero si alguna de las dos lo hizo, ¿cómo se fue? Thomas se hallaba en el vestíbulo cuando William encendió la radio, y permaneció allí hasta la hora de las noticias. Supongo que la Lisse y la señora Compline podrían, de hecho, haberse escondido en la habitación y escabullido cuando Lady Hersey salió a avisar a Jonathan, pero parece más probable que se las pudieran haber arreglado para esquivar a Thomas y a Jonathan. La señora Compline está excluida. No hay motivo. Madame Lisse no tenía motivos para matar a Nicholas, de modo que, si lo hizo, es que reconoció a William, y entonces el motivo...

Al llegar a este punto, recordando que los demás leerían su resumen, Mandrake perdió los nervios y tachó las tres líneas siguientes y las palabras precedentes desde «No hay motivo» en adelante. Luego, siguió leyendo:

»Nicholas no lo hizo, pues algún tiempo después de que abandonara el salón de fumar, no conectó la radio. William, o posiblemente su asesino, tuvo que hacer eso. No le vimos, aunque la puerta estaba abierta. El biombo le escondía. Pero alguien cruzó la habitación y encendió la radio.

»Lady Hersey entró con la copa y, por supuesto, en teoría podía haber matado a William, para luego volver y llamar a Jonathan. No hay motivos.

»Hart salió del tocador. Thomas. que traía las bebidas, le vio.

Cuando Thomas reapareció algunos segundos después, Hart estaba en las escaleras. No tuvo tiempo de regresar y de matar a William en el ínterin. No retornó antes de las noticias, porque Thomas se quedó en el vestíbulo hasta entonces y William conectó «*Boomps-a-daisy*» antes de que Hart se hubiese ido. Si Hart mató a William, fue después de que Thomas abandonara el vestíbulo. ¿Pudo hacerlo en el tiempo disponible y evitar encontrarse con Jonathan?

»El mismo Jonathan abandonó la biblioteca después de comenzadas las noticias, y regresó antes de que Hersey entrara con las bebidas. Dice que cruzó el vestíbulo camino del guardarropa y de vuelta y no vio a nadie. ¿Pudo Hart haberle eludido? Es posible.

»Esta parece ser la única explicación.»

Aquí el resumen terminaba bruscamente. Mandrake permaneció sentado, muy quieto, durante quizá un minuto. Sacó su pitillera, la dejó sin abrirla y cogió de nuevo la pluma. Añadió cinco palabras al resumen: «¿Pudo Hart poner otra trampa?»

Al levantar la mano, vio que había dejado una manchita roja en el papel. Se había lavado las manos nada más subir, pero un espasmo de náusea sobresaltó su imaginación, recordando la estrella roja que había caído de la boca de William. Entonces recordó que al sacar la pitillera había sentido un pinchazo y, en efecto, tenía en la punta de su dedo corazón una pequeña gotita roja. Se palpó otra vez en el bolsillo y encontró la chincheta que había traspasado la suela de su zapato. La cabeza de esta chincheta estaba cruzada por una seca cresta blanca. Oyó la voz de William decir con seriedad en el salón: «Oleo muy espeso.»

Puso la chincheta en una caja de cerillas y la guardó en su maletín junto a la hoja de Charter que había conseguido de Jonathan.

Luego se fue a la cama.

III

Tardó algún tiempo en dormirse. En varias ocasiones estuvo en la zona fronteriza donde los pensamientos conscientes se mezclan fantásticamente con las imágenes del subconsciente. En esos momentos veía un «mere» maorí, como la espada de Damocles, colgado encima de su cabeza por un cabello clavado al techo con una vieja chincheta. «Puede que aguante» —decía William confusamente, pues tenía la boca llena de sangre— «Puede que aguante, sabe. Yo utilizó óleo muy espeso.» No podía moverse porque los pliegues de la capa tirolesa le envolvían los miembros. Un pájaro de goma, con un divino rictus de ironía, le hizo una inclinación con su pico escarlata.

«Está nevando más fuerte que nunca», dijo el pájaro, y en ese preciso momento, Hart cortó el cabello con un escalpelo. «¡Ya cae, por

Júpiter!», gritaron todos, pero Chloris le dio con la mejor intención una patada entre los omóplatos, y volvió a caer sobre la cama con una sacudida nauseabunda, y se despertó oyendo la lluvia que chocaba contra los cristales de la ventana.

Por último, sin embargo, concilio un verdadero sueño y fue uno de los primeros entre los siete huéspedes con vida que lo hizo. El doctor Hart fue el primerísimo. Mucho antes de que los demás subieran a la cama, la dosis de somnífero le había devuelto al doctor Hart al interrumpido olvido, y ahora tenía la boca abierta y la respiración honda y estertorosa.

Su mujer no fue tan afortunada. Oyó subir a todos; les oyó desearse las buenas noches y cómo las puertas se cerraban suavemente una tras otra; se imaginó las llaves, girando una tras otra con un clic, mientras atrancaban las puertas. Sentada erguida en su cama, con el fino camisón, escuchaba la lluvia y hacía planes para su propia seguridad.

También Hersey Amblington estaba desvelada. Dejó encendida su lámpara de cabecera. Se echó distraídamente en la cara «Alimento para la piel» de Hersey, con un pincel patentado de celuloide. Mientras lo hacía, se esforzaba como una loca por alejar de su pensamiento el recuerdo de aquella figura en el sillón, la cabeza rota como un huevo, el aparato de radio que chillaba «*Boomps-a-daisy*». Pensó en ella misma, veinte años atrás, temerosa de decirle al primo Jonathan que se casaría con él. Pensó en su competidora y se preguntó con completo cinismo si tras el arresto de Hart, Madame Lisse se iría con su comercio pirata a otro sitio. Por último, con la esperanza de crear un horror que le sirviera de tranquilizante, pensó en su propia edad. Pero la figura del sillón era persistente y Hersey tenía miedo de dormirse.

Chloris no sentía mucho miedo. Ella no había visto a William. Pero algunos descubrimientos que había hecho de sí misma la tenían en extremo confusa. El más turbador de éstos era el observar que ahora no sentía nada, excepto una piedad difusa por Nicholas, y una piedad aguda por William. Nunca había fingido ante sí misma estar locamente enamorada de William, pero había creído que le gustaba mucho. Nicholas sí la había tenido sujeta en las garras de una atracción irresistible, y de esta esclavitud se había desgajado con un apogeo de sufrimiento. Creía que Nicholas, al darse cuenta de que su hermano la cortejaba decididamente, se había propuesto desplazarle. Habiendo triunfado fácilmente en este plan, se había cansado de ella, y mientras tanto había conocido a Elise Lisse. Pensó en la carta con la que había roto su compromiso con Nicholas y, avergonzada, en el nuevo compromiso con el hermano; en cómo cada mirada, cada palabra que intercambiaban tenía para ella un sólo significado: su

efecto en Nicholas; recordó la repugnante satisfacción que había experimentado cuando Nicholas mostró su resentimiento, el júbilo que había sentido cuando de nuevo él comenzó a pavonearse ante ella. Y ahora todo había acabado. Tras llorar un poco de pena por William, había visto de una vez por todas a Nicholas como un sujeto estúpido y un tanto cobarde. Una frase acudió a sus pensamientos: «Se acabó con los Compline.»

Con el ánimo extraordinariamente aligerado, se permitió pensar en Aubrey Mandrake. «En el señor Stanley Footling», se corrigió. «Debe ser divertido. El pobre señor Stanley Footling poniéndose blanco como un papel y confiándome su secreto. No es divertido. No puedo contarlo como un buen chiste. Es enormemente conmovedor y a mí no me importa; sólo a él. ¿Mi conducta fue la adecuada?», se preguntó. Había subido a la habitación dispuesta a deshacer la coartada del doctor Hart, pero después de una hora, no había pensado ni una sola vez en el doctor.

Jonathan Royal se aplicó una bolsa de agua caliente al diafragma y escrutó la oscuridad delante de él.

Si alguien hubiera puesto sobre un papel los estratos superiores de su pensamiento, habría leído algo parecido a esto:

«Lo de Thomas es un fastidio infernal, pero tiene que haber alguna manera de soslayarlo. Veo que Aubrey va a ser puntilloso. Se siente inclinado a creer a Hart. ¡Al infierno con Thomas! Tiene que haber alguna manera. Alguna jugada genial, vamos. Mis pensamientos están girando en círculos. Debo concentrarme. ¿Qué escribirá Aubrey en sus notas? Tengo que leerlas con cuidado. Ese sujeto, Alleyn, ¿qué opinará de esto? ¡Qué demonios! Hay un motivo, dos intentos, nuestras coartadas. No puede sacar ninguna otra conclusión. ¡Al infierno con Thomas!»

Nicholas se removía y revolvía en la cama que su hermano se había ofrecido a ocupar. No estaba acostumbrado a pensar de manera sucesiva y ordenada y una procesión infinita de imágenes e ideas disociadas iba a la deriva por su cerebro. Se veía de niño, junto a William; veía a éste que volvía a la escuela al término de las vacaciones. Nicholas y su preceptor habían ido en coche a la estación. Allí estaba la cara de Bill, apretada contra la ventanilla mientras salía el tren. Oyó la voz adolescente de Bill cascarse en un cómico falsete: «A ella le gustaría que tú fueras a Penfelton y yo a cualquier otro sitio. Pero yo soy el mayor. Eso no puede cambiar. Madre nunca me lo perdonará.» Vio a Chloris la primera vez que vino a Penfelton, invitada por William con un grupo de amigos. «Madre, ¿invitarás a Chloris Wynne? Es mi chica, Nick. ¡Nada de robármela!». Finalmente, vio a Elisse Lisse y oyó su propia voz: «Nunca imaginé que pudiera ser así. Nunca lo imaginé.»

Sandra Compline dejó la pluma. Metió el papel en un sobre y escribió una sola palabra como dirección. Fuera, en el rellano, el reloj de pesas dio las dos. Se arrebujó más en su bata. El fuego estaba casi extinguido y sentía un frío cortante. Había llegado el momento de que se fuera a dormir. La ropa de la cama estaba revuelta. La alisó con cuidado y echó una mirada circular por la habitación, la cual era totalmente impersonal y estaba muy ordenada con la excepción de los vestidos que había usado durante el día. Temblando ligeramente mientras lo hacía, los dobló y los puso en su sitio. Sorprendió la imagen de su cara en el espejo y se detuvo ante él para retocarse el pelo. Obedeciendo a un impulso, se inclinó hacia adelante y observó la figura reflejada. Seguidamente fue a la mesilla de noche. Allí sus manos estuvieron ocupadas un rato. Por fin se metió en la cama y estiró la colcha. Luego alargó la mano hacia la mesita de noche.

IV

La tormenta que visitó Cloudyfold aquella noche fue una tormenta aislada. La nieve cubría como antes la mayor parte de Dorset, pero aquí, en las tierras altas, la lluvia la había perforado. Durante toda la noche las colinas y los árboles sufrieron una especie de cambio. En el interior de los bosques de Jonathan, las ramas, aligeradas del peso de la nieve, se habían lanzado bruscamente hacia arriba. Por debajo de almenas de nieve comenzaban a moverse corrientes de agua que provocaban secretos corrimientos verticales de masas blancas. Al disminuir la nieve, la tierra recobraba lentamente sus contornos naturales. Hacia el amanecer, empezaron a formarse marcados surcos, que eran senderos hundidos, en lugares donde antes había ligeras depresiones. En Deep Bottom el ruido del agua fluyendo se oía por debajo del de la lluvia.

Cuando por fin los huéspedes se durmieron, extraños ruidos vinieron a veces de los tejados y los aleros de la casa, en donde masas de nieve eran desalojadas y se deslizaban por canalones y huecos, a inquietar sus sueños. El sendero y la carretera que bajaban de Highfold al pueblo de Cloudyfold y luego subían a las colinas empezaron a hacerse viables. El chaparrón había sido tan fuerte que, al amanecer, el paisaje estaba salpicado de rayas grises y verdes parches. A las ocho, cuando Mandrake despertó, sus ventanas estaban cegadas por la lluvia tras la que se veían las copas de los árboles de hoja perenne, a los que la nieve ya no abrumaba con su peso.

Desayunó con Jonathan, el cual le contó que había visto ya a parte del personal de fuera de casa. El administrador había venido a lomos de caballo desde su casita de campo y había salido de nuevo a dar una vuelta de inspección. Jonathan le había contado la tragedia.

Se había ofrecido a cabalgar hasta Cloudyfold. Eso suponía veinte kilómetros a paso lento si es que conseguía abrirse camino.

—Si yo me quedo atascado —dijo Mandrake—, puede intentarlo. Si no vuelvo antes de tres horas es mejor que pruebe él. ¿Te dijo si el sendero estaba muy intransitable? —Al parecer, los Bewling habían bajado hasta la verja de entrada e informado de que el sendero estaba hecho «una completa porquería», pero creían que no intransitable. Se podía cruzar Cloudyfold a caballo, sin duda, pero en ningún caso en coche.

—¿Qué pasa con la carretera que va al pueblo? —preguntó Mandrake.

—Tengo entendido que está en mejor estado.

—Entonces, si atravesara Deep Bottom, ¿podría conducir hasta el pueblo de Cloudyfold y telefonear desde allí a la rectoría de Winton St. Giles?

—Puede que se hayan cortado las líneas entre el pueblo y Winton. Pasan por encima de las colinas. Creo que lo más probable es que estén interrumpidas. Hasta donde llegaron los Bewling no había ningún problema con mi propia línea.

—¿Puedo llegar a Winton St. Giles pasando por el pueblo?

—Me atrevería a decir, mi querido Aubrey, que eso es comparable al viaje de Chesterton a Birmingham pasando por Beachy Head. Veamos. Tendrías que tomar la carretera principal hacia el este, girar a la derecha en Pen-Gidding, bordear las colinas de Cloudyfold y... ¡pero sabe el cielo en qué estado se encontrarán esas carreteras! A partir de Pen-Gidding sólo hay puros caminos vecinales.

—Puedo intentarlo.

—No me gusta.

—Jonathan, ¿te agrada la idea de dejar el cuerpo de William Compline en tu salón de fumar mucho tiempo más?

—Mi querido amigo, no. Claro que no. Esto es horrible; una pesadilla. Nunca me recuperaré de este fin de semana. Nunca.

—¿Crees que uno de los hermanos Bewling podría acompañarme? Si me quedara atascado sería' útil tener a alguien: y si no, podría guiarme.

—Por supuesto, por supuesto. Si tienes que ir —Jonathan se animó un poco y empezó a hacer planes—, debes llevar un termo de coñac, muchacho. James Bewling irá contigo. Y cadenas. Necesitarás cadenas en las ruedas, ¿no es verdad?

—¿No habrá por casualidad un puesto de Policía en Cloudyfold?

—Dios Santo, no. Es una simple aldehuela. No; creo que el policía más próximo está en Chipping y eso está más allá de Winton St. Giles.

—De cualquier manera —insistió Mandrake—, creo que es mejor que vea primero a Alleyn. Espero que acepte hacerse cargo de todo

este asunto y volver conmigo, pero supongo que si sugiero tal cosa, me meteré en un embrollo ordenancista.

—Pobre de mí, supongo que tienes razón. Es difícil decidir cuál es la perspectiva más desagradable: la Policía de Chipping o ese terrorífico conocido tuyo.

—Es un sujeto agradable.

—Muy probablemente. Quizá sea mejor que mande llamar al bueno de James Bewling antes de que vuelva a aventurarse fuera.

Jonathan tocó el timbre. Respondió Thomas, incapaz de ocultar por completo un aire de emoción soterrada. Dijo que los Bewling estaban aún en la casa y uno o dos minutos después apareció James, muy preocupado por sus botas.

—Bien, James —dijo Jonathan—. El señor Mandrake y yo queremos sus consejos y auxilio. Séquese las piernas junto al fuego y olvídese de las botas. Escuche.

Expuso el proyecto de Mandrake. James escuchó con la boca algo abierta, los ojos clavados en algún objeto al otro extremo del cuarto y las cejas juntas formando un formidable ceño.

—Y bien, ¿lo cree posible? —preguntó Jonathan.

—¡Ah! —exclamó James—. La carretera es cosa de unos treinta kilómetros. Ya sabe, señor, con vueltas y revueltas. Estará bastante bien hasta llegar al pueblo y un trecho más abajo. En cuanto tuerce y sube, ya sabe lo que quiero decir, señor, será cuando nos meteremos en el barro y si no nos quedamos atascados, lo más probable es que nos metamos en un ventisquero.

—Entonces, James, ¿no lo cree posible?

—Con cadáveres quedándose rígidos en el edificio, señor, cualquier cosa es posible para un hombre desesperado animado por una idea poderosa.

—Es justamente lo que opino, Bewling —dijo Mandrake—. ¿Vendrá conmigo?

—Sí, señor; lo haré —repuso James—. ¿Cuándo partimos?

—Ahora, si le parece; lo antes posible —al decir estas palabras un gran deseo de acción invadió a Mandrake. Pronto volvería a ver a Chloris y pensaba en ese encuentro con una constante y vehemente ilusión, pero por el momento tenía que verse libre de Highfold por algún tiempo. Debía partir en medio de una lluvia torrencial con una difícil tarea. En la hora siguiente tendría que enfrentarse únicamente con malas carreteras y mal tiempo y no con las complejidades de la conducta humana. Su ansia de enfrentarse con ellos era algo tan ajeno a su forma habitual de pensar que él mismo se causaba una especie de asombro. «Sin embargo, no me gusta dejarla aquí. ¿Esperaré a que aparezca y le sugeriré que venga con nosotros? Quizá no le haría gracia venir. Quizá la he molestado con mis lúgubres confidencias.

Podría temer que me comportara con ella durante el camino como un perfecto Footling.» La idea de que Chloris le considerara poco educado y demasiado vehemente, un hombre que había que quitarse de encima antes de que se convirtiera en una molestia, empezó a horrorizarle. Subió con la determinación de no sucumbir a la tentación de pedir a Chloris que le acompañara. La encontró en el rellano superior y se lo pidió inmediatamente.

—Claro que iré —aceptó Chloris.

—Puede ser espantoso. Quizá sea un completo fracaso.

—Al menos, nos alejaremos de todo esto. Estaré lista en menos de cinco minutos.

—Tendrás que ponerte abrigo sobre abrigo —gritó Mandrake—. Iré a por el viejo James Bewling. Daremos la vuelta al coche hasta la puerta principal tan pronto como me consiga unas cadenas.

Se dirigió alegremente a su habitación, se puso un jersey extra, una bufanda y un impermeable. Asió el maletín que contenía sus notas, la chincheta y la hoja de Charter. Recordó de pronto que los otros tenían que repasar las notas antes de llevárselas a Alleyn. Bueno, si querían hacerlo, deberían haberse levantado más temprano. No podía estar esperando media mañana. Tendrían múltiples ocasiones de discutir su relato cuando regresara con Alleyn. Ahora, al coche.

Pero antes de salir se encontró con Jonathan y se animó a hacerle una petición. La idea de volver a entrar en el salón de fumar era horrible, pero se había prometido que lo haría. Casi esperaba que Jonathan se negara, pero no fue así.

—Definitivamente, no iré contigo; no me lo pidas. Aquí están las llaves. Puedes quedártelas. Sencillamente, no puedo acompañarte.

—No tocaré nada. Por favor, espérame junto a la puerta.

Estuvo tan sólo unos pocos minutos en aquel cuarto. Habían echado una sábana blanca sobre la silla y su contenido. Intentó no mirarla, pero se sentía débil cuando salió y dio a Jonathan un tranquilo adiós.

Salió por la puerta oeste y rodeó la parte trasera de la casa hasta los garajes. El universo entero parecía rebosante del ruido de la lluvia y el viento. Gran parte de la nieve que estaba en lugares descubiertos había desaparecido y por todas partes se veía horadada y como picada de viruelas. Colgaba con extrañas formas siempre cambiantes de los aleros de Highfold, ahusándose hasta convertirse en agua.

Ayudado por el manejo enérgico de su bastón, Mandrake llegó hasta el garaje donde encontró a James Bewling atareado con la ayuda de su hermano, en ajustar las cadenas a las ruedas. Le pareció a Madrake que lo hacían con increíble lentitud. Las cadenas eran improvisadas y uno de los juegos se salía constantemente. Finalmente, sin embargo, estuvieron listos y se prepararon para partir.

—Aguantarán, seguro que sí. Es una suerte que las tuviéramos —dijo James—. Me temo que las necesitaremos por allá arriba. Pues bien, señor, si le parece, creo que el coche ya está listo para empezar. Lo hemos llenado de gasolina y agua y hay sogas y sacos en la parte de atrás.

—Entonces, vamos —dijo Mandrake.

James se instaló en la parte de atrás. Mientras salían del garaje, su hermano voceaba:

—Si patina, acelere.

Condujo hasta la puerta principal, donde halló a Chloris. Tenía el cuello de su pesado abrigo levantado y un alegre pañuelo enrollado en torno a la cabeza, de manera que de su cara sólo se veía un triángulo. Un triángulo muy blanco cuyos ojos parecían estar aterrorizados. Tan pronto como vio el coche, bajó trastabillando los escalones e, inclinada contra el viento, corrió hasta la puerta del acompañante. Antes de que él pudiera abrirla ya estaba luchando con el tirador y un momento después se sentó con dificultad a su lado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mandrake.

—Es mejor que te lo cuente antes de partir, aunque dice Jonathan que tenemos que irnos de cualquier manera. Otro horror. La señora Compline ha intentado matarse.

V

Mandrake con las manos en el volante se volvió a mirarla. James Bewling se aclaró la garganta de forma estertorosa.

—Por favor, arranca —dijo Chloris. Sin una palabra, Mandrake metió la primera marcha. Con el golpeteo de las cadenas, la lluvia torrencial y el viento, y con el motor frío, cruzaron la amplia explanada y dieron la vuelta por el lado oeste de la casa.

—Ella misma lo hizo —dijo Chloris—. Una de las doncellas subió el desayuno y se encontró con que la puerta tenía echada la llave. El ama de llaves pensó que no se la debía molestar, pero la doncella había visto la luz de la lámpara por debajo de la puerta cuando le subió el té de la madrugada. De modo que se lo contaron al señor Royal. Parecía raro, ya sabes, que las lámparas estuvieron encendidas después de salir el sol. Al final decidieron llamar a la puerta. Fue justo después de que salieras. Llamaron y llamaron y ella no contestaba. Por entonces Nicholas se encontraba en un estado terrible. Insistió en que el señor Royal forzara la puerta. Había dejado una nota para él… para Nicholas. Parece que ha habido una escena espantosa, porque el señor Royal dijo que Nicholas debía entregar la nota a alguien. No quiere dejar que él la guardara, aunque él mismo no la ha leído. No sé qué había en la nota. Sólo Nick lo sabe. Ella está inconsciente. Creen que

se está muriendo.

—Pero… ¿cómo fue?

—Con el resto de aquella dosis para dormir y todas las aspirinas que tenía. Le había dicho a Lady Hersey que no tenía aspirinas. Supongo que quería obtener tantas como fuera posible. Nicholas te daría pena si pudieras verle ahora.

—Sí —dijo Mandrake sombríamente—. Sí, ahora Nicholas me da pena.

—Está hecho trizas. Se acabó el presumir para el pobre Nick —dijo Chloris con voz entrecortada—. No podía haber ninguna duda de que se trataba de un suicidio y estuvo de acuerdo en que debían pedirle al doctor Hart que la reconociera. ¿No es muy extraño? Todos están de acuerdo en que fue él quien asesinó a Bill y, sin embargo, allí le tenías, haciendo la respiración artificial y lanzando órdenes, y todos a su alrededor corriendo a obedecerlas. Creo que el mundo se ha vuelto loco a algo así. Me ha dado una lista de cosas que tenemos que comprar en la farmacia de Chipping. No está mucho más allá de Winton St. Giles. Si te parece, podría seguir con el coche mientras tú vas a ver al señor Alleyn. Y al forense. Hemos de intentar encontrarle. Pero lo más importante es volver lo más rápido que podamos.

—¿Cree Hart…?

—Estoy segura de que lo considera un caso muy desesperado. Yo no estaba en la habitación. Permanecerá junto a la puerta esperando órdenes. Le oí decir algo de sólo doscientos gramos de veronal. Le estaba escupiendo preguntas a Lady Hersey. ¿Cuánto le había dado? ¿Cómo se atrevió a dárselo? Si no fuera tan horrible, sería divertido. Ella misma está hecha una completa pena. Se siente responsable.

—Yo le quité esa cosa a Hart —dijo Mandrake—. ¡Ahí tienes un punto de ironía! Yo tenía miedo de que intentara algo contra sí mismo.

—No tienes por qué sentir tontos remordimientos —repuso Chloris rápidamente—. El doctor Hart dijo que la aspirina sola habría sido catastrófica. Se lo oí decir a Lady Hersey.

Habían llegado a los bosques que el sendero atravesaba entre empinados terraplenes. Aquí la superficie dejaba de estar cubierta de grava y se volvía suave, surcada por arroyuelos de agua y sembrada de ramas rotas y terrones de tierra desprendidos de los terraplenes. En un lugar hallaron un corrimiento de tierras en miniatura en medio de su ruta. Mandrake aceleró en segunda. Sintió cómo las ruedas traseras se deslizaban y luego el agarrarse de las cadenas.

—Supongo que esto es un anticipo de lo que podemos esperar en Deep Bottom —dijo dirigiéndose a James Bewling.

—Habrá agua según bajemos, señor; cuento con ella.

—Si nos quedamos atascados, como no nos traigan un maldito

animal de granja para tirar de nosotros hasta el otro lado…

—Tanto va el cántaro a la fuente… —dijo Chloris.

Pasados los bosques de Highfold, allí donde cruzaba los parques descubiertos, el sendero era irregular e interrumpido por baches. James Bewling señaló que él y Thomas le habían estado diciendo al amo durante diez años que tenía que colocar una carga de raíles. La lluvia golpeaba de nuevo en los cristales, estorbando el limpiaparabrisas, extendiéndose en círculos dentellados, y abriéndose camino hasta el tablero de instrumentos. La fuerza del viento hacía que el coche se resistiera a la conducción de Mandrake. Avanzó cautelosamente hasta el borde de Deep Bottom, escudriñando por entre la película de agua. Descubrió en sí mismo una sensación de entusiasmo que le dejó pasmado, pues siempre había creído que detestaba la incomodidad.

Aún quedaba nieve en Deep Bottom. Cuando llegaron al margen de la depresión y miraron abajo, vieron cómo el sendero desaparecía bajo ella y volvía a salir al otro lado como una cinta fangosa.

—Ha bajado bastante —dijo James—. Ya no hay más de medio metro, calculo, pero ocurre que debajo habrá agua. Mejor nos irá si ponemos un saco sobre el radiador.

Mandrake paró y James salió con el saco. Mandrake la siguió como pudo. No quería quedarse sentado en el coche mientras James ajustaba la protección. Quería parecer entendido y activo. Ató la arpillera a la tapa del radiador y usó el pañuelo para sujetarlo. Miró críticamente la manera en que James había atado los extremos del saco. Arrastrando vivazmente su bota reforzada, volvió al coche, sonriendo a Chloris a través de la lluvia. El afecto en la mirada que le devolvió le resultó delicioso. Supuso inocentemente que su actividad lo había inspirado. Era la mirada, se dijo, de la mujer que aprueba, que depende y que incluso se aferra. Nunca sabría que Chloris estaba profundamente conmovida, no porque le viera como un protector, sino porque, de repente, leyó sus pensamientos. Desde ese momento, dejó sabiamente que Mandrake se preocupara fie ella.

El coche comenzó a reptar Deep Bottom abajo.

—Durante más de diez años —dijo James en el asiento trasero— mi viejo hermano Thomas y yo le hemos estado diciendo al amo que debía poner un pequeño puentecito en este hoyo. El invierno pasado quedó todo hecho una porquería con torrentes violentos e inundaciones. El invierno anterior heló. El anterior a ése, se derrumbó de repente.

—En este punto el coche dio una sacudida al pasar un bache que lanzó a James de un extremo al otro del asiento trasero—. El invierno anterior a ése se inundó de nuevo. No es la entrada apropiada a las posesiones de un caballero, le decimos. Sí, y se lo decimos también al

administrador. Tuerza a la derecha, señor, por esta esquina encharcada de aquí, o nos hundiremos hasta el trasero.

Las ruedas delanteras penetraron hondo en un charco de nieve derretida. Las traseras se revolvieron, agarraron, deslizaron y volvieron a agarrarse. Ahora estaban metidos en la nieve y James Bewling rugía:

—¡A la derecha y acelere!

El capó se sumergió bruscamente; un chorro de nieve salió lanzado contra el parabrisas. Mandrake sacó la cabeza por la ventanilla y recibió la lluvia de lleno en los ojos, como un azote.

—¡Manténgalo en marcha, señor! —aulló James.

—Me he metido en un maldito agujero o algo así. ¡Arriba!

El coche se movió hacia la izquierda, se agitó, dio unos tirones y se paró.

—¡Por el amor de Dios, no pare el motor! —imploró James.

En un momento había salido y estaba con la nieve hasta las rodillas.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Mandrake—. Está por tu lado.

Chloris miró por su ventanilla.

—Sólo le puedo ver el trasero. Parece que está encajando algo bajo la rueda trasera. Ahora hace señales. Quiere que continúes.

Mandrake puso la marcha atrás, abrió un poquito el aire y lo intentó. El coche se agarró en alguna parte, nadó hacia adelante y se paró de nuevo. James volvió a por su pala y se puso a trabajar enfrente del capó. Mandrake se bajó, dejando instrucciones a Chloris de que mantuviera el motor en marcha. El ruido de la tormenta le sacudió como un golpe físico; la lluvia, al golpear en torrente contra su cara, se la entumeció. Se abrió paso hasta el morro del coche y halló a James cavando con entusiasmo en un metro de nieve. Mandrake, que llevaba gruesos guantes de conducir, se puso a trabajar con las manos.

La nieve aún estaba helada por el centro, pero al fondo se había vuelto líquida y la tierra bajo ella suave y enfangada. Las ruedas delanteras se habían trabado en un canalón transversal que empezó a llenarse de agua a medida que la vaciaban. James rugió algo que Mandrake no pudo entender, le tiró la pala y las manos y se fue detrás del coche. Mandrake siguió afanándose. Una vez levantó los ojos y vio la cara preocupada de Chloris, apretada contra el parabrisas. Sonrió, agitó la mano y volvió al trabajo con entusiasmo. James regresó tirando de dos grandes ramas. Las partieron como mejor pudieron, llenaron el canalón con ramas más pequeñas y colocaron los pedazos restantes ante las ruedas traseras.

El interior del coche parecía un mundo distinto, un mundo que olía a gasolina, a tapicería, a cigarrillos, y a algo que Mandrake y

Chloris se dieron cuenta de que era propio de James Bewling: el resultado de hule encerado, edad madura y actividades agrícolas. Mandrake cerró de un portazo, tocó el claxon para avisar a James y aceleró el motor.

—¡Ahora, vieja bruja! —apostrofó Mandrake a su coche—. ¡Arriba! —Con gran crujir de ramas, un ominoso hundimiento y una violenta sacudida, continuaron adelante, la voz de James transformada en un chirrido que sonaba como el de una bruja en medio de la tormenta. Las cadenas mordieron terreno más firme. Estaban subiendo cuesta arriba.

—Hemos pasado el primer obstáculo, me parece —dijo Mandrake —. Esperaremos a James arriba.

En la rectoría de Winton St. Giles el Inspector Jefe Alleyn introdujo la cabeza por la puerta del estudio y le dijo a su esposa:

—He estado mirando la cumbre de Cloudyfold desde las ventanas de arriba. No me sorprendería que estuviera lloviendo por allí. ¿A usted qué le parece, señor párroco?

El reverendo Walter Copeland volvió la cabeza para mirar por la ventana. La dama que estaba detrás del gran lienzo murmuró algo para sus adentros y dejó los pinceles.

—¿Llover? —repitió el párroco—. Aquí abajo todavía hiela, a fe mía. Creo que tiene razón. Sí, si, indudablemente está cayendo por los alrededores de Highfold. Muy raro.

—En efecto, muy raro —repuso la señora Alleyn severamente.

—Querida —dijo su marido—. Pido disculpas humildemente. Por Dios, señor párroco, siga posando.

El párroco, con un respingo nervioso, se apartó de la ventana, entrelazó las manos, inclinó su delicada cabeza y miró obedientemente a la esquina superior izquierda del lienzo.

—¿Así está bien?

—Sí, gracias —dijo la dama. Su cara delgada, con una raya de pintura verde en la nariz, miró a su marido desde uno de los lados del lienzo.

—Supongo —dijo con un sorprendente aire de timidez— que no te apetece leer para nosotros.

—Sí me apetece —dijo Alleyn. Entró y cerró la puerta.

—Oh, es realmente delicioso —dijo el señor Copeland—. Espero no ser un mal párroco, pero es más bien agradable saber que por hoy ya no puede haber más servicios... Dinah y yo estuvimos solos durante los maitines, ya saben... y esta vez el tiempo es tan malo que no es probable que venga nadie a visitarme.

—Si estuviera de servicio —dijo Alleyn mientras miraba las estanterías—, jamás me atrevería a hacer esas observaciones.

—¿Por qué no?

—Porque si lo hiciera, vendría alguien tan inevitablemente como el destino a pedirme que saliera en medio de la nieve, como una heroína de melodrama, para encargarme de un caso desagradable. Sin embargo —continuó Alleyn, tomando un ejemplar de *Northanger Abbey*—, gracias a Dios, no estoy de servicio. ¿Qué les parece la señorita Austen?

—Eso de ahí es Pen-Gidding —dijo James Bewling—. Justo a la derecha. Estamos a mitad del camino. El tramo de alrededor de esas colinas es antipático, y, por lo que parece, no ha llovido por aquí.

—¿Qué hora es? —preguntó Chloris.

—Míralo tú —dijo Mandrake, alargándole la muñeca. Le levantó el puño de la camisa:

—Las once y diez.

—Con un poco de suerte, estaremos tocando el timbre de la rectoría antes de las doce.

11. Alleyn

I

—Nicholas —dijo Madame Lisse— ven junto a mí.

Él había estado mirando por las ventanas de la sala de estar verde la lluvia que caía aún como una multitud de varas que perforaban toda la nieve que aún quedaba en el sendero y llenaba la casa con la melancólica persistencia de su ruido.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Y bien, Elisse?

Extendió la mano hacia él hasta tocar su muñeca, obligándole con los dedos a acercarse a ella.

—Estoy hondamente afligida por ti, ¿lo sabes?

Él le tomó la mano y la frotó entre las palmas de las suyas, como si esperara con ello obtener un poco de calor.

—Si ella se va —dijo—, no me queda nadie más, nadie en absoluto, excepto tú.

Estaba a su lado, sin dejar de mover los dedos entre sus manos, observándola de una manera extraña, casi como si la viera por primera vez.

—No lo entiendo —dijo—. No lo entiendo.

Madame Lisse tiró de él hasta sentarlo en un escabel al lado de su silla. Él cedió con total sumisión.

—Tenemos que pensar, que planear, que decidir —dijo Madame Lisse—. Como ya te he dicho, estoy hondamente afligida por ti. Por supuesto que si ella muere, será para ti una gran pérdida. Le deja a uno muy perplejo el que, siendo tú el favorito de tu madre, la muerte de tu hermano la haya llevado a esos extremos de desesperación. Yo, por mi parte, creo que deberíamos atribuir más su acción a un temor enfermizo a la publicidad del desgraciado asunto de su belleza. —Madame Lisse se tocó el cabello con las puntas de los dedos—. Perder la belleza es ya suficiente tragedia, pero a eso ya se había resignado. Sin duda, la amenaza de tu hermano de desenmascarar a Francis y la conmoción que sufrió al reconocer a éste, la desquiciaron. Muy triste. —Le miró la coronilla; era una mirada especulativa, incluso calculadora—. Claro que yo no he visto su carta.

Dio la impresión de que todo el cuerpo de Nicholas se retorcía:

—No puedo hablar de ella —murmuró.

—¿La ha cogido el señor Royal?

—Sí, por si acaso...

—Era lo más sensato, por supuesto.

—Elisse, ¿sabías tú que fue Hart el que le hizo eso en Viena?

—La noche del viernes me dijo que la había reconocido.

—Por Dios, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? Las cosas entre vosotros ya me aterrorizaban tal como estaban. ¿Para qué echar leña a vuestro antagonismo? No, mi único deseo era contenerlo, mi único terror que ella lo reconociera y nos arruinara —apretó los puños y golpeó los brazos del sillón—. ¿Qué voy a hacer ahora? Todo saldrá a la luz: que él es mi marido, que tú eres mi amante. Dirá cosas terribles cuando le detengan. Me arrastrará en medio de su propia ruina.

—Te juro que no sufrirás nada —Nicholas apretó la cara contra las rodillas y empezó a murmurar enfebrecido palabras cariñosas y promesas tranquilizadoras—. Elisse, cuando esto pase... parece tan terrible hablar de ello... ahora todo es diferente. Elisse... nosotros solos y juntos. ¿Elisse?

Ella le detuvo por fin, apretándole la cabeza con las manos.

—Muy bien —dijo—. Cuando pase todo. Muy bien.

II

El doctor Hart se echó para atrás, apoyándose en sus talones; miró la figura tendida en el colchón, se inclinó de nuevo hacia adelante y abofeteó la cara descolorida y deforme. Los ojos permanecieron medio cerrados, la cabeza se movió fláccidamente. Lanzó un gruñido de decepción, volvió la figura de cara otra vez y le puso las manos sobre las costillas. El sudor le corría a chorros por su propia cara y por sus brazos.

—Deje que continúe —dijo Hersey—. Sé lo que hacer.

Él repitió tres o cuatro veces más los movimientos de la respiración artificial y luego dijo de repente:

—Muy bien, gracias. Tengo un calambre.

Hersey se arrodilló en el suelo.

—Hacía tanto tiempo que no practicaba medicina general... —dijo Hart—. Veintitrés años. No puedo recordar lo de los venenos. Hay que vaciar el estómago. Eso seguro. Si por lo menos pudieran regresar pronto de la farmacia. Si, al menos, pudieran encontrar al forense...

—¿Hay alguna mejoría? —preguntó Jonathan.

Hart levantó los hombros y brazos y los dejó caer.

—¡Cielos, cielos! —exclamó Jonathan, retorciéndose las manos—. ¿Por qué lo ha hecho? No puedo comprenderlo. Era al otro hijo al que dedicaba su devoción.

Hersey levantó la cabeza un momento para dirigirle al doctor Hart una mirada muy abierta.

—No se pare ni dude —dijo en seguida—. Es esencial un movimiento rítmico y constante. ¿Dónde está ahora el otro hijo?

—Nicholas está abajo —gruñó Hersey—. Creímos que era mejor dejarle a un lado, teniendo en cuenta la situación.

—Puede que tenga razón —volvió a arrodillarse, próximo a la cabeza de Sandra Compiine y se inclinó—. ¿Dónde está esa mujer? Esa Pouting que tenía que preparar un emético y encontrarme un tubo. Tarda demasiado en venir.

—Iré a ver —dijo Jonathan y salió apresuradamente de la habitación.

Durante algún tiempo, Hersey siguió trabajando en silencio. Luego, Hart le tomó el pulso a la paciente y también la respiración. Jonathan volvió jadeando con una bandeja cubierta por una servilleta. Hart miró su contenido.

—Un pobre sustituto —dijo—. No hay más remedio que intentarlo. Quizá sea mejor que nos deje solos, señor Royal.

—Muy bien —Jonathan caminó hasta la puerta. Allí se volvió y dijo con voz aguda—: Confiamos en usted, doctor Hart, porque no podemos hacer otra cosa. Recuerde, si le parece, que está virtualmente detenido.

—¡Ah, ah! —murmuró Hart—. Lárguese. No sea idiota. ¡Lárguese!

—Es mejor que te vayas, Jo —dijo Hersey.

Jonathan se fue pero se quedó en el pasillo, que estuvo recorriendo de un lado a otro unos diez minutos. Es característico de cierta gente el cantar cuando están inquietos o molestos. Jonathan era uno de éstos. Mientras deambulaba con pasos diminutos por el pasillo del ala de invitados, tarareaba, respirando fuerte «*Il était une bergère*», llevando el ritmo con las yemas de los dedos sobre el dorso de la mano. Iba más allá del nicho donde había estado el buda de latón, hasta el reloj de pesas; retrocedía trotando por el otro pasillo. Las puertas de ambos lados estaban cerradas y su figura entraba en las sombras y salía de ellas. Una vez interrumpió su ronda de centinela para entrar en la habitación de Hart, donde se quedó junto a la ventana, tamborileando en el cristal, tarareando entrecortadamente y contemplando la lluvia. Un instante después, sin embargo, volvía a recorrer el pasillo, se detenía a escuchar la puerta de la señora Compline y seguía de nuevo hasta el reloj de pesas. Hersey le halló en esta tarea cuando salió. Le tomó del brazo y se puso a caminar con él.

—Bien, Jo —dijo Hersey con voz no muy firme—. Me temo que no estamos consiguiendo mucho. Hasta el momento nada ha funcionado.

—Hersey, tiene que recuperarse. No… no puedo creer… ¿qué nos está pasando, Hersey? ¿Qué nos ocurre?

—Oh, bueno, lo de los ataques aéreos debe de ser peor. El doctor Hart está haciendo todo lo que puede, Jo.

—Sí. ¿Lo está?, ¿lo está? Un asesino, Hersey. Un asesino que se

interpone entre nuestra querida amiga Sandra y la muerte. ¡Qué situación tan increíble!… ¡tan espantosa!

Hersey se quedó quieta como un palo. Cerró nerviosamente la mano en torno al brazo de Jonathan e inspiró largamente.

—No creo que sea un asesino —dijo.

Jonathan se sacudió el brazo tan violentamente como si le hubiera pellizcado.

—Mi querida niña —repuso con voz fuerte—. No seas tonta. ¡Por todos los cielos…! Lo siento, querida. He sido descortés. Tendrás que perdonarme. Pero sugerir que Hart, Hart, que apenas ha intentado disimular su culpabilidad…

—Eso no es verdad, Jo. Quiero decir que sí lo hizo, se las arregló para procurarse una coartada que ninguno de nosotros puede deshacer fácilmente.

—Bobadas, Hersey. La hemos deshecho. Cometió el crimen antes de que William pusiera las noticias, o bien las puso él y esperó una oportunidad para salir disparado de la habitación.

—Sí, ya lo sé. ¿Cómo es que no te topaste con él?

—Porque se esforzó en evitarme.

—Parece que anduvo esquivando a la gente limpiamente —dijo Hersey, dudosa. Jonathan lanzó un sonido de desesperación.

—¿Qué es lo que te pasa ahora? Estabas de acuerdo en que lo había hecho. Claro que fue así. ¡Por supuesto que mató a William! Le mató brutal y deliberadamente, creyendo que era su hermano. Hasta ahí Aubrey lo ha aclarado todo.

—No creo que lo hiciera —repitió Hersey, y añadió indecisa—. Después de todo, no es nada fácil de decir. No disfruto enfrentándome a las consecuencias, pero…

—No vuelvas a decir eso —susurró Jonathan, tomándola por las muñecas—. ¿Quién si no? ¿Quién si no? ¿Qué te pasa?

—Es el verle ahí dentro, trabajando con Sandra. ¡Qué diablos! Creo que había olvidado incluso que le acusaban hasta que tú se lo recordaste hace un momento. Es por un par de cosas que ha dicho mientras estábamos ahí dentro. No creo que me las dijera a mí, sino más bien a él mismo. Creo que se le ha ocurrido la idea de que si la salva expiará de una extraña manera lo que hizo con su belleza.

—¡Señor Dios mío! ¿Qué tonterías son ésas? Desea salvarla porque cree que así nos impresionará, como te ha impresionado a ti, con su integridad personal. Por supuesto que no quiere que Sandra muera.

—¿Siendo culpable del asesinato de su hijo? Ese no es un buen razonamiento, Jonathan. Sandra sería uno de los testigos más demoledores en su contra.

—Debes haberte vuelto demente —dijo Jonathan sin aliento. Se

quedó mirándola y mordiéndose los dedos—. ¿Qué importa todo esto? Supongo que estarás de acuerdo en que quienquiera que pusiera la trampa en la puerta, cometió el asesinato. Sólo Hart pudo haber puesto esa trampa. Pero no voy a discutir contigo, Hersey. Estás aturdida, pobrecita; aturdida como todos nosotros.

—No —dijo Hersey—. No, Jo, no es eso.

—Entonces sabe Dios lo que es —gritó Jonathan, y se volvió para irse.

—Me parece que le oigo —dijo Hersey—. Debo volver.

Un instante después se había ido y Jonathan se quedó contemplando la puerta cerrada de la habitación de Sandra Compline.

III

—Solo ocho kilómetros más —dijo Mandrake—. Si la nieve continúa helada todo el camino, creo que lo conseguiremos.

Estaban en una senda estrecha. El coche se agitaba, chirriaba y se deslizaba por entre la nieve que se apisonaba bajo las ruedas, subía por los parachoques y el radiador formando una masa dura y atascaba los ejes. La blancura fatigaba sus ojos, a Mandrake le dolían abominablemente los brazos y la espalda; James Bewling había revelado una desagradable tendencia a pasarse la lengua por los dientes.

—Aunque pueda parecer raro en estos alrededores —dijo Mandrake—, el motor se está calentando. Hemos ido los últimos tres kilómetros en primera. Chloris, sé buena y enciéndeme un cigarrillo.

—Ahora está yendo cuesta abajo, señor —dijo James.

—Eso puede ser una pura bendición o no. ¿Por qué diablos se va a los lados de esta manera? ¿Qué ha pasado con las cadenas? No importa. Allá vamos.

Chloris encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

—Lo estás haciendo fenómeno, cielo.

—He intentado ordenar las cosas para dar un rápido boletín de noticias cuando lleguemos, siempre con la condición de que lo logremos. ¿Qué es mejor? ¿Le digo a Alleyn lo que ha pasado con unas pocas palabras mal escogidas mientras tú sigues hasta la farmacia, o le imploramos que vuelva con nosotros al instante y que lea mis notas por el camino?

—Me parece bien. Quizá insista en que sigamos hasta Great Chipping. Puedo telefonear. Seguro que en algún lugar de este paisaje increíblemente primitivo las líneas no estarán cortadas. Tenemos que volver con las cosas de la farmacia. —La parte trasera del coche se movió extrañamente a un lado—. Otra vez haciendo reverencias. ¡Maldición! Esto es de cuidado. ¡Maldición!

Estaban casi en un seto. Mandrake soltó el embrague y pisó a fondo el freno.

—Voy a echarles un vistazo a esas cadenas.

—No se mueva, señor —dijo James—. Yo iré.

Se bajó. Chloris se inclinó hacia delante y se tapó la cara con las manos.

—Ajá —dijo Mandrake—. ¿Vista fatigada? —No contestó, pero un ligero movimiento de sus hombros le impulsó a rodearla con el brazo y entonces la sintió temblar—. Lo siento, lo siento muchísimo. Chloris, cariño, te ruego que no llores.

—No lo haré. No voy a llorar. No es pena como tú crees, aunque estoy terriblemente triste. Debe de haber sido la conmoción o algo así. He sido tan desgraciada y he estado tan avergonzada con este asunto de los Compline. ¡Deseaba tanto librarme de ellos! Y ahora... mira lo que ha ocurrido. Fue algo sucio por mi parte prometerme a Bill de rebote. Eso es lo que fue, no se puede negar... Y yo sabía todo el rato lo que hacía. No me seas amable, me siento como un trapo.

—No puedo ser tan amable como quisiera porque por ahí viene el señor Bewling. Suénate la nariz, encanto. Allí donde haya un camino embarrado, siempre habrá una Inglaterra, donde un campo de primaveras, una valla y un cura cuando llueva. Y bien, James, ¿qué ha descubierto?

—La puñetera cadena de la rueda de atrás se ha soltado, señor. Por eso ha estado deslizándose y patinando desde hace casi un kilómetro.

—Sin duda. Bien, James, entre, entre. Veré si puedo salir anadeando de este seto. Pensándolo bien, quizá sea mejor que me vigile. —James supervisó el proceso ya familiar. de ruedas que se deslizaban, cortos tirones y recuperación final. Se puso donde Mandrake podía verle e hizo violentos movimientos giratorios de manos. Una enorme gota le colgaba de la punta de la nariz.

—Nunca he sido sensible en lo más mínimo al encanto campesino —dijo Mandrake—. Todos los dialectos me suenan igual. James me parece un ejemplar extremadamente poco convincente del género. ¿Qué pretende con esos ridículos gestos?

—Quiere decir que nos vas a meter de espaldas en otra zanja —dijo Chloris, sonándose la nariz—. ¡Oh, ten cuidado! ¿No ves que está manejando un volante imaginario?

—Sus bufonadas son repugnantes. Además huele mal. Cosa horrible y grotesca. ¿Va bien?

James, que brincaba por la nieve y era incapaz de oír nada de esto, asintió inocentemente con la cabeza y sonrió.

—Creo que eres cruel con él —dijo Chloris—; es muy amable.

—Bueno, ya puede volver a entrar. Ahí viene. ¿Está bien, James?

Coja un cigarrillo.

—No, gracias, señor —dijo James, que jadeaba—. No he fumado uno de ésos desde que le llegaba al hombro. La pipa es lo que me gusta, señor, pero eso es demasiado para la señora.

—En absoluto, James —dijo Chloris—. Fúmese una pipa. Se la ha ganado.

James le dio las gracias. Pronto en el interior del coche no olía a otra cosa que a su pipa. Por un corto espacio de tiempo continuaron a sacudidas sendero abajo, en silencio, pero después Mandrake inclinó la cabeza hacia Chloris y dijo en voz baja:

—Espero que no te importe que aluda a ello, pero nunca pensé que le daría mi corazón a una rubia. Hasta ahora, cuanto más morenas, mejor. Por supuesto, no negras como la pez. Las caritas blancas y las cabezas negras han sido mi perdición.

—Si estás intentando levantarme el ánimo —replicó Chloris—, has dado con un mal tema. Me volví rubia por Nicholas y, desde luego, no puedo renunciar por ti.

—¡Ajá! —exclamó Mandrake triunfalmente—. Debía haber sabido que mi instinto no me fallaba. Cariño, qué estúpida. ¿Por qué? Oh, muy bien, muy bien. ¿Qué hora es?

—Son las doce menos cinco. Al final, no llegaremos a mediodía.

—No será mucho más tarde, te lo juro. Me pregunto... ¿Alguna vez conociste a alguien que hubiera tomado una sobredosis de somníferos?

—Nunca. Pero di algo sobre ellos en mi curso de enfermera. He estado intentando recordar. Creo que son todos barbitúricos y me parece que el conferenciante dijo que la gente que tomaba demasiados entraba en coma y podía permanecer así durante horas e incluso días. Se debía intentar expulsar el veneno y despertarlos. Creo que es enormemente importante que vayamos rápido. Es lo que dijo el doctor Hart. Aubrey, tenemos tanto que contar cuando lleguemos y tan poco tiempo para decirlo.

—He intentado anotarlo de alguna forma coherente.

—Cuando hiciste las notas, ¿pensaste en algo nuevo, en algo que ayudara a explicar lo de William?

Mandrake no respondió en seguida. Habían alcanzado un trecho de la carretera donde la nieve era menos honda y estaba sólidamente congelada. Habían dejado atrás las colinas de Cloudyfold, a la derecha, y habían llegado a una extensión llana entre las tierras bajas. Algunas casas de campo dispersas, cada una con su estandarte de humo, eran los únicos signos visibles de calor en aquel frío paisaje. Algunos setos salían de debajo de la nieve, como franjas de coral negro en un mar inmóvil. Aquí abajo no había viento. Los árboles, forrados de nieve, presentaban posturas heladas contra un cielo de

plomo. A Mandrake le vino a la cabeza la idea de que su coche era un pequeño mundo que se aferraba precariamente a su poder de movimiento y se sintió como si él mismo luchara, no contra la nieve y el barro, sino contra la inmovilidad. Se forzó a pensar en la pregunta de Chloris.

—Si abres el maletín, encontrarás las notas ¿Querrías sacarlas? No sé si podrás leer en medio de este cataclismo. Inténtalo.

Chloris se las arregló para leer las notas. Siguieron arrastrándose, nadando en ocasiones en nieve más suave y, tras algún tiempo, James Bewling dijo que verían la aguja de la iglesia parroquial de Winton St. Giles después de la siguiente curva. El propio Mandrake comenzó a reconocer el paisaje y los distantes grupos de árboles que había pasado desde Winton camino de Highfold. Eso fue el jueves. Llegado a este punto, el lejanísimo eco de una campana penetró por la ventanilla abierta.

—¡Dios mío! —pensó—. Es domingo. ¿Y si están todos en la iglesia? ¡James!, ¿a qué hora es el servicio matinal en St. Giles?

—Ah, el párroco tiene la mayor parte de la congregación en el primer servicio —replicó James—. Ese es a las ocho. El otro es a las diez y media. Me da que esta mañana estará él solo.

—Entonces, todo bien. ¿Pero qué es esa campana?

—El párroco toca la campana a las doce.

—El «Angelus» —dijo Mandrake. Chloris levantó la vista de los papeles y durante un corto tiempo escuchó con él aquella distante voz cristalina.

—Son amigos tuyos, ¿no es verdad? —dijo Chloris.

—¿Los Copeland? Sí. Dinah está empezando a ser una actriz estupenda. Actuará en mi nueva obra, si la guerra relámpago no se nos adelanta. Supongo que a ti no te parecerá raro, pero durante las últimas doce horas no he pensado en mi obra. ¿Qué te parecen las notas?

—Hay algunas cosas de las que no tenía noticia, pero no muchas —Chloris contuvo la respiración—. Dices al final: «¿Pudo Hart poner otra trampa»? ¿Quieres decir si pudo hacer algo con esa horrible arma para hacerla caer...? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, pero no puedo pasar adelante. No se me ocurre nada.

—Un dispositivo para hacer el trabajo cuando no estaba. Pero no hay nada adecuado en Highfold.

—Bueno, si puedes pensar en algo... Tengo que decirte que entré en la habitación antes de partir. Lo inspeccioné todo, para ver si había cualquier cosita fuera de su sitio en la disposición de la habitación, algo de alguna manera insólito. No fue divertido. No conseguí ver nada que sugiriera ni remotamente una de esas trampas.

Tan pronto como salieron de sus labios estas palabras, Mandrake

experimentó una extraña presciencia de cuál sería su respuesta. Fue tan intensa esta impresión que las palabras de Chloris, cuando habló, le sonaron como un eco exacto de sus pensamientos.

—¿Y estás del todo seguro de que tuvo que ser el doctor Hart?

Oyó su voz responder como si le hubieran dado la entrada:

—Creía estarlo, ¿tú no?

Ella no contestó y un instante después dijo él con aire de convicción:

—Tiene que serlo. ¿Quién, si no? —Y como ella aún permaneciera callada—. ¿Quién, si no?

—Nadie, supongo. Por supuesto que nadie.

—Si fue algún otro, la primera trampa queda sin explicar. Sabemos que sólo Hart pudo haberla montado, ¿no?

—Creo que sí. Aunque leyendo las notas, ¿no podría ser posible..., sólo posible, que una de las coartadas...? Es tu testimonio.

Sé lo que quieres decir, pero es increíble más allá de todo límite. ¿Por qué? No hay motivos, por más que los busques. Además, no puedo creerlo; es monstruoso.

—Sí, ya lo se. Pues bien, ¿qué pasa con lo de la segunda trampa? Los cuentos de detectives te dicen que busques lo insólito, ¿verdad?

—No leo esas cosas —dijo Mandrake, volviendo un poco a sus maneras profesionales—. Sin embargo, busqué lo insólito.

—¿Y no encontraste nada?

—No encontré nada. En la habitación había un horrible ambiente de normalidad interrumpida.

Estaban atravesando un pequeño montón de nieve. La nieve cedía, se acumulaba formando una pared delante del radiador y se deshacía contra el parabrisas. Sintieron un temblor familiar y amenazador. Un momento después, se habían quedado parados.

—Más trabajo para la vieja pala —dijo James alegremente—. Esta vez no está mal, señor.

Mandrake salió del montón marcha atrás y James se puso a trabajar de nuevo.

—Hay un detalle que, por alguna razón, me fastidia. Sin duda no tiene importancia.

—¿Qué es?

—Ya lo has visto. ¿Recuerdas esa chincheta en la suela de mi zapato? Se me clavó en el salón de fumar. Hay pintura seca en ella y es idéntica a las que están clavadas en la tapa de la caja de pintura de William.

—Me temo que no veo...

—Te dije que no tenía importancia. Sólo que ¿para qué quería William tener una chincheta en el estudio? No pintó mientras estuvo en Highfold.

—Sí, lo hizo —le contradijo Chloris—. Por lo menos, me hizo un dibujo ayer, antes de la comida. Mientras lo hacía fue cuando tuvimos nuestra riña. Prendió el papel con un alfiler a una tabla. Uno de los alfileres se le cayó.

—¡Oh! —exlcamó Mandrake con voz grave—. Bueno, podrías añadir eso a las notas. Entonces es una pista falsa. ¿En qué pensamos ahora?

—Bueno, no se me ocurre nada —dijo Chloris sin esperanza.

—¿Qué demonios está haciendo ese viejo charlatán?

James Bowling, después de despejar un pasillo enfrente del coche, había trepado con dificultad por el terraplén debajo del seto enterrado y ahora estaba agitando los brazos y señalando a algún lugar más abajo de la carretera. Mandrake tocó el claxon e inmediatamente Bewling se lanzó terraplén abajo y a través del ventisquero de en medio en dirección al coche.

—Por allí abajo la carretera está despejada —gritó James—. Hay un montón de gente con palas y uno de esos «quitabarros». Adelante, señor, estaremos allí en diez minutos.

—¡Gracias a Dios! —exclamaron Mandrake y Chloris con sinceridad.

IV

Dinah Copeland se abrió camino por el sendero lateral y apretó la cara contra la puerta-ventana, oscureciéndola instantáneamente con el aliento. Alleyn dejó su libro y le abrió la puerta.

—Tiene muy buen aspecto —dijo.

—¿Me oyeron tocar el «Angelus»? —preguntó—. ¿Estuvo todo bien, papá?

—Muy bonito, querida —dijo el párroco, intentando no mover los labios—. No debo hablar. La señora Alleyn me está pintando el labio inferior.

—He terminado —dijo Troy.

—¿Por esta mañana?

—Sí. ¿Le gustaría verlo?

Dinah se quitó las botas para la nieve y dio la vuelta al caballete. Troy hizo una mueca a su marido, el cual captó la señal y se les unió. Entrelazó su brazo dentro de la manga manchada de pintura con el de él, y los dos juntos, con Dinah, se pusieron a contemplar el cuadro.

—¿Contenta? —preguntó Alleyn y su mujer.

—Desde mi punto de vista, no es tan malo. ¿Usted qué dice, Dinah?

—¡Es delicioso! —exclamó Dinah con énfasis.

—Me temo que no es exactamente lo que su feligresa encargó —

murmuró Troy.

—No, gracias a Dios. Me preguntaba si acaso se volvería surrealista. Me he aficionado algo al surrealismo desde que trabajo con Aubrey Mandrake. Pero ahora me doy cuenta de que me alegro de que no haya incluido cáscaras de huevo y adornos fálicos.

—¡Dinah!

—Bueno, papá, todo el mundo reconoce la enorme importancia de..., bueno, de acuerdo, papá, no sigo. Me gustaría que mi novio estuviera aquí para verle —dijo Dinah—. Papá, ¿no te alegras de haber conocido al señor Alleyn por el asunto de nuestro asesinato?

—Yo, por lo menos, me alegro mucho —dijo Troy—. ¿Sabe que es la única vez, desde que nos casamos, que me ha permitido conocer a alguno de sus amigos criminales? —Se rió, miró de soslayo su trabajo y preguntó—. ¿Te parece bien, Roderick?

—Me gusta —repuso Alleyn seriamente.

El párroco, con la sonrisa tímida del modelo, se unió al grupo junto al caballete de Troy. Alleyn, sujetando la pipa entre los dientes y tarareando suavemente para sus adentros, se puso a cerrar y colocar en su sitio los tubos de pintura de su esposa.

—Durante largo tiempo —dijo Troy— soportó en silencio mi caja de pinturas, y luego, un día, me preguntó si la suciedad era esencial para la autoexpresión. Desde entonces, cada vez se parece más al reglamento para oficiales del Departamento de investigación criminal.

—Mientras que antes era un caso digno de un estudiante adelantado de Hendon. He llegado a encontrar desechos de las Fidji, Quebec, Noruega y los Alpes Dolomitas. ¡Vaya! ¿Qué es eso?

—¿Qué es el qué? —preguntó Troy.

—Hay un coche ahí fuera que viene por el sendero de la iglesia.

—¡Por el sendero de la iglesia! —exclamó Dinah—. Debe conducirlo un lunático si es que viene de alguna parte de Cloudyfold. Han despejado el camino hasta la primera curva, pero más allá es nieve sólida. Ese coche tiene que haber entrado desde la carretera principal, señor Alleyn. Muy pronto tendrá que parar.

—Ha parado —dijo Alleyn—. Y me parece que a mi puerta, ¡pobre de mí!

—¿Qué te pasa? —preguntó su mujer.

—Me da mala espina. Bueno, no puede venir por mí en ningún caso.

—¡Alguien viene por el sendero lateral! —exclamó Dinah. Un momento después volvía una cara asombrada a los demás—. ¡Es Aubrey Mandrake!

—¿Mandrake? —dijo Alleyn secamente—. ¡Pero si tendría que estar al otro lado de Cloudyfold!

—No puede ser Mandrake, querida —dijo el párroco.

—Pero es él. Y se va el coche. ¡Ahí viene! Me ha visto y se dirige a esta ventana —Dinah miró a Alleyn—. Me parece que algo va mal. Aubrey tiene un aspecto distinto.

Abrió la puerta-ventana y en seguida entró Mandrake.

—Alleyn —dijo Mandrake—, gracias a Dios que está aquí. Ha sucedido una tragedia horripilante en Highfold y he venido a recogerle.

—Jovenzuelo odioso —dijo Alleyn.

V

—Así que ya ve —dijo Mandrake—, lo único que podíamos hacer era recurrir a usted.

—¡Pero no es realmente un caso para mí! —protesto Alleyn, lastimero—. Es un caso para el jefe de Policía de Great Chipping, ¿no, señor párroco?

—Sí, lo es. Es algo terrible, Mandrake. Sencillamente, no... no puedo creerlo. William Compline parecía tan buena persona. No los conocemos muy bien, están algo más allá de nuestra región, en Penfelton, pero lo que veía de William me gustaba.

—La situación de la señora Compline es desesperada. Si no volvemos rápidamente —comenzó Mandrake.

Alleyn le interrumpió duramente:

—Sí, claro. —Se volvió al señor Copeland—. He olvidado el nombre de su jefe de Policía, señor.

—Lord Hesterdon. Está a kilómetros y kilómetros al norte y si los cables del teléfono están cortados en Cloudyfold, como dice Mandrake, me temo que no podrá ponerse en contacto con él.

—Veré a Blandish aunque tenga que ir vadeando hasta Great Chipping —farfulló Alleyn— ¿Puedo utilizar su teléfono?

Entró en el vestíbulo.

—Lo siento —dijo Mandrake—. Está realmente furioso, ¿no?

—En realidad, no —afirmó Troy—. Son. sus pequeñas manías. Yo creo que hará su tarea. La Policía local tendrá que pedírselo, ya sabe. La gente del DIC no acostumbra a colarse y a ocuparse de cualquier caso allí donde estén.

—Ordenancismo —dijo Mandrake—. Me lo imaginaba. Ya pueden los asesinos campar por sus respetos por las casas de campo, ya pueden las mujeres matarse con sobredosis de veronal, ya pueden huéspedes bienintencionados atravesar ventisqueros, esforzándose por cooperar en una detención, que cuando, tras padecer las más desagradables molestias, consiguen llegar a la propia fuente, es sólo para verse envueltos, como Laoconte, en los afanes del ordenancismo.

—No creo —dijo Troy— que las cosas estén tan mal.

—Dinah, que estaba desvergonzadamente escuchando a través de la puerta, informó:

—Está diciendo: «Bien, tendrá que telefonear al DIC, ¡maldito sea!»

—Dinah, cariño —dijo su padre—. Realmente, no debes hacerlo.

—De acuerdo —aceptó Dinah, cerrando la puerta—. Está maldiciendo a borbotones y pidiendo comunicación con Whitehall 1212. ¿Cuándo crees que volverá tu amiga, Aubrey?

—Tendrá que llamar a la farmacia de Little Chipping. Nos dimos cuenta de que era domingo sólo cuando oímos tu campana.

—Esa era yo —dijo Dinah—. El señor Tassy es nuestro farmacéutico y vive encima de la tienda, o sea, que no habrá problemas. Han despejado bastante bien la carretera desde aquí hasta Chipping, pero he oído que hay masas de tremendos montones de nieve más allá, según se va a Great Chipping. De manera que no veo cómo vais a llegar hasta el forense o el señor Blandish.

—Si me perdonas —dijo Troy—, creo que voy a hacerle la maleta a mi marido.

—Entonces, ¿cree que vendrá?

—Oh, sí —dijo Troy vagamente—. Claro que irá.

Salió. Cuando se abrió la puerta, oyeron la voz de Alleyn, que decía:

—¡No tengo maldita la cosa! Le daré un telefonazo al farmacéutico local y obtendré algún material de él. ¿Está ahí el doctor Curtís? ¿En el Yard? Bien, déjeme hablar con él. Mejor que descubras... —la puerta cortó el resto de sus observaciones.

—Papá —dijo Dinah—, ¿no sería mejor que le diésemos a Aubrey algo de beber?

—Sí, claro que sí. Perdóneme, muchacho; por supuesto que debe estar agotado. Lo siento mucho. Debe tomarse un vaso de jerez. O...

—Es mejor que te tomes un whisky, Aubrey. Es casi la hora de comer. ¿Por qué no comes mientras esperas? Y, si no puedes esperar a la señora Wynne, al menos podemos mandarle algo al coche. Voy a hacer que se despierten los de la cocina. Hazle pasar al comedor, papá.

Salió corriendo y se encontró con Alleyn en el vestíbulo.

—Lo siento mucho —dijo Alleyn—. Nadie podría desear marcharse menos que yo, pero Blandish está en Great Chipping farfullando no sé qué acerca del depósito de agua de su coche que está estropeado, y un cuento de ventisqueros de dos metros de hondo entre él y nosotros. Va a conseguir un médico y hacer que el equipo de limpieza trabaje, pero, mientras tanto, quiere que me adelante. He telefoneado al infame de mi superior y está completamente de acuerdo. ¡Así se quede ciego! ¿Puede quedarse Troy a terminar su

retrato, como planeamos al principio?

—Por supuesto. Nunca lo perdonaríamos si la distrajera de su pintura. Oiga, es un fastidio, ¿no es cierto?

—Ya lo creo —dijo Alleyn—, por lo que parece es un feo asunto.

—Terrible. Su esposa está arriba.

Corrió al vestidor y encontró a su mujer arrodillada delante de una pequeña maleta.

—Pijamas, batín, las cosas de afeitarse —murmuró Troy—. Supongo que te quedarás allí esta noche, ¿no? ¿Cómo sustituirás todas esas cosas del maletín, jeringas, botellas, polvos y material de hacer moldes?

—Mi querida cosa rara, no lo sé. Por lo menos, tengo una máquina fotográfica, y he telefoneado al farmacéutico de Chipping. La señorita Wynne estaba en la tienda. Le dará algunas cosas para mí..., yodo y todo eso. ¿Puedes prestarme un pincel blanco, cariño? Uno de ésos que usas para acuarela. ¿Y unas tijeras? ¿Y un poco de carboncillo? Para lo demás, tendré que confiar en que Fox[3] y compañía consiga llegar en tren. Están tratando de hallar una ruta. Será un trabajo de detective a pecho descubierto. Un caso para el oficial con recursos.

—Soy muy mala empaquetadora —dijo Troy—. Pero creo que es todo lo que necesitas.

—Querida —dijo su marido, que estaba en el escritorio, proveyéndose de papel de cartas y de algunos sobres—, casi estás capacitada para el papel de mujercita inteligente.

—¡Vete al diablo! —dijo la señora Alleyn, amigablemente.

Se acuclilló al lado de ella, miró el contenido de la maleta, se abstuvo de hacer algunas mejoras en la colocación de las prendas y de decir que no creía probable que necesitara los pijamas.

—¡Admirable! Ahora será mejor que me envuelva en jerseys y sobretodos. Dame un beso y dime que sientes que vaya a atender un condenado caso.

—¿Viste alguna vez un cambio tan grande en alguien como el que aparece en ese medio afectado de Mandrake? —preguntó Troy, mientras buscaba en el guardarropa.

—Se necesita un asesinato para formar a un hombre.

—¿Crees que el informe que ha escrito es de fiar?

—En lo que se refiere a los hechos, yo diría que sí. En lo que se refiere a la interpretación de los hechos, supongo que es un poco errática. Para ser un impresionista simbólico, parece haberse quedado muy firmemente unido a lo convencional. Pero quizá ése es el secreto del drama poético bidimensional. No sabría decírtelo. ¿Eso es un coche?

—Sí.

—Entonces, debo irme. —Besó a su esposa, que estaba frotándose distraídamente la nariz manchada de pintura con el cuello de la blusa. Le miró con un ligero ceño.

—Esto sí que es mala suerte —dijo Alleyn—. ¡Estaban siendo unas vacaciones tan buenas!

—Odio estos casos —contestó Troy.

—No más que yo, bendita seas.

—Por un motivo diferente.

—Lo siento mucho —dijo rápidamente—. Lo sé.

—No, Rorry, no lo sabes. No son exactamente aprensiones, ahora. Me gustaría que el hermano Fox estuviera contigo.

Bajó con él y le vio partir con Mandrake, el sombrero echado sobre el ojo derecho, el cuello de su grueso impermeable subido, la máquina fotográfica colgada al hombro y la maleta en la mano.

—Tiene pinta de ir a pasar unas vacaciones esquiando —dijo Dinah—. No pretendo ser especialmente cruel, pero no se puede negar que un asesinato es bastante emocionante.

—¡Dinah! —exclamó su padre automáticamente.

Oyeron cómo el coche arrancaba sendero arriba.

12. Recapitulación

I

Alleyn se sentó en el asiento de atrás y leyó las notas de Mandrake. Una gran cesta de comida, suministrada por Dinah Copeland, le separaba de James Bewling.

—La abriremos —dijo Chloris Wynne— a la primera interrupción. Si los otros me oyen decir eso, quizá no nos permitirán tener una interrupción para poder pisarnos la comida.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Mandrake.

—¿No sabes nada de los otros? —insistió animadamente—. Son esos que dejan clavos y cristales rotos en la carretera. Te esconden las cosas cuando tienes prisa. Sólo tienen un brazo y una pierna por cabeza, ya sabes. O sea, que se llevan guantes y medias desparejados, y son muy aficionados a las llaves y a las cartas sin responder.

—Por Dios, ¿ahora vienes con fantasías? —preguntó Mandrake. Alleyn creyó reconocer ese dejo de grosería acariciadora que es señal de cortejo entre los miembros de la inteligencia avanzada. No estaba equivocado. La señorita Wynne hizo un pequeño movimiento atildado.

—No finjas no estar interesado en los otros —dijo ella—. Apuesto a que te quitan el capuchón de la estilográfica muy a menudo. —Volvió su cabeza hermosamente arreglada, para mirar a Alleyn. «Oxigenada», pensó éste automáticamente, «pero quizá sea una buena chica».

—¿Alguna vez se meten en Scotland Yard, señor Alleyn? —preguntó.

—¡Cómo no! Creo que son responsables de la mayoría de los anónimos.

—Ajá. El señor Alleyn piensa que no son fantasías. —Vio con cierta aprensión que Mandrake había quitado su mano izquierda del volante y pensó, no por primera vez, en que los asuntos sentimentales tienden a florecer en las circunstancias menos propicias. «Pero ella también está nerviosa», pensó. «Esa vivacidad es puro cuento. Me pregunto en qué medida conocería al muerto».

James Bewling interrumpió sus reflexiones al carraspear sonoramente.

—Perdone, señor —dijo James—. He estado pensando.

—¿Sí? —preguntó Mandrake con recelo—. ¿Qué ocurre, James?

—He estado pensando —repitió James— que, siendo ésta una cosa de muertes y este caballero que se va a meter en ello medio a ciegas como un corderito y como seguro que como oficial tiene unas

ganas terribles de preguntar esto y lo de más allá, he estado pensando que sería conveniente que yo dejara el grupo en Ogg's Corner.

—¿Qué está diciendo, James? —preguntó Chloris—. ¡No puede ir y hundirse en un ventisquero sólo por delicadeza!

—No es lo que parece, señorita. Mi vieja tía, la señorita Francy Bewling, vive en una casita de campo en Ogg's Córner. Tiene noventa y un años y es una vieja tan arisca que estará contenta como unas pascuas de poder atizarme a su anchas hasta que pase el señor Blandish con sus muchachos. Entonces yo les paro y les enseño el mejor camino hasta Highfold.

—Bien, James —dijo Mandrake—, no es mala idea. Por nosotros, no hay problema. Sé cómo ir y nos hemos desbrozado una especie de senda propia. ¿Qué le parece, señor Alleyn?

—Si hay algún riesgo de que Blandish se pierda —dijo Alleyn—, me agradaría mucho saber que está usted allí, Bewling.

—Muy bien, señor; entonces, señores, si les parece, déjenme en la próxima curva. No deje pasar ese senderito tan retorcido que va a Pen Bidding, señor Mandrake, y no tenga miedo de acelerar cuando patine.

Así que le dejaron al lado de la casa de su tía. Le pareció a Alleyn que la señorita Wynne lo vio partir con cierto pesar. Dijo que quizá Mandrake despreciaría a James, pero que había mostrado un tacto y un dominio de sí mismo extraordinarios.

—Debía estar muriéndose por saber algo más del desastre —dijo —, pero ni siquiera llegó a hacer una pregunta alusiva.

—Hablamos con bastante libertad sin que tuviera que molestarse —señaló Mandrake—. A pesar de todo, estoy de acuerdo en que fue amable de su parte. ¿Hay algo que quiera preguntarnos, Alleyn? Puedo arreglármelas a fuerza de una fabulosa concentración para mantener el coche en su camino y la mente más o menos en la conversación.

Alleyn se sacó las notas de Mandrake del bolsillo. Vio cómo el crujir de los papeles hacía que Chloris volviese rápidamente la cabeza. Algo en la posición de los hombros de Mandrake indicaba que él también estaba alerta.

—Si me lo permiten —dijo Alleyn—, me gustaría repasar estas notas con ustedes. Es una suerte para mí que usted decidiera hacer un resumen tan claro y bien ordenado como éste. Estoy seguro de que nos da un esqueleto de lo sucedido lo más completo posible, y eso es inapreciable. Pero, con su ayuda, me gustaría revestir este esqueleto con algo parecido a la carne.

Dijo esto de la forma que Troy llamaba «solemne» y que Chloris y Mandrake oían por primera vez. Ninguno de los dos contestó. Alleyn supo que había conseguido, con un breve discurso, un ambiente de intranquila expectación. Tenía razón. Hasta ese momento el mayor

deseo de Chloris y Mandrake había sido la seguridad de que Alleyn se haría cargo de todo. Y ahora que realmente lo había hecho, con una cierta dureza y un visible cambio de tono, los dos sintieron un pinchazo de helada aprensión. Habían puesto en marcha un proceso que eran incapaces de parar. Aún no se sentían inquietos por ellos mismos, pero instintivamente se aproximaron un poco el uno al otro. Habían complicado a Scotland Yard en el asunto.

—Antes de nada —dijo Alleyn—, me gustaría repasar las notas, poniéndolas en mis propias palabras, para asegurarme completamente de que lo he entendido bien. ¿Querrán interrumpirme si me equivoco? La muerte de este joven, William Compline, ocurrió alrededor de las diez y diez de la pasada noche. Estaba sentado en una habitación que abre a una biblioteca, una pequeña sala de estar y un vestíbulo. Justo antes de descubrirse el cuerpo, la biblioteca estaba ocupada por el anfitrión, el señor Jonathan Royal, Lady Hersey Amblington, la señorita Chloris Wynne, el señor Aubrey Mandrake y el señor Nicholas Compline. La pequeña sala de estar había estado ocupada por el doctor Francis Hart, pero, según su propio testimonio y el del lacayo, Thomas, está claro que el doctor abandonó el cuarto de estar, usted lo llama salita, según veo, al mismo tiempo que Thomas entraba en el vestíbulo con una bandeja que llevaba a la biblioteca. Eso ocurrió algunos minutos después de que Nicholas Compline hubiera dejado a su hermano y se uniera al grupo de la biblioteca y, con toda seguridad, antes de que todos ustedes oyeran a alguien encender la radio en el salón de fumar. La radio se conectó después de que llegaran las bebidas. Todos estaban de acuerdo en que les gustaría oírla y Nicholas Compline abrió la puerta y llamó a su hermano. Un biombo escondía a William, pero Nicholas oyó que alguien cruzaba la habitación y, un instante después, la radio atacó «*Boomps-a-daisy*».

—Así es —dijo Chloris—. Nick dejó la puerta abierta.

—Sí. Soportaron la música de baile y, unos o dos minutos después, salieron las noticias al aire. Más o menos en este momento, el señor Royal fue a asegurarse de que el doctor Hart no estuviera en la salita. Afirma que no entró en ella, pero que vio que no salía luz por debajo de la puerta. Fue a un guardarropa y, sin haber encontrado a nadie en el vestíbulo, regresó antes de que terminaran las noticias.

—Sí.

—De acuerdo. Ahora bien, tengo entendido que no mucho antes se había usado la radio. Por tanto, no es probable que ningún proceso de calentamiento retrasara la música.

—No —dijo Chloris—. Yo pensé en eso, pero parece ser que la radio había estado enchufada todo el tiempo y que no necesitaba calentamiento. Tan pronto como Bill girara el mando del volumen, se pondría a sonar.

—En cualquier caso, en cuanto alguien hiciese girar el mando del volumen —dijo Alleyn—, y alguien debió hacerlo.

—William o su asesino, exactamente —dijo Mandrake.

—Y ya ve —añadió Chloris—, en cuanto lo pedimos, alguien lo hizo girar. Alguien.

—Sí. Y ahora llegamos al curioso episodio del lacayo bailarín. La música viene después de la reentrada de Thomas en el vestíbulo, cuando vio al doctor Hart en las escaleras. Por tanto, parece que Hart no subió el volumen. Y ahora resulta que Thomas, cautivado por los compases de la composición conocida por el nombre de «*Boomps-a-daisy*», sintió el impulso de bailar. Durante el tiempo que duró la música, Thomas, una figura solitaria en el vestíbulo, hizo cabriolas, dio palmadas, se palmeó las rodillas y sacó la popa en una sucesión rítmica. Cuando terminó la música, Thomas también. Dejó el vestíbulo al comenzar el boletín de noticias. Luego tenemos la breve excursión del señor Royal y, por último, minutos después, Lady Hersey Amblington pasó de la biblioteca al salón de fumar y apagó la radio.' Entonces llamó a su primo, el señor Royal, que se unió a ella. Por último, volvió a la biblioteca y le requirió a usted, señor Mandrake. Usted entró en el salón de fumar y halló allí a William Compline, muerto. Más o menos en estos momentos, pisó usted una chincheta que se clavó en la suela de su zapato.

—Sí.

—El instrumento empleado por el agresor —dijo Alleyn, haciendo privadamente una mueca a la frase de jerga oficial— parece haber sido un mere maorí perteneciente a una colección de armas que colgaba de la pared del salón de fumar. ¿Qué pared?

—¿Qué? Oh, a la derecha de la puerta de la biblioteca. Hay un biombo de cuero rojo en la puerta y esa horrible maza estaba justo detrás de él.

—Veo que me ha dado un esquema Utilísimo. ¿Podría señalarme la posición en la pared? Pondré una cruz y usted me dice si es el sitio exacto.

Chloris cogió el papel y se lo enseñó a Mandrake, quien redujo la marcha, le echó un vistazo, asintió con la cabeza y aceleró. James Bewling había conseguido un juego de cadenas en Chipping y las ruedas se agarraban bien a las huellas que había dejado antes.

—Bien —dijo Alleyn—. Durante este tiempo, otros miembros del grupo estuvieron arriba. Se trata de la señora Compline y Madame Lisse, de la que ustedes me dicen que es en realidad la señora de Francis Hart —se detuvo. Ni Chloris ni Mandrake hablaron.

—¿No es cierto?

—Sí —dijo Chloris—. Sí lo es.

—Por lo que sabemos —corroboró Mandrake de mala gana.

—Por lo que sabemos —asintió Alleyn—. En cualquier caso, sabemos que ninguna de ellas pudo bajar mientras estuvo Thomas en el vestíbulo. Si alguna persona que no fuera William Compline encendió la radio, esta persona debió entrar en la habitación después de que Nicholas Compline la abandonara y quedarse en ella hasta que Thomas se fue del vestíbulo. Si, por otra parte, fue William el que encendió la radio, su asesino tuvo que entrar en la habitación después de que Thomas abandonara el vestíbulo y hacer mutis antes de que Lady Hersey entrara con la bebida.

—Esquivando a Jonathan Royal —añadió Mandrake—. No olvide que cruzó dos veces el vestíbulo.

—Oh —dijo Alleyn vagamente—, no lo había olvidado. Ahora, antes de dejar éstos que a mí me parecen los momentos cruciales, me detengo para recordar que la puerta de comunicación entre el salón de fumar y la salita tenía echada la llave por el lado del salón de fumar.

—Sí —dijo Mandrake—. Creo que debía haber dicho, que en el salón de fumar no hay ningún sitio donde alguien pudiera esconderse. El biombo no sirve a causa de la puerta que da a la biblioteca. Creo que no me equivoco al decir que el asesino tiene que haber entrado por la puerta del vestíbulo.

—Eso parece —asintió Alleyn—. Esquivando al lacayo bailarín y al señor Royal.

—Alguien pudo esconderse en el vestíbulo —dijo Chloris de repente—. Habíamos pensado en ello.

—Aún tenemos al lacayo bailarín. Él delimita los períodos durante los cuales le habría sido posible al asesino entrar o salir del salón de fumar.

—Sí —asintió Mandrake—. Thomas continuó con sus payasadas hasta que paró la música y eso nos deja un margen de pocos minutos antes de que Lady Hersey entrara en la habitación. La salita no sirve porque la puerta estaba aún con llave. Eso lo sé.

—¿No parece entonces —dijo Chloris lentamente— que el momento crucial fue cuando el asesino abandono la habitación? Porque, hiciera funcionar o no la radio, sólo pudo salir después de que Thomas abandonara el vestíbulo.

—Un sobresaliente en deducción, señorita Wynne —dijo Alleyn.

—Es una idea macabra —comentó Mandrake repentinamente— pensar en todos nosotros sentados allí y preguntando por las noticias. Y si fue Hart, imagínenselo intentado recuperarse y conectar la radio.

—¡No! —dijo Chloris.

Alleyn había apuntado, con alguna dificultad debida a los bamboleos del coche, unas cuantas notas en el margen. Alzó entonces los ojos y vio a Chloris mirándole con el brazo extendido por el asiento delantero.

—Me gustaría dejar claros en mi mente los movimientos de Lady Hersey. Entró en el salón de fumar con las bebidas, desapareció por el otro lado del biombo, regresó al umbral, dijo algo que no pudieron oír, desapareció de nuevo y llamó al señor Royal, el cual entonces se unió a ella. Por último, volvió a entrar en la biblioteca y le pidió a usted, señor Mandrake, que fuera junto a su anfitrión.

—Así es —Mandrake redujo una marcha e hizo arrastrarse al coche sobre las huellas de su anterior deslizamiento. Chloris inspiró de forma ruidosa.

—Todo va bien —dijo él— esta vez no hay problema.

Pero Alleyn, que la había estado observando, sabía que no era la marcha del coche lo que le había asustado. Le dirigió una mirada y volvió a apartarla rápidamente.

—Lady Hersey —dijo— es una vieja amiga de los Compline. Es enormemente amable y se ha portado de forma maravillosa desde que esto ocurrió. Estaba ayudando al doctor Hart con la señora Compline. No podía estar más apenada y trastornada por todo esto.

Lanzó esas frases un tanto convencionales a ninguna persona en concreto y una extraña pausa las siguió.

—Ah —murmuró Alleyn—, esa es la clase de detalles que ayuda a revestir los huesos mondos de un caso. Espero recoger algunos más mientras seguimos. Estoy yendo para atrás en sus notas, Mandrake, y llego a la trampa en la puerta. Alguien escoge un buda de latón de entre todos los objetos desagradables y lo coloca en lo alto de una puerta, de manera que cuando se abre ésta, no tiene más remedio que caer encima de la persona que la empuje. La habitación es la de Nicholas Compline al igual que el brazo sobre el que el buda cae. Según usted, esta trampa se puso durante una visita que Compline hizo a Madame Lisse. Han hecho una verificación del tiempo con acuerdo a dos relojes, el reloj de pesas al final de las escaleras y el reloj del salón, que marca la misma hora. Según este cálculo, está claro que la trampa se colocó en algún momento entre las siete y media que daban cuando Nicholas Compline salió de su cuarto y un minuto más o menos después de las ocho menos veinte cuando usted le oyó gritar, porque el buda le había golpeado en el brazo. Sugiere que han encontrado coartadas para todo el mundo durante ese tiempo, excepto para el doctor Hart que estaba en el cuarto de baño. Lady Hersey proporciona una coartada a la señora Compline. El señor Royal se la proporciona a usted, Mandrake. ¿Puede corresponder a su gesto?

—Puedo decir que creo que llegó al salón de fumar algún tiempo antes del estruendo.

—¿Diez minutos antes?

—Estoy seguro de que debe haber sido eso. Estuve..., estuvimos hablando. Sí, deben haber sido diez minutos, por lo menos.

—¿No hay manera de que pudiera concretarlo más? Por ejemplo, ¿encendió un cigarrillo cuando entró en la habitación?

—Déjeme pensarlo. No. No, creo que no lo hizo. Pero yo sí. Había olvidado bajarme la pitillera y me estaba sirviendo uno de los suyos cuando entró. Recuerdo eso —Alleyn vio que el cogote se le ponía rojo —, porque me sentí… —se paró y se puso a ajustar el limpiaparabrisas, que en aquel momento no era necesario, de manera algo ostentosa.

—¿Sí?

—¿Qué? Oh, tan sólo me sentí, muy estúpidamente, algo molesto —la voz de Mandrake se fue desvaneciendo y luego dijo bien alto—. No nací con una cucharilla de plata en la boca, señor Alleyn. Hasta hace unos pocos años he vivido en un ambiente de economías extremas, entre gente que esperaba ser invitada antes de fumarse los cigarrillos de otra gente.

—Yo le llamaría a eso una señal de cortesía antes que de penuria —dijo Alleyn. La señorita Wynne le sonrió radiante—. Bien, entonces usted encendió el cigarrillo. ¿Quedaba algo de él cuando oyó chillar a Nicholas Compline?

—Bueno, ¿quedaba? Sí. Sí, recuerdo haberlo echado al fuego antes de subir, pero estaba casi agotado, estoy seguro. Sí, estoy seguro de eso.

—Bueno. Ahora bien, Nicholas Compline responde de la coartada de Madame Lisse y ésa parece sólida como el hierro. William Compline estaba en el salón de fumar escuchando el boletín de noticias. Oyó cómo el señor Royal hablaba con el mayordomo en el vestíbulo, y estaba dispuesta a dar lo esencial del boletín, que no se emite hasta las siete y media.

—Seguro que eso tiene un interés puramente académico —dijo Mandrake—, considerando lo que le ocurrió a William Compline.

—Es probable que tenga toda la razón, pero ya sabe cómo son los policías. El doctor Hart no tiene coartada. Un momento, tengo que contarlos. ¿De quién no tengo coartada? Oh, usted, por ejemplo, señorita Wynne.

—Yo no tengo —dijo Chloris rápidamente—. Estaba en mi cuarto, tenía un baño contiguo y me cambié. Pero no puedo probarlo.

—Oh, bueno —dijo Alleyn—, sería una situación extraña si todo el mundo pudiera probar todo lo que no ha hecho en cada minuto del día. ¿No puede haber intimidad ni siquiera en el cuarto de baño? Eso nos deja a Lady Hersey Amblington.

—Pero ella estaba con la señora Compline —dijo Mandrake—. Nicholas la vio pasar delante de su puerta camino de la habitación de la señora Compline. Lo pone en las notas. Ya hemos visto eso.

—¿De veras? Entonces es que sin duda me he hecho un lío. Lady

Hersey proporciona una coartada a la señora Compline. ¿La señora Compline hace lo mismo por Lady Hersey? Quiero decir, ¿confirmó la señora Compline que Lady Hersey estuvo en su habitación desde las 7,30 hasta la alarma?

—Bueno, ella…, esto, quiero decir que ella no estaba allí cuando hablamos de las coartadas. Lady Hersey la vio más tarde y puede que entonces hablara de ello.

—Pero, en realidad, ¿nadie más le preguntó sobre el asunto a la señora Compline?

—No, pero por supuesto que es lo mismo. Quiero decir que está fuera de toda duda que Lady Hersey…

—Espero que sea así —dijo Alleyn—. Pero comprenderá que por el momento estamos tratando los hechos desnudos, ¿no es así? Y el hecho real, que puede que no tenga ninguna importancia, es que Lady Hersey responde por la señora Compline pero ocurre que la señora Compline no confirma su relato. ¿Es así?

—No puede —dijo Chloris—. Ahora no puede. Quizá nunca.

—Nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento —dijo Alleyn.

II

Hasta entonces el viaje de vuelta no había ofrecido muchas dificultades. El nuevo juego de cadenas respondía bien y Mandrake seguía sus propias rodadas en las que la nieve estaba duramente apisonada y volviendo a helarse. Encontraron ráfagas de nieve intermitentes, pero la lluvia no había pasado de Cloudyfold. Más allá de las colinas, las nubes de tormenta todavía formaban terrazas en el cielo que se prolongaban por las bases con la masa de agua que caía, como si algún pintor olímpico hubiera tirado de ellas con un pincel seco.

A propuesta de Alleyn abrieron la cesta de comida de Dinah. Continuó examinando las notas de Mandrake en un ambiente de jamón y huevos duros, proveyendo a Chloris con comida y a ambos con preguntas.

—Lo más raro de este repugnante asunto —dijo— parece ser su chapuzón en la piscina, Mandrake. Usted dice que el doctor Hart tuvo las mayores oportunidades de llevarlo a cabo sin que lo viesen, y que vio al señor Compline abandonar la ca6a con la capa del señor Royal que es gemela a la de usted, la cual, según parece, es del doctor Hart. Después de asimilar estos toques de fantasía, me entero de que Nicholas Compline le vio por la ventana del pabellón en el que se estaba desvistiendo para chapuzarse en esas aguas decorativas en cumplimiento de una apuesta. Le reconoció e intercambiaron saludos.

Luego viene su chapuzón, al que asistieron los hermanos Compline, el doctor Hart, la señorita Wynne y el señor Royal, en ese orden. De nuevo, la señora Compline, Madame Lisse y Lady Hersey están ausentes. Las dos primeras desayunaban en sus habitaciones. Lady Hersey afirma que estaba en el salón de fumar. Tengo entendido que usted ha leído estas notas, señorita Wynne.

—Sí.

—¿Tiene alguna teoría sobre las pisadas que Mandrake dice haber visto sobre la nieve? Esas pequeñas huellas que conducían desde la casa a lo alto de la terraza y luego regresaban, y que sugieren que la persona que las hizo se quedó un rato en la terraza, en un lugar desde el cual ella (parece que debe haber sido una mujer) tenía una vista completa de la piscina y el pabellón.

—¿Yo? —dijo Chloris—. Qué diablos, he pensado mucho en ello desde que Aubrey me lo contó, pero me temo que no tengo ninguna explicación en absoluto. Puede haber sido una de las doncellas, aunque supongo que no es muy probable.

—¿Percibió esas huellas cuando bajaba?

—No estoy segura. Estuve un momentito en lo alto de la terraza y me fijé en las huellas de Aubrey y en otras grandes (debían ser las de William) y pensé que podía bajar caminando dentro de ellas, ¿entiende? Tengo una cierta sensación de que vi algo con el rabillo del ojo. Me queda algún regusto de haberme imaginado que quizá había alguien más por ahí, pero es demasiado vago para ser de utilidad. Durante el camino de vuelta estaba demasiado preocupada por Aubrey para fijarme.

—¿De verdad? —preguntó Mandrake con un fervor inconfundible. Alleyn se tomó con filosofía un intercambio de frases inaudibles y percibió el aire de satisfacción que caracteriza a las personas que han alcanzado un cierto estado de atracción mutua.

—El salón de fumar da a ese lado de la casa, ¿no? —dijo por fin.

—Sí —asintió Chloris, incómoda— y también los cuartos de invitados de arriba.

—¿Dominan el lago y el pabellón?

—La habitación de Madame Lisse no —intervino Mandrake—. Se lo pregunté a Jonathan y dijo que hay en el terraplén árboles altos de hoja perenne que se interponen. Imagino que también obstaculizan la visión de la señora Compline.

—¿Y ustedes relacionan categóricamente estos tres extraños sucesos?

—Pues... sí —dijo Chloris sin comprender—. Claro que sí. ¿Usted no?

—Desde luego, parece probable —afirmó Alleyn distraídamente.

—Seguro —dijo Mandrake, mordaz—. Sería demasiado fantástico

suponer que ha habido más de una persona que ha estado planeando muertes rebuscadas para Nicholas Compline durante el fin de semana.

—Para Nicholas Compline —repitió Alleyn—. Oh, sí. Lo sería, ¿no?

—Le aseguro que yo no tenía enemigos en Highfold. No había visto antes a ninguno de los invitados.

—Exacto —dijo Alleyn blandamente—. Yendo aún más atrás, llegamos al primer atisbo de problemas; el mensaje, algo infantiloide, en la hoja de Charter, que según usted el doctor Hart entregó a Nicholas Compline junto con otra hoja correctamente rellenada. «Estás avisado. Aléjate». Dice que es impensable que fuera otro el que entregó este papel a Compline.

—No hay ninguna posibilidad. Sencillamente, Nicholas tomó el papel de Hart —dijo Mandrake— y, al mirarlo, encontró el segundo debajo. La explicación de Hart fue que debía haber arrancado dos papeles a la vez. En aquel momento Nicholas no dijo qué ponía en el papel, pero obviamente estaba muy trastornado, y aquella noche, más tarde, le dijo a Jonathan que pensaba que debía irse. Al día siguiente, parece increíble que fuera ayer, intentó efectivamente marcharse y casi se ahoga en un ventisquero.

—Sí. Y eso completa el esqueleto —Alleyn dobló las notas y se las puso en el bolsillo—. Como solían decir en Baker Street: «Dispone usted de los hechos.» Me gustaría tener alguna información acerca de la gente. Dice que, a excepción de su anfitrión, no conocía a nadie con anterioridad. Eso, por supuesto, sin contar a la señorita Wynne.

—No, contándome —dijo Chloris, y añadió con aire de coquetería disimulada—. Aubrey y yo somos completos desconocidos.

—Supongo que no la reconocería si la volviera a encontrar.

Con un suspiro Alleyn vio que Mandrake volvía a retirar la mano del volante. «Se resentirá por cualquier cosa que le diga a ella», pensó Alleyn, «y a ella le encantará su resentimiento. ¡Maldición!» Sin embargo, introdujo el tema de los motivos, que Mandrake había tratado en sus notas con alusiones, suponiendo inconscientemente que al lector le serían casi tan familiares como a él las relaciones de los ocho huéspedes entre ellos y con el anfitrión. En seguida descubrió que aquellos dos estaban totalmente dispuestos a hablar de Madame Lisse y Lady Hersey, de la señora Compline y el doctor Hart y de la furia de William cuando descubrió que Hart era el causante de la desfiguración de la madre. Estaban menos dispuestos a entrar en detalles sobre la enemistad entre Hart y Nicholas, aunque nunca se cansaban de acentuarla. Hart había amenazado a Nicholas. Nicholas había pinchado a Hart hasta que éste perdió el control de sí mismo por completo. Este era el estribillo de la canción. Decían que era debido a las atenciones de Nicholas con Madame Lisse. Cuando Alleyn

preguntó si Nicholas sabía que Madame Lisse era Madame Hart, le contestaron que no se lo habían preguntado y Chloris añadió, con un nuevo tono de voz, que era muy probable. Alleyn dijo suavemente que parecía que Nicholas se había comportado como un tonto.

—Parece haber provocado a Hart todo lo que le dio la gana y, al mismo tiempo, tenerle algo de miedo.

—Pero eso es muy propio de Nicholas —dijo Chloris—. Fue exactamente así. Un niño pequeño pellizcándole la cola a un perro. Ese es Nicholas —Mandrake intervino algo apresuradamente, pero Alleyn le cortó:

—¿Usted conoce bien a Compline, señorita Wynne? —le llevó tanto tiempo contestar que, aunque él estaba seguro de que había oído la pregunta, estaba a punto de repetírsela cuando ella dijo sin volver la cabeza:

—Sí. Muy bien. Estuve prometida a él. Supongo que será mejor que lo oiga todo.

—No sé qué demonios… —comenzó Mandrake. Esta vez fue Chloris quien le interrumpió.

—No tiene nada que ver con ello, ya lo sé, pero pienso que el señor Alleyn preferiría verlo por sí mismo.

—Una conclusión admirable —afirmó Alleyn sin darle importancia, y escuchó sin más comentarios la historia de los dos compromisos. Cuando ella terminó le hizo un discursito diciendo lo que sentía estar obligado a importunarla con preguntas en circunstancias tan trágicas. Nada podía haber sido más incómodo que su manera de recibir esta simple oferta de amabilidad. Su silencio hablaba a las claras de su intranquilidad. Chloris no volvió la cabeza, y, cuando Alleyn sorprendió el rostro de Mandrake en el retrovisor, lo vio escarlata y ceñudo.

—No es necesario que se moleste —dijo Chloris con voz aguda—. No estaba enamorada de William, ¿no lo adivinó? Como ya le he explicado a Aubrey, lo hice de rebote de Nicholas —a pesar suyo, su voz perdió la serenidad y concluyó, temblorosa—. Eso no significa que no lo sienta enormemente. Me gustaba el pobre Bill. Me gustaba muchísimo.

—A mí también me gustaba —dijo Mandrake—. Era un tipo raro, ¿no es cierto? —Chloris asintió con la cabeza y Alleyn pensó que al hacer este poco enfático comentario sobre William Compline, Mandrake había demostrado un certero don de gentes y una cierta delicadeza de entendimiento. Continuó tranquilamente—. Creo que le habría interesado, Alleyn. Era uno de esos tipos que dicen las cosas casi al mismo tiempo que las piensan y, como era curiosamente sencillo, algunas de las cosas que decía resultaban raras y desconcertantes. Era muy similar a su hermano en apariencia. La

forma de su cabeza… —Mandrake dudó un momento y luego continuó, más bien apresuradamente—. Desde atrás, como he explicado en esas notas, era difícil distinguirles. Pero en temperamento no podían haber sido más diferentes.

—¿Y pintaba?

—Sí. No he visto ninguna de sus obras.

—Eran raras —dijo Chloris—. A ti te gustarían, Aubrey. Puede que te vinieran al dedillo, pero la mayoría de la gente pensaba que sus cuadros eran demasiado desconcertantemente malos. Tengo que confesar que siempre me sentía algo cohibida al verlos. Nunca sabía qué decir.

—¿Cómo son? —preguntó Alleyn.

—Bueno, es un poco como si los hubiera hecho un niño, pero no exactamente.

—Oleo muy espeso —dijo Mandrake en voz baja.

—¿Cómo? ¿Es que has visto alguno? —preguntó Chloris, asombrada.

—No. Él me lo dijo. Me lo dijo de una forma singular. Si había algo como aniñado en su forma de pintar, debía venir de él.

—Sí, es verdad —dijo Chloris, y empezaron a hablar de William con toda tranquilidad. Alleyn se preguntaba qué edad tendrían. La señorita Wynne no tendría más de veinte, pensó, y recordó una crítica de uno de los dramas poéticos de Mandrake en la que el autor había sido descrito como «extremadamente joven». Quizá tuviera veintiséis. Estaban fortificados con toda la capacidad de recuperación que la juventud ofrece a una conmoción emocional. En medio de un asesinato y de un intento de suicidio, no sólo se las habían arreglado para comportarse con destreza y buen juicio, sino también para enamorarse el uno del otro. Muy extraño, pensó Alleyn, y escuchó con atención lo que tenían que decir sobre William Compline. Estaban charlando de algo animadamente. Alleyn estaba casi seguro de que se habían olvidado de su presencia. Eso resultó del todo beneficioso. Una sólida figura del muerto, el mayor de los Compline, empezó a tomar forma. Con una seriedad de lechuza, Chloris y Mandrake discutieron la «psicología» del pobre William y llegaron a la conclusión de que los celos inconscientes de Nicholas, la fijación materna, un complejo de inferioridad y un complejo de Edipo particularmente complicado, subyacían en la más insignificante de sus acciones y eran la única causa de su violento estallido contra Hart.

—En realidad —dijo Mandrake—, se trata de los temas del Patito Feo y de Cenicienta. Esos cuentos populares están extraordinariamente bien fundados.

—Y, por supuesto, lo de pintar era simplemente un esfuerzo para zafarse del complejo de inferioridad… esto, según el principio del

agrado-desagrado —añadió Chloris, insegura. Mandrake resaltó que la preferencia de la señora Compline por Nicholas era extremadamente característica, aunque Alleyn no pudo descubrir totalmente' de qué. Sin embargo, obtuvo un claro retrato de dos infelices dominados por el vano, egoísta, y, según los dos expertos de delante, excesivamente sexuado Nicholas. Aún despojada de sus aderezos intelectuales, era una historia suficientemente curiosa. Una frase de Chloris le pareció particularmente reveladora.

—Me habría gustado ser amiga suya —dijo—, pero la pobre me odió desde el principio. Primero porque estaba comprometida con Nick y luego, aún más violentamente, porque, según ella misma se obligó a creer, le di calabazas por William. Creo que ella sabía muy bien que Nick no había sido exactamente un caballerito, pero no se habría permitido creer que Nick hiciera algo que no fuera perfecto. Sencillamente y según su opinión, él debía ser heroico, ya sabe, y sentía un odio fantástico por cualquiera que le hiciera parecer malo.

—¿Supones que sabía algo del *affaire Lisse*? —preguntó Mandrake.

—No lo sé. Quizá él lo mantenía en secreto. Podía ser muy discreto acerca de sus mariposeos cuando le convenía. Pero, incluso si lo sabía, creo que se lo hubiera tomado como una obsesión perfectamente natural por parte de Madame Lisse. En realidad, Nicholas era más bien a sus ojos como unos de esos dioses griegos que se repantingaban en las nubes y decían: «Me gusta esa.»

Alleyn tosió y la señorita Wynne se dio cuenta de su presencia.

—Supongo, dijo, que le parecerá asqueroso que hablemos así de ellos.

—No. Un espectáculo de aflicción excesiva me resultaría mucho más desagradable.

—Sí, ya lo sé. De cualquier manera, es bastante espantoso no poder volver más rápido. Supongo que no podrás acelerar un poco, Aubrey, ¿o sí? Es importantísimo que el doctor Hart reciba esas cosas. Quiero decir que, en cierta forma, todo depende de nosotros.

—Vamos traqueteando todo lo rápido que me atrevo. Allí delante está Pen Gidding. Está haciendo un tiempo mucho mejor. Mira, aún llueve por la zona de Highfold. Si me quedo atascado en Deep Bottom, sólo hay un kilómetro escaso hasta la casa.

—Regreso al horror —dijo Chloris en voz baja.

—No te preocupes, querida —exclamó Mandrake en un susurro—. No te preocupes.

—Hay algo que me da la impresión de ser muy extraño —dijo Alleyn—, y es la propia reunión. ¿Qué fue lo que convenció a su anfitrión para reunir semejante banda de elementos discordantes bajo su techo? ¿O es que él no sabía que estaban «en guerra»?

—Sí —dijo Mandrake—, lo sabía.

—Y entonces, ¿por qué...?

—Lo hizo a propósito. Me lo explicó la noche que llegué. Quería desahogar su frustración estética trabajando con materiales de carne y hueso.

—Dios mío —exclamó Alleyn—, ¡qué increíblemente disparatado!

III

Aquella tarde no sopló el viento en Cloudyfold, pero la lluvia caía implacable. A eso de las dos y media, las habitaciones habían comenzado a adquirir una sigilosa semioscuridad. La casa misma parecía escuchar y esperar, lo mismo que los seres humanos que la habitaban. Dos habitaciones dominaban Highfold. William Compline se hallaba sentado tras las puertas cerradas del salón de fumar, tan rígido como si hubiera sido de hierro, con las manos apoyadas entre los pies y la cabeza fija entre las rodillas. En el cuarto principal de invitados, su madre yacía en la cama. Respiraba muy lentamente y ya apenas respondía a las bofetadas que el doctor Hart daba en la cara estropeada por él veinte años atrás, o cuando aproximaba su rostro al de ella y la llamaba por su nombre, como si estuviera pidiendo entrada a las puertas de su conciencia. También Hersey Amblington llamaba a voces a su vieja amiga. Tres veces había ido Nicholas. Había sido difícil para él obedecer al doctor Hart y llamar a su madre en voz alta. Al principio la voz se le quebró grotescamente y salió un suspiro sollozante. Hart repetía y repetía:

—En voz alta, en voz alta. Para despertarla, ¿entiende? Hay que despertarla.

Y Hersey:

—Si te oye a ti, Nick, puede que lo intente. Tienes que hacerlo, Nick, tienes que hacerlo.

La señora Pouting en su sala de estar, Thomas en el vestíbulo, Caper en la despensa, Madame Lisse en la salita, y Jonathan Royal en las escaleras habían oído el grito de Nicholas llegarles como a través de una pesadilla de silencio.

—¡Madre! ¡Soy Nicholas, madre! —todos habían esperado y escuchado atentamente hasta que se le quebró la voz y calló y una vez más llegó a sus oídos el duro golpear de la lluvia en la casa. Jonathan, desde su puesto en las escaleras, había oído a Nicholas salir de la habitación de su madre y cruzar el relleno. Le había visto pararse en lo alto de la escalera, llevarse las manos entrelazadas a los labios y luego, como si alguien hubiera soltado una cuerda invisible, apoyar bruscamente los brazos en la barandilla y descansar en ellos la cabeza. Jonathan hizo el ademán de ir a subir, pero se detuvo al oír a Nicholas

sollozar ásperamente, y se deslizó escaleras abajo sin que éste le viera. Cruzó el vestíbulo y, después de cavilar un poco, entró en la salita verde.

Un curioso sentimiento de camaradería había brotado entre el doctor Hart y Hersey Amblington. Esta había demostrado ser una enfermera eficaz, que obedecía las órdenes del doctor Hart sin preguntas ni tiquismiquis. Había algunas cosas desagradables que podían intentarse y las habían realizado entre los dos. Hart no había fingido experiencia alguna en envenenamientos de veronal.

—Pero hay que tratarla siguiendo unas normas de sentido común —dijo—. En eso no podemos equivocarnos. Desgraciadamente, no ha habido reacción. No hemos eliminado el veneno. ¡Si al menos volvieran de la farmacia!

—¿Qué hora es ya?

—Casi las dos. Tendrían que haber vuelto.

Se inclinó sobre la cama. Hersey le observó un minuto o dos y dijo:

—¿Me equivoco doctor Hart, o es que hay un cambio?

—No se equivoca. Ahora las pupilas se han contraído. El pulso es de 120. ¿Se da cuenta del color de las uñas, de un rojo oscuro?

—Y la respiración.

—Amenaza algo grave. Vamos a tomarle otra vez la temperatura. Gracias a Dios que esa vieja, Pouting, por lo menos tenía un termómetro.

Hersey le dio el termómetro y volvió junto a la ventana, donde se puso a esperar mirando a través de la lluvia por la terraza, y más abajo, a la piscina. Habían plantado cipreses a intervalos a lo largo de la terraza y uno de ellos ocultaba el otro lado de la piscina y la entrada del pabellón. «No pudo ver cómo Mandrake se zambullía», pensó Hersey, «pero pude verle abandonar la casa y bajar». Miró el armario donde el día anterior había visto un abrigo mojado.

—La temperatura es de 39,2 —dijo Hart—. Ha subido unas décimas. Bueno, tenemos que volver a probar el emético, pero me temo que ya es absolutamente incapaz de tragar.

Hersey volvió a su lado y otra vez se pusieron a trabajar juntos, en vano. Un rato después ella le sugirió que la dejara a su cargo.

—No ha comido nada ni ha descansado desde que le trajeron aquí, hace horas. Puedo llamarle, si hay algún cambio —Hart la miró con aquellos ojos prominentes y dijo:

—¿Y adonde iría, Lady Hersey? ¿A mi habitación? ¿No tendrían que encerrarme de nuevo? Desde que vine a atender a la paciente, creo que ha habido alguien de guardia en las escaleras o en el pasillo. ¿No es así? No, deje que me quede aquí hasta que vuelva el coche. Si han traído un médico, volveré a mi celda.

—Yo no creo que usted matara a William Compline —dijo Hersey, bruscamente.

—¿No? Es usted una mujer sensata. No le maté. Me temo de que no hay duda de que el estado de la paciente es menos satisfactorio. Está más comatosa. Han desaparecido todos los reflejos. ¿Por qué me mira de esa manera, Lady Hersey?

—Su propia situación parece no preocuparle.

—Quiere decir que no tengo miedo —dijo el doctor Hart, que estaba de nuevo inclinado sobre la paciente—. Tiene razón. Lady Hersey, soy un refugiado austríaco y un judío que se ha nacionalizado británico. He desarrollado lo que usted llamaría un buen olfato para la justicia. La justicia austríaca, la nazi y la inglesa. He aprendido cuándo debo estar aterrorizado y cuándo no. Soy una especie de termómetro de medir el terror. En estos momentos estoy completamente normal. No creo que me declaren culpable de un crimen que no cometí.

—¿Usted cree —preguntó Hersey Amblington tras una larga pausa— que detendrán al asesino?

—Creo que sí —enderezó la espalda sin dejar de observar a su paciente.

—Doctor Hart, ¿cree usted saber quién mató a William Compline?

—Oh, sí —dijo Hart, y, por primera vez, la miró directamente—. Sí, creo que lo sé. ¿Desea que le diga su nombre?

—No, no hablemos de ello.

—Estoy de acuerdo —dijo el doctor Hart.

IV

Abajo, en la sala de estar verde, Jonathan Royal escuchaba a Madame Lisse. Un espectador con un gusto por las ironías habría podido encontrar en la escena algo divertido, especialmente si le gustaba la ironía reforzada con un toque macabro. Un fino sentido de lo que era apropiado para la situación había impulsado a Lisse a vestirse de negro, un negro mortecino, de crespón, que enguantaba su figura con destreza. Su aspecto y su olor sugerían cosas muy caras. Había enviado un mensaje a su anfitrión, a través de la señora Pouting, en el que le solicitaba una entrevista. Jonathan, que acababa de ver el colapso de Nicholas Compline en el rellano de la escalera, miraba a su hermosa invitada con un cierto aire cauteloso.

—Es tan amable de su parte el atenderme —dijo Madame Lisse—. Desde que comenzó este terrible asunto, presentí que usted sería quien permanecería más cuerdo en nuestro grupo, el más capaz de controlar los acontecimientos, al que yo instintivamente debía recurrir.

Jonathan se tocó las gafas y dijo que aquello era muy bonito por

su parte. Ella continuó en este tenor por algún tiempo. Sus modales trasmitían, como raramente lo hacen los modales de una inglesa, una especie de conciencia de ser una mujer que trata con un hombre, con una nota de compañerismo. Con cada mirada, aunque circunspecta, halagaba a Jonathan quien, aunque seguía haciendo ruiditos de incomodidad con la garganta y jugueteaba con las gafas, comenzó a mostrar un aspecto lustroso. Sus propios modales empezaron a teñirse de un aire calculador que habría asombrado a su prima Hersey o a Chloris Wynne. Él y Madame Lisse eran corteses el uno con el otro, pero había una insinuación de insolencia en su amabilidad. Comenzó explicando las razones de mantener su matrimonio con Hart en secreto. Había sido idea de ella, dijo. No había querido renunciar a su negocio, que era próspero, pero, por otra parte, el doctor Hart había publicado con su propio nombre, antes de conocerse un libro en el que él desenmascaraba lo que llamaba el «timo del consultorio de belleza».

—El libro tuvo una considerable difusión —dijo—. Habría sido imposible para mí continuar con mi negocio siendo su mujer. Ambos habríamos resultado ridículos. O sea que nos casamos secretamente en Londres y seguimos en alojamientos separados.

—Una situación ambigua —dijo Jonathan con una sonrisita.

—Hasta hace poco ha funcionado muy bien.

—¿Quizá hasta que Nicholas Compline fue trasladado a Great Chipping?

—Hasta entonces —asintió ella. Permanecieron unos momentos en silencio mientras Jonathan la miraba persistentemente desde detrás de aquellos blancos anteojos suyos.

—Ah, bien —continuó Madame Lisse—, eso es. No podía hacer nada. Francis se volvió demencialmente celoso. Nunca debía haber consentido esta visita, pero él adivinó que Nicholas estaba invitado y aceptó. Esperaba que Francis sería sensato y que Nicholas se tranquilizaría. Pero ocurrió que los dos se comportaron como locos. Y luego el hermano y su madre desfigurada quizá... es demasiado horrible. Me echaré la culpa el resto de mi vida. Nunca me recuperaré del horror —Madame Lisse entrelazó con delicadeza las manos—. Nunca.

—¿Para qué desea hablarme?

—Para explicarle mi propia situación. Cuando la noche pasada me enteré de esta tragedia, quedé destrozada. Estuve toda la noche despierta y pensando..., pensando. No en mí misma, comprenda, sino en ese pobre desmañado de William, al parecer asesinado por culpa mía. Eso es lo que la gente dirá. Dirán que Francis le confundió con Nicholas y le mató por culpa mía. ¿No es verdad, señor Roy al?

Ante esta notable colección de datos contradictorios, Jonathan abrió un poco la boca, pero Madame Lisse fijó la mirada en las gafas y

él calló.

—No es verdad —repitió—. No me malinterprete. No puede haber duda acerca de quién dio el golpe. Pero el motivo… ¡el motivo! Usted oyó a ese desgraciado joven proclamar que todo el mundo se enteraría de que fue Francis quien arruinó la belleza de su madre. ¿Por qué intentó matarse ella? Porque sabía que por causa suya Francis Hart había matado a su hijo.

Los labios de Jonathan adoptaron una expresión gazmoña. Madame Lisse se inclinó hacia él.

—Usted es un hombre de mundo —continuó esta sorprendente señora— y entiende a las mujeres. Lo sentí la primera vez que nos conocimos. Sentí un *frisson*. ¿Cómo lo describiría? Estábamos *en rapport*. Uno nunca se equivoca con estas cosas. Hay un instinto —continuó de esta manera durante algún tiempo. Un rato después tenía una de las manos de Jonathan entre las suyas. Las cosas fueron cambiando imperceptiblemente hasta que una de sus manos estuvo entre las de Jonathan. Su voz seguía y seguía. Él debía comprender que ella era la víctima de las pasiones de los hombres. No podía evitarlo. No pudo impedir que Nicholas se enamorara de ella. Su marido la había tratado sumamente mal. Pero el asesinato no tenía nada que ver con ella o Nicholas. Le esperaban días terribles, nunca se recuperaría. Pero, y en ese momento se llevó la mano de Jonathan a la mejilla, él, Jonathan, la protegería. Mantendría su secreto.

—¿Qué secreto? —exclamó Jonathan, alarmado.

El secreto de la chifladura de Nicholas. No había ninguna necesidad de mezclarla a ella en este asunto.

—¡Me pide lo imposible! —soltó Jonathan—. Mi querida señora, aunque yo…

Ella lloró un poco y dijo que era evidente que él no correspondía al profundo, profundo respeto que sentía por él. Se puso realmente seria y le susurró algo al oído. Jonathan cambió de color y balbuceó:

—Si yo pudiera, estaría encantado…, pero está más allá de mis posibilidades —se humedeció los labios—. No sirve de nada. Mandrake lo sabe. Todos lo saben. Es imposible.

Aún la estaba mirando cuando ambos oyeron el ruido de un coche que subía lentamente por la última curva del camino.

13. Investigación

I

Alleyn se fue solo al salón de fumar. Nada más llegar, Mandrake había ido a buscar a Jonathan y había vuelto diciendo que bajaría en uno o dos minutos.

—Mientras tanto —dijo Mandrake— he sido encargado de mostrarle cualquier cosa que quiera ver. Supongo..., quiero decir que tengo las llaves.

Alleyn le dio las gracias, cogió las llaves y entró en el salón de fumar. Descorrió las cortinas. Una luz muy fría descubrió el cuerpo de William Compline. El arma de piedra se hallaba en el suelo, a medio metro del zapato izquierdo de William Compline. El extremo de golpear estaba manchado. Había una correa corta alrededor del estrecho mango. Alleyn había visto meres maoríes en museos neozelandeses y había reflexionado acerca de la eficacia mortal de este arma bellamente formada y equilibrada.

—Es la cosa de piedra —murmuró mientras se inclinaba sobre él— que más se acerca al *kukri* mortal de los gurkas y sólo es posible con ese jade enormemente duro y resistente de Nueva Zelanda. Por supuesto que no habrá huellas, a menos que este experto sea un demente —observó la radio muy de cerca. Era un aparato para toda clase de ondas, fabricado por una marca famosa. Había cinco mandos de baquelita debajo del cuadrante. De izquierda a derecha, los mandos llevaban los rótulos «Tono», «Bajo», «Sintonía», «Banda de Ondas» y «Volumen». Los tornillos que los fijaban estaban metidos en pequeños agujeros. El mando de sintonía, situado encima de los otros, estaba formado por un botón de giro rápido de cuyo centro salía otro botón para obtener una sintonía más precisa. El interruptor principal estaba en el lado que daba a la puerta de la salita. Alleyn se fijó en la posición de la aguja de sintonización y pensó que si necesitaba una comprobación del tiempo, podría obtenerla de la BBC. Se volvió de la radio al escritorio apoyado en la misma pared, entre dos ventanas. Sobre este mueble colgaba una imponente colección de armas: un kris malayo, un boomerang, una daga china y un cuchillo de Java. Los frutos, pensó Alleyn, de alguna gira de Royal por el este de Oceanía. Un espacio vacío en el extremo izquierdo del grupo indicaba la posición del mere, y un trozo de pared sin ensuciar daba un muy claro indicio de su forma. Había estado delante de los ojos de William mientras éste manipulaba los mandos de la radio, colgado directamente encima y detrás del mando de volumen. Esto evocaba un

curioso cuadro. ¿Estaría William tan absorto con la radio que no se dio cuenta de que su agresor cogía el arma del sitio que ocupaba en la pared? Eso apenas era creíble. ¿Había cogido el agresor el arma algún tiempo antes? ¿O William se dio cuenta de que la cogían y no vio motivo para alarmarse? En ese caso el agresor seguramente no pudo ser Hart, ya que la enemistad de William con éste era tan encarnizada que resultaba imposible imaginar que observara semejante movimiento sin que le asaltaran las mayores sospechas. ¿Acaso Hart había retirado el *mere* previamente? ¿Pero cuándo? ¿Antes de que Mandrake hablara con él en la salita? Después no, ya que William estuvo allí con Nicholas, el cual le cerró a Hart la puerta de comunicación en las narices y le echó la llave. Paseó de nuevo su mirada desde el mando del volumen al espacio en la pared y se preguntó de repente si se podía suponer un desconocimiento de la existencia de la radio por parte de Hart. Pero imaginemos que Hart se llevó el mere. No se había presentado a cenar. ¿Lo había cogido mientras los demás estaban cenando? Alleyn se apartó de la pared y se acercó al escritorio, un mueble pequeño con dos cajones, uno de los cuales no estaba del todo cerrado. Lo abrió con la uña. Dentro había algunos pequeños blocs.

—¡Caramba! Hojas de Charter.

Había traído consigo el paquete encargado al farmacéutico por teléfono. Lo abrió y pasó su contenido a su propio maletín. Entre otras cosas contenía dos juegos de pinzas, con las que Alleyn fue cogiendo uno a uno los blocs de Charter y disponiéndolos en el escritorio. Había nueve, la mayoría completos y con sus lapiceritos. En el fondo del cajón encontró algunas gomas de borrar.

—Habrá que dedicarle, sin duda, un poco de triste trabajo. Quizá más tarde.

Y tomándose muchas molestias para no tocar los blocs, los pasó, junto con los lápices, a una caja vacía de efectos de escritorio que había encontrado en otro cajón. Colocó la caja en su maletín. Dejando el escritorio, se acercó a la puerta de la biblioteca. Un biombo de cuero rojo de cuatro hojas se hallaba delante de ésta. Casi tocaba la pared exterior y se metía en ángulo en la habitación hasta una distancia de metro y medio o dos. Alleyn lo rodeó y se encontró ante la puerta misma, que estaba en una esquina de la habitación. El picaporte estaba a su derecha. Lo abrió. Echó un vistazo a la biblioteca y la volvió a cerrar. Al inclinarse a mirar la cerradura percibió un agujero en la pintura blanca de la jamba. Se asemejaba a las señales que suele dejar la descomposición de la madera. El único instrumento del oficio que Alleyn llevaba consigo era su lupa de bolsillo. La sacó, se agachó y miró a través de ella el agujero con los ojos casi cerrados. Lanzó un suspiro malhumorado y se acercó a la chimenea. Por encima

de la repisa, la pared estaba adornada con una antigua caña de pescar con carrete incluido. Bajo ella colgaba una fotografía desvaída con un marco de Oxford. Mostraba a un caballero Victoriano con una inefable planta altanera y un atuendo que sugería que había empezado a disfrazarse de Sherlock Holmes pero que al perder de súbito el interés, se había decidido por ir a pescar. Y, al parecer, con cierto éxito, pues de la mano derecha pendía una enorme trucha lánguida mientras que con la izquierda sostenía una caña… A través de las pantorrillas de este caballero estaba escrita con letras desvaídas de pata de araña la inscripción «Hubert St. John. Worthington Royal, 1900. Dos kilos. Pentelton Reach.» Esta breve pero confusa información se completaba con una vieja etiqueta que colgaba de la vieja caña: «Con esta caña y con este cebo (una mosca de seda) pesqué un pez de dos kilos, arriba de Trott's Bridge en Pentelton Reach. Inicia ahora un retiro honorable. H. St. J. W. Royal, 1900.»

—Bien hecho, H. St. J. W. R. —dijo Alleyn—. ¿Serías tal vez el papá de Jonathan o su abuelito? No es que tenga importancia. Quiero echarle un vistazo a tu carrete.

Estaba claro que alguien más se había interesado por el carrete. Mientras que la caña y el propio carrete habían pasado inadvertidos para las doncellas de Jonathan, la masa de sedal enrollada estaba comparativamente limpia de polvo y, aunque el hilo en su rollo estaba por un lado descolorido y desvaído, el centro y el otro lado estaban limpios y tenían aspecto de nuevos. Alleyn vio que el cabo suelto del sedal que pendía tenía un corte transversal limpio. Cogió este cebo con las pinzas, tiró hasta sacar un buen trozo de sedal, lo cortó con unas tijeritas para las uñas de Troy, que se había metido en el bolsillo antes de partir, y lo colocó en otro sobre. Mandrake era un sujeto observador, pero evidentemente el sedal se le había pasado por alto.

Luego Alleyn examinó la chimenea y, al ver las cenizas apagadas en el hogar, suspiró deseando tener su maletín y su acostumbrado grupo de ayudantes. Había sido una hoguera de leños. Al consumirse no había tocado los troncos de los lados, que se habían partido y mostraban su interior chamuscado. Entre ellos había un montón de ceniza y pedacitos de carbón vegetal. Alleyn se acuclilló y escudriñó con su lupa de bolsillo este montón sin removerlo. A través de su superficie se arrastraba un gusano de cenizas que, aunque roto en algunas partes, formaba, o más bien sugería el diseño de un hilo. Era el fantasma de una sustancia extraña que había sido arrojada al fuego no mucho antes de que se extinguiera.

Alleyn decidió de momento dejar las cenizas y continuó husmeando por la habitación. La puerta que daba a la biblioteca era una cosa maciza, forrada de fieltro y, por el lado de la biblioteca, cubierta de estantes y libros falsos con títulos ideados por algún Royal

juguetón. «Me imagino que la radio tendría que desgañitarse para que la oyeran en la biblioteca», pensó Alleyn. «¡Maldición, me gustaría intentarlo! Aunque es mejor que no lo haga hasta haber fotografiado los mandos y los adornos.»

Con ayuda de su linterna se puso a rastrear el suelo, apretando el pelo de la alfombra con los dedos. No encontró nada que le pareciera interesante. Acabó de examinar la habitación y por último volvió junto al cuerpo de William Compline.

La cámara de Alleyn era un instrumento muy caro. Se la había llevado para tomar nota del trabajo de su esposa a través de sus sucesivas etapas. En ese momento la usaba para fotografiar el cuerpo de William Compline, el trozo de suelo en torno a sus pies, el cráneo, el mere, el aparato de radio, las cenizas de la chimenea y la jamba de la puerta de la biblioteca. «Por si Thompson y Co.», murmuró, «no consiguen llegar esta noche». El sargento de detectives Thompson era su experto en fotografía.

Después de hacer las fotos, se quedó un rato mirando a William. «No creo que supieras nada de ello. La vida de un hombre valdrá bastante poco cuando llegue el verano, pero tú te has metido en tu propia guerra relámpago, y para ti las cosas son diferentes. Tú has convocado a Scotland Yard, muchacho. Has puesto en marcha la majestad de la Ley y para cuando tu asesino se siente en el banquillo, Dios sabe cuántos de tus amigos estarán allí para testificar. Debía haber una moraleja agazapada en algún sitio, pero que me maten si sé cuál es.»

Volvió a poner la sábana, miró una vez más a su alrededor, cerró con llave las dos puertas interiores, recogió sus pertenencias y entró al vestíbulo. Estaba echando la llave a la puerta cuando oyó una especie de gorjeo humano y, al volverse, vio a un caballero gordo y bajo vestido con pantalones holgados de media pierna y con gafas de gruesos cristales.

—Siento muchísimo tenerle esperando —dijo esta persona—. ¿Le ha atendido Mandrake?

—En efecto, y muy bien, gracias.

—Sí. Me dijo que estaba usted aquí —dijo Jonathan—. Le rogué que..., que le diera las llaves de esa horrible habitación. Me..., me siento muy afectado. Estoy avergonzado de mí mismo.

—Una reacción muy natural, señor —contestó Alleyn educadamente—. ¿Podríamos tener una charla en algún sitio?

—¿Eh? Sí, sí, por supuesto. Eee... en el salón, por ejemplo. Por aquí.

—Creo que el señor Mandrake y la señorita Wynne están en el salón. ¿Podría ser en la biblioteca?

Tímidamente, Jonathan aceptó en que fuera allí y a Alleyn le dio

la impresión de que hubiera preferido otro sitio más alejado del salón de fumar. Vio a Jonathan echarle un rápido vistazo a la puerta de comunicación y luego volverse bruscamente hacia el fuego.

—Antes de nada —dijo Alleyn— debo preguntar cómo está le señora Compline —Mandrake le había dicho que la Policía del lugar estaba intentando encontrar un médico—. Mientras tanto, espero...

—Está muy, muy mal —dijo Jonathan—. Por eso razón me ve usted tan afectado. Ella..., creen que va a morir.

II

No era fácil manejar a Jonathan. Estaba a la vez desasosegado y lúgubre y sólo con dificultad consiguió Alleyn sujetarle a los hechos concretos. Durante cinco minutos Alleyn escuchó un recital en el que su cariño a los Compline, su turbación, las sagradas leyes de la hospitalidad y la infamia del doctor Hart se mezclaban extrañamente. Sin embargo, Alleyn se las arregló al final para obligarle a dar respuestas claras a preguntas basadas en las notas de Mandrake. Jonathan le hizo un retrato aceptablemente coherente de sus charlas con Nicholas y resaltó el hecho de que Hart hubiera casi admitido el haberle escrito cartas amenazadoras.

—Y tuvo el descaro en mi casa, Alleyn, en mi casa, de servirse de un juego de todos contra todos... —Alleyn atajó esta queja con una pregunta directa.

—¿Quién está con la señora Compline en este momento?

—¡Hart! —exclamó Jonathan—. Así están las cosas, ya ve. ¡Hart! Sé que es un arreglo de lo más incorrecto, monstruoso, pero, ¿qué podíamos hacer?

—Sólo eso, señor, estoy seguro. ¿Él está solo?

—No, no. Mi prima, Lady Hersey Amblington, que es una auxiliar voluntaria con experiencia, está allí. Hablé con ella al bajar. No entré. Ella salió a la puerta. Están... ee... están haciéndole algo... tengo entendido que usted trajo... pero parece que Hart cree que está casi desahuciada.

—En tal caso —dijo Alleyn— me gustaría ver al doctor Hart tan pronto como sea posible. Inmediatamente, si puede dejar a su paciente.

—No creo que pueda hacerlo precisamente ahora. Hay algo más, señor Alleyn —la mano de Jonathan fue hasta el bolsillo interior de su chaqueta. Extrajo un largo sobre.

—Este sobre contiene la carta que le dejó a Nicholas. Él la ha leído, pero nadie más. Le convencí de que la depositara en este sobre en presencia de mi prima, Hersey Amblington, y de mí mismo. Hemos firmado una declaración en ese sentido en la parte de fuera. Ahora —

dijo Jonathan haciéndole a Alleyn una pequeña reverencia— se lo entrego a usted.

—Ha hecho bien, señor.

—Oh, bueno, soy también juez de paz, y si, como nos tememos, la pobre Sandra no se recupera…

—Sí, claro. Creo que debería ver al señor Compline antes de abrir la carta. Por el momento es más importante que hable con el doctor Hart. Quizá sea mejor que subamos. A lo mejor el doctor Hart puede salir un momento. ¿Quiere conducirme arriba, por favor?

—Pero… ¿es absolutamente necesario?

—Me temo que el estado de la señora Compline lo hace perentorio, señor. ¿Vamos?

Jonathan se tiró del labio inferior, echó una ojeada a Alleyn por encima de las gafas y, por último, se acercó a él.

—Me pongo en sus manos, sin reservas. Vamos.

Le guió hasta arriba. Torcieron a la izquierda y llegaron al ala de invitados. Al final de las escaleras Alleyn se detuvo. Un poco a su derecha, de cara a las escaleras, vio un nicho vacío en la pared y, recordando el plano que Mandrake había trazado al margen de sus notas, reconoció en él el lugar donde antaño se elevara el buda de latón. Luego, las habitaciones de los hombres estarían siguiendo por el pasillo. Recordaba que la de Madame Lisse estaba enfrente de las escaleras y la siguiente puerta a la izquierda era la de la señora Compline. De hecho, Jonathan estaba señalando la puerta de esa habitación, e indicando con abundancia de gestos melindrosos que Alleyn debía esperar donde estaba.

—Sólo un momentito, Alleyn —dijo Jonathan, articulando mucho —. Es mejor… si no le importa… No se sabe…

Se acercó de puntillas a la puerta y llamó muy suavemente mientras miraba a Alleyn con aprensión; se quedó quieto, movió la cabeza y volvió a llamar. Momentos después se abrió la puerta. Alleyn vio a una mujer un tanto alta, con una cabeza bien cuidada y una cara meticulosamente maquillada y que expresaba una gran aflicción. Jonathan susurró algo y la dama miró a Alleyn por encima del hombro masculino.

—Ahora no, Jo —dijo—. Desde luego, no ahora —Jonathan volvió a susurrarle y ella dijo con muestras de irritación—. No hace falta que hablas bajo. La pobrecita no puede oír.

—Lo siento mucho —dijo Alleyn, aproximándose a ellos—, pero me temo que debo ver al doctor Hart lo antes posible.

—No conoces al señor Alleyn, Hersey —dijo Jonathan apresuradamente y de una manera un tanto estrafalaria—. Mi prima, Lady Hersey Amblington…, Alleyn.

—Si aún está… —comenzó Alleyn.

—Ha hecho todo lo posible. Me temo que no tiene ninguna esperanza de que viva. Él ha estado más bien maravilloso, señor Elleyn —exclamó Hersey.

Antes de que Alleyn pudiera replicar a este inesperado elogio o al cloqueo huraño con que Jonathan lo acogió, de repente alguien abrió la puerta de un tirón y apareció un hombre corpulento y pálido en mangas de camisa, arremangado y con la cara reluciente.

—¿Qué significa esto? —inquirió Hart— ¡A ver! Lady Hersey no tiene derecho a estar cotilleando por los umbrales cuando puede que la necesite.

—Lo siento —contestó Hersey mansamente, y desapareció en la habitación.

Hart miró fijamente a Alleyn:

—¿Y bien? —preguntó.

—Soy un oficial de Scotland Yard, doctor Hart. ¿Puedo hablar con usted?

—¿Puede saberse por qué no ha traído un médico? Bueno, bueno, entre aquí, entre.

Y así Alleyn entró en la habitación y muy elegantemente Hart le cerró a Jonathan la puerta en las narices.

III

Habían retirado la cama de la pared y la luz de una enorme ventana incidía directamente sobre la cara de la mujer que yacía en ella. No tenía los ojos cerrados del todo y tampoco la boca, la cual, observó Alleyn, estaba torcida, como si una cuerda invisible tirara de ella hacia abajo.

Tan fuerte era la luz que él, recién llegado del pasillo oscuro, vio la escena como un diseño de blancos brillantes y negros giratorios, y pasó algún tiempo antes de que sus ojos hallaran en las sombras que rodeaban la cama un desorden de avíos para el cuidado de enfermos, que Hersey empezó al momento a limpiar. Alleyn percibió un ritmo lento, profundo y estertoroso, el ruido de la respiración de la paciente.

—¿Está profundamente inconsciente? —preguntó.

—Coma profundo —dijo Hart—. Creo haberle dado todo el tratamiento posible. El señor Mandrake me entregó sus notas, que tengo entendido, proceden de un cirujano de Scotland Yard. Ellas corroboraron mi opinión en lo que se refiere al tratamiento. Me decepcionó muchísimo el que no trajera un médico, no porque piense que pueda hacer algo, sino porque deseo protegerme.

—¿No sirvió de nada el material farmacéutico del pueblo?

—Me permitió completar el tratamiento, pero la situación no ha mejorado. ¿Tiene papel y lápiz? —preguntó el doctor Hart por

sorpresa.

—Sí, tengo —contestó Alleyn llevándose la mano al bolsillo.

—Quiero que anote el tratamiento. Mi situación es peligrosa. Deseo protegerme. Lady Hersey Amblington será testigo de mis afirmaciones. Le he administrado una solución de un gramo por litro de líquido salino y aceite de ricino. Todos los intentos de conseguir la eliminación... No está tomando notas —observó el doctor Hart con acento acusatorio.

—Doctor Hart —dijo Alleyn—, tomaré unas notas exhaustivas dentro de un rato y se le dará oportunidad de hacer declaraciones. Por el momento, me interesa su paciente. ¿Hay la más mínima esperanza de que se recupere?

—Opino que ninguna. Esa es la razón de que...

—Creo entender su posición. Desde que usted la atiende, ¿ha recobrado el sentido en algún momento?

El doctor Hart se bajó las mangas de la camisa y echó una mirada alrededor buscando su chaqueta, de diseño agresivamente rústico. Hersey se la trajo al momento y le ayudó a ponérsela.

Alleyn tuvo tiempo de apreciar cómo el doctor Hart aceptaba inconscientemente esta atención.

—Al principio —dijo— se la podía hacer parpadear abofeteándole la cara. Abrió los ojos dos veces. La última cuando su hijo intentó despertarla. Por lo demás, no ha habido nada.

Hersey hizo un movimiento brusco y Alleyn dijo:

—¿Sí, Lady Hersey? Iba usted a decir algo, ¿verdad?

—Sólo que ella habló una vez. El doctor Hart estaba al otro lado de la habitación y no creo que la oyera.

—¿Cómo? —dijo Hart con dureza—. Tenía que habérmelo contado de inmediato. ¿Cuándo habló la paciente?

—Fue cuando Nicholas estuvo aquí. Recuerda que gritó. Usted se lo ordenó. Y la sacudió. No hubo reacción, había vuelto a cerrar los ojos y usted se echó las manos a la cabeza y se alejo, ¿lo recuerda?

—Claro que lo recuerdo.

—Nicholas se inclinó sobre ella y le puso la mano sobre la mejilla..., la mejilla desfigurada. Lo hizo con bastante suavidad, pero eso pareció despertarla. Abrió los ojos y dijo una sola palabra. El más inaudible de los susurros. No pudo oírla.

—Bueno, bueno, bueno, ¿cuál fue esa palabra? —inquirió Hart—. ¿Por qué no me avisó en seguida? ¿Cuál fue?

—Fue su nombre —hubo una especie de silencio y Hersey añadió —. No volvió a hablar.

—¿Le dio la impresión de que lo dijera con alguna intención?

—Creo..., creo que no. Quizá se dio cuenta de que el doctor Hart la estaba asistiendo —dijo Hersey, y Alleyn pensó: «Eso no te lo crees

ni tú.» Se acercó a la cama donde el doctor Hart se sentó junto a él.

—¿Cuánto tiempo? —murmuró Alleyn.

—Creo que no mucho.

—¿Debería traer a Nicholas? —preguntó Hersey.

—¿Desea volver? —dijo Hart fríamente.

—No lo creo. A no ser... Le prometí que le diría cuándo...

—Creo que no pasará nada por el momento.

—Quizá sea mejor que se lo diga. Está en su habitación. Estaré allí si me necesita.

Alleyn le abrió la puerta. Cuando volvió a la habitación, el doctor Hart estaba inclinado sobre su paciente. Sin volver la cabeza, pero con una voz algo más profunda, dijo:

—Habría dado mucho, habría dado algo que me he esforzado enormemente por conservar si, haciéndolo, hubiera podido salvar a esta mujer. ¿Sabe por qué?

—Creo que a lo mejor puedo adivinarlo.

—Acérquese, inspector. Mire esa cara. Durante muchos años solía soñar con esas desfiguraciones y, de hecho, durante mucho tiempo me dio miedo dormirme, por el temor de que me viniera cierta pesadilla, la pesadilla de volver a representar mi destino, y la escena terrible que siguió al que ella lo descubriera. ¿Por supuesto que ha oído que ella me reconoció y que el hijo mayor, al que mataron, tuvo una reacción violentísima al conocer la historia?

—Me han hecho una relación de ella —manifestó Alleyn sin énfasis.

—Es verdad que fue el doctor Franz Hartz de Viena el que le hizo el desatino. Si hubiera podido salvarle la vida, lo habría tomado como una expiación. Siempre supe —continuó Hart enderezando la espalda y enfrentándose con Alleyn— que algún día volvería a encontrar a esta mujer. No sirve de nada ocultarle estas cosas, inspector. Los otros, esos memos, irán chillando a verle, ansiosos de acusarme. Me he negado a hablar de mi dilema con cualquiera de ellos. Estoy dispuesto a hablar de ello con usted.

Alleyn se dijo, algo divertido, que aquello, viniendo del principal sospechoso, estaba bastante bien. Felicitó al doctor Hart por esta decisión y se apartaron los dos de la cama; se dirigieron a una ventana más alejada, donde el ramo de flores imperecederas de Jonathan, pequeñas momias delgadas como el papel, susurraba todavía en su florero cuidadosamente escogido. Alleyn sacó entonces una libreta de notas de bolsillo.

—Antes de empezar, ¿hay alguna posibilidad de que la señora Compline recupere el conocimiento?

—Yo diría que ni la más remota. Puede haber un cambio. Cuento, y el consejo de su cirujano de Policía confirma mi sospecha, con que

la respiración pueda cambiar. Preferiría quedarme en esta habitación. Realizaremos aquí la entrevista si le parece.

Mientras la luz de la ventana empañada por la lluvia imperceptiblemente se espesaba y se hacía más fría sobre la cara de la paciente del doctor Hart, éste contestó a las preguntas de Alleyn. El policía había tenido relaciones oficiales con extranjeros durante muchos años. Desde el comienzo del nazismo había aprendido a reconocer en muchos de ellos una trágica característica común que era un terror profundamente arraigado a los funcionarios de Policía de paisano. La actitud del doctor Hart le sorprendió muchísimo. Mientras pasaba de una pregunta a otra sintió que, enfrentado a una situación en apariencia extremadamente fea, Hart daba pocas muestras de nerviosismo. Contestaba en seguida pero con algo que sugería impaciencia. Alleyn se cuidó más de lo habitual de hacerle las advertencias oficiales. Hart las escuchó con un aire respetuoso, asintiendo seriamente con la cabeza, pero sin mostrar tendencia alguna a meditar sus respuestas con más cuidado. Si en verdad era inocente, era el testigo ideal, pero, en este caso, su creencia en la propia seguridad era de lo más alarmante. Si era culpable, se trataba en verdad de un tipo frío. Alleyn decidió ponerle un poco más a prueba.

—En resumen, la situación es ésta —dijo—. No puede facilitar ninguna explicación de cómo esta hoja extra de Charter que contenía el aviso llegó hasta el capitán Compline. Ni tiene ninguna teoría acerca de quién empujó al señor Mandrake a la piscina, aunque reconoce que vio cómo el señor Compline se dirigía a la piscina llevando una capa justamente del mismo tipo, ¿correcto?

—Es verdad que no sé quién echó al señor Mandrake a la piscina —dijo Hart lentamente—. En cuanto a la hoja de Charter, sugerí en su momento que podría haber arrancado dos hojas a la vez y que alguien había escrito en la de debajo.

—¿Alguien que hizo letras que recuerdan su propia escritura?

—No he visto la hoja. No sé lo que lleva escrito.

—Tres palabras.

Un rojo mate subió a aquellas macilentas mejillas. Por primera vez, parecía desconcertado. Por primera vez Alleyn vio su tic nervioso aletearle bajo el labio.

—Doctor Hart —dijo Alleyn—, de toda la gente presente en esa habitación, ¿quién tenía más razones para enviar ese mensaje a Nicholas Compline?

—Dos personas tenían razones. Su hermano y yo. Su hermano tenía motivos. ¿No había intentado sus trucos de libertino con la chica, la prometida del hermano?

—¿Y sólo con ella? —Hart guardó silencio—. ¿Es verdad —

preguntó Alleyn— que había escrito a Nicholas Compline oponiéndose a la amistad de éste con su esposa? ¿y amenazando con tomar ciertas medidas si esta amistad continuaba?

—¿Se lo ha dicho él? —inquirió Hart.

—Aún no le he visto, pero si usted escribió tales cartas, no es probable que lo mantenga en secreto.

—No niego haberlas escrito. Niego haber escrito ese absurdo mensaje. Y protesto enérgicamente por la inclusión en este asunto de cosas que sólo me conciernen a mí.

—Si me prueba que no tienen interés, no se harán públicas. Doctor Hart, según usted, no tiene nada que temer y nada que ocultarme. Al mismo tiempo, no niega haber amenazado a Nicholas Compline. Debo decirle que un miembro del grupo me ha hecho un relato muy completo de este fin de semana. Le he advertido que sus declaraciones, si vienen al caso, podrán ser utilizadas en una causa ulterior. Le voy a hacer algunas preguntas y haré todo lo posible para comprobar sus respuestas. Iremos mucho más rápido si usted no pone pegas a mis preguntas y, o bien rehúsa contestarlas, o bien consiente en darme respuestas claras.

Hubo un silencio; luego el doctor Hart dijo apresuradamente:

—Muy bien, muy bien. No trato de estorbar su trabajo. Es sólo que hay una cuestión que me resulta penosísima. Insoportablemente penosa.

—Lo siento. ¿Reconoce que había enemistad entre usted y Compline?

—Protesté por su comportamiento con... mi esposa.

—¿Sabía que era su esposa?

—Yo deseaba decírselo.

—¿Pero no se lo dijo?

—No. Mi esposa no quería que lo hiciera.

—¿Ha reñido con él desde que vino a Highfold?

—Sí. Abiertamente. No he intentado ocultar mi desconfianza en él y mi disgusto. Un hombre que planeara un asesinato, ¿se comportaría de esa forma? ¿No simularía, más bien, ser su amigo?

Alleyn miró aquella cara pálida con su labio que se movía nervioso.

—Si tuviera un control total de sus emociones, no hay duda que lo intentaría.—Hart no halló respuesta a esto.

—¿Se encontró con alguien mientras iba de casa a la piscina?

—No.

—Le he echado un vistazo muy breve a esa parte del jardín. ¿Fue por un sendero que sale a la parte trasera del pabellón?

—Sí.

—¿Qué vio al dar la vuelta al pabellón?

—Oí gritos y vi a William Compline, Nicholas Compline, a la señorita Wynne y al señor Royal que gesticulaban al borde de la piscina.

—Ayer por la noche, cuando subió a vestirse, ¿vio a alguien antes de ir a su habitación?

—A nadie.

—¿Alguna vez ha tocado el buda de latón que hirió a Nicholas Compline?

—Nunca. A no ser... un momento... sí. ¡Por Dios, sí lo he tocado!

—¿Cuándo?

—Fue la primera noche. Subimos a nuestros cuartos. Recuerdo que me quedé atrás porque no quería acompañar a Nicholas Compline, que caminaba un poco más adelante con su hermano. El señor Royal me llamó la atención sobre ese buda. Me pregunto si entendía de arte oriental. Fingí que me interesaba como una excusa para retrasarme. Extendí las manos y lo toqué. Compline hizo alguna observación acerca de la obesidad del buda. Era un insulto para mí. Siempre que podía insultarme lo hacía. Así que lo he tocado.

—Volviendo a la noche pasada, ¿quiere describirme sus movimientos desde que entró en la salita verde hasta que subió por última vez?

Hart lo hizo. Su descripción cuadraba con las notas de Mandrake:

—Sentía que no podía cenar con ellos. Sospechaban de mí. Era una situación inaguantable. Hablé con el señor Royal y me sugirió que me quedara en esa habitación. Cuando, como le he contado, la dejé definitivamente, era la primera vez que salía. Me fui derecho a la habitación. El lacayo me vio.

—¿Estuvo ayer en algún momento en el salón de fumar?

—Creo que no. Esa máquina insufrible estaba allí. Por la mañana me había vuelto loco con ella. Primero un ruido horrible y luego otro y todos ellos disonantes. No puedo soportar la radio. Le tengo fobia. En absoluto entré ayer en esa habitación.

—¿Pero ha estado en ella alguna vez?

—Oh, sí. La primera noche jugamos ese juego de Charter en esa habitación.

—¿Querría describírmela?

—¿Describirla? ¡Pero si usted la ha visto! ¿Por qué he de hacerlo?

—Me gustaría, si le parece, que lo hiciera.

Hart contempló a Alleyn como quien ve a un loco y comenzó un penoso catálogo.

—Si se empeña... Primero está esa detestable radio cerca de la puerta de la salita. Cuando recuerdo la habitación, pienso en la radio, que la hace odiosa. Hay sillas de cuero inglés. Un biombo de cuero rojo. Hay cuadros, creo que de deportistas ingleses. Y fotografías, muy

viejas y desvaídas. Hay una de esas fotografías, de un viejo con un pez, encima de la repisa de la chimenea. Lleva un traje ridículo. También hay una caña de pescar colgada de la pared. ¿No es esto una enorme pérdida de tiempo, inspector?

—¿Usted pesca?

—*¡Gott in Himmel!* ¿Qué importancia tiene que yo pesque o no? No pesco. No sé nada de pesca —Hart miró a Alleyn malhumorado y añadió—: Me perdonará si me enojo. He oído hablar de la eficacia de Scotland Yard. Sin duda hay alguna razón, que no alcanzo a comprender, para esas preguntas acerca de la decoración interior y la pesca. Poco más le puedo decir de la habitación. No presté especial atención a ese lugar.

—¿El color de las paredes?

—Un color claro, indeterminado. Casi blanco.

—¿Y la alfombra?

—No sabría decirle... oscura. Creo que verde. Verde oscuro. Por supuesto, están las tres puertas. A la de la salita Nicholas le echó la llave después de solicitar yo que no usara esa máquina del demonio.

—¿Qué más vio en las paredes?

—¿Qué más? ¡Ah! Las armas, claro está. El señor Royal nos llamó la atención sobre las armas, recuerdo, el viernes por la noche. Fue antes de la cena. Algunos de los hombres estaban en la habitación. Describió los viajes de su padre por los antípodas, donde obtuvo algunas de ellas. Me enseñó...

—¿Sí, doctor Hart?

Hart se quedó quieto con la boca abierta y luego se volvió.

—Acabo de recordarlo —murmuró—. Tomó la maza de piedra de la pared y dijo que era (lo he olvidado) un arma nativa de Polinesia o Nueva Zelanda. Me la dio para que la examinara. Me interesaba. Yo... examiné el arma.

—¿El mere y también el buda? —dijo Alleyn sin un énfasis particular—. Ya veo.

IV

Eran las cuatro menos veinte cuando Alleyn terminó con el doctor Hart. Este hizo otro examen de su paciencia y manifestó que su estado era «menos satisfactorio». La temperatura había subido y la respiración era más acusadamente anormal. A Alleyn le habría complacido escaparse de aquel ritmo de inspiraciones profundas y luego tenues, interrumpido por intervalos terribles de silencio. Hersey Amblington regresó; el doctor Hart dijo que creía que se debía advertir a Nicholas del cambio de su madre y ella fue a buscarle. Obviamente, Hart esperaba que Alleyn se fuera. El doctor Hart le

había dicho que no había posibilidad de que la señora Compline recobrara el conocimiento antes de morir, pero Alleyn sentía que no podía fiarse de tal aseveración. Permanecía de pie en la penumbra al otro lado de la habitación, y Hart no volvió a prestarle atención. Ráfagas de lluvia chocaban susurrantes con las ventanas cerradas y penetraban por las abiertas, de manera que Alleyn sentía su toque en la cara. Una inmensa desolación llenaba el cuarto y seguía llegando desde la cama aquella sucesión de inspiración profunda, inspiración tenue y silencio, y de nuevo inspiración profunda, inspiración tenue. La puerta se abrió. Entraron Hersey Amblington y Nicholas.

Alleyn vio a un joven alto, de uniforme, con el brazo izquierdo en cabestrillo. Se fijó en el cabello de color dorado, en la cara inexpresivamente bien parecida con su bigote rubio y las señales de la disipación indistintamente grabadas, y se preguntó si presentaría normalmente algún vestigio de color. Observó cómo Nicholas se acercaba lentamente a la cama, con la mirada fija y tirándose de la corbata con la mano derecha. Hersey le adelantó una silla y Nicholas se sentó en silencio junto a su madre. Hersey se inclinó sobre la cama. Un momento después Alleyn vio que había sacado la mano de la señora Compline de debajo de las sábanas y la había puesto cerca de Nicholas. Estaba tan fláccida que parecía muerta ya. Nicholas puso su propia mano encima. Este contacto le derrumbó por completo y, con la cara oculta cerca de sus manos unidas, lloró amargamente. Durante varios minutos, Alleyn permaneció en las sombras, oyendo el viento y la lluvia, el sonido de la respiración desacompasada y los profundos sollozos de Nicholas Compline. Luego, el sonido decreció. Hart se acercó a la cabecera de la cama, miró a Hersey e hizo una señal con la cabeza. Ella le había puesto la mano a Nicholas en el hombro, pero, antes de que pudiera levantar la cabeza, Alleyn había salido sigilosamente de la habitación.

El pasillo estaba entonces oscuro y casi chocó con Jonathan Royal, que debía haber estado cerca de la puerta. Jonathan se llevó un dedo a los labios. Uno enfrente del otro, oyeron gritar a Nicholas desde el otro lado de la puerta cerrada:

—¡No la toque! ¡Quítele las manos de encima! ¡De no ser por usted, ella nunca lo habría hecho!

—Dios mío —dijo Jonathan en un susurro—. ¿Qué pasa ahora? ¿Qué le está haciendo?

—Nada que pueda dañarla —dijo Alleyn.

14. Interrogatorio

I

A las cinco, el teléfono de la biblioteca sonó. Contestó Alleyn, que estaba allí. Era una llamada de la Policía para él desde Londres y la recibió con la mayor satisfacción. Yard informaba de que el inspector detective Fox, con un médico y un especialista en huellas dactilares, había salido de Londres a las tres y llegaría a Penfelton por una línea secundaria a las 7,30. La Policía de Chipping había dispuesto un coche para llevarlos a Highfold.

—No sabe lo que me alegra oírlo —manifestó Alleyn efusivamente—. Aquí estoy con un par de cadáveres y siete lunáticos. ¿Sabe qué le ha ocurrido a la gente de Chipping?

—Se quedaron atascados en algún sitio, señor, y tuvieron que regresar caminando. Le habríamos informado antes, pero acaban de arreglar la línea.

—Todo este asunto es estúpido, ¡maldita sea! —dijo Alleyn—. Es como si estuviéramos abandonados en el Polo Sur. De cualquier manera, gracias a Dios que vienen Fox y compañía. ¡Adiós!

Colgó el auricular, echó las manos al aire y volvió a las notas de Mandrake. Este había añadido una especie de resumen expuesto en tablas, a modo de posdata:

	SI EL ASESINO CONFUNDIO A WILLIAM CON NICHOLAS				SI RECONOCIO A WILLIAM	
	Móvil	*Ocasión 1.er intento*	*Ocasión 2.º intento*	*Ocasión 3.er intento*	*Móvil*	*Razones de los otros intentos*
Dr. Hart	Sí	Sí	Sí	¿La trampa de la puerta?	Sí	Realizado contra Nicholas
Nicholas Compline	—	—	—	—	Ninguno	Ninguna
J. Royal	Ninguno	Es posible	Improbable	¿Sí?	Ninguno	Ninguna
Lady Hersey	Ninguno	Sí	¿Sí?	Sí	Ninguno	Ninguna
Sandra C.	Ninguno	Sí	No	Sí	?	Ninguna
Mandrake	Ninguno	¡Sí!	No	No	Ninguno	Ninguna
M. Lisse	Ninguno	Sí	Sí	Sí	?	Ninguna
Chloris Wynne	Ninguno	No	No	No	Ninguno	Ninguna

Alleyn movió la cabeza al ver el último nombre. «Trabajador este señor Mandrake. Pero uno no se puede fiar de él en esto», pensó. «Tenemos una joven a la que Nicholas (el cual la atraía) ha dado calabazas. Tan pronto como se compromete con William, que no la atraía, Nicholas empieza otra vez a emplear triquiñuelas amorosas con ella. Una joven malvada podría desear librarse de William. Una joven desesperada podría desear librarse de Nicholas. ¿Y es del todo

imposible que la señorita Wynne se lanzara escaleras abajo a la piscina antes de su llegada oficial junto con Jonathan? Puede serlo. Tendré que bajar a esa piscina.» Encendió un cigarrillo y contempló tristemente la fila de síes en contra del doctor Hart. «Todo esto es muy bonito, pero ¿cómo diablos preparó una trampa que ni Nicholas ni William percibieron? No es un esfuerzo despreciable por parte del maestro Mandrake. Pero me da que ha cometido un error. Vaya, qué extraño». Y tomando su pluma, tachó con una gruesa cruz una de las anotaciones de Mandrake. Decepcionado, deambuló por la biblioteca y al final se metió con una mueca en el salón de fumar. Se fue derecho a la radio, pasando por detrás del bulto amortajado de la silla. Esta vez no descorrió las cortinas. En su lugar, dio las luces y utilizó su linterna. El aparato de radio estaba sobre un taburete bajo. La luz de la linterna de Alleyn se deslizó por su parte delantera y fue a pararse en el mando de baquelita del volumen, el cual examinó con su lupa. Halló algunas líneas extremadamente borrosas dentro del agujero del tornillo. Había también algunos arañazos superficiales alrededor del agujero que dejaban señales en la película de polvo.

Un murmullito de satisfacción interrumpió la quietud del cuarto. Alleyn sacó un par de pinzas y las introdujo con delicadeza en el agujero del mando de control. Con la cara retorcida por una mueca, manejó las pinzas y por último las retiró. Se acuclilló encima de la alfombra, muy cerca de los pliegues inmóviles de lino blanco que tan perfectamente seguían los relieves de la figura que escondía, que podían haber sugerido a un espectador la horrible idea de que William imitaba a Alleyn y de que llevaba a cabo, debajo de su mortaja, un escrutinio secreto de la alfombra. Alleyn había dejado un sobre encima de la alfombra, sobre cuya superficie dejó caer el diminuto fragmento que había cogido entre sus pinzas. Era apenas más largo que una pestaña. Lo observó con la lupa.

—Escarlata. Pluma. O eso creo. Una pequeña raya verde —dijo Alleyn y, haciendo como que silbaba, selló su hallazgo dentro del sobre.

Luego escudriñó el espacio entre el mando sintonizador grande y el pequeño.

—Ni siquiera una mota de polvo —murmuró—, aunque hay un montón en el agujero del tornillo. Está el botón verdadero que gira, por supuesto. Recuerda a una polea.

Encontró uno o dos arañazos en la superficie del botón sintonizador. Sólo con la lupa podía verse que cada una de esas marcas tenía un inicio más profundo y un final más suave, lo que indicaba que algún objeto de punta muy fina había golpeado de repente la superficie y se había desprendido. Alleyn volvió a examinar la alfombra. Encontró dos o tres marcas debajo de la pared donde el

mere había estado colgado, un poco a la derecha, las cuales se le habían pasado por alto en su primer examen. Se encontraban debajo del pequeño escritorio situado bajo las armas. En este lugar el pelo de la alfombra era denso y estaba protegido. A través de su superficie había una serie de marcas más o menos paralelas a la pared que, examinadas a través del cristal de aumento, parecían las señales de algún objeto agudo que se hubiera deslizado por la superficie del pelo, cortándola. En un lugar encontró un mechón de alfombra que se había separado. Fotografió ese área, le puso una barrera de sillas y regresó a la biblioteca.

Allí encontró un joven lacayo con una bandeja de té.

—¿Es para mí? —preguntó Alleyn.

—Sí, señor. Me mandaron preguntarle si desearía algo más, señor.

—De momento nada, gracias. ¿Es usted Thomas?

—Sí, señor —contestó el criado con una risilla nerviosa.

—Me gustaría charlar con usted —Alleyn se sirvió una taza de té —. ¿Aún le entusiasma «*Boomps-a-daisy*»?

Thomas no contestó. Alleyn levantó la mirada hacia él.

—No quiero volver a oírlo mientras viva, señor —dijo Thomas con vehemencia.

—No tiene por qué lamentar su estallido de energía, ¿sabe? Puede ser muy valioso.

—Perdón, señor —dijo Thomas—, pero no quiero mezclarme en nada desagradable. He inscrito mi nombre, señor, y estoy esperando a que me convoquen. No quiero entrar en el ejército arrastrando nada desagradable.

Alleyn estaba más que familiarizado con esa manera de pensar y tuvo buen cuidado de tranquilizar a Thomas.

—No puede haber nada desagradable en ayudar a la causa de la Justicia y eso es lo que espero que usted pueda hacer. Sólo quiero que me repita una afirmación que ya les ha hecho al señor Royal y al señor Mandrake. Se lo diré de esta manera y espero que reconozca que no se lo podría exponer más francamente. ¿Estaría dispuesto a jurar que durante el intervalo que transcurre desde que usted entra en la biblioteca procedente del vestíbulo hasta que deja de bailar, el doctor Hart no pudo haber entrado en el salón de fumar?

—Sí, señor, lo estaría.

—Habrá reflexionado acerca de ello con cuidado, espero, desde la noche pasada que el señor Royal habló con usted.

—Desde luego, señor. Le he dado vueltas y más vueltas en la cabeza hasta que me parecía no poder pensar en otra cosa. Pero es siempre igual, señor. El doctor Hart estaba cruzando el vestíbulo cuando entré con la bandeja y yo no tardé más de unos segundos en dejarla. Cuando salí él estaba a medio camino de las escaleras.

—¿Había buena luz en las escaleras?

—La suficiente para verle, señor.

—¿No podría haber confundido a Hart con algún otro?

—No, señor, en absoluto, con perdón. Le vi bastante claramente subiendo con las manos a la espalda. Dio la vuelta a la esquina, le vi la cara, que en cierto modo parecía... bueno, es difícil de describir.

—Inténtelo —dijo Alleyn.

—Bueno, señor, como si estuviera muy preocupado. De alguna manera, frenético. Casi obsesionado —añadió Thomas, y dio la impresión de asombrarse de sí mismo—. Me fijé en ello en particular, señor, porque tenía la misma pinta ayer por la mañana mientras paseaba por el jardín.

La taza de Alleyn estaba a mitad de camino hacia sus labios. La dejó cuidadosamente en el plato.

—¿Vio al doctor Hart en el jardín ayer por la mañana? ¿Por dónde?

—Detrás del cobertizo de baño... quiero decir ese pabellón, señor. Habíamos oído lo de la apuesta que el señor William Compline tenía con su hermano, y yo simplemente salí un momento para no perderme la fiesta, señor. Una de las doncellas me buscó las cosquillas para que lo hiciera, si me disculpa la expresión.

—Se la disculpo —dijo Alleyn. Siga, Thomas. Cuénteme exactamente lo que vio.

—Bien, señor, sabía que al señor Caper no le gustaría mucho si lo supiera, así que salí por la puerta del ala este y di la vuelta hasta la fachada por un sendero que hay en la parte inferior del jardín. Sale a alguna distancia del sendero, señor.

—Ya.

—Me escabullí por el sendero, y luego por entre los árboles hasta llegar a la terraza. Estaba justo encima del pabellón, señor. Miré para abajo y ahí estaba ese doctor, con las manos a la espalda, caminando hacia la parte trasera del pabellón. Le había visto salir por la puerta principal antes de dejar la casa, señor. El señor Royal le despidió.

—¿Continuó vigilándole?

—No, señor. No durante mucho tiempo. Ya sabe, mientras le estaba mirando, oí el ruido de un chapuzón y un follón tremendo, y me fui corriendo a un lugar desde donde podía ver la piscina y allí estaba el señor Nicholas echando uno de esos pájaros flotantes y pidiendo socorro a gritos, y el señor Mandrake en la piscina, que casi se ahoga, y el señor William corriendo escaleras abajo con la joven y el señor Royal, que justamente estaba cruzando la terraza. El doctor debe haberse acercado tan rápido como pudo, señor, porque llegó allí justo cuando sacaban al señor Mandrake.

—¿Vio a alguien en la terraza? ¿A alguna señora?

—No, señor.

Thomas aguardó un momento y luego dijo:

—¿Hay algo más, señor?

—Me parece que no, Thomas. Pondré esto por escrito y le pediré que lo firme. Será muy útil para seguir trabajando.

—Gracias, señor —dijo Thomas formalmente, y se retiró.

II

—Doctor Hart —murmuro Alleyn tras larga reflexión—. Ocasión para el primer intento.

Cambió la anotación de las tablas de Mandrake y llamó al timbre. Caper lo atendió, una condescendencia que Alleyn imaginó inspirada seguramente por la curiosidad. Dividía a los mayordomos en dos especies: humanos e inhumanos. Pensó que Caper parecía de los primeros.

—¿Ha llamado, señor?

—Quiero enviarle un mensaje al señor Nicholas Compline. No pretendo molestarle demasiado, pero me gustaría verle si está desocupado.

—Lo preguntaré, señor —dijo Caper. Los mayordomos inhumanos, pensó Alleyn, siempre lo averiguaban.

—Gracias. Antes de irse, me gustaría que me diera su opinión del lacayo.

—¿De Thomas, señor?

—Sí. Supongo que le habrá contado todo lo de sus entrevistas con el señor Royal.

—Las ha mencionado, señor.

—¿Qué opina de él?

Caper bajó el labio superior, depositó la taza y el plato de Alleyn en la bandeja y dio señales de estar meditando.

—No está hecho para el servicio señor —dijo por fin—. Por decirlo de alguna manera, es demasiado fogoso.

—Ah —murmuró Alleyn—. ¿Ha oído lo del «*Boomps-a-daisy*»?

—Sí, señor. Me quedé horrorizado. Pero no es sólo eso, de ningún modo; siempre trama algo. No hay maldad en el muchacho, señor. Es un muchacho agradable, abierto y sincero, pero no el apropiado. Estará mejor en el ejército.

—Sincero —repitió Alleyn.

—Diría que lo es de manera extraordinaria, señor; muy observador y brillante a su modo, también.

—Una recomendación muy útil.

—¿Es todo, señor?

—Aún no —Alleyn esperó un momento y luego miró a Caper

directamente—. ¿Por supuesto, usted sabe por qué estoy aquí?

—Sí, señor.

—No hay duda de que el señor William Compline ha sido asesinado. Así las cosas, está claro que ahora el asesino se está moviendo a sus anchas por la casa. Estoy seguro de que los miembros del personal del señor Royal querrán prestarnos toda la ayuda posible en una situación difícil y es posible que incluso peligrosa.

—Estoy seguro de que todos cumpliremos nuestro deber para con el dueño de la casa, señor —dijo Caper y, aunque ésta no era una respuesta clara, Alleyn decidió considerarla como tal. Con mucha delicadeza, empezó a tantear. Creía que los sirvientes de una casa grande tenían un setenta por ciento de conocimiento práctico de todo lo que ocurría al otro lado de la puerta de tapete verde. Esta extraña coincidencia era, en su opinión, parecida a las comunicaciones secretas entre los prisioneros, y a veces se preguntaba si no se engendraría en los malos días de antaño de la servidumbre doméstica. Registrar esa fuente de información es una de las artes de la investigación policíaca. Alleyn, al que la tarea no hacía demasiada gracia, deseó que estuviera el inspector Fox, que tenía mucha mano izquierda con las criadas. Fox se instalaba cómodamente entre ellas y les hablaba en su propio lenguaje, un trabajo difícil, el cual era inútil que Alleyn emprendiera. Caper le había colocado en la clase de Jonathan, y despreciaría y desconfiaría de cualquier esfuerzo de Alleyn para salir de ella. Se puso a trabajar cautelosamente, al principio con escasos frutos. Caper recordaba haber hablado con el señor Royal en el vestíbulo la tarde anterior, antes de la cena. El señor Royal decidió los vinos que se servirían y le preguntó la hora, ya que se discutió si se dejaría reposar el oporto antes de decantarlo. Eran las ocho menos veinticinco. Más o menos cinco minutos después Caper oyó un gran golpe en algún lugar del piso de arriba, seguido de un grito del señor Nicholas Compline. El señor Royal había ido al salón grande tras dejar a Caper. Alleyn intentó conseguir un relato de la riña entre Hart y Nicholas Compline después de la cena de la noche del viernes. Caper dijo que no había oído nada de ella. Alleyn dio algunos palos de ciego observando a su hombre y al final halló un agujero. A Caper, fiel a su clase, le disgustaban los extranjeros. Algo en la inflexión de la voz cuando se introdujo el nombre de Hart le dio la pista a Alleyn.

—Supongo —dijo Alleyn— que el doctor Hart y Madame Lisse han visitado Highfold a menudo.

—No, señor. Anteriormente, sólo una vez. Hicimos un baile a beneficio de los refugiados polacos y asistieron ambos. Eso fue en diciembre, señor.

—El señor Royal, ¿les ha visitado a ellos?

—Creo que sí, señor. Creo que el señor Royal cenó con la señora Lisse, si es que se llama así esa señora, no mucho después del baile. Tengo entendido que el doctor se hallaba presente en aquella ocasión. Poco después regaló al señor Royal esa prenda, señor.

—¿La capa tirolesa?

—Justamente, señor —dijo Caper después de cerrar los ojos por un segundo.

—Entonces no sería cierto si dijéramos que el personal conocía bien a todo el grupo.

—No, señor. Su Señoría, la señora Compline, y los dos jóvenes caballeros son viejos amigos del señor Royal, y el señor Mandrake nos ha visitado a menudo.

—Entonces, ¿también él es un viejo amigo del señor Royal?

—Tengo entendido que existe entre ellos una relación de negocios, señor —dijo Caper.

Una especie de quintaesencia de esnobismo cubría esta restricción.

—¿No le dio la impresión de que era un grupo curiosamente reunido? —se atrevió a decir Alleyn—. Según el señor Royal, usted ha estado con él desde que era niño. Sinceramente, Caper, ¿ha visto alguna vez alguna reunión de fin de semana parecida a ésta?

—Sinceramente, señor —dijo Caper, sincerándose bruscamente—, no. —Se detuvo un momento y quizá viera en la cara de Alleyn un interés cordial—. Por regla general no menciono los asuntos de casa a los extraños, pero, como usted dice, esto es diferente. Y diré que ni a la señora Pouting ni a mí nos agradaron nunca. Nunca.

—¿Quiénes no les agradaron, Caper?

—Los extranjeros, señor. Y lo que se ha visto desde que vinieron aquí no ha contribuido a que cambiemos de opinión.

Con un cierto disgusto, Alleyn advirtió el agujero y se metió por él.

—Bien, Caper, ¿qué se ha visto? ¿No es mejor que me lo cuente?

Caper se lo contó. Había habido historias acerca del doctor Hart y Madame Lisse, historias que se habían filtrado en Great Chipping. Caper hizo una pequeña digresión para lanzar oscuras alusiones a la Quinta Columna, pero se le recondujo con suavidad a su estribillo. Al parecer, había habido otras historias de visitas del doctor Hart a Madame Lisse a altas horas de la noche, y la señora Pouting había manifestado su opinión de que, si no estaban casados, deberían estarlo. De esto había un paso fácil a Nicholas. Era «del dominio público», dijo Caper, que Nicholas estaba cortejando seriamente a Madame Lisse.

—Si hubiera sido el hermano mayor, le habría aceptado y algunos opinan que, si el pobre señor William hubiera llegado el primero, las

cosas habrían sido diferentes.

Era evidente que Nicholas contaba con la aprobación de los apartamentos de los sirvientes. Caper dijo que siempre les alegraba mucho oír que venía. La impresión que había obtenido de Mandrake y de Chloris Wynne era la de un sujeto vano y superficial, dotado de gran atractivo físico para las mujeres. La impresión obtenida del breve vistazo que él mismo le había echado era la de un joven confundido y turbado por una profunda conmoción emocional. Jonathan, cuando llegó a hablar con sentido, había esbozado un cuadro de un calavera algo pasado de moda. Caper se las arregló para sugerir un impetuoso grande de España. Según él el señor William era el más tranquilo. Algo raro en sus cosas. Pero el señor Nicholas era el mismo con todo el mundo, siempre liberal y amable. Agradaba mucho a la gente de la zona. Alleyn le recondujo a Madame Lisse y pronto descubrió que la señora Pouting y Caper creían que ella se proponía cazar a Nicholas. En opinión de Caper, ése era el origen del problema.

—Si me permite hablar sinceramente, señor, oímos mucho sobre el tema antes de que la señora Lisse viniera. Hubo muchas habladurías.

—¿Y a qué apuntaba todo eso?

—Pues, señor, a que la dama estaba interesada en el doctor Hart hasta que vio llegar algo mejor. La señora Pouting dice...

—Mire —dijo Alleyn—, ¿por qué no le pide a la señora Pouting que venga un momento?

Se mandó a buscar a la señora Pouting y resultó ser una mujer enorme y hábil, con mucha mandíbula y bastante poco labio. Quedó claro con su entrada que los sirvientes habían decidido que el doctor Hart y Madame Lisse eran, a dúo, los responsables de toda la tragedia. Alleyn reconoció formas muy características de la lealtad, el prejuicio y la terquedad. No se debía tocar a Jonathan y a sus íntimos amigos. Los extranjeros les habían engañado y eran sólo unas víctimas. La más leve insinuación de la complicidad de Jonathan fue suficiente para hacer estallar a la señora Pouting. Era una mujer imponente, cuyos modales parecían hacer «frufrú» lo mismo que las faldas, pero Alleyn vio que guardaba en su seno una teoría y pretendía darla a luz.

—Han estado ocurriendo cosas —dijo la señora Pouting— que, si el señor Royal las hubiera oído, habría impedido que algunas personas se quedasen en Highfold. Bajo este mismo techo han estado ocurriendo.

—¿Qué clase de cosas?

—No me siento capaz... —empezó la señora Pouting. Alleyn la interrumpió. Le sugirió si no sería mejor que contase allí, en privado, lo que sabía, en lugar de hacer que se lo sacaran poco a poco en una encuesta judicial. El no utilizaría información no pertinente. La señora

Pouting manifestó entonces que había habido entradas y salidas de la habitación de la señora Lisse. Las doncellas habían hecho descubrimientos. Habían oído al doctor Hart acusarla de toda clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas? —repitió Alleyn con paciencia.

—Es una mujer mala, señor. No hemos oído nada bueno de ella. Ha tratado a Su Señoría de un modo vergonzoso en el asunto del negocio. Puso cizaña entre el señor Nicholas y su novia. Busca el dinero, señor, y no le importa cómo lo consiga. Tengo algunas ideas propias de qué es lo que está en el fondo de todo esto.

—Será mejor que me diga cuáles son esas ideas, señora Pouting.

Caper, intranquilo, hizo un ruido con la garganta. La señora Pouting le miró y dijo:

—Creo que el señor Caper no está del todo de acuerdo conmigo. El señor Caper está por echarle más la culpa a él que a ella, mientras que yo estoy completamente segura de que ella es más que él.

—¿Más qué?

—Si me permite intervenir, señor —dijo Caper—, creo que lo mejor sería que dijéramos todo lo que ronda por nuestras cabezas.

—Igual opino yo —dijo Alleyn sinceramente.

—Gracias, señor. Ayer por la noche, después del accidente del buda de latón, el doctor Hart bajó y se sentó en la pequeña habitación verde, la que da al salón de fumar, señor. Dio la casualidad de que la señora Pouting había ido al salón de fumar a ver si allí estaba todo en su sitio, los floreros llenos de agua, si le habían echado carbón al fuego, y todo eso. La puerta de comunicación no estaba cerrada del todo y...

—Espero que quedará bien entendido —la señora Pouting le quitó la palabra de la boca— que no me había dado cuenta de que hubiera nadie en la salita. Estaba mirando si había polvo en la radio (las doncellas no son tan concienzudas como se podría desear) cuando, totalmente de improviso, oí la voz del doctor Hart que parecía sólo a unos pocos centímetros de distancia: «Que digan lo que quieran; no pueden probar nada»; la voz de la señora Lisse contestó: «¿Estás seguro?». Estaba en una posición realmente muy incómoda —prosiguió la señora Pouting finamente—. Apenas sabía qué hacer. Evidentemente se habían acercado mucho a la puerta. Si les hacía saber que estaba allí, quizá pensarían que había oído más y... bueno, era de verdad muy difícil. Mientras yo vacilaba, comenzaron a hablar otra vez, pero más tranquilos. Oí decir a la señora Lisse: «Si sucediera, yo sabría lo que hacer.» Él dijo: «¿Tendrías el valor?», y ella: «Si me jugara mucho, me atrevería a mucho.» Y luego —añadió la señora Pouting sin poder ocultar por más tiempo su entusiasmo por los valores dramáticos— entonces, señor, casi con admiración, él dijo:

«Demonio, creo que lo harías», y ella contestó: «No se trata de "lo haría", sino de "lo haré".» Entonces se apartaron de la puerta y yo me fui. Pero repito ahora lo que le dije poco después al señor Caper: su voz era la de una asesina.

III

—Bien —exclamó Alleyn después de una pausa—, es una historia muy curiosa, señora Pouting. —Miró a los dos sirvientes, uno tras otro. Mantenían aún la apariencia de respeto contenido—. ¿Cómo lo interpreta usted?

La señora Pouting no contestó, pero levantó un poquito los ojos y su silencio se expresó sin palabras. Alleyn se volvió a Caper.

—Entre la señora Pouting y yo hay pequeñas diferencias —afirmó Caper con el tono exacto de quien ha disfrutado de una afable discusión sobre los méritos contrapuestos de la sopa espesa o aguada —. La señora Pouting, tengo entendido, piensa que el doctor Hart y Madame Lisse son aventureros que estaban colaborando entre ellos para atrapar al señor Nicholas Compline, pero que el doctor Hart se habría puesto celoso y habrían discutido. La señora Pouting cree que Madame Lisse se aprovechó de los dos intentos de Hart en contra del señor Nicholas para matar al señor William y que pareciera que el doctor Hart lo había hecho al confundirlo con su hermano. Por motivos de dinero, señor.

—Extremadamente maquiavélico —dijo Alleyn—. Usted, ¿qué opina?

—Bueno, señor, no sé qué pensar, pero de alguna manera no puedo imaginarme que la señora diera el golpe en realidad.

—Eso —dijo la señora Pouting enérgicamente— es porque usted es un hombre, señor Caper. Creo que reconozco la maldad cuando la veo —añadió.

—Estoy seguro de que sí —dijo Alleyn distraídamente—. ¿Por qué no?

La señora Pouting entrelazó las manos, y con ese simple gesto, se convirtió en un ser humano preocupado.

—Ya sean los dos juntos o ella sola —dijo—, son peligrosos, señor. Sé que son peligrosos. ¡Si me oyeran contarle lo que le he contado! Pero no es que esté preocupada por mí misma, señor, sino por el señor Royal. No ha ocultado lo que piensa. Él dice a todo el mundo que el doctor Hart (aunque de verdad que no sé por qué llaman doctor a ése, que no es más que un enredador de la obra del cielo), que el doctor Hart mató al señor William y que hará que le cuelguen por ello, y los dos están por ahí, libres para propinar otro mazazo.

—No es cierto —dijo Alleyn—. El doctor Hart, a petición propia, vuelve a estar encerrado en su habitación. Dije que vería a continuación al señor Compline, Caper, pero he cambiado de idea. ¿Querría ver si Madame Hart está libre?

—¿Madame Hart? —dijeron ambos a la vez.

—Oh, lo olvidaba. No sabían que son marido y mujer.

—Su mujer —susurró la señora Pouting—, eso demuestra que tengo razón. Quería librarse de él. Quería cazar al heredero de Penfelton. Por eso mató al pobre señor William y, si cuelgan a ese hombre por ello, fíjese en lo que le digo, señor Caper, ella se casará con el señor Nicholas.

Con esta declaración, hecha con énfasis de sibila, la señora Pouting se retiró, arrastrando a Caper tras de sí.

Alleyn tomó unas notas de la conversación, hizo una mueca al producto final y se puso a pensar en casos anteriores, en los que la solución fantástica habría resultado ser la correcta. Una teoría de carambola. A desea librarse de B y C. A asesina a B de tal manera que C es detenido y colgado. «La señora Pouting le atribuye a Madame Lisse el papel de A. Una asesina a gran escala. ¿Qué pinta tiene una asesina a gran escala?»

Un momento más tarde se puso de pie. Madame Lisse había hecho su aparición. Nadie le había dicho a Alleyn que era una mujer notablemente hermosa y, durante unos breves instantes, experimentó una extraña sensación de asombro reverencial. Su primer pensamiento consciente fue que era lo suficientemente encantadora como para provocar una cantidad ilimitada de problemas.

—Me mandó llamar —dijo Madame Lisse.

—Pregunté si podía verla —contestó Alleyn—. ¿Quiere sentarse?

Se sentó. El movimiento fue como una lección de conducta. Realizado reflexivamente, terminaba en la inmovilidad, manteniendo la espalda recta, con las muñecas cruzadas sobre el regazo.

«Me pregunto», pensó Alleyn, «si alguna vez William deseó pintarla». Con aspecto de absoluta tranquilidad, esperó a que él empezara. Él sacó la libreta de notas y se la alisó en la rodilla.

—Antes de nada —dijo—, creo que deberíamos tener su nombre completo.

—Elise Lisse.

—Quiero decir, Madame, su nombre de casada. Tengo entendido que ése debería ser Elise Hart. —Y pensó «¡Caramba! Eso la ha conmovido.» Por un instante, pareció furiosa. Vio endurecerse la encantadora curva de la boca y luego la vio tranquilizarse; después de un silencio, y muy sosegada, respondió:

—Mi nombre de casada. Sí, por supuesto. No me hace gracia usarlo y no se me ocurrió dárselo. Estoy separada de mi marido.

—Ah, sí. ¿Legalmente separada?
—No. Legalmente no.
—Espero que me perdone si le hago preguntas que puedan parecerle sin propósito e impertinentes. No está obligada a responderlas, debo dejar esto totalmente claro. Quizá debería añadir que anotaré cualquier pregunta que usted se niegue a contestar.
Este trozo intransigentemente formal pareció surtir muy poco efecto en Madame Lisse. Dijo «Por supuesto» y se echó un poco hacia adelante. Le llegó una vaharada de su perfume, que reconoció como uno de los caros.
—Está separada de su marido, pero, puesto que asisten a las mismas reuniones, se supone que es un arreglo amistoso.
Hubo un silencio considerable antes de que contestara.
—No del todo. No me hacía gracia aceptar la misma invitación, pero lo hice antes de saber que él estaba invitado.
—¿Los sentimientos de él en ese asunto se parecen mucho a los de usted?
—No sabría decirle. Creo que no.
—¿Quiere decir que no ha discutido con él esta cuestión?
—No me meto a discutir con él si puedo evitarlo. He intentado eludir los encuentros en la medida de lo posible.
Alleyn la observó un momento y luego dijo:
—¿Vino aquí en coche, Madame Lisse?
—Sí.
—¿Con su propio coche?
—No. Mi..., mi marido me trajo. El señor Royal hizo esa desgraciada sugerencia y no me fue fácil negarme.
—¿No lo fue? Yo habría pensado que podía haber hallado una evasiva.
Ella le sorprendió echándose aún más hacia adelante y poniendo la mano en el brazo del sillón. Fue un movimiento rápido e íntimo que la situó muy cerca de él.
—Veo que debo explicárselo.
—Por favor, hágalo —dijo Alleyn.
—Soy una mujer muy desgraciada, señor... no conozco su nombre.
Alleyn le dijo su nombre y ella se las arregló para transmitir con gran delicadeza una insinuación de respeto.
—Señor Alleyn. No sabía... ¡Cuánto lo siento! Por supuesto, he leído acerca de sus maravillosos casos. Estoy segura de que lo entenderá. Será fácil explicárselo y un alivio, un gran alivio para mí —ella rozó su manga con la yema de los dedos.
«Hay más de una manera», pensó Alleyn, «de decir: Queridito, ven que te mate», pero no contestó a Madame Lisse, que un momento

después se lanzó.

—He sido tan terriblemente desgraciada, ¿sabe?, aunque había decidido que no podía seguir viviendo con mi marido, ninguno de los dos podía abandonar Great Chipping. Claro que es una ciudad muy grande, ¿no? Esperaba poder eludir los encuentros, pero él me ha puesto las cosas muy difíciles. Ya entiende lo que quiero decir. Aún siente devoción por mí.

Se detuvo a mirarle. La escena se estaba empezando a desarrollar según la más pura tradición de la novela francesa. Si el asunto hubiera sido menos grave y ella hubiera sido menos bella, a lo mejor le habría parecido cómico, pero tenía un trabajo difícil que hacer allí y hay pocos hombres capaces de divertirse con una belleza arrolladora.

—Me ha perseguido —estaba diciendo—. Me negué a verle, pero él me acechaba. Está loco. Creo que está loco. Me telefoneó y me suplicó que le permitiera traerme a Highfold en su coche. Yo acepté, con la esperanza de hacerle entrar en razón. Pero estuvo todo el camino rogándome que volviera con él. Dije que era imposible y al momento empezó a desvariar en contra de Nicholas Compline. Él y yo nos hemos visto mucho y mi marido se había vuelto locamente celoso de nuestra amistad. Soy una mujer solitaria, señor Alleyn, y el señor Compline ha sido para mí un amigo amable y caballeroso. Me cree, ¿no?

—¿Es verdad —preguntó Alleyn— que hace algún tiempo dio una cena a la que invitó a su marido y al señor Royal, quien, dicho sea de paso, no sabía que el doctor Hart era su marido?

Vio cómo sus ojos se volvían como el pedernal, pero ella apenas vaciló.

—Fue mi único intento de procurar crear una relación amistosa. Esperaba que su mutua compañía les agradara.

«¡Demonios!», pensó Alleyn. «¡Tienes unos nervios de acero!»

—Madame, le voy a hacer una pregunta muy directa. ¿Quién, en su opinión, cometió este asesinato?

Ella juntó las manos sobre el brazo del sillón de Alleyn.

—Tenía la esperanza de que me perdonaría esa pregunta.

—Es mi deber hacerla —dijo Alleyn, solemne.

—Debo negarme a responder. ¿Cómo puedo contestar? Una vez le amé. —Con esa notable afirmación descubrió Alleyn que, si como pensaba la señora Pouting, el doctor Hart y Madame Lisse eran socios en las aventuras, la dama mostraba una presteza muy evidente a traicionar a su compañero cuando lo exigía la necesidad.

—Comprenderá que debo interrogar a todos los componentes del grupo acerca de sus movimientos en tres ocasiones. La primera es cuando tiraron al señor Mandrake a la piscina. ¿Dónde estaba en aquel momento, Madame Lisse?

—En la cama, en mi habitación.

—¿Había alguien más en su habitación?

—Creo que vino una doncella con el desayuno. Recuerdo que fue muy poco después de que ella saliera de la habitación cuando oí voces en la terraza, debajo de mi ventana y no mucho después cuando me contaron lo del accidente.

—Por favor, ¿quién se lo contó?

Esperó un momento y luego se encogió de hombros con mucha delicadeza.

—Fue el señor Compline. Le parecerá extraño que le consintiera la visita, pero en esas cosas he adoptado la costumbre inglesa. Estaba turbado y sentía que debía avisarme.

—¿Avisarla?

—De esa demostración por parte de mi marido.

—Suponga —dijo Alleyn— que le digo que tengo pruebas convincentes de que su marido no fue responsable de este incidente. ¿Qué diría?

Por primera vez pareció asustada y se quedó un momento sin respuesta que darle. Tenía los puños apretados y los brazos rígidos.

—Me temo que no le creería. Es horrible tener que decir tales cosas. Me parece insoportable. Pero una tiene que protegerse a sí misma y a otras personas inocentes.

Alleyn estaba, en cierto modo, empezando a divertirse con Madame Lisse.

—¿Debo entender que el hecho de que el señor Compline le hiciera una visita tan informal era un acontecimiento muy poco corriente?

—Las circunstancias eran extraordinarias.

—¿Eran extraordinarias cuando aquella misma noche volvió a visitarla a las siete y media?

—Por supuesto. Le había pedido que viniera. Estaba muy ansiosa por verle a solas. Por aquel entonces estaba convencida de que mi esposo quería hacerle daño. Mi marido me lo había dicho. —Puede que la expresión de Alleyn fuera algo incrédula, pues ella dijo rápidamente—: Es absolutamente cierto. Dijo que había llegado al límite de su paciencia y que no podía fiarse de sí mismo. Estaba aterrorizada. Advertí al señor Compline y le rogué que tuviera cuidado. Cuando se fue, yo le seguí con la mirada y vi caer esa horrible figura de lo alto de la puerta; tenía la mano casi en la puerta. Chillé y, al mismo tiempo, eso le golpeó en el brazo. Podría haberle matado.

—Sin duda —dijo Alleyn, quien ya se había hecho cargo del buda —. ¿Entonces usted y el señor Compline estuvieron juntos desde que él abandonó su habitación y se dirigió a la de usted hasta que regresó

y sufrió la herida.

—Sí. Él me ha dicho que vino derecho a mi habitación.

—¿Estuvieron juntos —repitió Alleyn lentamente— todo el tiempo?

De nuevo pensó que la había asustado. De nuevo hubo un extraño intervalo antes de que dijera:

—Sí, seguro. Jamás dejé mi habitación hasta que se fue.

—¿Y él?

—¿El? Oh, no; claro que no. Al final tuve que decirle que se fuera.

Alleyn tenía la seguridad de que había algo allí que le había ocultado, pero decidió dejarlo de momento y pasó al asesinato. De nuevo había estado Madame Lisse en su habitación.

—Tenía unos dolores agudos. Sufro de jaqueca y este ataque fue terrible, sin duda causado por la ansiedad nerviosa. Me fui a la cama antes de la cena y permanecí en ella hasta que me informaron de la tragedia.

—¿Quién le informó de la tragedia, Madame?

—Nicholas Compline. Me lo reveló después de habérselo contado a su madre.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Me quedé horrorizada, por supuesto —se volvió a reclinar en su sillón y a él le dio la impresión de que estaba ordenando una serie de frases ensayadas previamente—. Al principio pensé que había sido un error, que había querido matar a Nicholas, pero luego caí en la cuenta de que fueron las amenazas de William de desenmascararle las que le habían llevado a ello. Comprendí que no tenía nada que ver conmigo, nada en absoluto. No hay otra explicación posible.

—¿Cree usted que es imposible que confundieran a William con Nicholas?

—Por supuesto. No eran tan semejantes. Incluso por el cogote. William tenía un trozo de pelo ralo, justo debajo de la coronilla.

—Sí —dijo Alleyn, viendo cómo los labios le temblaban—. Lo tenía.

—Mientras que Nicholas tiene un pelo abundante, color miel. Y la nuca de William... era... —retuvo el aliento; la voz pareció morir en los labios.

—Debe haberle observado muy detenidamente —afirmó Alleyn.

15. Documento

DOCUMENTO
15

I

La entrevista de Alleyn con Nicholas fue un asunto desagradable. Antes de llevar dos minutos juntos, se dio cuenta de que tenía que vérselas con un hombre al límite de su aguante. Nicholas estaba confundido y turbado. Contestó a las preguntas de Alleyn bruscamente y casi al buen tuntún. Incluso cuando abordó de frente la pregunta de la identidad del asesino, simplemente resplandeció un poquito, como un buscapiés húmedo, y se apagó. Alleyn se volvió insistente y Nicholas hizo un esfuerzo para concentrarse, diciendo que Hart debía haberlo hecho escapándose cuando Thomas abandonó el vestíbulo. Cuando Alleyn le preguntó si creía que era un caso de identificación errónea, dijo que sí y habló de modo ininteligible de los dos intentos anteriores.

—Todo el tiempo —dijo— anduvo tras de mí. Al principio pensé que Bill le había sacado de sus casillas hurgando en la radio, pero Mandrake señaló que Hart debía de haber entrado por la puerta del vestíbulo y que, inclinado como estaba Bill hacia delante, su cogote y su guerrera se parecerían a los míos. Y debe haberme oído decirle a Bill que se fuera a la cama.

—¿Cuándo fue eso?

Nicholas se pasó la mano por los ojos y se los apretó con las yemas.

—Dios mío, ¿cuándo fue? No puedo pensar. Fue cuando Hart se puso de mal genio por la radio. Él y Mandrake estaban en la habitación que ellos llaman la salita. Abrió la puerta y armó la del demonio por culpa de la radio. Le cerré la puerta en las narices y Mandrake me aulló que apagara la radio. De repente me harté de todo aquel jaleo. Le dije a mi hermano algo como «Oh, de acuerdo, lo de la radio es imposible. Vete a la cama, Bill». Mandrake y Hart debieron oírme. Bajé el volumen hasta convertirlo en un susurro. No dijimos nada y supongo que pensaría que Bill se había ido. Le oí apagar el interruptor. Sin duda, una cortina de humo para hacernos creer que se había ido.

—¿Eso fue mucho después?

—No lo sé. Oí salir a Mandrake, después de eso.

—¿Usted y su hermano no hablaron en absoluto?

—Sí. Cuando oí (o eso pensé entonces) irse a Hart dijo que ya no había problemas si Bill quería usar la radio. Estaba furioso con Hart, ya sabe. Los dos lo estábamos, pero yo creía que me había estado

poniendo en ridículo. De repente me harté de todo ese asunto. Intenté tranquilizar a Bill. Se puso bastante huraño y rehusó hablarme. Di algunas vueltas por el cuarto y luego salí.

—¿Puede decirme con precisión qué estaba haciendo él cuando usted se fue?

Nicholas se puso muy blanco.

—Estaba sentado junto a la chimenea. No me miró. Simplemente me gruñó algo y yo entré en la biblioteca.

—¿Cerró la puerta? —Alleyn tuvo que repetir la pregunta. Nicholas miraba fijamente sin comprender.

—No recuerdo —dijo por último—. Supongo que sí. Sí, lo hice. Todos se pusieron a preguntarme sobre mi hermano. Si aún estaba furioso con Hart y esas cosas. En cierto modo traté de que se callaran, porque Bill nos estaría oyendo, pero creo que había cerrado la puerta. Lo siento, no estoy seguro de ello. ¿Es importante?

—Me gustaría tener un cuadro exacto ¿sabe? Entonces, ¿está seguro de que la puerta estaba cerrada?

—Creo que sí. Sí. Estoy bastante seguro de que lo estaba.

—¿Recuerda el momento exacto en que el señor Royal salió de la biblioteca?

—¿Cómo demonios iba a recordarlo? —dijo Nicholas con una especie de violencia picajosa—. Él mismo se lo puede decir. ¿Qué significa todo esto? —miró a Alleyn y luego dijo rápidamente—: Mire, si está pensando que Jonathan..., quiero decir que sería demasiado disparatado. ¡Jonathan! Por el amor de Dios, es nuestro mejor amigo. Por Dios, ¿qué pretende usted?

—Nada en absoluto —dijo Alleyn con amabilidad—. Sólo quiero hechos. Siento tener que ser machacón con detalles de este tipo.

—Bueno, todo lo que puedo decirle es que en algún momento, durante el boletín de noticias, Jonathan salió al vestíbulo y volvió en uno o dos minutos.

—¿El biombo de cuero rojo del salón de fumar estaba abierto enfrente de la puerta, como ahora?

—Imagino que sí.

—Ya. Volviendo a la radio, según usted, le bajó el volumen después del estallido por parte de Hart. ¿La miró detenidamente?

—¡Qué demonios voy a mirarla detenidamente! —exclamó Nicholas furioso—. La bajé de volumen. No se escudriña una radio cuando se baja de volumen.

—La bajó —murmuró Alleyn—. No la apagó. La bajó.

—Lo ha cogido. La bajé —dijo Nicholas echándose a reír como un histérico—. La bajé y cinco minutos más tarde alguien la subió un poquito y después Hart asesinó a mi hermano. Lo está haciendo de maravilla, inspector.

Alleyn esperó un momento. Nicholas se había levantado casi a rastras de su sillón y se había dado la vuelta entre la risa y el llanto.

—Lo siento —tartamudeó—. No puedo evitarlo. Él está ahí dentro, asesinado, y mi madre... mi madre. No puedo evitarlo.

—Yo también lo siento —dijo Alleyn—. Todo este insistir en los detalles debe parecer insoportablemente infructuoso, pero le prometo que tiene una finalidad. Ya ve, éste es un asunto policiaco; un caso, si es que se puede digerir la frasecita, de servir a la justicia. En esta causa hay que sacrificar muchas cosas, incluyendo los nervios de los testigos.

—Estoy completamente destrozado —farfulló Nicholas—. No sirvo de nada. Debe ser una conmoción o algo así —su voz se fue apagando, dejando una estela de cosas inaudibles—...no puedo concentrarme... lo suficiente como para volver loco a uno—. Sacó un pañuelo y se retiró a la ventana. Allí se sonó con mucha violencia, retuvo el aliento para dar un suspiro áspero, y miró la lluvia que descargaba en el exterior, dando golpecitos en el alféizar con la mano sana. Alleyn esperó un ratito y, momentos después, Nicholas se volvió y se enfrentó con él.

—De acuerdo —dijo Nicholas—. Siga.

—Casi he terminado. Si lo prefiere, puedo esperar.

—No, no. Por el amor de Dios, termine de una vez.

Alleyn volvió a los episodios de la piscina y el buda y al principio no sacó nada nuevo de Nicholas. Había visto a Mandrake por la ventana del pabellón y se habían saludado. Se había dado la vuelta y continuado la penosa tarea de desvestirse. Había oído el ruido de un chapuzón, pero no miró al instante, pensando que Mandrake podía haber tirado algo al agua. Cuando salió al rescate no vio a nadie más, pero el agresor habría tenido tiempo de esconderse detrás del pabellón. No se había fijado en huella alguna. Cuando Hart entró en escena, ya Nicholas había tirado aquel salvavidas tragicómico a la piscina. En lo que se refería a su escapatoria del buda de latón, había caído tal y como Madame Lisse lo había descrito. Había notado que la puerta ofrecía resistencia y que luego se abrió de pronto. Casi simultáneamente dio un salto atrás e inmediatamente después algo le caía en el antebrazo.

—¡Maldición! Hace daño —dijo Nicholas quejumbroso. No hizo falta mucha persuasión para que enseñase su herida, que era bastante fea. Alleyn dijo que debería vendarle un médico y Nicholas, con un énfasis considerable, contestó que vería a Hart en el infierno antes de dejarle que se acercara a ella.

—¿Madame Lisse le observó mientras caminaba por el pasillo?

Resultó que había vuelto los ojos y la había visto en el umbral. Dijo que a no ser por esta distracción podría haberse apercibido del

buda, pero que no creía que lo habría hecho. Alleyn le hizo las preguntas ya familiares. ¿Había ido derecho a la habitación de Madame después de salir de la suya y habían estado juntos todo el rato?

—Sí, todo el rato —dijo Nicholas. Parecía en extremo intranquilo —. Estuvimos hablando. Quería verme para advertirme sobre él. Espero de verdad que mantendrá su nombre aparte en la medida de lo posible, Alleyn.

Alleyn ignoró esto sin brusquedad.

—¿No oyó nada sospechoso? ¿Ningún ruido fuera, en el pasillo?

—Sí, de hecho, sí. Pensé que había alguien junto a la puerta. Fue un sonido muy débil. En cierto modo lo... percibimos. No se forme una idea equivocada —dijo Nicholas—. Supongo que ha oído de qué manera él le hizo la vida horrible. Ella me lo contó todo—. Alleyn vio por primera vez un vestigio del antiguo descaro de Nicholas. Se acarició el cogote. Había una insinuación de satisfacción en aquel gesto—. No estaba yo para las órdenes de este tipo—, dijo.

—¿Qué hizo usted? —inquirió Alleyn. Nicholas se puso a tartamudear de nuevo y a Alleyn le fue algo difícil descubrir que se había puesto a resguardo detrás de un biombo mientras la señora le echaba un vistazo al pasillo.

—¿Así que en realidad no estuvieron juntos todo el tiempo?

—Lo estuvimos a todos los efectos. Ella estuvo fuera sólo un minuto o algo así. Por supuesto que lo que oímos fue Hart, pasando junto a la puerta con ese condenado ídolo en las manos. Supongo que cuando miró Elise, estaría en mi habitación. Ella le dirá que fue sólo un minuto.

Alleyn no le contó que, al hacerle el relato de su encuentro, Madame Lisse no había hecho alusión a este incidente.

II

Antes de permitir a Nicholas que se fuese, Alleyn le pidió, como se lo había pedido al doctor Hart, que le hiciera una descripción del salón de fumar. Nicholas pareció hallar esta petición sospechosa y dolorosa, y, al principio, sus esfuerzos por describirla resultaron lamentables.

—No sé qué hay en ese horrible lugar. Es sólo una habitación corriente. La ha visto. ¿Para qué necesita pedirme un inventario? —Alleyn, sin embargo, insistió, y Nicholas le dio una lista de objetos, espetándoselos a tirones—. La radio. Esos repugnantes cuchillos. De esos hay siete más la cosa que le mató colgados a la izquierda. Recuerdo que lo miré mientras hablábamos. Había algunas plantas de flores en tiestos, creo. Y una caja con tapa de cristal y objetos

artísticos dentro: medallas, miniaturas y otras cosas. Grabados deportivos y fotografías. Hay un armario con cristalera que guarda porcelana y viejos trofeos deportivos, y un pequeño estante con libros del tipo «Handley Cross» y «Stonehenge». Sillas de cuero y una mesilla con puros y cigarrillos. No consigo acordarme de nada más. ¡Dios mío, cuando pienso en esa habitación sólo veo una cosa y la veré hasta mi último día!

—Me ha dado una información muy útil —dijo Alleyn—. Me ha dicho que, cuando dejó a su hermano, el mere maorí estaba en la pared, en su sitio.

Nicholas le miró apagado.

—No había pensado en él antes. Supongo que lo estaría.

—¿Está totalmente seguro?

Nicholas volvió a pasarse la mano por los ojos.

—¿Seguro? —repitió—. Creía que lo estaba, pero ahora que me lo pregunta no estoy tan seguro. Podría haber estado cuando Bill y yo estuvimos por la mañana en el salón de fumar. ¿De qué estuvimos hablando? Ah, sí. Estuvimos comentando lo de Mandrake y la piscina. Sí, fue por la mañana. Oh, qué diablos, lo siento. No puedo jurar que estuviera allí por la noche. No creo que entonces mirara a la pared. No puedo recordarlo.

—Sólo una cosa más —dijo Alleyn—. Debo decirle que el señor Royal me ha dado la carta que se encontró en la habitación de su madre.

—Pero eso es horrible. Era para mí. En ella no hay nada... no puede... ¿tiene que fiscalizarlo todo? En ella no hay nana que pueda ayudarle.

—Si es así —dijo Alleyn—, no irá más allá de la encuesta. Pero estoy seguro de que comprenderá que debo leerla.

Los labios de Nicholas se habían blanqueado y convertido en una línea malva.

—No la comprenderá. La leerá sin entender. No debí dársela. Debí quemarla.

—Habría cometido un error realmente enorme si lo hubiera hecho —Alleyn se sacó la carta del bolsillo y la puso sobre el escritorio.

—Por el amor de Dios —exclamó Nicholas—, recuerde que cuando la escribió estaba pensando en mí y en lo mucho que la echaría de menos. Se acusa de abandonarme. Por el amor de Dios, recuerde eso.

—Lo recordaré —dijo Alleyn. Dejó la carta a un lado junto con sus otros papeles y le comunicó a Nicholas que no necesitaba retenerle más. Ahora que estaba libre, Nicholas parecía menos deseoso de irse. Se quedó dando vueltas por la biblioteca y mirando a Alleyn tristemente por el rabillo del ojo. Alleyn escribía sus anotaciones y se

preguntaba qué seguiría. Se dio cuenta de que Nicholas le estaba observando.

Siguió un ratito escribiendo sosegadamente, pero al final levantó la vista y encontró, como esperaba, aquellos ojos grises y más bien saltones mirándole.

—¿Qué ocurre, señor Compline? —preguntó Alleyn tranquilamente.

—Oh, nada. Sólo que… me parece que no hay ningún sitio donde ir. Le pone a uno los nervios de punta deambular por la casa. Esta maldita lluvia apestosa y todo lo demás. Iba… iba a preguntarle dónde está.

—¿El doctor Hart?

—Sí.

—Por el momento, y a petición propia, está encerrado.

—Mientras siga encerrado. Mandrake y Hersey parecen embobados con él. ¡Porque asistió a mi madre! Dios mío, ella estuvo a su merced. ¡Hart! El hombre que arruinó su belleza y que acababa de asesinar a su hijo. ¡No fue delicioso! ¡A saber lo que estuvo haciendo!

—Por lo que Lady Hersey me ha contado, el tratamiento fue exactamente el mismo que prescribió el médico con el que hablé. Estoy seguro de que no hay razón para que se atormente pensando que cualquier otro tratamiento hubiera variado en absoluto las cosas.

—¿Por qué no llegó antes Mandrake? Necesitaban con urgencia las cosas de la farmacia, ¿no? ¡¿Qué demonios hacía?! Casi cuatro horas para recorrer cien kilómetros. ¡Mi madre muriéndose y lo único que son capaces de hacer es enviar a un puñetero inválido intelectualoide con un nombre falso!

—¡Un nombre falso! —exclamó Mandrake.

—Sí. ¿Jonathan no se lo contó? Me lo contó a mí. Es tan vulgar como la basura, ese señor Aubrey Mandrake, y su nombre es Footling. Jonathan me incitó a tomarle el pelo por ello y desde entonces me tiene inquina.

Se abrió la puerta y se asomó Aubrey Mandrake.

—Lo siento. No sabía que estuvieran aún ocupados.

—Creo que hemos terminado —dijo Alleyn—. Muchísimas gracias, señor Compline. Entre, señor Mandrake.

III

—He entrado solamente —dijo Mandrake— a decirle que Lady Hersey ya está libre, si es que desea verla. Me pidió que se lo transmitiera.

—Me complacerá verla dentro de uno o dos minutos. Tan sólo quiero ordenar de alguna forma mis notas. Supongo que no sabe

taquigrafía, ¿o sí?

—¡Cielo Santo, no! —exclamó Mandrake lánguidamente—. ¡Qué insinuación tan ofensiva!

—Ojalá supiera yo. No importa; he estado repasando sus notas. Me son de la mayor ayuda. No las ha firmado y, si no le importa, le pediría que lo hiciera.

—Claro que no me importa —dijo Mandrake, intranquilo—, pero debe tener en cuenta que están basadas en cosas cogidas de oídas tanto como en mi propia observación.

—Creo que ha dejado eso bastante claro, Tome.

Le dio su pluma a Mandrake y le alisó las notas. La firma era una cosa elegante, con el palo de la «y» enormemente alargado y echado para delante con el fin de formar la pierna de la «M» de Mandrake. Alleyn la secó con cuidado y la observó.

—¿Es su firma legal? —dijo mientras doblaba las notas.

Cuando Mandrake contestó, su voz tenía un tono sorprendentemente feroz.

—Ha estado hablando con el afligido Nicholas, por supuesto. Parece que incluso en medio de su pena ha encontrado tiempo para uno de sus chistecillos.

—Este es un estado que puede desembocar fácilmente en una crisis nerviosa. Está tirando cosas de manera ciega y más bien estúpida. Es comprensible.

—Supongo que le habrá contado el episodio de la cena acerca de mi nombre.

—No. ¿Cuál fue el incidente de la cena?

Mandrake se lo contó.

—Es demasiado insignificante y estúpido, claro está —terminó presuroso—. Fue imbécil por mi parte dejar que me afectara, pero da la casualidad de que me opongo bastante enérgicamente a este saludable humor típico de colegio privado. Quizá porque yo no fui a un colegio privado.

Antes de que Alleyn pudiera responder, prosiguió desafiante:

—Y ahora, por supuesto, ya puede clasificarme. Soy el tipo de esnob vuelto del revés que no acaba de arreglárselas para adoptar una conducta indiferente respecto a su pasado. Y hablo mucho, demasiado, de mí mismo.

—Hubiera asegurado —dijo Alleyn— que lo había desahogado todo escribiendo. Pero claro que yo no soy un psicólogo. En cuanto a su nombre, se ha entretenido cambiándoselo y lo único que quiero saber es si lo ha hecho de forma oficial o si tengo que pedirle otra firma.

—No lo he hecho, pero lo haré. «El siguiente testigo fue Stanley Footling, más conocido por Aubrey Mandrake». Será divertido cuando

aparezca en los periódicos, ¿no?

—Para cuando el juicio tenga lugar, los periódicos no tendrán mucho espacio para toques de fantasía, creo —dijo Alleyn—. Si no le importa que aluda a ello, me parece que su fantasma privado quedará olvidado en la confusión de lo que probablemente llamaremos «realismo extremado». Y ahora firme con su nombre como un buen chico y no le importe que sea divertido. Tengo un montonazo de cosas que hacer.

—Cuánta razón tiene, inspector —dijo Mandrake con una sonrisa irónica, y volvió a firmar sus notas—. A pesar de todo, habría matado a Nicholas —retuvo el aliento—. ¡Cuántas veces se usa esa frase! Se lo ruego, no sospeche de mí. Lo habría hecho pero no lo hice. Ni siquiera asesiné al pobre William. Me gustaba el pobre William. ¿Traigo a Lady Hersey?

—Sí, por favor —pidió Alleyn.

IV

Aparte de los motivos Lady Hersey era sobre el papel la más probable sospechosa. Había tenido ocasión de llevar a cabo los dos intentos, si es que habían sido intentos, y también el propio asesinato. Durante aquel largo viaje en coche, los pensamientos de Alleyn habían estado volviéndose hacia esta desconocida, viendo en ella a un personaje que podía ser teóricamente la clave de un dibujo complicado. En todas las investigaciones policiales hay un personaje parecido y algunas veces, aunque no siempre, es el mismísimo criminal. Aunque en las entrevistas nadie había revelado la menor sombra de un motivo en Lady Hersey, tendía aún a pensar que ocupaba una posición clave. Era el eslabón común entre los Compline, Jonathan Royal y los dos Hart.

—La única persona que pudo hacerlo —murmuró Alleyn— y la única que no tenía por qué.

Esta era una afirmación inexacta, pero le alivió. El caso estaba discurriendo por cauces que a Alleyn le resultaban demasiado familiares. Albergaba ya escasas dudas de la identidad del asesino de William Compline, pero tenía asimismo muy pocas pruebas sólidas para apoyar su teoría o justificar una detención. Las más finas mentes de Scotland Yard rara vez despachaban con una sonrisa el método de la «*reductio ad absurdum*», aunque puede hacer dar saltos de alegría a un abogado defensor. Alleyn sabía que un asesino chapucero puede causar más problemas que uno inteligente. «Y el asesino de William Compline es un chapucero como no ha habido otro», pensó. Estaba dando vueltas a la carta de la señora Compline a su hijo, cuando oyó la voz de Hersey en las escaleras. Vaciló, volvió a meter la carta en el

bolsillo y sacó el trozo de sedal que le había cortado al carrete del salón de fumar. Cuando Hersey Amblington entró, estaba dando vueltas al sedal entre sus largos dedos y, cuando se levantó para saludarla, lo dejó colgar bien visible de sus manos.

—Siento haberle tenido esperando, señor Alleyn. Había cosas que hacer arriba y nadie más para hacerlas.

Le acercó una silla. Ella se sentó cansina y lentamente, reclinando la cabeza sobre el respaldo. Una sucesión de finas líneas apareció alrededor de la boca y los ojos. Las manos revelaban agotamiento.

—Si me va a pedir que me provea de tres bonitas coartadas —dijo Hersey—, es mejor que sepa ya de entrada que no puedo. Me parece recordar haber leído en alguna parte que eso me convierte en inocente y por Dios que espero que sea cierto.

—Tengo entendido que lo dice la más pura tradición de la novela de detectives —respondió Alleyn con una sonrisa.

—Eso no es muy reconfortante. ¿Se me permite fumar?

Alleyn le alargó la pitillera y le encendió un cigarrillo, dejando caer mientras lo hacía el trozo de sedal sobre su muñeca. Se disculpó y se lo guardó en la palma de la mano.

—¿Eso es una pista o algo así? —preguntó Hersey—. Parece sedal.

—¿Usted pesca, Lady Hersey?

—Solía hacerlo. El padre de Jonathan me enseñó cuando era una chiquilla. Es ese viejo individuo de la fotografía que hay en esa horrible habitación de al lado.

—¿Hubert St. John Worthington Royal; que pescó un ejemplar de dos kilos en Pen-Felton Reach?

—Si no estuviera tan cansada me quedaría extasiada ante sus dotes de observador. Ese es nuestro hombre. Y la caña de la pared era la suya. Ahora que lo pienso, esa cuerda que tiene se parecía muchísimo a su sedal.

Alleyn abrió la mano. Sin mover ni la cabeza ni la mano, ella la miró lánguidamente.

—Sí, el mismo. Ha estado enrollado en el carrete del extremo de la caña durante años —miró a Alleyn a la cara—. Esto quiere decir algo, ¿no? ¿Qué es?

—Quiere decir mucho —dijo Alleyn lentamente—. Lady Hersey, sin forzarse la memoria, ¿quiere intentar recordar cuándo vio el sedal en su posición habitual por última vez?

—El viernes por la noche —contestó Hersey al instante—. Tenía una mosca arrugada por los años. Recuerdo haberlo mirado mientras intentaba colocar una letra en ese sucio juego de salón de Jonathan. Era el aparejo con el que atrapó el famoso ejemplar de casi dos kilos. Al menos, es lo que siempre nos contaban.

—¿Entró usted en el salón de fumar la noche pasada, un poco antes de la tragedia cuando aún estaban ahí los dos hermanos?

—Sí. Entré para ver si se habían tranquilizado. Fue antes de la pelea a causa de la radio.

—¿No se fijaría entonces por casualidad en la vieja caña?

—No. No, pero sí a la hora de comer. Justo antes de la comida. Me estaba calentando las punías de los pies junto al fuego y la miré distraída, como miro una de las cosas que ya he visto mil veces.

—¿Y estaba entonces el sedal enrollado desde la punta hasta el carrete?

Hersey juntó las cejas. Parecía estar poniendo por primera vez la máxima atención.

—Ahora que me lo pregunta, no. Recuerdo haber pensado borrosamente que alguien debía haber recogido el sedal para algo.

—¿Está segura?

—Sí, sí, absolutamente segura.

—Suponga que empezara a hacerle preguntas molestas sobre ello.

—Seguiría emperrada con ello.

—¡Bien! —exclamó Alleyn con entusiasmo mientras lo anotaba.

Cuando levantó la vista, Hersey tenía los ojos cerrados, pero los abrió y dijo:

—Hay algo que tengo que decir antes de que se me olvide o me duerma. No creo que lo hiciera el «arreglador de caras».

—¿Por qué? —preguntó Alleyn sin poner énfasis.

—Porque me he pasado un buen montón de horas trabajando para él allí arriba, en la habitación de Sandra Compline. Me gusta, no creo que sea un asesino y, de cualquier manera, no veo cómo podría soslayar la historia del lacayo bailarín —Alleyn dejó caer el rollo de sedal sobre el escritorio—. Ese hombrecillo no es un asesino. Trabajó como un burro por Sandra y, si ella hubiera vivido, pobrecita, habría hecho todo lo posible para que le condenaran por ser un maniaco homicida. Él lo sabía.

—¿Por qué está segura de que habría actuado de esa manera?

—No olvide —dijo Hersey— que fui la última persona que la vio viva. Le di una dosis medida de ese producto. No quiso tomar más y afirmó que no tenía aspirinas. Supongo que querría… querría asegurarse para más tarde. Nick le había dado la nueva de la muerte de Bill. Tenía el aspecto de estar absolutamente aturdida, casi incrédula, si no resulta demasiado extraño emplear esta palabra. No quiso decir nada de ello, aunque yo intenté, con suavidad, hablarle. Me pareció que sería mejor un colapso. Estaba petrificada por el asombro. Pero justo cuando me iba, dijo: «El doctor Hart está loco, Hersey. Creí que nunca podría perdonarle, pero me parece que mi cara le ha atormentado tanto como me ha atormentado a mí», y luego

dijo: «Hersey, no olvides que está fuera de sí». No se lo he contado a nadie más. No puedo describirle lo rara que era su conducta y lo pasmada que me quedé al oírle decir todo eso tan pausadamente, cuando sólo un momento antes me había parecido tan perpleja.

Alleyn pidió a Hersey que repitiera esta declaración y la escribió. Cuando hubo terminado, ella dijo:

—Hay algo más. ¿Ha examinado su habitación?

—Sólo por encima. Le eché un vistazo después de que se fuera Compline.

—¿Miró sus ropas? —preguntó Hersey.

—Sí.

—¿El abrigo de *tweed* de Harris?

—¿Ese que aún está muy húmedo? Sí.

—Ayer por la tarde estaba empapado y ella me dijo que no se había movido de la casa en todo el día.

V

Alleyn abrió la carta de la señora Compline a su hijo en presencia de Jonathan Royal, Nicholas Compline y Aubrey Mandrake. No la leyó en voz alta, sino que se la mostró a Mandrake y le pidió que hiciera una copia. Mandrake realizó esta tarea mientras los demás esperaban en medio de un incómodo silencio. A petición de Alleyn, volvió a meter el original en un sobre nuevo, encima de cuya solapa se le pidió a Jonathan que firmara. Luego Alleyn ató un cordel alrededor del sobre y selló el nudo con la cera que venía en el paquete de la farmacia. Dijo que estaría muy agradecido si Jonathan y Nicholas les dejaban a él y a Mandrake a solas. Jonathan parecía estar enteramente dispuesto a ajustarse a esta petición; Nicholas, en cambio, les obsequió con un estallido de histeria repentino y violento. Exigió que se le devolviera la carta, tronó contra Alleyn, amenazó a Hart, y al final, se derrumbó en una silla sollozando sin aliento y se negó a moverse. Alleyn, para atajar esta actuación de la mejor manera posible, recogió sus pertenencias y se retiró al tocador verde seguido por un Mandrake muy conmovido. Una vez allí, le pidió a Mandrake que leyera la copia de la carta.

> «No debes dejar, cariño» —leyó Mandrake— «que esto te entristezca demasiado. Si me quedara contigo, aunque sólo fuera por el poco tiempo que me restaría, el recuerdo de estos días terribles se interpondría entre nosotros. Creo que durante estas últimas horas he estado loca. No puedo escribir una confesión. Lo he intentado, pero tan terribles eran las palabras que no podía escribirlas. Lo que voy a hacer

aclarará todo lo necesario y ningún inocente sufrirá por mi culpa. Hersey sospecha que esta mañana salí de casa. Creo que sabe a dónde fui. No puedo enfrentarme con esto. Tenías que haber sido mi primogénito, cariño. Si hubiera podido seguir por otro camino… pero no había otro. Todo lo que he hecho en esta vida ha sido por ti, incluso esta última atrocidad la he hecho por ti y, por muy malvada que te parezca, siempre debes recordar eso. Y ahora, cariño, debo poner por escrito lo que pienso hacer. Me he guardado los polvos para dormir que se llevaron de la habitación de ese hombre y tengo un frasco de aspirinas sin abrir. No sentiré nada en absoluto. Mis últimos pensamientos y mis últimas plegarias te las dedico a ti. Tu madre. Firmo esta carta con mi nombre y apellidos, puesto que tendrás que enseñarla.

SANDRA MARY COMPLINE.»

16. Detención

DETENCIÓN

16

I

Alleyn le había pedido a Mandrake que no dijera nada del contenido de la carta.

—En circunstancias normales —dijo— cualquier otro oficial habría estado conmigo al abrirla. Quiero que se grabe firmemente el contenido en la memoria y deseo tenerle dispuesto, si es necesario, a jurar que la carta que he introducido en ese sobre sellado es la original, la que yo abrí en su presencia y de la que usted hizo una copia. Todo esto puede no ser en absoluto necesario, pero puesto que usted es el miembro más imparcial del grupo, pensé que era conveniente contar con su ayuda. Si le parece, guardaré la copia.

Mandrake se la entregó. Le temblaba la mano tanto que el papel crujía. Pidió disculpas con un murmullo.

—Es horrible —dijo Mandrake—. Horrible. ¡El amor maternal! ¡Dios mío! —miró a Alleyn—. Estas cosas —tartamudeó— no son posibles! Ni se me ocurrió soñarlo. Lo hace todo tan infinitamente peor... tan, tan infinitamente peor. —Alleyn le observó un instante.

—¿Peor que qué?

—Lo hace real —dijo Mandrake—. Supongo que le parecerá increíble, pero esto no ha sido real para mí hasta ahora. Ni siquiera —señaló con una sacudida de cabeza el salón de fumar— ni siquiera eso. Uno se explica estas cosas desde un punto de vista estético, pero ¡que lleguen a suceder! Dios, esto casi acabará con Nicholas.

—Sí.

—¡Tener que convivir con ello el resto de su vida! No sé por qué me tiene que afectar de esta manera. Después de todo, es mejor que haya terminado así. Supongo que es mejor. Ella lo ha concluido. Sin ninguna horrible pompa de la justicia. Ella se la evitó. No puede impedir el que se me revele de pronto. Es como si se hubiera levantado la niebla y nos hubiera dejado la sólida realidad de una mujer desfigurada que escribe esa carta, mezcla el veneno, se va a la cama y, por último, se lo bebe mientras le acuden Dios sabe qué pesadillas de sus últimos recuerdos.

Mandrake daba vueltas a la habitación cojeando mientras Alleyn le observaba.

—Por lo menos —dijo Mandrake— nos han ahorrado una detención. Pero Nicholas vio la carta. Él lo sabía.

—Aún insiste en que el doctor Hart mató a su hermano.

—Déjeme ver otra vez la copia de esa carta.

Alleyn se la entregó y él releyó las frases con un murmullo.

—¿Qué otra cosa puede querer decir? «Tenías que haber sido mi primogénito... Hersey sospecha... No puedo seguir con esto... Todo lo que he hecho ha sido por ti». ¿Qué otra cosa excepto que ella lo hizo? Pero no logro entenderlo. ¿Para qué los otros dos intentos? No tiene sentido.

—Me temo que tiene muchísimo sentido —afirmó Alleyn.

II

Desde las cinco hasta las siete Alleyn trabajó a solas. Lo primero, examinó los blocs de Charter, manejándolos con unas pinzas mientras añoraba de todo corazón la presencia de Bailey, su experto en huellas dactilares. Los blocs estaban hechos de papel delgado. Las señales de las letras escritas apretando mucho el lápiz se veían en la superficie de las hojas sin usar. Habían vaciado las papeleras del salón de fumar, pero la búsqueda en un cubo de basura que estaba en el cobertizo sacó a la luz varias de las hojas usadas. Estaba claro que los jugadores habían echado las demás al fuego después de que les dieran la puntuación. Mandrake le había contado que, tras la escenita de la hoja sobrante, Jonathan había sugerido repentinamente que jugaran a alguna otra cosa y habían dejado a un lado los blocs de Charter. A fuerza de una fastidiosa serie de preguntas, Alleyn se las arregló para identificar la mayoría de las hojas usadas. El doctor Hart prontamente separó la suya y admito con sosiego que había usado amenaza como una palabra de siete letras. Alleyn encontró la sombra de esta palabra en uno de los blocs que pudo por tanto adjudicar a Hart con toda seguridad. El doctor había usado un lápiz afilado y había apretado fuerte, por lo que las señales llegaban hasta la segunda hoja o la tercera de las de abajo... Pero Alleyn no encontró el más ligero vestigio de las palabras «Estás avisado. Aléjate» ni en su hoja usada ni en el resto de las páginas. Esta era una prueba negativa. Hart podía haberse tomado la molestia de arrancar esa precisa hoja y de rellenarla apoyándose en la cubierta de cartulina del bloc, en la que no quedarían señales. Llegado a este punto, se dirigió a Jonathan y le preguntó si tenía una muestra de la escritura de Hart. Al momento, Jonathan sacó la carta del doctor en la que aceptaba la invitación de ir a Highfold. Alleyn volvió a encerrarse e hizo su primer descubrimiento realmente interesante. La escritura de la carta era una cursiva que conservaba aún muchas características extranjeras. Pero el doctor Hart había empleado en su hoja de Charter sólo mayúsculas de imprenta, aunque sus borradores de prueba al margen se hallaban en su cursiva característica. Volviendo al mensaje amenazador, escrito totalmente en cursiva, Alleyn descubrió indicios de que se habían caligrafiado las

letras lenta y cuidadosamente. Pensó que aquello empezaba a parecerse mucho al trabajo de alguien familiarizado con la escritura de Hart y que hubiera introducido a propósito esas letras características. Respecto a los demás jugadores, un procedimiento minucioso de investigación y comparación reveló que la señora Compline, Hersey, Nicholas y Jonathan habían apretado demasiado poco al escribir y no habían dejado señales mientras que los papeles de William y Mandrake habían sido quemados después de puntuarlos. Alleyn no pudo hallar resto del mensaje en ninguno de los blocs. Por último, empezó a pasar las hojas de cada uno con las pinzas y prosiguiendo obstinadamente aun mucho después de que hubiera desaparecido el más leve vestigio, hasta la última página de cada bloc. A mitad del proceso, en el tercer block, hizo un descubrimiento. Allí se topó de repente con las huellas impresas de esas tres palabras. Un examen más detenido demostró que la hoja que venía antes de las así señaladas había sido desprendida. Debido a su posición, no había seguido la línea de puntos. Cuando ajustó el arrugado mensaje al borde desgarrado, las dos partes cuadraron. Luego aquél era el bloc en el que se había escrito el mensaje y no era el del doctor Hart. Volvió a las primeras páginas y lanzó un pequeño suspiro. No tenían señales. Alleyn se formó un pequeño cuadro del escritor que, utilizando un taco de páginas de cobertura, garabateaba su mensaje en la hoja de en medio y la arrancaba del bloc. O bien este escritor había escrito sus auténticas Charter con mano suave o bien había arrancado aquellas hojas de más que llevaban las señales. El bloc no había pertenecido ni a William ni a Mandrake, puesto que ésos tenían marcas que el mismo Mandrake había reconocido. En dos de los restantes blocs había unas huellas borrosas y visibles con lupa que creía que identificaban los blocs usados por Madame Lisse y Chloris Wynne que tenían uñas largas y afiladas.

—No está tan mal —murmuró. Silbando suavemente volvió a guardar los cuadernos. Subió a la habitación de la señora Compline, llevando consigo un Mandrake no muy entusiasta.

—Me gusta tener testigos —dijo vagamente—. Por regla general hacemos el trabajo delicado en parejas. Todo se arreglará cuando llegue Fox, pero mientras tanto usted servirá muy bien, ya que no se sospecha de usted.

Mandrake, dando siempre la espalda al bulto ensabanado de la cama, observó cómo Alleyn examinaba las ropas del armario. Alleyn le hizo palpar las hombreras y los bordes del abrigo de *tweed* de Harris.

—Mojado —dijo Mandrake.

—¿Nevaba cuando usted bajó a la piscina?

—Sí. ¡Dios mío! ¿Esas huellas eran suyas? Debió haber bajado pisando sobre mis huellas, como sugirió Chloris.

Alleyn estaba mirando los sombreros colocados en el estante superior del armario.

—Este es el que llevó —dijo Alleyn—. Aún está bastante húmedo. Una cosa de *tweed* azul con un cebo artificial de salmón a modo de adorno. No. Dos cebos. Uno amarillo y negro, de salmón, y otro, algo desvaído, para trucha. Escarlata y verde. Seda rayada. ¿No le parece demasiado? —escrutó el sombrero más de cerca.

—Bien, me pregunto... —murmuró.

Cuando, malhumorado, Mandrake inquirió qué se preguntaba, le mandó a buscar a la doncella que había atendido a la señora Compline. Resultó ser una muchacha de Dorset, nacida y criada en las posesiones de Highfold, una tarabilla muy limpia y pulida, picada de la mayor curiosidad por las ropas y los cutis de las damas del grupo de Jonathan. Anhelaba convertirse en doncella personal y la señora Pouting la había estado adiestrando. Era la primera vez que había servido de doncella a algún invitado de Highfold. Se extasió describiendo los armarios de Madame Lisse y de la señorita Wynne. Con alguna dificultad, Alleyn consiguió desviar su atención hacia los menos apasionantes vestidos de la señora Compline. La entrevista tuvo lugar en el pequeño corredor y Alleyn ocultó el sombrero de *tweed* a la espalda mientras la doncella parloteaba y parloteaba acerca del abrigo húmedo.

—La señora Compline no había usado antes ese abrigo, señor. Llegó con uno de Burberry puesto, como los que se ven en las cacerías, y cuando la primera noche salieron a dar un paseo, se lo volvió a poner. Fue ayer por la mañana cuando sacó el *tweed*, cuando los caballeros iban a decidir esa apuesta, señor —dijo la doncellita, poniéndose rosa—. Yo estaba en la habitación de la señora preguntándole qué tenía que dejar a un lado para que se lo pusiera, cuando oímos al pobre señor William en el pasillo: «Vale la pena dar diez libras por verlo». Parecía muy trastornada, señor. Se levantó y fue hasta la puerta y le siguió con la mirada. Le llamó pero no debió oírla, porque corrió escaleras abajo. Ella dijo que no me necesitaba, de modo que salí. La señora debió de seguirle.

—¿Cuándo la volvió a ver?

—Bueno, uno o dos minutos después la vi bajar con ese abrigo y un sombrero de *tweed* y llamé á Elsie, la segunda doncella, señor, y dije que podíamos meternos a hacer la cama de la señora Compline y arreglar su habitación. Y así lo hicimos. Por lo menos... —en ese punto la doncella vaciló.

—¿Sí? —preguntó Alleyn.

—Bien, señor, me temo que miramos por la ventana, porque sabíamos lo de la apuesta. Pero no se puede ver la piscina desde esta ventana a causa de los arbustos. Sólo la terraza. Vimos a la pobre

señora cruzar la terraza. Estaba nevando con mucha fuerza. Dio la impresión de estar mirando un ratito abajo, a la piscina, y luego miró a su alrededor y… y Elsie y yo nos pusimos a hacer la cama. Antes de dos minutos estaba de vuelta, blanca como un muerto y temblorosa. Me ofrecí a quitarle el abrigo y el sombrero mojados, pero dijo: «No, no, déjelos» bastante bruscamente, o sea, que Elsie y yo nos fuimos. Para entonces había un jaleo enorme en la piscina y Thomas entró diciendo que uno de los invitados, uno de los caballeros, se había caído dentro.

—Y mientras estuvo la señora Compline en la terraza, ¿no se unió nadie a ella o apareció cerca de ella?

—No, señor. Creo que la señorita Wynne y el pobre señor William debieron de salir más tarde, porque oímos sus voces allí abajo antes de que volviera la señora Compline.

—Bien hecho —dijo Alleyn—. Y éste —le mostró el sombrero de *tweed*—, ¿es éste el sombrero que llevaba?

—Ese es, señor.

—¿Es exactamente igual?

La doncella lo tomó entre las manos y le dio vueltas, mirándolo de una manera meditabunda, como la de un pájaro.

—Tiene dos de esos anzuelos emplumados —dijo por fin—. Creo que es un tipo de adorno raro. Dos.

—¿Sí?

—Ayer sólo tenía uno. El amarillo negro y grande.

—Gracias —dijo Alleyn. Lo intenso de su sonrisa la hizo palpitar.

III

El inspector de detectives Fox y los sargentos Bailey y Thompson llegaron a las siete desde Pen-Gidding en un coche alquilado. Alleyn se mostró encantado de verlos. Puso a Bailey a trabajar en el buda de latón, las hojas de Charter, el mere maorí y el aparato de radio. Thompson fotografió todos los detalles que ya Alleyn había tomado con su propia cámara. Por fin se retiró el cuerpo de William Compline del sillón del salón de fumar. Había un salón de baile en Highfold. Era un añadido en el lado oeste realizado por un Royal Victoriano al que se llegaba a través de un corto pasillo. Aquí yacía en un ambiente de grandeza sin estrenar y de vacía expectación Sandra Compline, no muy alejada del hijo por el que no se había preocupado gran cosa. Alleyn oyó a Jonathan ordenar que trajeran flores en voz baja pero enfática.

Fox y Alleyn entraron juntos en la biblioteca.

—Siéntese, Fox —dijo Alleyn—. Siento haberle sacado así de su casa, pero, maldición, ¡me alegro de verle!

—Nos ha costado un rato llegar hasta aquí —respondió Fox sacando la funda de las gafas—. Hace un tiempo muy malo. Por lo que parece, señor, éste es un feo asunto. ¿De qué se trata? ¿Asesinato seguido de suicidio, o qué?

—Ahí está mi informe. Será mejor que le eche un vistazo.

—Ah —dijo Fox—, muy amable. Gracias. —Se colocó los anteojos en un punto más bien bajo de la nariz y puso su expresión de lector. Fox tenía una cara larga y sonrosada. Esta expresión de cuando leía siempre hacía pensar a Alleyn que tenía un resfriado benigno de nariz. Levantaba las cejas rojizas, abría un poco la boca y absorbía con calma las palabras que tenía delante. Durante un espacio de tiempo no hubo más sonidos que el crujir de las hojas al ser vueltas y la respiración de Fox.

—Umm —dijo cuando terminó—. Un asunto bastante idiota. Ideado para que parezca lioso, pero no lo es. ¿Cuándo instalaremos al sujeto en sus alojamientos, señor Alleyn?

—Creo que esperaremos a Bailey. Me gustaría hacer una detención por algún cargo menor, pero hasta ahora no hay la sombra de un pretexto.

—¿Violencia en la persona del señor Mandrake?

—Bueno —dijo Alleyn—, tal vez lo hagamos. Supongo que no me he equivocado en nada. La cosa es tan endemoniadamente obvia que no dejo de pensar que haya una trampa. Desde luego, tendremos que experimentar lo del cuarto de al lado. Podríamos hacerlo ahora. ¿Ha acabado Bailey? Han quitado a ese pobre muchacho de ahí, ¿no? Muy bien. Vamos, Fox.

Entraron en el salón de fumar. Bailey, un agente taciturno con pinta de perpetuo resentido, estaba empaquetando su aparato de tomar huellas. Thompson había dejado su cámara.

—¿Acabado? —preguntó Alleyn—. ¿Ha tomado una buena foto de la ceniza del hogar?

—Sí, señor —contestó Thompson—. Hicimos un pequeño hallazgo en él, señor Alleyn. Bailey lo descubrió. ¿Recuerda esa línea en la ceniza, esa cosa como un rollo?

—Sí.

—Pues bien, señor, es exactamente lo que dijo. Una cuerda, cordel, o algo así. Hay un pedazo en la parte de atrás que no está completamente quemado. Algo chamuscado, pero aún tiene algo de materia original. Parece como si hubiera sido verde en un principio.

—Lo descubriremos —dijo Alleyn—. Buen trabajo, Bailey. Lo había pasado por alto.

La expresión terca de la cara de Bailey se hizo más acusada.

—Le echamos encima una luz de 500 vatios. Es como si alguien hubiera arrojado esa cuerda al fuego y colocado esos troncos de los

lados sobre ella. Deben de haberse partido y el material se habrá ido reduciendo a cenizas. Un material resistente de fibra fina, creo. Tal vez seda. Termina en un vestigio de ceniza negra, sin estructura, bastante resistente, que ha conservado su forma y se ha dividido en pedazos.

—¿Cuál es nuestra próxima tarea, señor?

—Tendremos que obtener sus huellas. No creo que se les ocurra protestar. Se lo advertí al señor Royal. Gracias a Dios que no tengo que usar ninguna de las cosas raras que me trajeron del farmacéutico. ¿Algo de lo que informar?

—Hay un bonito par en esa figura de latón, señor. Escondidas, aunque se aprecian bien con los polvos. Son las mismas que las de la cachiporra de piedra. Hay algo por el mango de la cachiporra, pero muy borrado. Una serie tan buena como la que se necesitaría en la hoja.

—¿Qué pasa con la radio?

—El barullo corriente, señor Alleyn, como era de esperar. Pero hay una especie de mancha en el mando del volumen —Bailey se miró las botas—. Tal vez guantes —murmuró.

—Muy posiblemente —dijo Alleyn—. Bueno, mire. El señor Fox y yo vamos a hacer un experimento. Quiero que ustedes dos se queden aquí y observen. Si tiene éxito, creo que podríamos montar un pequeño espectáculo para un público selecto —se acuclilló y extendió el trozo de sedal en el suelo—. Es mejor que cierren la puerta.

IV

—Esta casa es grande —dijo Chloris— y sin embargo parece que no hay dónde ir. No podría soportar la reunión en el salón.

—Está la salita —insinuó Mandrake.

—¿No lo invadirá la Policía?

—Ahora no. Alleyn y ese enorme hombre rojo bajaron a la piscina hace unos minutos. Ahora están de vuelta en el salón de fumar. Probemos la salita.

—De acuerdo, vamos.

Entraron en la habitación. Las cortinas estaban echadas y las lámparas encendidas. Una alegre hoguera chisporroteaba en el hogar. Chloris daba vueltas a la habitación, intranquila, y Mandrake sorprendió una rápida mirada a la puerta del salón de fumar.

—No pasa nada —dijo—. William ya no está, ya sabes, y parece que la Policía se ha retirado a la biblioteca —hubo un repentino trompetazo de la radio al otro lado de la puerta. Chloris y Mandrake se sobresaltaron a la vez. Chloris lanzó un gritito.

—Están ahí dentro —susurró—. ¿Qué están haciendo?

—¡Iré a ver, maldita sea!

—¡No lo hagas! —exclamó Chloris al tiempo que Mandrake se agachaba junto a la puerta accesoria y ponía el ojo en la cerradura.

—No sirve de nada —murmuró—. La llave está dentro de la cerradura. ¿Qué rayos estarán haciendo? ¡Dios, el ruido! Espera un minuto.

—¡Oh, quítate de ahí!

—Soy un completo desvergonzado. Considero que son caza legal. Se puede ver un poco por detrás de la llave, pero sólo justo enfrente. Fisgar por la cerradura no es, como dice la literatura dieciochesca. No puedo ver nada más que el biombo de cuero rojo enfrente de la puerta de la biblioteca. No hay nadie... —se interrumpió de repente.

—¿Qué pasa? —dijo Chloris. Él le hizo una señal con la mano. Apagaron la radio. Mandrake se levantó y llevó a Chloris al otro lado del tocador.

—Es muy curioso —dijo—. Ellos sólo son cuatro. Lo sé, porque vi venir a los otros. Está Alleyn, el hombre rojo y otros dos. Bueno, pues acaban de pasar de la biblioteca al salón de fumar. ¡Quién demonios encendió la radio!

—Deben haber entrado en la biblioteca después de encenderla.

—Pero no lo hicieron. No tuvieron tiempo. En el momento en el que empezó el ruido miré a través del ojo de la cerradura y directo a la puerta. ¿Para qué encender la radio y después lanzarse como pillos sorprendidos a la biblioteca?

—Es horrible. Es tan parecido...

—Sin embargo, es bastante misterioso —dijo Mandrake.

—¿Cómo puedes?

Se acercó rápidamente a ella y le cogió las manos.

—Querida Chloris, no serviría de mucho fingir que no estoy interesado, ¿o sí? Tendrás que acostumbrarte a mis vulgares modales, porque pienso que a lo mejor querría casarme contigo. Me voy a cambiar el nombre por escritura legal, así que no tendrás por qué ser la señora Stanley Footling. Y si piensas que señora de Aubrey Mandrake es demasiado repipi, podemos buscarnos otra cosa. No puedo concebir cómo la gente es tan sosa con sus nombres. No creo que las escrituras legales sean muy caras. Quizá se podría cambiar de nombre bastante a menudo. Cariño mío —prosiguió Mandrake—, estás toda blanca y temblorosa. Creo que te amo real y verdaderamente. ¿Podrías tú llegar a amarme o es mejor que no hablemos de ello por ahora?

—No hablaremos de ello por ahora —dijo Chloris—. No sé por qué, pero tengo miedo. Quiero estar en casa, ir a las clases de WREN y sacar perros a pasear. Estoy harta de horrores.

—Pero no me confundirás con esos horrores cuando vuelvas con

tus saludables amigos, ¿verdad? No dirás: había un intelectualoide muy divertido que intentó ligar conmigo cuando lo del asesinato.

—No, de verdad, no lo haré. Te pediré que vengas a quedarte e incluso tal vez tengamos una charla sobre los viejos y buenos días en Highfold. Pero, de momento quiero estar con mi madre —dijo Chloris, y el labio inferior le temblaba.

—Bueno, espero que muy pronto puedas irte. Me da que la Policía no tiene nada más que hacer contigo y conmigo.

Alguien llamó a la puerta y el sargento de detectives Bailey entró.

—Perdón, señor —dijo sombríamente—. El inspector jefe Alleyn le saluda y le estaría muy agradecido si me dejaran tomar sus huellas dactilares. Las suyas y las de la joven dama. Es tan sólo cuestión de rutina, señor.

—Oh —dijo Chloris en voz baja—, eso es lo que dicen siempre para tranquilizar a los asesinos.

—¿Perdón, señorita?

—Estaremos encantados.

—Muy agradecido —respondió Bailey lóbregamente, dejando su maletín en una mesita. Mandrake y Chloris se quedaron el uno junto al otro en medio de un incómodo silencio mientras Bailey extendía sobre la mesa una placa de cristal, dos hojas de papel, un poco de algodón hidrófilo, un rodillo de goma, un grueso tubo y un frasquito que, al descorcharlo, dejó escapar un fuerte olor a éter.

—¿Se nos tiene que anestesiar? —dijo Mandrake, al que los nervios habían vuelto chistoso. Bailey le echó una mirada no muy lisonjera. Exprimió el tubo sacándole un líquido negro que extendió en la placa con el rodillo hasta convertirlo en una delgada película.

—Si les parece, voy a limpiarles los dedos con unas gotitas de éter —dijo.

—Tenemos las manos completamente limpias —exclamó Mandrake.

—Químicamente no —le corrigió Bailey—. Probablemente habrá un buen montón de sudor. Generalmente lo hay. Señor, señorita.

—Es del todo cierto —dijo Chloris—. Hay un montón de sudor. Hablo de mí misma. Estoy envuelta en un sudor frío y húmedo.

Bailey les limpió los dedos y pareció alegrarse un poco.

—Ahora les hacemos girar suavemente sobre la placa —dijo sujetándole a Mandrake el dedo índice—. No haga resistencia.

Chloris estaba haciendo su última huella y Mandrake limpiándose los dedos de tinta cuando entró Fox y les sonrió alegremente.

—Bien, bien. Así que les están preparando de acuerdo con las ordenanzas. Un procedimiento bastante ingenioso, ¿no es así, señor?

—Desde luego.

—Sí. Quizá a la señorita Wynne no le haga tanta gracia. Un

material desagradable y sucio. Por eso a las señoras nunca les gusta. Bueno, eso sí está bien. Les resultaría increíble lo difícil que puede ser una cosa tan sencilla como ésta, si la gente ofrece resistencia a la presión. Nunca se resista a la Policía cuando cumple con su deber. Eso es correcto, ¿no, señor? —Bailey le miró interrogativamente—. En el salón —dijo Fox con un tono de voz exactamente idéntico. Bailey escribió algo en los papeles, los guardó en su maletín y se fue con sus pertenencias fuera de la habitación.

—El jefe —continuó Fox, quien de vez en cuando se daba el gusto de referirse a Alleyn de esa manera— estaría encantado si pudiera concederle un momento dentro de unos diez minutos, señor Mandrake. En la biblioteca, si le parece.

—De acuerdo. Gracias.

—¿Me quedo aquí? —preguntó Chloris con voz débil.

—Como quiera, señorita Wynne —replicó Fox mirándola con amabilidad—. No es muy agradable estar aquí esperando. Quizá sienta que el tiempo se le alarga entre las manos.

—¿Le gustaría, por casualidad, unirse al grupo del salón?

—No mucho —dijo Chloris—, pero puedo adivinar por su manera de hablar que se supone que he de ir. Así que mejor me voy.

—Gracias, señorita —dijo Fox con sencillez—. A lo mejor el señor Mandrake prefiere ir con usted. Entonces, señor, le veré en la biblioteca dentro de unos diez minutos. Tan pronto como Bailey haya terminado con el salón. ¿Podría dejar caer tranquilamente al señor Royal y al señor Compline una insinuación de que vayan con usted, si no le importa?

Les abrió la puerta. Mandrake y Chloris salieron.

V

—Y bien, hermano Fox —dijo Alleyn mirándole desde el escritorio de la biblioteca—, ¿lo han aceptado con calma?

—Con bastante amabilidad, señor Alleyn. Bailey está en el salón ocupándose del resto del grupo. Solté al doctor. Parecía estúpido tenerle ahí con una cerradura que cualquier cretino podría forzar en dos minutos. O sea, que está allí con los demás. A la buena de su señora no le agrada mucho que le tomen las huellas.

Alleyn sonrió con ironía.

—La expresión «la buena de su señora» aplicada a la Belle Lisse Hart es perfecta, Fox.

—Metí a esa joven pareja con los demás —continuó Fox—. Me da en la nariz que el señor Mandrake estuvo fisgando un poco lo que hacíamos en el salón de fumar. No dejó de mirar la puerta y, cuando veía que me daba cuenta, apartaba de nuevo la vista. Así que le dije

que viniera y trajera a los otros dos en cuanto le hiciera un guiño. Supongo, señor, que necesita testigos independientes.

—Sí. ¿Qué pasa con Lady Hersey?

—No he dicho nada. Podemos hacerla venir cuando la necesitemos.

—Mandaremos a Bailey a que la haga venir, haga venir, haga venir —murmuró Alleyn en voz baja y luego—. Nunca he sentido menos compasión por un homicida, hermano. Fox. Este asunto es brutal además de estúpido, y condenadamente premeditado y antinatural. A pesar de todo, debemos andar con cuidado. Hay un algo de astucia rastrera a pesar de los errores. Odio el truco sensacionalista de la reconstrucción semipública..., es teatral y perturba a toda clase de seres inofensivos. Aun así, tiene su utilidad. Hemos visto casos en que ha resultado, ¿no?

—Así es —dijo Fox lúgubre—. Me pregunto cómo le irá a Bailey con esa turba de ahí dentro.

—Mire, Fox, vamos a asegurarnos de que no hay fallos.

Fox miró a su jefe con benignidad.

—No hay fallos, señor. Lo ha planeado al milímetro. No puede fallar. ¡Qué diablos! Lo hemos probado una docena de veces.

—Me refería al caso en su conjunto.

—Sufre su ataque de dudas de siempre, señor Alleyn. Nunca he visto un caso más evidente.

Alleyn, intranquilo, recorrió la habitación.

—Incluso si dejamos a un lado las dos primeras farsas, aún tenemos pruebas —dijo.

—Pruebas a prueba de todo.

—De alguna extraña manera, todo gira alrededor de ese tipo, Thomas. El lacayo bailarín. Él determina los límites del factor tiempo y los movimientos posibles del asesino; si se añade la ceniza, el sedal de H. St. J. W. R., el asunto de la radio y la chincheta de William, el caso está completo.

—Y, además, un caso muy bonito.

—No tan bonito —murmuró Alleyn—. Nunca le he preguntado su opinión sobre la guerra, Fox.

—¿Sobre la guerra? —Fox le miró—. Pues no, señor. No lo ha hecho. Yo opino que no ha empezado.

—Igual que yo. Creo que dentro de un año nos detendremos a mirar estas heladas semanas como si fueran un período entrañablemente irreal. ¿No le parece raro, Fox, que tengamos que estar aquí, siguiendo el rastro con tanta solemnidad a un asqueroso asesino de poca monta, empleando nuestros métodos tan fatigosamente para investigar dos muertes, mientras que sobre nuestras cabezas se despliegan legiones de armas? Es como si

estuviéramos papando moscas mientras se nos viene encima un estrepitoso corrimiento de tierras.

—Es nuestro trabajo.

—Y lo seguirá siendo. Pero colgar a una persona… ¡bueno! Dios mío, Fox, es casi divertido.

—Comprendo lo que quiere decir.

—No es nada. Sólo uno de esos momentos bajos. Continuaremos con nuestro pequeño asesinato. Ahí viene Bailey.

Bailey entró con sus trastos.

—Bien —dijo Alleyn—, ¿ha dejado esto listo?

—Sí, señor.

—¿Alguna protesta?

—La señora extranjera. No le agradaba la idea de pringarse los dedos de negro. O eso es lo que dijo. Me causó bastantes problemas a la chita callando.

—¿Y el resto del grupo?

—Nervioso —dijo Bailey—. No dicen casi nada durante un buen rato y luego se ponen a hablar todos a la vez, de forma muy nerviosa y rápida. Los señores Royal y Compline parecen hostiles al doctor y no dejan de mirarle de reojo. Él es el más calmoso de la pandilla. Se diría que la cosa no va con él. No hace ningún caso de la señora, a no ser para mirarla como si estuviera sorprendido o algo así. ¿Quiere ver sus huellas, señor Alleyn?

—Sí, las miraremos y las compararemos con las que usted encontró en el resto del material. No nos aclarará mucho. pero hay que hacerlo. Luego traeremos a esos cuatro aquí y veremos el resultado. No les hará daño el tenerlos cavilando un rato. Vamos, Fox.

VI

—¿Qué hora es? —pregunto Nicholas.

Hersey Amblington miró su reloj de pulsera.

—Las ocho y cuarto.

—¿He dicho ya lo suficientemente claro —dijo Jonathan— que hay una cena fría en el comedor, o no?

—Lo has hecho, Jo —dijo Hersey—. Me temo que a ninguno de nosotros le apetece.

—Yo tengo hambre —puntualizó el doctor Hart—. Pero no puedo aceptar la hospitalidad de un caballero que me cree un asesino — Jonathan emitió un ruido de furia con la garganta.

—Querido doctor Hart —exclamó Hersey—, de verdad que yo no permitiría que una cuestión de etiqueta le alejara de la comida fría. No puede morirse de hambre.

—Calculo que me dejarán libre mañana —dijo Hart— y un ayuno

corto no me hará daño. Generalmente como demasiado —miró a su mujer, la cual le estaba observando con una especie de asombro incrédulo—. ¿No es verdad, querida? —preguntó el doctor.

Nicholas se puso a su lado. Ella se volvió hacia él y encogió un poco, muy poco, los hombros.

—Es extraño —continuó el doctor Hart—. Cuando mi mujer no quería admitir nuestra relación, el deseo de darla a conocer me atormentaba. Ahora que se conoce, el privilegio no me produce más que una pizca de satisfacción.

Nicholas lanzó un cliché:

—No hay necesidad de insultar.

—¿Pero a quién estoy insultando? Seguro que no es a mi mujer. ¿No sería más insultante negar nuestra situación legal?

—¡Es demasiado! —estalló Jonathan.

—Oh, ¡por caridad. Jo! —gimió Hersey—, déjalo estar.

—No puedo esperar —dijo Madame Lisse— que Lady Hersey no se aproveche de mi humillación para regocijarse.

—No veo que esté usted especialmente humillada.

—Con un marido que ha cometido el más... —comenzó Madame Lisse. El doctor la interrumpió.

—¿Saben lo que ha dicho esta mujer? —preguntó sin dirigirse a nadie en concreto—. Me ha dicho que si conociera la más mínima prueba en mi contra, la usaría. Y les digo... si me acusaran del asesinato de ese pobre inocentón y ella pudiera, sin daño propio y con una sola palabra, hacer que me colgaran, la diría. Esta es la mujer por la que me he atormentado. Todos ustedes creen que no es bonito armar una escena hablando de ella, que no es lo que un caballero inglés haría. Tienen razón. No soy inglés y no soy un caballero. Soy un campesino austríaco con algo de aire meridional en las venas y me he despertado de pronto. Me pongo furioso cuando recuerdo toda la pena imbécil que he derrochado con esta mujer fría y traicionera.

—¡Maldito asesino! —estalló Nicholas. Madame Lisse le agarró del brazo.

—No. No, Nicholas. Hazlo por mí.

—Por todos nosotros —dijo Mandrake de repente—. No tengamos otra escena.

De Hersey, Chloris y Jonathan partió una especie de murmullo que expresaba un profundo acuerdo. El doctor Hart sonrió e hizo una pequeña reverencia.

—Muy bien. Claro que sí. No hay más escenas —señaló a Nicholas con un dedo corto y blanco—. Pero usted tendrá motivos para recordar lo que he dicho.

La puerta se abrió y entró Bailey.

—El señor Alleyn le saluda, señor —dijo a Jonathan— y le

gustaría verle si está desocupado. —Su mirada fue hacia Mandrake y Nicholas—. Gracias, caballeros —dijo dejándoles el paso libre. Los tres hombres salieron—. El señor Alleyn quedaría muy agradecido si el resto del grupo permanece donde está —dijo Bailey—. El sargento Thompson está de servicio en el vestíbulo.

VII

—Antes de proseguir —dijo Alleyn— debo dejar claro que hemos llegado a una conclusión definitiva sobre este caso. Por tanto, es mi deber informales de que todas las preguntas que se les harán tienen importancia y de que sus respuestas podrán tal vez emplearse como prueba. Les he pedido que vengan a la biblioteca para poder reproducir los acontecimientos inmediatamente anteriores al descubrimiento del cuerpo del señor William Compline en la habitación de al lado. No he pedido a los miembros del grupo que se hallaban arriba que estuvieran presentes. No pueden ayudarnos. He excluido a la señorita Wynne del experimento. Su papel fue meramente negativo y no hace falta afligirla. Me temo que tendremos que pedir a Lady Hersey que venga, pero pensé que antes de nada debía explicarles a ustedes, señores, y al señor Compline qué es lo que pretendemos hacer. Todos han oído hablar de reconstrucciones policiales. Este brevísimo experimento puede considerarse una reconstrucción, y, si nos equivocamos en el más mínimo detalle, les pido que nos corrijan. Espero que esto esté totalmente claro. Y ahora debo preguntarles si tienen algún inconveniente en ayudarme en esto.

—¿Quiere decir —preguntó Jonathan— que quiere que hagamos todo lo que hicimos la otra noche?

—Sí, si no tiene inconveniente.

—No… no estoy seguro de acordarme del orden preciso de los acontecimientos. El señor Mandrake y el señor Compline ayudarán, espero.

—¡Claro! Yo puedo recordar— dijo Nicholas.

—Y yo —intervino Mandrake—. Creo que lo recuerdo.

—Bien. ¿Nos ayudará usted entonces, señor Roy al?

—Muy bien —respondió Jonathan. Mandrake y Nicholas dijeron que ellos también estaban dispuestos a ayudar.

—Empecemos —dijo Alleyn— por el momento en que Lady Hersey regresó del salón de fumar, en el cual había estado un rato charlando con usted, señor Compline, y con su hermano. El señor Mandrake está más allá, en la salita verde, hablando con el doctor Hart. Lady Hersey ha dejado juntos a los dos hermanos. La puerta de la salita está ya cerrada con llave por el lado del salón de fumar. La puerta que da al salón de fumar desde este lugar está, como pueden

ver, cerrada. Adelante, Fox.

Fox salió.

—¿Querrían, por favor, ocupar sus puestos? —pidió Alleyn—. Señor Mandrake, usted todavía no está aquí. Señor Compline, usted está en la habitación contigua. El sargento Bailey está allí y quiero que le diga, hasta donde pueda recordarlo, dónde estuvo exactamente y lo que usted y su hermano hicieron.

Alleyn abrió por completo la puerta del salón de fumar. El biombo de cuero rojo escondía aún el interior, que parecía estar muy débilmente iluminado. Nicholas, pálido y nervioso, dudó.

—No es demasiado agradable —farfulló. Luego—: No estaba tan oscuro.

—La lamparilla con pantalla junto a la chimenea está encendida —dijo Alleyn—. Las otras lámparas no tienen bombillas.

—¿Por qué? —inquirió Nicholas.

—Porque las hemos quitado —contestó Alleyn con suavidad—. ¿Querría entrar?

Desde detrás del biombo Bailey tosió ligeramente. Nicholas dijo «Oh, de acuerdo» y entró en el salón de fumar. Alleyn cerró la puerta. En ese mismo momento entraron Fox y Hersey Amblington. Evidentemente, le había explicado el procedimiento, pues se fue derecha a sentarse en una silla enfrente de la de Jonathan.

—Es lo que hice cuando entré —dijo Hersey—. Había dejado a Nicholas y William en el salón de fumar y me vine aquí pasando por el vestíbulo. ¿Es lo que quería saber, señor Alleyn?

—Es el principio. Y luego, ¿qué?

—Unos minutos después —intervino Jonathan— entró Aubrey. Fue hasta esa silla al otro lado de la chimenea. La señorita Wynne estaba allí sentada.

Alleyn miró a Mandrake y éste al momento se dirigió a la silla.

—Había venido directamente desde la salita, pasando por el vestíbulo y había dejado solo en la salita al doctor Hart —dijo.

—¿Y luego?

—Hablamos de la situación —dijo Hersey—. Yo informé de que había dejado a los dos hermanos hablando con bastante sensatez y entonces el señor Mandrake nos contó que el doctor Hart y Nicholas habían tenido una pelea por causa de la radio y que Nicholas le había cerrado a Hart la puerta en las narices. La que comunica la salita y el salón de fumar.

—¿Luego?

—Hablamos un minuto y entonces entró Nicholas —miró a Jonathan y Mandrake—. No fue más tiempo, ¿verdad?

—Yo diría que más o menos un minuto —asintió Mandrake.

Fox llamó a la puerta de la habitación de fumar. Hubo un

silencio. Hersey contuvo el aliento y dio un suspiro nervioso. Mandrake oyó su propio corazón latirle en los tímpanos.

La puerta se abrió lentamente hacia el salón de fumar y se vio a Nicholas en el umbral, con la cara como el pergamino en el oscuro fondo escarlata de la pantalla. Bailey pasó a su lado y se sentó en un taburete bajo justo en medio de la puerta.

—¿Entro directamente? —preguntó Alleyn a Nicholas.

—No lo sé. Supongo que sí.

—¿Algún otro lo recuerda?

—Yo —dijo Mandrake—. Recuerdo, Compline, que usted entró y cerró la puerta. Supongo que se detendría un momento con la mano en el picaporte.

—¿Todos se acuerdan de que el señor Compline cerró la puerta? —preguntó Alleyn.

—Sí, sí, sí —chilló Jonathan con voz estridente—. Se cerró.

—Entonces, ¿le importaría continuar? —pidió Alleyn con calma.

—¿Alguien será tan amable —dijo Nicholas excitado— de decirme qué es exactamente lo que hice después? Sería una lástima que entrara con el pie equivocado, ¿no?

—Es mejor que mantengamos la calma, Nick —exclamó Hersey—. Pusiste una cara como diciendo que Bill estaba aún bastante intratable. Yo dije «¿Todo va bien?» y tú pusiste los pulgares hacia abajo y luego te sentaste en ese sillón junto a la puerta y hablaste con Bill. Algo después Jo te ofreció una copa.

—¿Todos de acuerdo?

—Todos de acuerdo —dijo Mandrake.

Jonathan hizo un ruido de impaciencia y añadió en tono muy quejumbroso:

—Sí. Oh, sí.

—Oh, claro que sí —dijo Nicholas—. Todos de acuerdo.

—Aquí está el sillón —indicó Alleyn.

Nicholas se derrumbó en el sillón que estaba al otro lado de la puerta visto desde el taburete de Bailey.

—Jonathan me pidió que llamara para que vinieran las bebidas —dijo Mandrake—, pero antes de poder hacerlo oímos un tintineo de vasos en el vestíbulo y…

Se paró en seco. Fox había abierto la puerta del vestíbulo; todos oyeron, en el silencio que siguió, el débil repiqueteo de los vasos.

Thomas entró con la bandeja de grog.

La depositó sobre la mesa y salió, cerrando la puerta al hacerlo.

—Ahora está aseando el vestíbulo —dijo Alleyn.

—No me gusta esto —dijo Hersey Amblington en voz alta—. Lo odio.

—Ya no nos llevará mucho tiempo —dijo Alleyn. Mandrake

volvió a oír su propia voz, que decía:

—Es horrible. Lo estamos recreando todo. Es como si hiciéramos que algo adquiera forma... ahí dentro.

—Oh, no diga eso —susurró Hersey.

—No hay nadie en el salón de fumar —dijo Alleyn. Hablaba con un énfasis inesperado.

—Las otras puertas tienen echada la llave. No hay nadie ahí dentro. Por favor, continúe. Tomaron las copas.

Nadie contestó. Por fin, Mandrake se obligó a hablar:

—Jonathan las sirvió y dijo «¿Y William?»

—Un momento; en ese caso, señor Royal, debería estar junto a la mesa.

Jonathan se dirigió a la mesa. La voz de Mandrake prosiguió:

—«¿Y William?», queriendo decir si le apetecía una bebida, y Compline asomó la cabeza por la puerta y canturreó: «¿Te apetece una copa, Bill?»

—¿Podríamos verlo, señor Compline?

Nicholas se inclinó hacia delante y abrió la puerta. Intentó hablar, titubeó y finalmente dijo:

—Le pedí que pasara. Creo que dio algo como un gruñido. Luego le pedí que pusiera las noticias. Jonathan y Mandrake habían propuesto que las escucháramos.

—¿Qué es lo que dijo exactamente?

—No puedo recordar las palabras precisas.

—Yo sí —dijo Mandrake—. O algo parecido. Dijo: «¿Te importaría conectar la radio? Es la hora de las noticias y nos gustaría escucharlas.» Luego hubo un breve silencio.

—Esperé —dijo Nicholas—, oí que alguien caminaba por el cuarto y dije: «Gracias.»

Otro terrible silencio descendió sobre la habitación. Fox estaba de pie, inmóvil junto a la puerta del vestíbulo; Bailey en la del salón de, fumar; Alleyn cerca de Jonathan, junto a la mesa.

—¿Y luego? —preguntó Alleyn.

—Luego oímos la radio —contestó Mandrake.

La mano de Bailey se movió.

Y en el deshabitado salón de fumar bramó una voz:

...out the barrel
Roll out the barrel again

Jonathan Royal lanzó un juramento y se echó para atrás apartándose de la mesa. Se llevó la mano a la boca.

Casi se cae de espaldas. Nicholas se había abalanzado contra la puerta y Bailey le había detenido allí. Empujó a Bailey, se volvió y se encamino a la puerta del vestíbulo, donde Alleyn le cerró el paso. Nicholas abrió la boca para hablar.

—Despacio —dijo Alleyn. Nicholas alargó su brazo sano y señaló la habitación vacía.

—Yo no la toqué —hablaba atropelladamente—. Yo no la toqué. Hart lo hizo. Es la segunda trampa. No me miren así. No pueden probarme nada —dio un paso atrás. Alleyn hizo un movimiento y Nicholas se le echó encima. Bailey y Fox rodearon a Nicholas Compline.

17. Marcha

MARCHA
17

I

La lluvia cayó constantemente por los alrededores de Highfold durante toda aquella noche. Cuando Alleyn se afeitó y lavó en el guardarropa del piso de abajo con la luz mortecina del amanecer, la caída inexorable de la lluvia aún tamborileaba débilmente sobre la casa. La Policía de Great Chipping había telefoneado y dicho que vendrían por la carretera de Pen-Gidding y que una ambulancia ya se había puesto en marcha. A las cinco y media, Nicholas Compline levantó una cara inflamada del brazo y, rompiendo un silencio de seis horas, le dijo a Fox que deseaba hacer una declaración. A las seis el doctor Hart tuvo una entrevista con Alleyn. Llegó totalmente vestido y dijo que, con permiso de la autoridad, intentaría volver a casa por el camino más largo.

—Mi esposa me ha pedido que la lleve —dijo— y yo he consentido en hacerlo si usted lo permite —Alleyn asintió prontamente. Luego el doctor Hart le soltó un discurso ceremonioso que le puso en una situación muy embarazosa, debido a las muchas alusiones a la corrección e integridad de la Policía británica.

—Ni por un momento —dijo Hart— dudé del desenlace. Tan pronto como me enteré de la muerte de William Compline supe que tenía que haber sido su hermano.

—Al parecer, fue usted el único miembro del grupo que se resistió a que le embaucaran con detalles fantásticos —dijo Alleyn—. ¿Por qué estaba tan seguro?

—Entiendo a mi esposa —dijo Hart con sencillez. Cruzó las manos delante de su chaleco, frunció el ceño como un juez y continuó—. Mi esposa es en extremo interesada y casi una perfecta egoísta. Estaba enamorada de Nicholas Compline. De eso me daba cuenta y me torturaba con ese conocimiento. Le amaba tanto como podía amar a alguien que no fuera ella misma, y evidentemente él estaba totalmente decidido a que fuera suya. No soy capaz de determinar si era o no su querida, pero, en cualquier caso, mi propia actitud desconfiada y las escenas que con tanta frecuencia montaba deben haber resultado molestas. No tengo dudas de que él deseara que ella cortara conmigo y, de ser posible, que consiguiera el divorcio. Y ella, claro está, se negaría a hacerlo. Un joven con poco dinero nunca la persuadiría de lanzarse a un escándalo que la perjudicara. Pero un joven con grandes posesiones y buenas perspectivas... ¡Qué diferente! Sin duda ella se lo dijo. No creo que mi mujer tuviera conciencia de su culpabilidad y

mucho menos que fuera cómplice de este crimen. No creyó que yo había matado a William Compline y que esperaría un discreto espacio de tiempo después de que me colgaran y luego se casaría con el hermano. Ahora pondrá todas sus energías en que no la asocien con el hermano.

—Me temo —dijo Alleyn seriamente— que no tendrá éxito.

—Desde luego que no. Pero si se entrevista con ella, intentará convencerle de que él actuó por motivos puramente pecuniarios y de que ella era la víctima de su insistencia. También se ofreció a volver conmigo.

Alleyn le echó una rápida mirada.

—No —dijo el doctor Hart—. Me he recuperado de esa enfermedad. Me habría traicionado. En nuestro último encuentro antes del crimen me dijo que, si le pasaba algo a Compline, ella me acusaría. Le dije que no tendría valor y me replicó que, si se jugaba mucho, se atrevería a mucho. Me sentí como tal vez se sentiría otro hombre si le demostraran que no tenía valor una posesión que él había atesorado. He perdido todo deseo de mi esposa.

—Ha sido muy sincero —dijo Alleyn tras un silencio—. ¿Qué piensa hacer cuando esto termine?

—Soy cirujano. Creo que pronto se necesitarán muchos en Inglaterra. Quién sabe si quizá podría hacer una tarea más elogiable que remendarle la cara a señoras decaídas —el doctor Hart se estiró los labios con un dedo corto y blanco—. A pesar de todo, ojalá hubiera podido salvarla.

—No le habría prestado un gran servicio, ya sabe.

—Supongo que no —le ofreció la mano—. Adiós, inspector jefe —dijo haciendo una rígida inclinación de cintura. Alleyn observó cómo se alejaba, una figura casi arrogantemente extranjera vestida con *tweed* inglés. Poco después oyó un coche que daba la vuelta a la casa. Bailey entró para decirle que Madame Lisse deseaba verle antes de marchar. Alleyn hizo una mueca.

—Estoy ocupado. Dígale que el señor Fox la atenderá. Creo que dirá que no tiene importancia.

II

A las seis y media, Mandrake y Chloris entraron en la biblioteca con sus sobretodos al brazo y preguntaron si también ellos podían abandonar Highfold.

—Sí —dijo Alleyn—. Se les pedirá que asistan a la encuesta, ya saben, así que debo tenerles localizados.

—Lo sé —dijo Mandrake—. Habíamos pensado en ello. ¿Cuándo será?

—Me parece que el miércoles.

—Jonathan nos ha pedido que nos quedemos, pero pensamos que nos gustaría ir a Londres para cambiar un poco de aires. Podríamos visitar la rectoría. La carretera ya estará bien. ¿Quiere que llevemos algún recado?

Alleyn les dio su mensaje. Mandrake y Chloris no se decidían a marcharse.

—También pensamos —dijo por fin Mandrake— que nos gustaría que un experto nos aclarase unos pocos de los misterios más oscuros. ¿O no se debe preguntar?

—¿Qué misterios? —preguntó Alleyn con una sonrisa.

—Bueno —contestó Chloris—, por ejemplo, por qué tiraron a Aubrey a la piscina. ¿Lo tiró Nicholas?

—Sí.

—Pero él reconoció a Aubrey.

—Por eso mismo.

—¡Oh!

—¡Cómo! —exclamó Mandrake—. Habíamos interpretado eso de forma totalmente diferente. Después de las pruebas de las huellas y la carta, habíamos llegado a la conclusión de que la señora Compline nos había seguido para impedir que Nicholas se diera el chapuzón y, pensando que yo era William y estaba allí regocijándome, invadida por un resentimiento largo tiempo contenido, me había tirado al agua.

—Y pensamos —añadió Chloris— que cuando luego se enteró de que Bill estaba muerto había perdido la cabeza y se había imaginado que de alguna manera lo había matado ella. Así interpretamos la carta.

—Es una lectura muy ingeniosa —afirmó Alleyn con algo que se aproximaba a una sonrisa— pero no cuadra del todo. ¿Cómo podría haber bajado los escalones sin que la viera? Incluso suponiendo que se las arreglara para hacerlo, tuvo una excelente vista de usted mientras estuvo enfrente de la piscina. Además vio bajar a William y, por último, se le hizo después un relato completo de todo el asunto y oyó cómo le subían a usted por las escaleras y todo lo demás. Incluso si le hubiera tirado al agua, habría tenido que enterarse muy pronto de su error, así que ¿cómo diablos podía pensar que había matado a William?

—¿Entonces, la carta? —preguntó Chloris.

—La carta es más trágica y menos demencial de lo que ustedes creen. La prueba de las huellas nos informa de que la señora Compline estuvo en la terraza y miró hacia abajo. Pocos instantes después una doncella la vio regresar con aspecto de estar terriblemente trastornada. Creo que la señora Compline vio cómo su hijo Nicholas le agredía a usted, Mandrake. En aquel momento quizá lo consideró una

payasada peligrosa, pero ¿qué pensaría cuando le oyó afirmar que lo había hecho Hart, creyendo que la víctima era el propio Nicholas? ¿Y qué debió pensar cuando pusieron la trampa en la puerta y Nicholas volvió a acusar a Hart? ¿No creen que, en medio de la histeria de la que hizo gala, había un atisbo de la verdad? Y, por último, cuando Nicholas fue a verla la última noche y le dijo que habían matado a William confundiéndole con él mismo, ¿qué debió pensar entonces? Con su conocimiento secreto, ¿cómo podía eludir la terrible conclusión? Su hijo idolatrado había asesinado a su hermano. Hizo un último esfuerzo para salvarle a él y a la leyenda que había forjado acerca de su carácter. Escribió una carta en la que le decía a él que lo sabía y, al mismo tiempo, ella misma se acusaba ante nosotros. No pudo forzarse del todo a decirnos que había matado a su hijo con estas mismas palabras, pero Nicholas lo entendió… y nosotros también.

—Nunca se me ocurrió —dijo Mandrake tras un largo silencio— que Nicholas lo hiciera.

—Debo decir que yo había supuesto que lo adivinarían. Compline le dio a usted la capa, Mandrake, ¿no es así? Miró por la ventana del pabellón y le reconoció cuando usted bajaba. Podría haber estado viéndose a sí mismo mientras estaba usted allí con la otra capa. Creo que en ese momento encontró la oportunidad de llevar a la práctica su estúpida idea.

—¿Qué estúpida idea?

—Escenificar unos cuantos intentos aparentes contra su propia persona, basados en la idea de una identificación errónea. Inculcó esa idea en la cabeza de todos ustedes. Insistió en ella. Le empujó a usted, le rescató, y luego fue por ahí diciendo que Hart había tratado de ahogarle. Evidentemente tenía un plan de este tipo en la cabeza la primera noche. Hart le había escrito cartas amenazadoras y Compline puso la guinda escribiéndose un mensaje amenazador en una imitación bastante basta de la escritura de Hart. Una vez que demostramos que Hart no había escrito el mensaje en la hoja de Charter era evidente que sólo Nicholas podía haberlo hecho. Puede que le ofreciera esa capa a propósito. Antes del incidente del baño sabía dónde estaban todos ustedes y sin duda vio a Hart irse solo sendero abajo. Si el plan fallaba, nadie habría sufrido demasiado daño. Después escenificó su propia huida campo a traviesa, aunque sabía condenadamente bien que era imposible llevarla a cabo. Si no le hubiera acompañado nadie, habría vuelto medio ahogado por la nieve y contado un cuento. A continuación se preparó su propia trampa y para ello escogió el momento en que todos ustedes se estaban cambiando en sus cuartos. No había contado con que Madame Lisse le vigilaría mientras caminaba por el pasillo. Iba a abrir la puerta de un patadón y hacer que el buda de latón cayera al suelo. Pero, al saber

que ella estaba observándole, tuvo que llegar un poco más allá de lo que pretendía y chafó el asunto. Eligió el buda porque había visto a Hart ponerle las manos encima la noche anterior. Escogió el mere amorí por la misma razón, pero emborronó las huellas de Hart al emplearlo. Él, desde luego, usó guantes.

—¿Y la radio?

—¿Recuerdan que Hart se había quejado amargamente de la radio? Esto consta en las utilísimas y minuciosas anotaciones de Mandrake. Compline sabía que Hart detestaba la radio. Después del fiasco de la piscina, se recluyó en el salón de fumar, ¿no? hasta que William, que quería ponerse a dibujar, le echó. Recuerdan que se oyeron ruidos disonantes. ¿Es que estuvo todo el rato dándole a la radio? Efectivamente, se estaba familiarizando con ese aparato de radio. ¿Recuerdan la caña de pescar encima de la repisa de la chimenea del salón de fumar?

—Sí.

—Con cebo, mosca y sedal verde incluido.

—Sí.

—Bueno, cuando nosotros aparecimos en escena, no había mosca alguna y el sedal estaba recién cortado. En el agujero del tornillo del mando de control encontré algunos arañazos casi invisibles que se extendían todos hacia fuera. Encontré también fragmentos diminutos de pluma roja y verde. La tarjeta de la caña dice que el difunto señor H. St. J. Worthington Royal empleó esa mosca roja y verde cuando capturó su ejemplar de casi dos kilos. Había otras señales en el doble mando sintonizador, que estaba por el centro limpio de polvo. En la jamba de la puerta que da a la biblioteca había un agujero en el que cabía la chincheta que se le clavó a Mandrake en la suela del zapato. Usted dijo que a William se le cayó una de sus chinchetas en el salón de fumar. Me imagino que Nicholas la encontró y la utilizó. En el sombrero de *tweed* de la señora Compline encontré dos moscas, una roja y verde, algo estropeada por el uso. La doncella que la atendió jura que cuando ella llegó sólo había uno, una mosca para salmón amarilla y negra. ¿Quién se fue derecho a la habitación de su madre después del asesinato? Exacto —exclamó Alleyn en respuesta a sus sorprendidas miradas—. Bien, ayer por la tarde hicimos el experimento. Descubrimos que con un pedazo de sedal unido al anzuelo pero sin la mosca, podíamos enganchar el anzuelo en el agujero del tornillo del mando del volumen, pasar el sedal verde por debajo de la banda de ondas y por encima del eje del control del volumen que actuaba como una bien engrasada polea, y clavar el otro extremo a la jamba de la puerta de la biblioteca con una chincheta. Al darle un tirón al sedal, el anzuelo movía el mando de volumen de cero a un sonido aceptable y el sedal actuaba sobre el control de

sintonización que habíamos colocado, de tal manera que un pequeño tiró lo conectaba a la emisora. Cuando el anzuelo llegaba a la parte inferior del círculo del agujero, se soltaba y la radio empezaba a sonar.

Hubo un largo silencio interrumpido al fin por Mandrake.

—Pero cualquiera habría podido montarlo —dijo.

—Sólo después de que William hubiera muerto. Si no, lo habría visto al sintonizar, ¿no? Pero veo que este es el momento de hacer entrar a Thomas, el lacayo bailarín. Thomas puso un límite al tiempo de salida del asesino. De paso, probó también, con una escapadita, que Hart no pudo tirarle a usted a la piscina. Thomas fue la ruina para Nicholas Compline. De no haber sido por el criado, nos hubiera costado sudores probar que el doctor Hart no hizo exactamente lo que Nicho las dijo que hizo: entrar sigilosamente por la puerta trasera del vestíbulo en el salón de fumar y matar a William. La treta de la identificación errónea tenía que apoyarse en una aproximación por la espalda. Por eso Nicholas echó la llave a la puerta de la salita. Pero, tal como estaban las cosas, resulta del todo evidente desde el principio que la coartada de la radio sólo aprovechaba a Nicholas. El señor Royal, cuya salida al vestíbulo resultaba bastante sospechosa, abandonó la biblioteca después de que la radio empezara a sonar y el doctor Hart no habría conseguido absolutamente nada con el truco, ya que estuvo solo todo el tiempo. Lady Hersey, que no tenía motivos, es un personaje clásico en las novelas de misterio: el sospechoso demasiado evidente. Además, el montaje del sedal a ella tampoco le habría servido de nada, ya que entró después de que comenzara el ruido.

—Entonces, ¿qué fue exactamente lo que hizo? —preguntó Chloris.

—Mató a su hermano, preparó el truco de la radio, salió y cerró la puerta. Más tarde, abrió la puerta, mantuvo un diálogo-monólogo con William, pidió las noticias, dio un tirón a la cuerda que había clavado a la puerta de la jamba y esperó, sabe Dios con qué sensaciones, que alguien entrara en el salón de fumar.

—¿Qué pasó con el sedal?

—Recordará, Mandrake, que mientras usted y el señor Royal estaban los dos junto al cuerpo, Nicholas entró. Había cerrado la puerta a sus espaldas y el biombo le escondía de la mirada de ustedes. Sólo tuvo que agacharse y tirar del sedal. La chincheta se había soltado con la sacudida y no tenía tiempo de buscarla. El sedal estaba en medio de una oscura penumbra y era del mismo color de la alfombra. Una vez que se ha hecho el truco, el sedal se estira y cae en dirección al biombo. Lo recogió y lo colocó en la chimenea cuando tuvo la ocasión.

—Nos pidió que le dejáramos a solas.

—Seguro que lo hizo. Pero un sedal para truchas no se quema sin dejar rastros y nosotros encontramos los restos en las cenizas.

—Ya veo —dijo Mandrake.

—No puedo dejar de pensar en su madre —exclamó Chloris—. Quiero decir, era a Nicholas a quien ella adoraba.

—Y por ese motivo se suicidó. Oirá la carta que escribió en la encuesta. Mandrake ya la ha visto. Tenía la esperanza de salvar a Nicholas con esa misiva. Al mismo tiempo que hace una aparente confesión, le dice que sabía lo que había hecho. No es extraño que quedara trastornado al leerla. Fue su última demostración de amor. Una demostración muy terrible.

—Creo —dijo Chloris con voz temblorosa— que él en realidad le tenía cariño.

—Quizá —dijo Alleyn.

La puerta de la biblioteca se abrió. Hersey asomó una cara agotada y muy pálida.

—¿Es una reunión oficial? —preguntó.

Alleyn le pidió que entrara.

—Ya he repasado buena parte de esto con Lady Hersey y el señor Royal —explicó—. Todavía no he llegado a su visita a la madre con Nicholas Compline.

—Oh, sí. La noche pasada me pidió que le dijera exactamente lo que hizo su hijo, y yo no podía recordar con mucha precisión. Por eso he entrado. He recordado lo que él intentó contarle después de lo de William. Me temo que es absolutamente insignificante. Parecía terriblemente trastornado, por supuesto, y supongo que lo estaba, de un modo horrible. No consiguió que ella comprendiera y se apartó. Tuve que contárselo yo. Me arrodillé junto a la cama y la rodeé con mis brazos. Ya sabe, éramos viejas amigas. Se lo conté de la mejor manera que pude. Recuerdo haberle oído caminar detrás le mí y recuerdo que en el fondo de mi conciencia me enfadé con él, porque parecía estar hurgando en el armario. Debe de haberse encontrado en un terrible estado de ánimo. Me dio la impresión de que estaba abriendo y cerrando la puerta del armario. Supuse que no sabía lo que hacía.

—Creo que sí lo sabía —dijo Alleyn—. El sombrero de *tweed* estaba en el anaquel superior del armario. Se estaba deshaciendo de un cebo artificial para truchas de seda verde y roja.

III

—¿Y eso no fue más bien una locura? —preguntó Hersey agotada, cuando Alleyn le explicó lo de la mosca para truchas.

—No es tan demencial como parece al oírlo. No era fácil deshacerse del anzuelo. No podía quemarlo ni arriesgarse a tirarlo en una papelera. Habría sido más sensato quedarse el anzuelo hasta poder deshacerse de él o, simplemente, dejarlo en la repisa, pero estaba sin duda dominado por el intenso deseo de todos los homicidas de librarse del cuerpo del delito. Con la conmoción de la muerte de William no era probable que su madre se fijase en una segunda e insignificantísima mosca para truchas en la cinta del sombrero.

—Y eso es todo —concluyó Mandrake tras un largo silencio.

—Eso es todo, creo yo. ¿No les gustaría irse ahora?

—¿Nos vamos? —preguntó Mandrake a Chloris.

Ella asintió con la cabeza sin ganas, pero no se movió.

—Creo que si yo fuera usted, me iría —dijo Alleyn, mirando a Mandrake de forma muy directa.

—Vamos, cariño —indicó tiernamente. Se despidieron de Hersey y de Alleyn y se marcharon.

—¿Cariño? —murmuró Hersey—. Pero hoy en día eso no quiere decir nada, ¿o sí? ¿Por qué quiere desembarazarse de ellos, señor Alleyn?

—Estamos esperando el coche de la Policía y la ambulancia; no será muy agradable. Supongo que usted también querrá irse, ¿no?

—No, gracias —dijo Hersey—. Creo que me quedaré con mi primo Jo. Ya sabe, esto le ha desquiciado bastante. Después de todo, él organizó la reunión. No es un pensamiento cómodo —miró la puerta del salón de fumar, la puerta con las hileras de libros de pega—. Señor Alleyn, él es un monstruo despreciable, pero yo sentía cariño por su madre. ¿Cree que a ella le habría gustado que yo le viera ahora?

—Me parece que, si yo fuera usted, no lo haría. Podemos decirle que se ha ofrecido usted a hacerlo y comunicarle luego si a él le gustaría.

—Debo preguntarle…, ¿ha confesado?

—Ha hecho una declaración escrita. No es una confesión.

—¿Pero…?

—Me temo que no puedo decirle nada mas —dijo Alleyn. Ante su imaginación surgió el recuerdo de hojas escritas, cubiertas de frases informes, que terminaban bruscamente o que se extendían en incoherencias, frases que se contradecían y contenían acusaciones descabelladas contra Hart, contra la madre que se había acusado a sí misma. Oyó a Fox que decía: «Se lo he advertido una y otra vez, pero se empeña en hacerlo. Con cada palabra se acerca más a la horca.» Sintió que Hersey le miraba y, al levantar la vista, vio que hasta los labios los tenía blancos.

—Señor Alleyn. ¿Qué le ocurrirá a Nicholas? —ante la falta de respuesta por parte de Alleyn, Hersey se cubrió la cara con las manos.

En medio del ruido de la lluvia que estaba cayendo, Alleyn oyó un coche que subía por el sendero y llegaba a la explanada enfrente de la casa. Fox entró.

—¿Son los nuestros, señor Alleyn?

—Sí —contestó éste y se volvió a Hersey—. Tengo que irme — Hersey marchó hacia la puerta; él la abrió y, junto con Fox, pasó al vestíbulo tras ella.

Allí estaba Jonathan. Hersey se fue derecha a él y le cogió las manos.

—Bueno, querida —dijo Jonathan— creo..., creo que ya es la hora.

Fox había ido hasta la puerta principal y la había abierto. El ruido de la lluvia llenó el vestíbulo. Entró un hombre corpulento vestido de paisano y seguido por dos policías. Alleyn los recibió y dio la mano al hombre corpulento. Jonathan se adelantó.

—Bien, Blandish.

—Siento mucho todo esto, señor —exclamó el subjefe de Policía Blandish. Jonathan hizo un pequeño ademán con las manos y volvió con Hersey.

—¿Está todo preparado para nosotros, señor Alleyn?

—Creo que sí —dijo éste. Entraron en la sala de estar verde y cerraron la puerta a sus espaldas.

—Queridísima Hersey no te quedes aquí ahora —dijo Jonathan.

—¿Preferirías que me fuera, Jo?

—Lo..., lo digo por ti.

—Entonces me quedaré.

Y así Hersey vio a Nicholas salir entre Bailey y Fox, mientras que los dos oficiales de rango superior caminaban detrás, muy cerca de ellos. Él andaba muy tieso, a pasos cortos y mirando de reojo. Una especie de sonrisita sarcástica arrugaba las mejillas sin afeitar y no tenía la boca totalmente cerrada. El pelo rubio le caía por la frente en despeinadas guedejas. Miró a su anfitrión sin volver la cabeza. Jonathan se dirigió a él. Inmediatamente, los dos hombres se pararon.

—Quiero decirte —empezó Jonathan— que, si deseas que hable con tus abogados o que haga cualquier otra cosa que esté en mi poder, sólo tienes que enviarme instrucciones.

—Mire —dijo Fox con ánimo de consolarle—. Es muy amable, ¿no?

—No dejes que me cuelguen —exclamó Nicholas con una voz ir reconocible. De pronto le cedieron las rodillas.

—Ahora vámonos —dijo Fox—. No tiene por qué hablar de esa manera.

Mientras ellos salían, Jonathan y Hersey vieron la furgoneta de la ambulancia que estaba junto al coche de Policía y a unos hombres con

camillas que esperaban para entrar.

IV

Estaba decidido a hacerlo fuera como fuera —dijo Hersey aquella tarde—. No debes echarte demasiado la culpa.

—Me lo reprocho de una manera terrible —contestó Jonathan. Se había quitado las gafas. Sus ojos de miope, empañados por las lágrimas, tenían un aspecto aniñado e indefenso—. Es exactamente como dijiste, Hersey. Tenía que aprender la lección. Ya ves, yo pensaba tener una reunión dramática.

—¡Oh, Jo! —exclamó Hersey, dando un sollozo que era casi una risa—. No digas eso.

—Lo pensaba. Ese era mi plan. Pensé que Aubrey podría hacer de ella un drama poético. Soy un tipejo malicioso y egoísta, que intento divertirme y jamás pienso…, exactamente como dijiste, querida.

—Hablo demasiado. Estaba furiosa. No podía saber lo que latía debajo de todo.

Hersey extendió la mano y él, inseguro, la tomó entre las suyas. Se quedaron mucho tiempo sentados en silencio y mirando a la chimenea.

V

—Lo que tienes que hacer —dijo Mandrake— es pensar en otras cosas. Interesarte por algo nuevo. Por mí, por ejemplo

—Es que no ha acabado. Si hubiera terminado, no sería tan horrible. He estado tan relacionada con los Compline —dijo Chloris—. Quería verme libre de ellos y ahora… ha ocurrido todo esto. Parece tonto, pero en cierto modo me siento sola.

Mandrake retiró la mano izquierda del volante.

Créditos

Título original: *Death and the Dancing Footman*
Ngaio Marsh, 1941
Traducción: José Manuel Yáñez
Editorial Forum: 1983
Serie: Roderick Alleyn 11
Colección: Círculo del crimen; n. 27
ISBN: 84-85604-64-4

Maquetado a partir de un Epub de ***Rutherford/Rbear*** en la edición digital y ***dino51bd*** en la revisión y puesto en *ExVagos*
Convertido a Doc con AVS Converter
Retoques de conversión con Word
Convertido a HTML con Word
Convertido a QED con QualityEbook
Retoques de QED con Notepad++
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Para la maquetación de esta versión en "Fiction Book 2", se han utilizado "Styles" y "Class" permitidos en FB2 pero que se pueden perder al convertir el documento a otros formatos o abrirlo con un programa lector inadecuado.

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Cuerpo auxiliar femenino. (*N. del T.*)

[2] Juego de palabras intraducible con la palabra *footling*, que es también el apellido verdadero de Mandrake, del que éste siente enorme vergüenza. (*N. del T.*)

[3] Ayudante habitual del inspector Alleyn.